







D6

A

+ 152329
C. 1213303



R. 121117

2

HISTORIA

PARA LEER EL CRISTIANO

DESDE

LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ,

Ó SEA

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE LA RELIGION,

sacado de los libros santos

POR EL LICENCIADO

D. SANTIAGO JOSÉ GARCÍA MAZO,
Magistral de la Santa Iglesia Catedral
de Valladolid.

TOMO PRIMERO. = SEGUNDA EDICION.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

VALLADOLID. 1844.

IMPRESA DE D. MANUEL APARICIO.

HISTORIA

PARA SER EL CRISTIANO

DE

LA NAVE HASTA LA VERDAD

DE

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE LA RELIGION

segundo de los libros sagrados

por el licenciado

D. SANTIAGO JOSÉ CARRERA MUÑOZ,

Ministro de la Santa Iglesia Catedral
de Valladolid.

TOMO PRIMERO - SEGUNDA EDICION

CON LAS LICENCIAS DE LOS SEÑORES

VALLADOLID, 1844

IMPRESA DE D. MANUEL ALVARO.

PRÓLOGO.

En esta historia, hasta el prólogo será histórico. Cuando escribía el Catecismo explicado, procuraba valerme lo mas posible de pasages de la Sagrada Escritura, ya porque amenizan la lectura, y ya porque hacen resplandecer la verdad; pero sobre todo deseaba dar en él una breve historia de la Religion, sacada de los libros santos. Con este deseo trabajé un trozo de ella, que comprendia desde la creacion del mundo hasta la cautividad de Israel en Egipto, pero resultó mas voluminosa de lo que permitia el libro, y fué preciso retirarla y trabajar otra mas abreviada, y tal como se halla en el dicho Catecismo. Viendo la aceptacion general que este habia merecido, se creyó que convendria hacer un extracto de él; y formar un compendio para que fuese, como el Caton y el Fleuri, un libro en el

que los niños aprendiesen á un tiempo lectura y religion, y se desterrasen de sus inocentes manos las coplas de los ciegos, los libros de los doce pares de Francia, las novelas de traiciones y de amores, y otras lecturas peores. Se me invitó á que hiciese el extracto y formase el compendio; y como me pareció bello el pensamiento, me determiné á entrar en este nuevo trabajo, pero, lo confieso francamente, por mas que escribí y borré, no acerté á salir con él.

Entonces me acordé de el trozo de historia que tenia trabajado y que sin saber porque no habia roto ni quemado; y acordándome tambien que los niños por un rastro de grandeza que ha quedado en el hombre, despues del primer pecado, son en extremo aficionados á los cuentos y narraciones de cosas grandes y maravillosas, me pareció que nada mas grande y maravilloso, al paso que verdadero, podia presentar á su niña vista que un compendio de la historia sagrada, comenzándola desde la creacion del mundo, y siguiéndola hasta su fin. En efecto, emprendí la composicion de tal compendio, saqué mi olvidado trozo, le repasé y retoqué, y me ha servido para formar el principio de esta historia.

Lo bueno es que, procurando el bien de los niños, he entrado en un trabajo que podrá ser aun mas útil para los que no lo son. Porque... cuando un cristiano, leyendo los libros santos, contempla al Eterno, al Omnipotente, á su Dios y Criador, sacando de la nada al mundo, criando cielos y tierra, y cuanto en ellos se contiene, mandando al mar que se retire de sobre la tierra, á los astros que ocupen su lugar, al sol que ilumine en el dia y á la luna que alumbre en la noche... Cuando considera al hombre criado por Dios á su imágen y heredero de su gloria por la gracia, precioso á sus divinos ojos por la inocencia y colocado por su divina mano en un paraíso de delicias... Cuando contempla despues á este mismo hombre desobediente á su Dios, despojado por su desobediencia de la gracia y la inocencia, hecho el blanco de su justicia, arrojado del paraíso, sujeto á trabajos y miserias sin cuento, desheredado del cielo y condenado al infierno... Cuando ve que este Dios ofendido, se apiada del mismo que le ofendió y determina enviar su Santísimo y Eterno Hijo á satisfacer y pagar este delito... Cuando lee en todo el antiguo testamento los sucesos de cuatro mil años, que en suma no son otra cosa que los preparativos de esta inefa-

ble venida... Cuando se le ve que encarna en el seno de una Virgen, que se hace hombre, que vive y conversa con los hombres, que predica á los hombres el reino de Dios, y que despues de enseñarles el camino del cielo, muere por ellos, para franquearles su entrada, resucita y se vuelve al cielo, al seno de su Padre, de donde habia venido... Cuando el cristiano lee todo esto en los libros santos, ; cómo puede dejar de penetrarse de un santo pavor, de un sumo respeto á su Dios Criador, y de un entrañable y tierno amor á su Dios Redentor! Pues he aqui en suma los sentimientos que causará en él, mediante la divina gracia, este compendio. Por eso he dicho, que podrá ser aun mas útil á los que no son niños; que á los niños mismos. Y por eso tambien le he llamado Historia para leer el cristiano desde la niñez hasta la vejez, puesto que la historia sagrada de la Religion es para leerse en todas las edades de la vida.

INDICE HISTORICO.

CREACION DEL MUNDO.	1
Mar y tierra.	2
Cielos.	4
CREACION DEL HOMBRE.	6
Paraiso.	7
Estado de la inocencia.	8
Caida de nuestros primeros Padres.	10
Estado de la culpa.	13
Cain y Abel.	16
Primeros Patriarcas.	18
Años de los Patriarcas antes del diluvio.	19
Motivos de tan largas vidas.	20
Corrupcion general.	21
Arca de Noé.	23
DILUVIO.	24
Viña de Noé.	28
Torre de Babel.	29
Descendencia de Sem hasta Abram.	33
Años de los Patriarcas despues del diluvio.	34
Abram.	34
Guerras de Canaán.	40
Victoria de Abram.	41
Melquisedec.	42
Promesas á Abram.	44
Pacto.	45
Poligamia.	46

Agar.	47
Nuevas promesas á Abram.	48
Circuncision.	49
Aparicion muy particular.	51
Intercesion poderosa de los justos.	54
Misterio de la Trinidad beatísima.	55
Trage de los Angeles.	55
Horrorosa corrupcion de Sodoma.	56
Castigo espantoso de Sodoma y otras ciudades.	58
Muger de Lot convertida en estatua de Sal.	59
Temores y espanto de Abraham.	60
Sucesos de Lot.	60
Retirada de Abraham.	61
Nacimiento de Isaac.	62
Grandes significaciones.	63
Agar é Ismael despedidos de la casa de Abraham.	64
Tranquilidad de Abraham en Gerara.	65
Obediencia de Abraham y sacrificio de Isaac.	66
Sacrificio de Isaac figura del sacrificio de Jesucristo.	70
Muerte de Sara.	71
Su sepultura.	72
Eleccion de Esposa para Isaac.	74
Muerte de Abraham.	84
Muerte de Ismael.	87
Carácter de Esau y de Jacob.	87
Vende Esau á Jacob la primogenitura.	88
Casamientos de Esau.	91
Sorpresa de Jacob.	93
Huida de Jacob á la Mesopotamia.	98
Escala de Jacob.	100
Santidad de los templos.	101

Llegada de Jacob á Haran.	102
Vuelta de Jacob á la Mesopotamia.	113
Lucha de Jacob con un Angel.	121
Encuentro de Jacob y Esau.	122
Suceso desgraciado de Dina.	126
Muerte de Raquel.	131
Muerte de Isaac.	135
José.	137
Sus peligros de muerte y su venta.	140
José en Egipto.	146
Su elevacion.	150
Primer viage de sus hermanos á Egipto.	151
Segundo viage.	154
Vuelta á la tierra de Canaán.	160
Bajada de Jacob á Egipto con toda su familia y bienes.	161
Profecías de Jacob al morir.	165
Muerte de Jacob.	168
Su entierro en Canaán.	168
Muerte de José.	169
CAUTIVERIO DE NOVENTA AÑOS EN EGIPTO.	171
Nacimiento de Moisés.	172
Huida de Moisés de Egipto.	174
Aparicion del Señor á Moisés.	174
Vuelta de Moisés á Egipto.	176
Presentacion de Moisés y Aarón al Rey Faraon.	178

PLAGAS DE EGIPTO.

Primera.	182
Segunda.	183
Tercera.	183
Cuarta.	183

Quinta.	184
Sexta.	184
Séptima.	185
Octava.	185
Nona.	187
Décima y última.	188
FIN DEL CAUTIVERIO.	191
Paso del mar Rojo.	193
Entrada en el desierto.	196
El Maná.	197
Piedra de Horeb.	199
Guerra de los Amalecitas.	200
Visita de Jetro.	201
Llegada al monte Sinaí.	202
Promulgacion de los diez mandamientos de la ley de Dios.	203
Gloria del Señor.	205
Tablas de la ley.	206
Adoracion del Becerro de oro.	206
Segundas tablas.	208
— Primer Tabernáculo.	209
— Ofrendas.	210
— Fábrica de las piezas del segundo Tabernáculo.	211
Su ereccion.	211
Su belleza y hermosura.	212
Arca de la alianza.	213
Atrio.	214
Ministros del Señor.	215
Salida del Sinaí.	216
Continuacion del viage á la tierra prometida.	217
Incendio.	219
Primera mansion despues de la salida del Sinaí.	219
Sanedrin.	221

Codornices y sepulcros de la concupiscencia.	222
Quejas de María y Aarón.	223
EXPLORADORES DE LA TIERRA DE PROMISION.	225
Su vuelta.	226
Comocion del pueblo.	227
Alboroto.	228
Aparece la gloria del Señor.	228
Dios quiere acabar con el pueblo y Moisés ora por él.	229
Dios le perdona, pero condena á los de veinte años y arriba á no ver la tierra prometida.	230
VUELTA Á LO INTERIOR DEL DESIERTO.	232
Castigo por trabajar en dia de fiesta.	233
Sedicion de Coré, Datan, Abiron y Hon.	234
Castigo de los sediciosos.	238
Castigo de Datan y Abirón, sus familias y cómplices.	239
Castigo de Coré y sus doscientos y cincuenta compañeros.	240
Otra sedicion.	241
Su castigo.	242
Florece la vara de Aarón.	243
Enmienda de los Israelitas y vuelta á las cer- canias de la tierra prometida despues de treinta y ocho años.	245
Muerte de María.	246
Nuevas murmuraciones.	247
Moisés y Aarón son excluidos de entrar en la tierra de promision.	248
Muerte de Aarón.	249
Guerra con el Rey de Arad.	251
Ultimas murmuraciones en el desierto.	252
Castigo de las serpientes.	253

Caminan en derecha á la conquista.	255
Primera guerra con Schon, Rey de Hesebon, y conquista de su reino.	256
Segunda guerra con Og, Rey de Basan, y segunda conquista.	257
Temores de Balac, Rey de Moab.	259
Balaán profeta.	259
Burra de Balaán.	261
Bendice Balaán á Israel, y profetiza.	263
Sigue bendiciendo y profetizando.	265
Nuevas bendiciones y profecías.	265
Vuelve á profetizar.	267
Comparacion de estas profecías con los suce- sos.	268
Balaán es un mal hombre, pero buen profeta.	269
Perverso consejo de Balaán.	269
Ejecucion del consejo.	270
Castigos del Señor.	271
Celo de Finees.	272
Encargo de castigar á los Madianitas.	272
Recuento de Israel.	273
Mandato á Moisés de subir al monte Abarin.	274
Eleccion de Josué.	274
Castigo de los Madianitas.	277
Inventario y repartimiento de lo tomado á los Madianitas.	279
Ofrenda militar.	280
Estado de Israel.	281
Peticion de las tribus de Rubén y de Gad.	282
Concesion de la peticion.	284
Segunda publicacion de la ley.	284
Mandamientos de la ley de Dios.	286
Encargo muy enérgico de amar á Dios.	288

Cananeos.	289
Su perversidad.	290
Encarga el Señor á Israel su castigo y exterminio.	291
Reencarga Moisés á Israel el fiel cumplimiento de este encargo.	291
Bendiciones á los que cumplan la ley de Dios.	292
Maldiciones á los que no cumplan la ley de Dios.	293
Cumplimiento de estas maldiciones.	296
Ultimos actos y encargos de Moisés.	297
Su muerte.	297
Su sepulcro.	298
Su elogio.	299
CONQUISTA DE LA TIERRA DE CANAÁN. AÑO DEL MUNDO 2554.	301
Pintura de Josué.	302
Temeridad de su empresa.	302
Manda el Señor la conquista y la promete.	303
Manda Josué preparar al pueblo para pasar el Jordán.	304
Envia Josué exploradores á Jericó.	305
Esconde Rahab á los exploradores.	306
Salida de los exploradores de la casa de Rahab y vuelta al campamento.	308
Contento de Israel con las buenas noticias.	309
Consideracion acerca de Rahab.	310
Ultimas disposiciones para el paso del Jordán.	310
Paso del Jordán.	311
Campamento en las llanuras de Jericó.	314
Temor de los Amorreos y Cananeos.	315
Circuncision.	317
Pascua.	317.

Cesa de caer el Maná.	318
Modo de tomar á Jericó.	319
Disposiciones y diligencias para tomar á Je- ricó.	321
Toma de Jericó.	323
Se trata de tomar á Hai.	326
Se pierde la accion.	327
Consulta Josué al Señor sobre esta desgracia.	327
El Señor le descubre el motivo.	328
Se averigüa por la suerte que Acán es el mo- tivo de esta desgracia.	330
Castigo de Acán.	330
Toma de Hai.	331
Mandato de Moisés.	333
Bendiciones á los que guardan la ley de Dios, y maldiciones á los que la quebrantan.	334
Bendiciones.	335
Maldiciones.	336
Liga de los Cananeos contra Israel.	340
Gabaonitas.	341
Su estratagema.	342
Se descubre el engaño.	345
Guerra de los Amorreos á los Gabaonitas.	347
Los Gabaonitas piden socorro á Josué.	348
Josué derrota á los Amorreos.	348
Se paran el sol y la luna por mandado de Josué.	349
Sigue la conquista del mediodia de Canaán.	351
Entrada del Ejército en el campamento de Gálgala.	354
Espedicion al Norte.	355
Victorias de Josué.	357

DIVISION DE LA TIERRA PROMETIDA.

Primer sorteo.	360
Demanda de Caleb.	362
Demanda de las tribus de Efraim y Manasés.	364
Traslacion del arca santa de Gálgala á Silo.	366
Segundo sorteo.	367
Ciudades de Asilo y Levíticas.	370
JOSUÉ DESPIDE LOS CUARENTA MIL SOLDADOS ISRAELITAS DEL OTRO LADO DEL JORDÁN.	372
Ereccion de un monumento y escándalo que causó.	373
Exhortacion del anciano Josué.	379
Otra del mismo.	380
Su muerte.	383
Su sepulcro.	385
Enterramiento de los huesos de José.	385
Muerte del sumo Sacerdote Eleazar.	385
Su hijo y sucesor Finees.	386

GOBIERNO DE ISRAEL.

Su Monarca.	389
Sus Jueces.	389
Gobierno de cada Tribu.	390
Conquista de cada Tribu.	391
Judá y Simeon.	392
Colocacion de las familias Cineas.	395
Recabitas.	397
Guerra con los Filisteos.	399
Efraim y Manasés.	400
Relajacion de Israel.	401

Un Angel le corrige.	402
Principia la idolatría de Israel en la tierra de Promision.	403
Su castigo.	405

HISTORIA DE LOS JUECES DE ISRAEL.

Su autoridad.	408
Otoniel, primer Juez.	408
Segunda idolatría.	409
Su castigo.	409
Aod, segundo Juez.	411
Samgar, tercer Juez.	414
Tercera idolatría.	415
Su castigo.	416
Débora con Barác, cuarto Juez.	417
Jahel.	419
Cántico de Débora.	421
Nuevas idolatrías y nuevos castigos.	422
Gedeon, quinto Juez.	424
Muerte de Gedeon.	444

HISTORIA

PARA LEER EL CRISTIANO

DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ.

CREACION DEL MUNDO.

Dios uno y trino, infinitamente bueno y sabio, inmenso, omnipotente, eterno, crió, cuando fue su voluntad, el mundo y cuanto en él se contiene. Le crió en seis días. *En el primero* crió el cielo, la tierra, las aguas, el fuego y la luz. *En el segundo* crió el firmamento, y dividió las aguas que estaban bajo del firmamento de las aguas que estaban sobre él. *En el tercero* reunió las aguas que estaban bajo del firmamento, y apareció el sólido que cubrían; y al sólido llamó tierra, y á las reuniones de las aguas mares. Hizo también que la tierra produjese en este día plantas y árboles. *En el cuarto* crió el sol, la luna y las estrellas para que señalasen los días y las noches, las estaciones y los años. *En el quinto* hizo que las aguas produjesen peces y aves. *En el sexto* mandó á la tierra que produjese las bes-

tias y los reptiles, ó vivientes que arrastran sobre la tierra; y con esto fueron acabados los cielos y la tierra, y todo su adorno. Tal es en compendio la sencilla relacion que nos hace la Sagrada escritura de la creacion del mundo. Pero en su sencillez ¡qué portentos no encierra! Hagase el cielo, dijo, y el cielo fué hecho; hágase la tierra y la tierra fué hecha; hágase el sol, la luna, las estrellas... y el sol, la luna, las estrellas... fueron hechas; háganse todas las cosas, y todas las cosas fueron hechas. ¡O poder omnipotente! Con un *hágase* lo hace todo. Con un *hágase* cria esta enorme masa de tierra que pisamos, esos asombrosos globos que voltean sobre nuestras cabezas, y esa inmensa bóveda de los cielos que nos rodea por todas partes. ¡Obras estupendas que asombran á todos los sábios, y que deben llamar la atencion y llenar de admiracion á todos los hombres! Parémos por algunos momentos nuestra consideracion en ellas. (1)

Mar y tierra. Despues de cincuenta y ocho siglos, y de los mas empeñados y penosos viajes, todavia no se ha podido averiguar á punto fijo la grandeza de la tierra, y se cree que aun es mayor la de los mares que la rodean. Pero... ¿dónde estriba, ó sobre que cimientos descansa esta enorme masa de agua y tierra? No se sabe, ó por mejor decir, se sabe que sobre nada descansa. ¡Qué

(1) *Se ha deseado que se añadan aqui los dos párrafos siguientes del Catecismo explicado que se omitieron en la primera impresion por la brevedad,*

asombro! Y ¡qué diremos de la multitud de seres que contiene esta gran mole! Son innumerables los vivientes que sustenta la tierra, y acaso encierran mas los mares. La multitud de especies, y la infinidad de individuos que se descubren á la simple vista, nos admiran. Pero es incomparablemente mayor la que nos descubren los instrumentos. Los cristales han presentado al hombre un nuevo mundo de vivientes que jamás habia visto. Y ¡quién sabe si otros nuevos instrumentos descubrirán otro nuevo mundo de vivientes! Pero sin acudir á instrumentos ¡qué multitud de maravillas no se presenta al hombre por donde quiera que tiende su vista! ¡Qué cuadro tan admirable y magnífico no le ofrece el mar cuando la fija sobre aquella inmensidad de aguas congregadas, sobre aquel cristal inmenso, en que tan vivamente reverbera la omnipotencia! Sus entumecidas olas, que al parecer tocan en el cielo, y sus espantosos abismos; sus impetuosas corrientes y sus sosegadas planicies; la variedad de islas que escollan sobre sus aguas, los dilatados continentes que las encierran, y hasta las menudas arenas que contienen sus frecuentes alborotos y continuos flujos... todo es magnífico, todo encanta, y todo publica un Criador omnipotente. No es menos admirable y magnífico el cuadro que le presenta la tierra. Sus empinados cerros y enriscadas sierras, que reciben las nieves como en depósito para refrescarla á su tiempo; los torrentes que se precipitan por sus despeñaderos para formar rios caudalosos, que corriendo apacibles por los valles, cruzan y dividen las provincias y los reinos, fer-

tilizan los campos, y llevan la abundancia por todas partes; la naturaleza que renace en la primavera, y viene á presentar de nuevo aquella multitud de vivientes y de plantas que habian desaparecido en el otoño; la variedad de flores y de frutos que vuelven á cubrir los campos... Ah! una sola pradera, cuántas maravillas no presenta! ¡Qué variedad de yerbecitas! ¡Qué prodigiosa estructura en cada una de ellas! ¿Quién será capaz de conocer el modo con que se forman, la delicadeza de sus fibras, la multitud de piezas de que se componen, los lazos que las unen, los resortes que las mueven, como rompen la tierra y se abren camino para vivir sobre ella, como se matizan de tan prodigiosos colores?... O!!! entrad sabios del mundo en estos pormenores, y una sola violeta os dará ocupacion para toda la vida. ¡Tan portentosa se obstenta por mar y tierra la omnipotencia!

Cielos. Y si esto nos sucede con el globo que habitamos y tenemos á la vista; ¿qué nos sucederá con esos globos que se mueven á tanta distancia de nosotros! El hombre que, valiendose de toda la penetracion de su entendimiento, y auxiliandose de los admirables instrumentos que ha inventado el ingenio para acercar y abultar los objetos, entra en este campo de la omnipotencia, luego se pierde en sus inmensos espacios, y se ve precisado á exclamar: ¡Altas son, Señor, vuestras obras! ¿Quién podrá pesarlas ni medirlas? En efecto (1),

(1) Véase el discurso de Feijóo sobre lo máximo en lo mínimo, y el P. Almeyda en las recreaciones filosóficas.

la tierra que nos parece tan grande, y que en realidad lo es, comparada con esa inmensa bóveda de los cielos, viene á ser como una menuda arena. La magnitud de los astros que la ocupan, y la distancia en que se encuentran es espantosa. Mas de sesenta mil leguas hay desde la tierra á la luna, pero esto es poco. El sol dista de la tierra mas de veinticinco millones, y es un millon de veces mayor que ella. Aun mas. Doscientos cincuenta y dos millones ponen desde la tierra al planeta Saturno. Un célebre matemático calculó, que una bala disparada de un cañon, y volando siempre con igual velocidad, tardaría mas de doscientos años en llegar desde la tierra á este planeta. ¡Quién aqui no se llena de estupor! Pues aun resta mucho que andar. Sobre el planeta Saturno están las estrellas. Y ¿á qué distancia? Eso no se sabe. Todavía no se ha logrado inventar un instrumento con que medir su altura. Sin embargo por un discurso bien fundado infieren los astrónomos, que las estrellas se elevan sobre la tierra mas de quinientos millones de leguas. ¡Qué altura, cielos! ¿Cuál pues será su grandeza para alcanzarse á ver en tan enorme distancia? Habrá estrella que sea un millon de veces mayor que el sol. ¡Espantosa magnitud! Pues hagamos ahora otra cuenta no menos espantosa. Siendo el sol un millon de veces mayor que la tierra, y no cubriendo de los cielos, á la simple vista, mas que la copa de un sombrero, ¿cuál será la grandeza de los cielos que quedan descubiertos? ¿Cuántos millones de soles no cabrian en ellos? Hemos dicho que el sol dista veinte y cinco

millones de leguas de la tierra. ¿Cuál, pues, será la estension de los cielos por donde dá su vuelta el sol y hace su carrera? Mas. Los planetas se elevan muchos millones de leguas sobre el Sol. ¿Quién podrá calcular la grandeza de los cielos por donde caminan y dan vuelta los planetas? Todavía mas. Las estrellas se hallan en tanta altura, que ningun instrumento alcanza á medir su distancia. ¿Cuál pues, será la estension y grandeza de los cielos por donde caminan y voltean las estrellas? ¡O cielos inmensos! ¡O Criador omnipotente! ¡Yo me abismo, me anonado y pego mi rostro con el polvo al contemplar las obras de vuestra divina diestra! Y ¿para quién hizo Dios estas obras inmensas? Esto es aun mas asombroso. Las hizo para el hombre.

CREACION DEL HOMBRE.

En efecto, luego que Dios hubo criado el universo, diciendo *hágase*, y hablando como uno en esencia, habló como trino en personas, y dijo: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, y crió al hombre á su imágen y semejanza. Formó del barro un cuerpo de carne, el mas prodigioso de todos los cuerpos por su organizacion, el mas hermoso por su semblante, y el mas noble por su postura recta y dispuesta para mirar al cielo, su patria eterna, á diferencia de la de los animales que mira hácia la tierra. Crió de la nada un alma sin semejante en el mundo, y solo

semejante á Dios como los ángeles. Unió de un modo inefable este cuerpo y alma y quedó hecho el hombre. Para este hombre, pues, para este ángel humano, para colocar esta imágen de su divinidad, crió el universo; esa multitud de vivientes, que debían obedecerle como á su soberano, y esa multitud de seres que debían contribuir á su felicidad. Mas no paró aqui la liberalidad del Señor. Al mismo tiempo que le formaba, infundia en su alma la gracia santificante, la adornaba con las virtudes y dones del Espíritu-Santo, y le declaraba con derecho, despues de haber reinado temporalmente en la tierra, á reinar eternamente en el cielo. Tan generoso, para no decir pródigo, anduvo Dios con el hombre en su creacion.

Paraiso. Habia plantado el Señor un paraiso de delicias, y en él todo género de árboles hermosos á la vista, y que llevaban frutas delicadas y suaves para el gusto. Tambien habia plantado en medio de este paraiso el árbol de la vida, y el árbol de la ciencia del bien y del mal. En este delicioso jardin colocó Dios á Adán, al hombre que acababa de formar, para que se recrease en cultivarle, se alimentase con sus frutos y fuese alli tan feliz cuanto podía serlo sobre la tierra, hasta que le pluguiese trasladarle al cielo; pero quiso probar antes su fidelidad, y darle la gloria á título de mérito; quiso probar y premiar su obediencia. Para esto le puso un precepto. De todo árbol del paraiso comerás, le dijo, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; por que en cualquier dia que comieres de él, irremisi-

blemente morirás. El Señor sumergió despues á Adan en un profundo sueño, y mientras que dormía, tomó una de sus costillas, y poniendo carne en su lugar, formó de ella una muger. Vuelto Adan de su misterioso sueño, se la presentó el Señor, y al verla, dijo: Esta es hueso de mis huesos, y carne de mi carne. Esta se llamará *varona* porque de *varon* ha sido tomada. El mismo Adan la llamó despues *Eva* porque habia de ser la primera madre de todos los hombres. Eva, pues, fué formada no de barro, como Adan, sino de la carne de éste, ni fuera del paraíso, sino en él; y asi decimos en la salve: *los dexterados, hijos de Eva* y no de Adan; porque el pais nativo de Adan fué el campo Damasceno, y el paraíso lo fué únicamente de Eva. Esta recibió en su creacion las mismas gracias, dones, virtudes y privilegios que el hombre de quien fué formada, y tambien el mismo mandamiento de no comer del árbol prohibido. Con la creacion de Eva concluyó el Señor la del universo en el dia sexto, y descansó en el séptimo; esto es, cesó, porque en Dios no hay ni puede haber cansancio.

Estado de la Inocencia Estaban desnudos Adan y Eva, advierte aqui el historiador sagrado, y no se avergonzaban. Esto era efecto de la justicia original en que habian sido criados, y de la inocencia en que se hallaban. Estado felicísimo que solo ellos podrian pintar con acierto, pero no sus infelices descendientes que perdimos por el pecado las ideas exactas del pudor y la inocencia. Adan y Eva eran entonces como dos ángeles, dice San Juan Crisóstomo. Tenian cuerpos,

pero como sino los tuvieran. Su alma estaba obediente en todo á Dios, y dulcemente ocupada en amarle. Su cuerpo estaba sugeto á su alma, y seguia sin la menor resistencia sus impresiones. Los apetitos obedecian á la razon, y la carne era una fiel compañera del espíritu, dócil siempre á sus insinuaciones. El entendimiento estaba lleno de luz, conocia toda la naturaleza, y se recreaba en contemplarla y adorar al autor de tantas maravillas. La voluntad lo estaba de rectitud y bondad. Era señora de todos sus movimientos, y gozaba de un reposo siempre igual, tranquilo y dulce. En tan puro y dichoso estado nada tenían Adán y Eva de que avergonzarse; pero su felicidad pasaba mas adelante. Los animales les obedecian y obsequiaban á su modo; los árboles recreaban su vista con su frondosidad, y regalaban su apetito con frutas esquisitas; las plantas presentaban alimentos abundantes para sustentarlos, y el fruto del árbol de la vida les preservaba de la vejez y de la muerte. Todo se reunia á formar su felicidad, y nada habia en el mundo que la turbase. El calor, el frio, el hambre, la sed, el dolor, la enfermedad, la muerte... á ninguno de estos ni otros males estaban sugetos; por que todo mal era incompatible con el estado de justicia original en que Dios les habia criado.

Para colmo de su dicha sabian que la felicidad que ellos poseian, pasaría toda entera á sus descendientes, porque no la poseian solamente como personas particulares, sino tambien como padres de todo el género humano, como cabezas de la gran familia que habia de ocupar el universo, y

como troncos de donde habian de nacer y descender todos los hombres. Ellos eran los primeros reyes que el Rey de los cielos habia colocado en la tierra, y todos sus descendientes debian nacer reyes, y reinar como ellos sobre todas las demas criaturas que componian el universo. Tal era el estado en que fueron criados nuestros primeros padres, y que se ha llamado *estado de la justicia original y de la inocencia*. Eran tan dichosos en él, que nada les quedaba que desear para su felicidad temporal; y por lo que miraba á la eterna, nadie tuvo jamás esperanzas mas dulces y bien fundadas que Adán y Eva inocentes. En tan dichoso estado nada veian que les impidiese ir al cielo. Todo el camino era llano, no se veia en él ni un estorbo ni un tropiezo. Desde el momento en que fueron criados, caminaban gozosos por medio de su felicidad temporal, á la felicidad eterna que les estaba preparada en el cielo, donde entrarían cuando al Señor placiese, siendo trasportados á él por un género de raptó, sin beber el amargo cáliz de la muerte. ¡O estado de la inocencia! ¡Estado infinitamente amable! ¡Quién hubiera alcanzado á poseerte!

Caida de nuestros primeros padres. Pero, ¡ay cielos! ¡En qué estado tan infeliz no se convirtió este dichosísimo estado! Apenas se puede pensar en esta lastimosa tragedia del género humano sin que el corazón se angustie y estremezca. Los ángeles, que llamamos demonios, habían cometido ya el atentado de rebelarse contra Dios, y Dios los habia condenado á un castigo eterno. Estos ángeles rebeldes, abrasados de la envidia, trata-

ron de perder á los hombres que habian de sucederles en el cielo. Para esto uno de ellos (que seria Lucifer como capitan de todos) tomó posesion de la serpiente, reptil astuto y sagaz para morder sin ser advertido. Eva criada en el paraiso que habia de ser su morada, quiso reconocer sus primores. Por desgracia se separó de su marido (pocas veces va bien la muger sin su compañía) y paseando sola, llegó al medio del paraiso donde estaba el árbol de la ciencia del bien y el mal. Aquí la esperaba el dragon infernal para emponzoñarla. Movi6 á su vista los órganos de la serpiente que habia tomado por instrumento de su maldad, y formando palabras humanas, ¿por qué, la dijo, os ha mandado Dios que no comais del árbol del paraiso? y ella le contestó: Comemos del fruto de los árboles del paraiso, pero del fruto del árbol que está en medio del paraiso nos mandó Dios que no comiésemos, y que no le tocasemos, porque no muriésemos. No, dijo entonces la serpiente, de ninguna manera morireis. Sabe Dios, que en cualquier dia que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos, y sereis como Dioses, sabedores del bien y el mal. Vió, pues, la muger que era bueno el árbol para comer de él. Tomó de su fruto, comió, fué y dió á su marido que tambien comió. ¡Bocado infinitamente fatal!!! ¡bocado inmensamente funesto!!! En el mismo instante se abrieron los ojos de ambos, no para ser, como Dioses, sabedores del bien y el mal, segun les habia prometido el tentador, sino para ver el abismo de males en que les habia sumergido su desobediencia. De hombres angelicales pasaron de

repente á ser hombres carnales. Se vieron desnudos y se avergonzaron. Sintieron la rebelion de la carne, y esta rebelion les cubrió de empacho. La justicia original que tenia en un perfecto órden toda la naturaleza, servía como de velo que ocultaba su desnudez. En castigo de su desobediencia retiró Dios este velo, y se encontraron de repente desnudos y avergonzados. En tan afrentoso estado acudieron á una higuera, cortaron hojas, las unieron y se cubrieron con ellas. Tal fué la primera gala con que se adornaron los hombres despues del pecado.

Quando acababan esta maniohra, oyeron la voz del Señor, y asustados huyeron y se escondieron en lo mas espeso del paraíso; pero quando Dios persigue, no hay donde esconderse. ¿Dónde estás, Adán? dijo el Señor, y Adán todo turbado respondió; Oí, Señor tu voz, temí por que estaba desnudo, y me escondí. ¿Y quién te ha advertido que estabas desnudo, dijo el Señor, sino el haber comido del árbol, del cual te mandé que no comieras? La muger que me disteis por compañera, respondió Adán, me dió del árbol y comí. Y tú, muger, dijo á Eva ¿por qué hiciste esto? Me engañó la serpiente, respondió, y comí. Entonces dijo Dios á la serpiente: Maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra. Sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los dias de tu vida. Enemistades pondré entre la muger y tu, y entre su descendencia y la tuya. Ella quebrará tu cabeza, y tu asecharás á su talon. Dirigiéndose despues el Señor á la muger, multiplicaré, la dijo, tus penalidades y embarazos; en

dolor parirás tus hijos, estarás bajo la potestad del marido, y él te dominará. En seguida dijo á Adán: maldita la tierra en tu labor. En afanes comerás de ella todos los dias de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la yerba de la tierra. En el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas á la tierra de que has sido formado; porque polvo eres, y en polvo te volverás. Despues de fulminar el Señor estas sentencias terribles, que han tenido el mas entero cumplimiento, llevado de su amor á la pureza, hizo unas túnicas ó sacos de pieles para cubrir la vergonzosa desnudez de estos delincuentes. Tal fué el segundo traje de nuestros primeros padres; Qué contraste con el de sus lujosos descendientes!!! Cubriólos con ellos, y los arrojó del paraíso. Asi salieron de aquel lugar de delicias cubiertos de pieles como dos bestias, los que habian sido establecidos en él como dos ángeles.

Estado de la culpa. Pero, ¿quién podrá imaginar el doloroso estado en que se hallaron Adán y Eya, arrojados del paraíso! Habian perdido por su delito la amistad de su Criador, la justicia original, la inocencia, las virtudes, los dones del Espíritu Santo, todas las gracias que habian recibido del cielo. Al espantoso golpe de su funesta caída, se habia desconcertado toda la naturaleza, y trastornado el orden maravilloso en que habia sido formada. En el momento que ellos desobedecieron á Dios, todo se rebeló contra ellos. El cuerpo desconoció el dominio del alma, la carne se rebeló contra el espíritu, las pasiones se amotinaron contra la razon, los apetitos se ne-

garon á obedecer á la voluntad; en suma el hombre inferior y carnal se rebeló contra el hombre superior y espiritual, y desde entonces principió esta lucha interior de que tanto se lamentaba San Pablo (1) y que todos, por nuestra desgracia, experimentamos demasiadamente. Tambien los animales y demás criaturas se negaron á su modo á obedecer á los que habian faltado á la obediencia á su Criador. ¡Qué estado tan triste y tan lastimoso!

Pero aun no tenian fin aqui sus desgracias. Veian que no solamente ellos habian perdido la felicidad en que habian sido criados, sino que en ellos la habian perdido tambien todos sus descendientes. Sabian que su pecado con todas sus fatales consecuencias pasaria á toda su posteridad, porque no era solamente un pecado personal, sino tambien capital; no era solamente un pecado del individuo, sino tambien de la naturaleza; ni solamente un pecado actual, sino tambien original. Ellos habian pecado no solo como personas particulares, sino tambien como padres del género humano, como cabezas de la gran familia del universo, como troncos de donde habian de nacer todos los hombres y como fuentes de donde habian de manar todas las generaciones. Ellos conocian que unos padres desheredados no podian trasmitir á sus hijos la herencia que habian perdido; conocian que unas cabezas trastornadas no podian dejar de comunicar el trastorno á sus miembros, ni un tronco

(1) Rom. 7. 14, et seq.

viciado, el vicio á sus ramas, ni una fuente envenenada, el veneno á las aguas que de ella manasen. En fin, nuestros primeros padres sabian que habian recibido la justicia original juntamente con la naturaleza, y que juntamente con ella debian trasmitirla á sus descendientes; y si fué grande su gozo al saber que su felicidad pasaria á toda su posteridad, aun fué mayor su desconsuelo al ver que con su delito la habian privado de ella. Era, pues, en extremo doloroso el estado en que se hallaron nuestros primeros padres, arrojados del paraíso.

Sin embargo, el Señor, cuya caridad no tiene límites, habia dejado entrever alguna esperanza de remedio para este abismo de males, cuando dijo á la serpiente, que la muger quebraria su cabeza, anunciando ya desde entonces, que la Santísima Virgen daria al mundo un hijo que seria el Hijo de Dios hecho hombre en sus purísimas entrañas; que este hombre Dios quebraria la cabeza del dragon infernal, despojándole del poderío que le habia dado el pecado sobre todo el género humano, y que por los méritos de este hombre Dios, aun podrian salvarse los hombres. Adán y Eva, penetrados del mas profundo arrepentimiento y animados de esta vislumbre de esperanza, volvieron sus llorosos ojos al cielo, ofrecieron á Dios su dolor y sus copiosas lágrimas, imploraron sus misericordias, y al fin consiguieron volver á su gracia y amistad, aunque no al estado de la justicia original que habian perdido; mas esto les importaba poco en comparacion de la pérdida de la gracia y

amistad del Señor y se tuvieron por muy dichosos en haber conseguido la reconciliacion con su Criador; se sometieron resignados á sus adorables decretos; se conformaron con sus desgracias y castigos; se entregaron al trabajo y al afan para mantenerse con el sudor de su rostro, y una larga vida (que en Adan llegó á novecientos y treinta años) pasada en la penitencia, les consiguió la incomparable dicha de morir en la gracia del Señor, dejando á su posteridad un egemplar tan terrible de la justicia de Dios en su castigo, como de su inagotable misericordia en su perdon.

Cain y Abel. Mas como de su descendencia habia de nacer el Redentor de su pecado, á pesar del estado doloroso y estremadamente afflictivo en que se hallaban arrojados del paraíso, les fué preciso pensar en tener sucesion, y tuvieron hijos é hijas. El primero fué Cain, y se entregó á labrar la tierra. El segundo Abel, y se ocupó en apacentar los ganados. Cain y Abel ofrecieron al Señor sacrificios en reconocimiento de su supremo dominio como estaban obligados. Cain ofreció presentes al Señor de los frutos de la tierra y Abel de los primogénitos de sus ganados y de las grosuras de ellos; y el Señor miró á Abel y sus presentes; pero á Cain y sus presentes no miró. Cain se enfureció al ver esta preferencia, y como la envidia no entiende de justicia, quiso mas vengarse en su inocente hermano que confesar la ruindad de su sacrificio que era la causa de esta diferencia. Vamos al campo, dijo Cain á su hermano, con un semblante tan disimulado como

traidor. Vamos al campo, y salieron al campo; mas cuando ya le vió distante de la casa de sus padres, se arrojó sobre él y le mató.

La tierra recibió entonces por primera vez la sangre humana, derramada por un fratricida, y no pudiendo sostener tanta maldad, clamó al cielo por venganza. Dios oyó este clamor, y manifestándose á Cain, le reconvino de un modo terrible. ¿Qué has hecho? Le dijo. La voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Maldito, pues, serás sobre la tierra que recibió la sangre de tu hermano, y prófugo andarás sobre ella. Despues de esta maldicion de Dios, Cain trémulo y agitado de crueles remordimientos, huyó de una tierra que le daba en cara continuamente con su atroz delito, dejando á sus desgraciados padres traspasados de dolor y anegados en un mar de lágrimas. Cain vivió en la tierra oriental de Eden como un criminal que temia á cada paso la muerte, pero el Señor que, á pesar de su enorme crimen, no quería condenarle sino á penas temporales, le concedió muchos años de vida para que se arrepintiese y evitase las penas eternas; mas Cain fue un obstinado y consumó su reprobacion. Cuando huyó de sus padres estaba ya casado con una hermana, (pues no habia otra muger menos parienta en el mundo) arrastró consigo á su infeliz hermana y esposa, y vino á ser cabeza de una descendencia perversa, que formó hasta el tiempo del diluvio la raza de los malvados.

Desde la muerte del inocente Abel y la fuga de su delincuente hermano, Adan y Eva penetra-

dos del mas profundo sentimiento al ver en esta muerte atroz la corrupcion y fieréza que su pecado habia introducido en el corazon humano, solo pensaron en llorar sus desgracias y en implorar para sí y sus descendientes las misericordias del cielo: pero Dios queria tener adoradores fieles en la tierra : y habiendo muerto Abel sin hijos y pervertidose Cain y su descendencia, era preciso que descendiesen de Adan estos fieles adoradores.

Primeros Patriarcas. En efecto, á la edad de ciento treinta años tuvo Adan un tercer hijo, á quien su madre Eva llamó *Seth*, diciendo: Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel; y no se engañó en su esperauza, porque *Seth* imitó admirablemente la inocencia y piedad de Abel. *Adan*, despues que tuvo á *Seth*, tuvo hijos é hijas, y murió de novecientos treinta años. *Seth* tuvo á *Enos* á los ciento y cinco años, y despues hijos é hijas, y murió de novecientos doce años. *Enos* tuvo á *Cainan* á los noventa años, y despues hijos é hijas, y murió de novecientos y cinco años. *Cainan* tuvo á *Malaleel* á los setenta años, y despues hijos é hijas, y murió de novecientos diez años. *Malaleel* tuvo á *Jared* á los sesenta y cinco años, y despues hijos é hijas, y murió de ochocientos noventa y cinco años. *Jared* tuvo á *Henoch* á los ciento sesenta y dos años, y despues hijos é hijas, y murió de novecientos sesenta y dos años. *Henoch* tuvo á *Matusalén* á los sesenta y cinco años, y despues hijos é hijas, y á los trescientos sesenta y cinco desapareció por que le llevó Dios. Se cree que vive, y que está reservado para predicar el Evangelio al fin del

mundo. *Matusalén* tuvo á *Lameth* á los ciento y ochenta y siete años, y despues hijos é hijas, y murió de novecientos sesenta y nueve años; este fué el hombre que mas ha vivido en el mundo; murió pocos dias antes del diluvio. *Lameth* á los ciento ochenta y dos años tuvo un hijo, al que llamó *Noé*, diciendo: este nos consolará ó conservará; porque en efecto, *Noé* fué el que conservó el género humano para que no acabase en el diluvio. Despues tuvo *Lameth* hijos é hijas, y murió de setecientos sesenta y siete años. *Noé*, siendo de quinientos años, tuvo á *Sem*, *Cam* y *Jafet*. Resulta, pues, que fueron solo diez los Patriarcas que hubo en el discurso de mil seiscientos cincuenta y seis años que mediaron desde la creacion del mundo hasta el diluvio en la rama de *Seth*, inclusos *Adan* y *Noé*.

AÑOS DE LOS PATRIARCAS ANTES DEL DILUVIO.

	Antes de tener hijos.	Despues de tenerlos.	De toda la vida.
1 Adan.....	1	929	930
2 Seth.....	105	807	912
3 Enos.....	090	815	905
4 Cainan.....	070	840	910
5 Malaleel.....	065	830	895
6 Jared.....	162	800	962
7 Henoch.....	065	300	365
8 Matusalén.....	187	782	969
9 Lameth.....	182	595	777
10 Noé.....	500	000	950

Motivos de tan largas vidas. Asombra ciertamente la multitud de años que vivian los hombres antes del diluvio comparada con la brevedad de los que vivimos nosotros: pero los motivos de esta enorme diferencia nos son inciertos, porque no los dicen los libros santos. Sin embargo, los intérpretes de la Sagrada Escritura alegan varios y principalmente los tres siguientes: 1.º *La poblacion del universo.* Todo el género humano habia de traer su origen y descender de un solo hombre. El mundo estaba dispuesto para ser habitado desde su creacion, y como esperando su poblacion, y nada era mas apropósito para que esta se verificase que las vidas largas. Quanto mas vivian los hombres, tanto mas se multiplicaban; y como la multiplicacion de descendencias crece en proporcion geométrica, se hacia casi innumerable contando con ocho ó nueve siglos de vida en cada individuo. 2.º *La sanidad del globo.* La tierra antes del diluvio era vírgen, por decirlo así. Se hallaba como habia salido de las manos del Criador y producía los frutos puros y sin mezclas. No sucedió así despues del diluvio. Aquella inundacion espantosa precipitó gran parte de los montes en los valles y formó en los valles gran parte de los montes. Toda la tierra se confundió, y mezcladas sus sustancias, ya no produjo frutos puros, como antes del diluvio. Esta mezcla debió contribuir mucho para alterar la salud y abreviar la vida. Además se cree que antes del diluvio no se comía carne ni se bebía vino, y solo se usaban los alimentos frugales, que producía una tierra sana y debían ser

muy sanos. 3.º *La Tradicion.* No sabemos que se escribiese antes del diluvio, porque nada nos dicen los libros santos. Los misterios, la moral, el culto... toda la historia de la creacion y de la religion pasaba de unos hombres á otros por el conducto de la tradicion. Los padres enseñaban é imprimian en la memoria de sus hijos lo que ellos habian aprendido y recibido de sus padres; y la tradicion era la que llevaba las noticias de generacion en generacion por el canal de la memoria. Nada era mas apropósito para esta tradicion que vivir mucho tiempo los padres con sus hijos, y esto se conseguia con las edades que vemos antes del diluvio. Adan llegó á vivir con Matusalén, su sexto nieto, doscientos cuarenta y dos años, y tuvo sobrado tiempo para comunicarle todo lo que habia pasado, tanto en el paraíso, como fuera de él, hasta su tiempo. Matusalén vivió seiscientos años con su nieto Noé, y noventa y ocho con su biznieto Sem. Asi que para llegar las noticias de Adan á Sem, que vivió antes y despues del diluvio, solo se necesitó la interposicion de una persona que fué Matusalén. Estos son los motivos principales que se alegan, y parecen bien fundados, para que fuesen tan largas las edades antes del diluvio. Este se verificó en la vida de Noé y sus tres hijos Sem, Cam y Jafet, y la causa que le motivó fué la corrupcion de costumbres.

Corrupcion general. El género humano se dividió desde el principio en dos familias, que vinieron á formar dos grandes naciones, grandemente distintas en costumbres. Los descen-

dientes de Seth, á los que llama la Sagrada Escritura *hijos de Dios*, formaron una nacion de justos, y los de Cain, á los que llama *hijos de los hombres*, otra de pecadores. Muchos siglos siguieron separados estos dos pueblos; pero al fin vinieron á unirse con lazos matrimoniales, y esta union fatal causó la perdicion del género humano. Viendo los hijos de Dios, dice el sagrado testo, á las hijas de los hombres, que eran hermosas, se escogieron mugeres de entre ellas, y he aqui ya su ruina. Cuando una nacion justa y piadosa se mezcla con otra impía y corrompida, la justa se pervierte y la impía no se convierte. ¡Lastimosa, pero inseparable consecuencia del tolerantismo! dice San Cirilo. Desde que principiaron estos enlaces funestos, principió tambien la perversion de la descendencia santa, y habiéndolos continuado, la perversion se consumó, y el mundo no fué ya otra cosa que una masa de criminales.

Viendo Dios que era extremada la malicia de los hombres, y que todos los pensamientos de su corazon estaban empeñados en el mal, borraré, dijo, de sobre la tierra al hombre que crié. Me pesa de haberle hecho. Aunque en Dios no cabe pesar, quiso dar á conocer con esta espresion el extremo de maldad á que habia llegado el género humano. No obstante, en medio de esta corrupcion general fué hallado justo Noé. Habia nacido este justo el año de mil cincuenta y seis de la creacion del mundo: estaba solteró, y tenia ya cerca de quinientos años. Acaso no se habia casado temiendo aumentar con su familia el número

de los perversos: pero instruido de que él y sus hijos habian de volver á poblar el mundo despues de un diluvio universal, que iba á anegarle, se casó, y no tuvo mas que los tres hijos Sem, Cam y Jafet.

Arca de Noé. Y como vió Dios que la tierra estaba corrompida, porque toda carne habia corrompido su camino sobre la tierra, dijo á Noé: llegado es delante de mí el fin de toda carne; la tierra está llena de la iniquidad de los hombres, y Yo los destruiré con la tierra. Hazte un arca de maderas labradas, y la embetunarás por dentro y fuera. La harás de trescientos codos de larga, cincuenta de ancha y treinta de alta. (Cada codo comun es media vara). Harás tres pisos en ella y los dividirás en apartados. Yo enviaré un diluvio de aguas sobre la tierra para que destruya todo lo que tiene vida bajo del cielo. Entonces entrarás en el arca tú, tu muger y tus tres hijos con sus mugeres, (porque ya se habian casado pero aun no tenian familia). Tambien meterás en ella de cada clase de animales un par, macho y hembra, para que se conserve su especie, y ademas alimentos para que os sustentéis tú y tu familia, y tambien los animales. Noé hizo lo que Dios le mandaba; y estando ya concluida el arca y provista de alimentos, cuando solo faltaban siete dias para comenzar el diluvio, dijo el Señor á Noé: entra tú y toda tu familia en el Arca. Mete tambien en ella de cada especie de animales un par, macho y hembra, pero de los animales limpios, que se me ofrecen en sacrificio, meterás siete. Los tres apareados, y el restante sin com-

pañero. Todo se egecutó en los siete dias segun la órden de Dios, cuyo poder irresistible hizo venir á la puerta del arca de todas las especies de animales, y Noé los metió en ella. Luego que estuvieron en el arca las ocho personas, de las que habia de nacer un nuevo mundo, y el número de animales que habían de conservar las especies, y servir para los sacrificios, cerró el Señor por fuera la puerta para que no entrasen las aguas.

DILUVIO.

El año de mil seiscientos cincuenta y seis de la creacion del mundo, el seiscientos de la vida de Noé, y el dos mil trescientos cuarenta y cuatro antes del nacimiento de Jesucristo, el dia diez y siete del mes segundo se rompieron todas las fuentes del grande abismo, dice la Sagrada Escritura, y se abrieron las cataratas del cielo. Los mares saltaron sus barreras y se estendieron con una rapidez espantosa sobre la tierra. Las nubes se abrieron, y estuvieron vertiendo torrentes de agua cuarenta dias y cuarenta noches sin cesar. Las aguas inundaron luego todos los valles, y creciendo continua y espantosamente, cubrieron hasta los mas altos montes que hay bajo del cielo, y se elevaron quince codos sobre ellos. Los hombres, las bestias, las aves, todo quanto respiraba en la tierra y en el aire fué anegado y pereció. Solamente se salvaron los que estaban encerrados en el arca. Esta memorable nave se

habia ido elevando sobre las aguas al paso que ellas subian, y navegaba tranquila sobre un mar que en su furor se habia tragado el mundo.

Despues de los cuarenta dias y cuarenta noches de inundacion, se cerraron las fuentes del abismo y las cataratas del cielo. Las aguas dejaron de elevarse, pero permanecieron ciento y cincuenta dias cubriendo la tierra sin bajar ni disminuirse. Al cabo de este tiempo, Dios envió un fuerte viento, y las aguas, yendo y volviendo, comenzaron á bajar. El dia veintisiete del mes séptimo el arca dejó de navegar y encalló ó reposó sobre el monte Araraz en la Armenia. Continuaron moviéndose las aguas y disminuyéndose hasta el mes décimo, y el dia primero de este mes aparecieron las cumbres de los montes. Cuarenta dias despues abrió Noé una ventana que habia hecho en la cubierta ó techo del arca y soltó un cuervo que (cebado regularmente en los cuerpos muertos) no volvió. Envió despues una paloma para ver si se habian retirado las aguas y no hallando donde hacer pie, se volvió al arca. Esperó Noé otros siete dias, y volvió á enviar la paloma, la cual vino por la tarde trayendo en el pico un ramo de olivo con hojas verdes. Conoció Noé en esto que habian cesado las aguas. No obstante, esperó otros siete dias, y envió tercera vez la paloma, la cual no volvió ya mas al arca.

El año seiscientos uno de la vida de Noé, el primer dia del primer mes las aguas se habian retirado enteramente, y abriendo Noé la cubierta del arca, vió que la tierra estaba sin agua, pero lodosa y cenagosa. Pasaron aun cincuenta y siete

días; y ya entonces la tierra se halló firme, enjuta, y en sazón para el cultivo. Un año y diez días había que Noé, su familia, y una multitud de animales estaban encerrados en aquella prodigiosa nave, que les salvó de un diluvio que había anegado el mundo, cuando habló Dios á Noé diciendo: sal del arca tú y tu muger, tus hijos y las mugeres de tus hijos contigo. Saca tambien todos los animales. Estendeos sobre la tierra, multiplicaos y llenadla otra vez de vivientes. Salió, pues, Noé y su familia del arca, y salieron tambien todos los animales que había en ella. Apenas el santo Patriarca volvió á fijar sus plantas sobre aquella tierra que había contemplado con asombro sumergida en un diluvio, cuando lleno de fé, de piedad y del mas profundo reconocimiento á su bienhechor soberano, erigió un altar y le ofreció en sacrificio los animales limpios que había metido en el arca sin compañeros. El Señor recibió este sacrificio en olor de suavidad y dijo: no volveré á maldecir la tierra por causa de los hombres, porque los sentimientos del corazon humano están propensos al mal desde su juventud. Mientras durare el mundo, la sementera y la siega, el frio y el calor, el yerano y el invierno, la noche y el dia se sucederán y no cesarán. Despues de estas promesas de tanto consuelo para los que habían presenciado los estragos del diluvio, les bendijo Dios diciendo: creced y multiplicaos y llenad la tierra.

Las mismas palabras dijo á Adan y Eva, luego que les crió, y la misma bendicion les dispensó; pero la fecundidad que esta bendicion había

atraído sobre nuestros primeros padres, no fué la misma que atrajo sobre Noé y su familia. Aquellos consiguieron la fecundidad por la multitud de años de vida, y estos por su temprana procreación. Hemos visto que los Patriarcas, antes del diluvio, principiaban comunmente á tener hijos á la edad de cien años y morian á la de novecientos poco mas ó menos, y veremos que despues del diluvio principiaban comunmente á tener hijos á la de treinta y morian á la de trescientos, siendo mas los que no llegaban á esta edad que los que pasaban de ella: mas el resultado en la segunda edad del mundo vino á ser el mismo que en la primera; por que si en esta era asombrosa la multitud de descendientes de un matrimonio que duraba ochocientos años, despues que principiaba á tener hijos; en aquella lo era tambien por que principiaba á tenerlos setenta años antes. Asi es que en menos de cien años, despues del diluvio, ya contaba Sem con cuatro generaciones en su descendencia.

Noé, este segundo padre comun del género humano, luego que salió del arca se entregó como el primero á labrar la tierra para mantenerse con el sudor de su rostro, cumpliendo la condena impuesta por la justicia divina á todos los hombres; pero la tierra que labraba, no era ya en su adorno y fecundidad la misma que habia cultivado antes del diluvio. Trastornada por una inundación espantosa que bajaba los montes y empinaba los valles, sepultada en los abismos de las aguas y batida sin cesar por mas de dociientos y cincuenta dias, habia per-

dido mucho de su primera fecundidad y hermosura cuando salió del diluvio. ¡Pérdida sensible para todos los mortales, pero mucho mas sensible para Noé y su familia que podian hacer la comparacion de uno y otro estado!

Viña de Noé. Continuó Noé labrando esta tierra desmejorada acompañado de sus tres hijos y de los hijos que estos iban procreando. Plantó una viña que le acarreó desgracias y sentimientos. Sacó vino de sus uvas, lo bebió y se embriagó. No sabemos si antes del diluvio se hacia vino de las uvas, ni si Noé tenia noticia de que embriagase esta bebida, ni si fué una casualidad, una inadvertencia, una sorpresa ó una indisposicion corporal la causa de su embriaguez, ó si provino de un exceso culpable, lo que sabemos es, que los Santos Padres generalmente le escusan de pecado. Embriagado Noé quedó dormido y descubierto en medio de su tienda. Hubo de entrar en ella Cam, su segundo hijo, y este impío al verle en tan vergonzoso estado, salió á decirlo á Sem y Jafet sus hermanos para que ellos fuesen tambien á verle, pero estos piadosos hijos se cubrieron de rubor al oír tan bochornosa noticia, y tomando una capa sobre los hombros de ambos fueron andando hacia atras y la dejaron caer sobre su venerable padre, teniendo vueltos sus rostros para no verle, y no vieron, dice el sagrado testo, la desnudez de su padre. Cuando este despertó del vino, y supo lo que habia hecho con él su hijo Cam, maldijo, no á este perverso, por que habia sido bendecido por Dios juntamente con sus hermanos luego que salieron del arca,

sino á su cuarto hijo Canaan, que debia ser ya tan perverso ó mas que el padre. Maldito sea Canaan, dijo, no por espíritu de venganza, sino de castigo y profecía, y añadió: bendito sea el Señor, Dios de Sem. Sea Canaan su siervo. Dilate Dios á Jafet y habite en los tabernáculos de Sem y sea Canaan su siervo.

< Aquí concluyó esta tragedia que representa tan vivamente á los malos y buenos hijos de la Iglesia; pero no concluyeron aqui sus consecuencias, por que el fin desastrado de la descendencia de Canaan, esterminada casi enteramente por los Israelitas descendientes de Sem y reducidas sus reliquias á la mas servil servidumbre, y la felicidad de Sem que vió nacer humanado en sus tabernáculos al hijo del eterno padre, y la de Jafet que entró á adorar á este hijo del eterno padre en los tabernáculos de Sem, todos éstos asombrosos sucesos fueron previstos aqui y anunciados por el venerable anciano. Este famoso suceso no interrumpió la multiplicacion de los nuevos pobladores del mundo.

Torre de Babel. Apenas habian transcurrido cien años despues del diluvio, cuando la tierra de Senaar que habitaban no podia ya sostener sus numerosas familias. Trataron, pues, de separarse, pero antes entraron en el mas soberbio y desatinado proyecto. Venid, se dijeron los unos á los otros. Edifiquemos una ciudad y una torre cuya cumbre toque en el cielo y hagamos célebre nuestro nombre, antes que nos dividamos por todas las tierras.

En efecto, ellos emprendieron la obra y la si-

guieron con tanto empeño que, si hemos de dar crédito á los viajeros que han procurado ver y examinar este monumento de la soberbia humana, aun se encuentra, despues de mas de cuarenta siglos, en la tierra de Senaar una mole enorme mas parecida á una montaña que á una torre; pero que examinada con atencion, y sabiendo distinguir las ruinas de lo que resta del edificio, se ve que efectivamente es una torre de formá cuadrada y fabricada de ladrillo, caña y betun que, mezclados, forman una argamasa sumamente dura. Su elevacion es todavia de cuarenta y tres varas y el circuito de mas de tres mil y trescientas. No se sabe cuanto hicieron de la ciudad, ni á que altura llegó la torre; pero si que llevaban ya empleados como unos treinta años en su obra, y que seguian con empeño su necio proyecto, cuando el Señor hizo parar de repente esta loca empresa confundiendo su lenguaje.

Todos los hombres hablaban entonces el de Adan y Eva; y Dios hizo que en este momento olvidasen esta lengua primitiva y hablasen otras nuevas. Asi los hombres se hallaron de improviso en una confusion espantosa, porque hablaban y no se entendian, y por esto se dió á la ciudad el nombre de *Babilonia* y á la torre el de *Babel*, que significa *confusion*. De este modo castigó Dios la soberbia de los hombres y les obligó al mismo tiempo á separarse mucho antes de lo que ellos habian pensado. Eran setenta las cabezas de las familias, y se dividieron en otros tantos pueblos, que estendiendose por todas partes, volvieron á ocupar el universo. Sin embargo, se

creo comunmente que entre esta confusion de lenguas se conservó la primitiva en la familia de Sem, ó bien porque el Señor no la borró de su memoria, ó bien por que se la recordó despues.

La torre de Babel se principió á edificar en un espacioso campo entre los dos grandes rios *Eufrates* y *Tigris*, y de este campo famoso salieron con sus familias Sem, Cam y Jafet únicos hijos de Noé á poblar todo el universo. Los descendientes de Sem poblaron el Asia, los de Cam el Africa, y los de Jafet la Europa. La América fué tambien poblada por alguna de estas familias necesariamente, porque dice el sagrado testo que de los tres hijos de Noé se propagó todo el linaje de los hombres sobre toda la tierra; pero acerca de la familia que pobló esta parte del mundo no hay mas que conjeturas. Elam, uno de los hijos de Sem, fundó el reino de los Persas. Asur, tambien hijo de Sem, edificó la ciudad de Ninive y fundó el imperio de los Asirios. Los hijos de Cam se dirigieron hácia el mediodia, donde Mezrain fundó el reino de Egipto. Canaan (aquel cuarto hijo de Cam que fué maldecido por su abuelo) segun unos, se habia apoderado, antes de dar principio á fabricar la torre de Babel, de la tierra de los Patriarcas, y segun otros se adelantó á la familia de Sem al tiempo de la dispersion y se apoderó de su herencia. Canaan la pobló con sus once hijos que vinieron á formar las naciones cananeas en aquel secundo y hermoso pais que del nombre de su padre se llamó *tierra de Canaan*. En fin, los hijos de Jafet se dirigieron hácia el occidente y poblaron la Europa y las tier-

ras que los libros santos llaman *Islas de las Gentes*.

Por desgracia los delitos habian vuelto á manchar una tierra purificada por la divina justicia con las aguas de un diluvio, y se habian multiplicado con los hombres, y Cam, segundo hijo de Noé, fue quien dió el primer ejemplo burlándose de su anciano padre. Los hombres fueron ya viciosos antes de la dispersion; pero lo fueron mucho mas despues de ella. El conocimiento del verdadero Dios se borraba cada dia, la idolatria se propagaba lastimosamente y la corrupcion llegó á ser general. Noé aun vivia en este tiempo y tuvo el amargo sentimiento de ver estendida entre sus descendientes aquella misma corrupcion que habia visto con dolor apoderada de todos los hombres antes del diluvio. Este segundo Adan, escogido por Dios para conservar la especie humana, murió á los novecientos y cincuenta años de su edad, habiendo vivido seiscientos antes del diluvio, uno en el diluvio y trescientos cuarenta y nueve despues de él, dejando á Sem, su hijo mayor como mayorazgo de los primogénitos, los derechos que habia heredado de Adan sobre la tierra que este primer hombre cultivó por si mismo y despues de él todos los Patriarcas. La dilatada vida de Noé estuvo toda entera consagrada á Dios y ocupada en mantener y propagar su divino culto entre los hombres. Noé fué un justo de nueve siglos y medio, y llevó consigo la gloria de haber sido escogido por Dios entre todos los hijos de Adan para conservar el género humano.

Descendencia de Sem hasta Abram. Estas son, dice el sagrado testo, las generaciones de Sem. Sem era de cien años quando engendró á Arfaxad, dos años despues del diluvio. Y vivió Sem, despues que engendró á Arfaxad, quinientos años: y engendró hijos é hijas. Y vivió Arfaxad treinta y cinco años y engendró á Salé: y vivió Arfaxad, despues que engendró á Salé, trescientos y tres años: y engendró hijos é hijas. Y vivió Salé treinta años, y engendró á Heber: y vivió Salé, despues que engendró á Heber, cuatrocientos y tres años: y engendró hijos é hijas. Y vivió Heber treinta y cuatro años, y engendró á Faleg: y vivió Heber, despues que engendró á Faleg, cuatrocientos y treinta años: y engendró hijos é hijas. Y vivió Faleg treinta años, y engendró á Reu: y vivió Faleg, despues que engendró á Reu, doscientos y nueve años: y engendró hijos é hijas. Y vivió Reu treinta y dos años, y engendró á Sarug: y vivió Reu, despues que engendró á Sarug, doscientos y siete años: y engendró hijos é hijas. Y vivió Sarug treinta años, y engendró á Nacor: y vivió Sarug, despues que engendró á Nacor, doscientos años: y engendró hijos é hijas. Y vivió Nacor veinte y nueve años, y engendró á Taré: y vivió Nacor, despues que engendró á Taré, ciento diez y nueve años: y engendró hijos é hijas. Y vivió Taré setenta años, y engendró á Abram y á Nacor y á Aran. Y fueron todos los dias de Taré doscientos y cinco años, y murió en Haran.



AÑOS DE LOS PATRIARCAS DESPUES DEL DILUVIO.

	Antes de tener hijos.	Despues de tenerlos.	De toda la vida.
1 Sem.....	100	500	600
2 Arfaxad.....	35	303	338
3 Cainan (1).	"	"	"
4 Salé.....	30	403	433
5 Heber.....	34	430	464
6 Faleg.....	30	209	239
7 Reu.....	32	207	239
8 Sarug.....	30	200	230
9 Nacor.....	29	119	148
10 Taré.....	70	135	205

Abram. Cuando Dios abandonaba á los hombres á la corrupcion de su corazon, se reservaba uno para que fuese el padre y la cabeza de una nacion escogida y destinada á conservar el verdadero culto, y á dar al mundo el Salvador de los hombres. Este justo era Abram, hijo de Taré, y undécimo descendiente de Noé por la línea de su primogénito Sem. Habia nacido en la Mesopotamia, en la ciudad de Ur de los Caldeos, el año de dos mil y siete de la creacion del mundo, el trescientos cincuenta y uno despues del diluvio, dos años despues de la muerte de Noé, y ciento cincuenta antes de la muerte de

(1) Le cuenta San Lucas en la genealogía de Jesucristo, pero no sus años.

Sem. Casó con Sarai, parienta muy cercana y muger muy hermosa, pero estéril. Ya habia pasado Abram de los setenta años de su edad, cuando el Señor de la gloria, como dice San Esteban, se le apareció en la Mesopotamia, y le dijo: sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré, y te haré (padre) de gente grande, y te bendeciré y magnificaré tu nombre y serás bendito. Bendeciré á los que te bendigan y maldeciré á los que te maldigan y EN TI *serán benditas todas las generaciones de la tierra.* En tu descendiente, que es Cristo, dice San Pablo. Esta era una promesa magnífica é incomparable que hacía Dios á Abram, asegurándole que de su descendencia naceria su Santísimo hijo humanado. Abram lleno de fé y de obediencia salió de su tierra y de su parentela y de la casa de su padre, como se lo mandaba el Señor, y llevó consigo á Sarai, su muger, y al huérfano Lot, hijo de su hermano Aran que habia muerto en Ur de los Caldeos, y á toda la familia y todos los bienes que tenia sin saber adonde iba; pero el Señor no permitió que su ciega obediencia diese pasos inciertos y le mostró luego la tierra de Canaan para que se dirigiese á ella. Esta era cabalmente la tierra que, desde el principio del mundo, habitó y cultivó Adam, Seth y los demas Patriarcas hasta Noé, que tambien la habitó y cultivó antes del diluvio. Este hermoso país, que á pesar de los estragos del diluvio habia quedado el mas sano y mas fértil de toda la tierra, era la herencia patriarcal que pertenecia á Sem, primogenito de

Noé; y Abram era el Patriarca á quien Dios llamaba á vivir en esta herencia de sus ilustres ascendientes.

Despues de muchas jornadas entró en ella y se internó hasta la ciudad de Siquen, hasta el valle ilustre que estaba en el centro de la Palestina. Aqui volvió á aparecerse el Señor á Abram y le dijo: á tu posteridad daré esta tierra. Abram penetrado del mas profundo reconocimiento y sin atender á que se hallaba en medio de unos pueblos entregados al culto y adoracion de los dioses falsos, cuales eran los Cananeos, edificó allí un altar al Dios verdadero, que se le habia aparecido y le ofreció el sacrificio de alabanza y accion de gracias: y pasando al monte que estaba al oriente de Betel, tendió allí su campamento teniendo al occidente á Betel y al oriente á Hai, y edificó tambien allí un altar al Señor é invocó su nombre (su proteccion y amparo). De allí fué adelante caminando hácia el mediodia; pero vino hambre sobre la tierra de Canaan y Abram con este motivo bajó á Egipto, á donde el hambre no se habia estendido. Estando para entrar en aquel reino, dijo Abram á Sarai: conozco que eres muger hermosa, y luego que te vean los Egipcios han de decir: su muger es; y á mi me matarán y á ti te reservarán. Di, pues, te ruego, que eres mi hermana para que haya yo bien por ti y viva mi alma por tu respeto. No mintió aqui Abram como parece; porque entre los Hebreos se llamaban hermanos y hermanas los parientes mas cercanos. El mismo llamó á su sobrino Lot *hermano* y esta costumbre se conservaba aun en tiempo de

Jesucristo. Además hay fundamentos para creer que Sarai era hija de Taré, padre de Abram, que le había nacido diez años después de Abram, aunque de otra madre, y por consiguiente que eran hermanos carnales, y no lo siendo uterinos podían casarse, fuese por que aun durase la dispensa de casarse los hermanos después del diluvio, fuese por que el Señor dispensase en favor de dos personajes que destinaba para troncos de su pueblo escogido, fuese en fin por que no hallase Taré persona con quien casar á su hijo que no estuviese inficionada de la idolatría; por que tanta era entonces la prevaricación de los hombres y tan estendido se hallaba este abominable vicio.

Luego, pues, que entró Abram en Egipto, vieron los Egipcios la muger que era en extremo hermosa. Los principales lo dijeron á Faraon (asi se llamaban los Reyes de Egipto) y se la alabaron, y fué llevada Sarai al palacio de Faraon para casarse con ella, pero no llegó este caso, por que era costumbre que las mugeres destinadas para Reinas fuesen preparadas por seis meses con óleo de mirra, y por otros seis usaban de aceites y aromas, como se ve en el libro de Estér. En este tiempo trataron bien á Abram por atención á Sarai, y tuvo ovejas y vacas, y asnos y asnas, y camellos, y siervos y siervas; y en este mismo tiempo envió Dios grandísimas plagas sobre Faraon y su casa por haber tomado á Sarai. No nos dice el sagrado testo qué plagas fueron estas, pero sí que Faraon llamó á Abram y le dijo: ¿qué es esto que has hecho conmigo? ¿Por

qué no me advertiste que era tu muger? ¿Por qué me dijiste que era tu hermana, dando lugar á que la tomase para mí por muger? Ahora, pues, ahí tienes á tu muger; tómalala y vete: y dió orden Faraon á sus varones acerca de Abram, y acompañaron (hasta salir del reino) á él y á Sarai su muger, y todas las cosas que tenia. Al oír estas quejas que dá Faraon á Abram, podría creerse que Abram nada tenia que temer y que obró con alguna ligereza sospechando mal de este Príncipe y sus súbditos; pero Abram no juzgó temerariamente en recelar que unos idólatras que ni aun conocimiento de Dios tenían, fuesen capaces de las mayores injusticias; fuera de qué Faraon solo habla de este modo, cuando siente sobre sí la mano del Señor que le castiga.

— Abram subió de Egipto y con él su muger Sarai y su sobrino Lot, que vivia siempre en su compañía. Advierte aquí el sagrado testo que Abram era muy rico en oro y pláta, haciendo ver en esto que no lo era solo en ganados y siervos, y que si Abram habia dejado su tierra, su patria, su parentela y sus posesiones por obedecer al Señor, el Señor le colmaba de todo género de bienes en premio de su obediencia. Volvió Abram á tomar el camino que habia traído hasta llegar á donde habia tenido fijadas antes sus tiendas entre Betel y Hai, y allí ofreció sacrificios sobre el altar que los habia ofrecido antes para dar gracias á Dios por los favores y beneficios que le habia dispensado en Egipto. Lot tenia también ovejas y ganado mayor y tiendas, porque la bendición del Señor se habia estendido al

sobrino por respetos á su tio; y eran tantos los ganados de entreambos que no podian mantenerse juntos. Con este motivo se suscitaron pependencias entre los pastores de Abram y de Lot. Y como Abram era tan justo, tan pacífico y tan caritativo dijo á su sobrino Lot: no haya, te pido, contienda entre tú y yo, ni entre tus pastores y los mios, pues somos hermanos. Ahí tienes á la vista toda la tierra; te ruego que nos apartemos. Si tú fueres á la izquierda, yo tomaré la derecha, y si eligieres la derecha, yo caminaré á la izquierda. Lot levantó sus ojos para informarse de la tierra que alcanzaba á registrar con su vista, y vió toda la vega á lo largo del Jordán, que toda se regaba antes que destruyese el Señor á Sodoma y á Górra, y era como paraiso del Señor, y como el Egipto para el que viniese á Segor. Eligió, pues, Lot para sí la vega del Jordán y se retiró al oriente, separándose el un hermano del otro, esto es, el sobrino de su tio. Abram habitó en la tierra de Canaan; y Lot puso sus pastores en la vega del Jordán, y el habitó en Sodoma. Mas los hombres de Sodoma eran muy perversos y muy pecadores delante del Señor.

Despues que se apartó Lot, dijo el Señor á Abram: alza tus ojos y mira desde el lugar en que ahora estás, hácia el septentrion y el mediodia, hácia el oriente y el poniente: toda la tierra que registras, daré á tí y á tu posteridad para siempre, y haré tu linage como el polvo de la tierra. Si puede alguno de los hombres contar el polvo de la tierra, ese podrá contar tu descendencia. Levántate y recorre la tierra á lo largo

y á lo ancho de ella, porque á tí la tengo de dar; que fué decirle, yo te doy la soberanía ó derecho de propiedad de este pais el mejor del mundo, y su posesion y goce á tu descendencia desde el dia en que, formando nacion, le conquiste, hasta aquel en que deje de ser un reino. Abram levantó su campamento y fué á morar junto al valle de Mambre, propio de Mambre, de quien tomó el nombre, y luego edificó tambien allí un altar para ofrecer sacrificios al Señor. Abram pasó seis años muy tranquilos y felices en este nuevo establecimiento sin turbaciones en sus pastores ni en el resto de su familia, porque el temor y amor del Señor que el Patriarca inspiraba y enseñaba á todos con sus palabras y egemplos era para todos una ley soberanamente suave, que á todos llevaba con gusto á su cumplimiento. Tampoco habia inquietud de parte de sus vecinos por que hallaban en la conducta de Abram un *no se qué* de grande, de generoso, y de heróico, que le hacia en gran manera respetable y amable. Pero las guerras del pais en que habitaba vinieron á turbarle y sacarle en cierto modo de su felicidad.

Guerras en Canaan. Anrafel Rey de Sennar, y Arioc Rey de Ponto, y Codorlahomor Rey de los Elamitas, y Tadal Rey de las Gentes, entraron en guerra contra Bara Rey de Sodoma, y contra Bersa Rey de Gomorra, y contra Sennaab Rey de Adama, y contra Semeber Rey de Seboin, y contra el Rey de Bala ó Segor. Estos cinco Reyes habian estado sujetos doce años á Codorlahomor, y en el trece se le rebelaron, por lo

que el año catorce vino Codorlahomor con los Reyes sus coligados, y derrotaron á los Rafaitas en Astarotcarnaim, y á los Zucitas sus aliados, y á los Emitas en Save Cariataim, y á los Correos en los montes de Seir, y volvieron á la fuente de Misfar, y talaron todo el campo de los Amalecitas, y al Amorreo que habitaba en Asasontamar, y salieron los Reyes de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y Bala, y ordenaron batalla en el valle de las selvas contra Codorlahomor, Tadal, Anrafel y Arioc, y el Rey de Sodoma y el de Gomorra volvieron las espaldas y cayeron allí, y los que escaparon, huyeron al monte, y tomaron los vencedores toda la sustancia de Sodoma y de Gomorra y todo lo que pertenecía á el alimento y se fueron. Y tambien tomaron á Lot, hijo del hermano de Abram, que habitaba en Sodoma, con todo lo que tenia.

Victoria de Abram. Uno de los que habian huído fue á dar la noticia á Abram que moraba en el valle de Mambre, Amorreo, hermano de Escol y de Aner. Estos tres hermanos eran aliados de Abram. Luego que Abram oyó que tambien Lot su sobrino habia sido hecho prisionero, contó trescientos diez y ocho de los mas valientes de sus criados, y armados á la ligera, y reforzados con algunos soldados que quisieron agregar á su pequeña tropa los tres hermanos, salió acompañado de éstos, y lleno de fé y de valor, á perseguir con un puñado de hombres á cuatro Reyes rodeados de tropas victoriosas. Los alcanzó en el valle de Savé cerca de Siquen, bien descuidados de que hubiese en aquellas tier-

ras quien se atreviese ni á aun á acercarse á ellos. Dividió su pequeña tropa en partidas, y cayendo sobre ellos de noche, los sorprendió, rompió y derrotó, matando un gran número en aquel campo, y los fue persiguiendo hasta Hoba, á la izquierda de Damasco. Recobró todo el botin de que se juzgaban seguros poseedores, y trajo consigo á su sobrino Lot con toda su familia y bienes, y todas las mugeres y todo el pueblo que los Reyes llevaban cautivo, y todos sus bienes. La noticia de un hecho tan valeroso llegó al valle de Pentapolis antes que el héroe que le habia egecutado; y el Rey de Sodoma, hijo, segun parece, del que cayó en el combate, salió al encuentro de Abram á recibirle y darle mil enhorabuenas por tan portentosa victoria.

Melquisedec. Tuvo Abram otro recibimiento, mas del gusto de su fé y su religion. Este fue el que le hizo Melquisedec, Rey de Salem, que sacando pan y vino, porque era Sacerdote del Dios Altísimo, y usando de la superioridad que le daba la excelencia de su sacerdocio, le bendijo, diciendo: bendito tú, Abram, del Dios excelso, que crió el cielo y la tierra, y benditó el Dios excelso con cuya proteccion están los enemigos en tus manos. Abram recibió la bendicion del Sacerdote del Altísimo con la mas profunda veneracion, y para manifestar su reconocimiento al Señor que le habia concedido la victoria y los despojos de ella, le ofreció el diezmo de todos en la persona de su ministro. Ninguna otra noticia nos dá aqui Moisés de este Sacerdote del Altísimo, que fue una de las mas acabadas imágenes de Jesucristo, Sa-

éerdote eterno, según el órden de Melquisedec; pero á su vez nos la da San Pablo en su carta á los Hebreos, diciendo, entre otras muchas cosas, que se omiten por la brevedad y pueden leerse en ella: que Melquisedec fue Rey de Salem y Sacerdote del Dios Altísimo: que salió á recibir á Abram cuando volvía de la derrota de los Reyes, y le bendijo: que Abram le dió el diezmo de todas las cosas: que este Sacerdote del Dios Altísimo fue un Rey de justicia y de paz, sin padre, sin madre, sin genealogía, sin principio de dias, ni fin de vida. Ningun cristiano puede dejar de conocer que la pintura que de Melquisedec nos hace aquí la Sagrada Escritura, no puede aplicarse á hombre alguno del mundo y que solo conviene á Jesucristo, Rey de justicia, Príncipe de paz, Sacerdote divino, sin madre en cuanto Dios, sin padre en cuanto hombre, sin otra genealogía que la eterna generacion de su eterno padre, sin principio de dias y sin fin de vida. Asi es que Melquisedec, cuyo Sacerdocio era incomparablemente superior al Sacerdocio de Aaron, fue uno de los personajes del antiguo Testamento que mas expresamente representó al sumo y eterno Sacerdote Jesucristo mil y novecientos años antes de su venida.

Concluido el recibimiento de Melquisedec, Rey de Salem, logró su vez el Rey de Sodomá, y dijo á Abram: Dame las personas y toma para ti lo demás: pero Abram, el hombre mas desinteresado y generoso que pisaba la tierra de Canaan, le protextó: que nada tomaría de lo que era suyo, desde el hilo de trama hasta la correa

de un calzado: ó como se dice vulgarmente, ni una hilacha, á excepcion de lo que habian comido los soldados, y de la parte que pertenecia á sus aliados Aner, Escol y Mambre que habian ido con él, porque estos, dijo, tomarán su parte.

◁ *Promesas á Abram.* Despues de este gran suceso, y acaso en la noche siguiente á su conclusion, recibió Abram un favor nuevo de Dios, mas estimable que la famosa victoria que acababa de concederle contra cuatro Reyes reunidos. Volvió á visitarle el Señor, y su divina palabra vino á Abram en vision diciendo: no temas, Abram, yo soy tu protector, y tu premio en gran manera grande. ¡Señor Dios! dijo Abram admirado y sorprendido, ¿qué me dareis? yo moriré sin hijos, y este Damasco, hijo de Eliecer mi mayordomo... será mi heredero. No, le dijo el Señor, no será este tu heredero, sino el que saldrá de tus entrañas, ese tendrás por heredero. Diciendo esto sacó á Abram al campo y le dijo: mira al cielo y cuenta, si puedes, las estrellas. Asi será tu descendencia. Abram, dice el Apóstol, creyó en esperanza contra esperanza que sería padre de muchas gentes, cuando se le dijo: *asi será tu descendencia.* No se enflaqueció en la fé, ni consideró su propio cuerpo amortiguado, siendo ya de casi cien años, ni que la disposicion de concebir se habia acabado en Sarai que iba á cumplir noventa. Tampoco dudó, ni tuvo la menor desconfianza en la promesa del Señor; antes se fortificó en la fé, dando gloria á Dios, y sabiendo plenísimamente que todo lo que prometió era

tambien poderoso para cumplirlo; y por esto, concluye el Apóstol, le fue imputado á justicia.

Pacto. El Señor no paró aqui, sino que continuó dispensando á Abram su palabra y le dijo: yo soy el que te saqué de Ur de los Caldeos para darte esta tierra y que la poseyeses. ¿Y en qué ¡Señor Dios! dijo aqui Abram. ¿En qué puedo yo conocer que la he de poseer? Tómame, le dijo el Señor, una vaca de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años; una tórtola tambien y una paloma. Abram tomó todas estas cosas, las partió por medio y puso las mitades una en frente de otra, dejando paso entre ellas, mas no partió las aves, porque habian de ser sacrificadas enteras. Era costumbre entre los antiguos, cuando querian hacer un contrato ó alianza de consideracion, tomar un animal, dividirlo en dos mitades, poner una en frente de otra, y pasar por medio, significando con esta imponente ceremonia, que el primero que faltase al contrato ó alianza merecia ser dividido como aquel animal. Luego que Abram colocó las medias víctimas en el orden que el Señor le habia inspirado, acudieron las aves carniceras á cebarse de estas carnes, y Abram las espantaba. Estando el sol para ponerse, cayó sobre Abram un profundo sueño y le sobrecogió un tenebroso y gran horror. En él se le hizo entender la terrible cautividad de su descendencia en Egipto, el castigo que el Señor haría en aquella nacion, la libertad de esta cautividad, las riquezas con que saldrian de ella, la paz con que él sería reunido á sus padres en la tierra de

Canaan en que se hallaba, y la vuelta de su descendencia á esta tierra patriarcal despues de cuatro generaciones y no antes, porque aun no habian completado sus iniquidades los Amorreos. Habiéndose puesto el sol y principiando la noche sobrevino una grande oscuridad y apareció un horno humeando, y una lámpara de fuego pasando entre los animales divididos. Esto era una terrible imágen que representaba á Abram la esclavitud y duros trabajos que habian de sufrir sus descendientes en Egipto, simbolizados en el horno humeando, y la libertad que habian de conseguir figurada en la lámpara de fuego que pasaba entre las víctimas, y representaba con gran propiedad la columna de fuego que les habia de guiar desde el cautiverio de Egipto á aquella tierra de Canaan en que se hallaba. Asi concertó el Señor con Abram la promesa de dar aquella tierra á su descendencia, pero le faltaba hijo de quien procediese; y viendo Sarai que se habia prometido á Abram este hijo, y que ella no podia tener el consuelo de dársele por su avanzada edad y por su natural esterilidad, creyó que debia nacer de otra muger, y se determinó á hacerle una propuesta que solo el desseo de que no faltase á Abram este hijo prometido, y de tener parte en él criándole en sus brazos, podia sugerírsela. Tenia Sarai una criada egipcia llamada Agar, y propuso á Abram que se casase con ella.

Poligamia. La poligamia ó casamiento con dos ó mas mugeres es contra la institucion del matrimonio. El Señor desde el principio le insti-

tuyó de un varon y una muger solamente; y en los mil seiscientos cincuenta y seis años que mediaron desde la creacion del hombre hasta el diluvio, todos los matrimonios se contraían segun esta divina institucion, siendo los hombres, aun los corrompidos descendientes de Cain, tan fieles en observarla, que solo leemos que faltase á ella un Lamec, acaso el mas corrompido entre los corrompidos de esta descendencia. Se cree que el Señor dispensó esta ley de la unidad matrimonial despues del diluvio en favor de la repoblacion del universo. Lo cierto es que la dispensó á Abram y á su descendencia para formar su pueblo escogido y aumentar sus adoradores. Asi es que Abram y Jacob, Patriarcas santísimos, tuvieron mas de una muger y usaron la poligamia. Es verdad que, siendo esta tan repugnante á la unidad matrimonial, la generalidad de los hombres se abstuvieron de ella, y entre los Romanos, aunque gentiles, estaba expresamente prohibida. Sobre todo Jesucristo, que no vino á quitar la ley sino á darla cumplimiento, la prohibió absolutamente, restableciendo el matrimonio á la unidad que habia tenido en su principio.

Agar. Abram, pues, usando de la dispensa concedida en favor de la formacion de un pueblo del que él era cabeza, se casó con Agar y tuvo en ella sucesion. Pero Agar sintiéndose embarazada se orgulleció, se olvidó de que era sierva, y despreció á su Señora. Sarai que se vió despreciada de su ingrata criada, llevó sus quejas á Abram. Me haces una sin razon, le dijo. Yo hé puesto en tu seno mi sierva, y ésta, viendo que

ha concebido, me tiene en desprecio. Juzgue el Señor entre mí y entre tí. Sarai debió creer que Abram consentia en los excesos de su segunda muger; pero el Patriarca la sacó luego de este error, diciéndola: tu esclava en tu mano está. Haz con ella como te pareciere; y como Sarai afligiese á Agar, esta se huyó, y tomó el camino del desierto. Habiendo llegado á un lugar solitario la dijo un Angel: ¿De dónde vienes? y ¿á donde vas? Voy huyendo, respondió, del semblante de Sarai, mi Señora. Vuélvete, la dijo el Angel, y humillate bajo de su mano. Yo multiplicaré, añadió, hablando en nombre del Señor, yo multiplicaré tu posteridad, y no se podrá contar por su multitud. Ya ves que has concebido; tendrás un hijo, y le llamarás *Ismael*, porque el Señor ha oído tu afliccion. *Ismael* quiere decir *oida de Dios*. Este, dijo el Señor, será un hombre fiero. Sus manos serán contra todos y las manos de todos serán contra él, y frente á frente de todos sus hermanos fijará sus tiendas. Este anuncio con que concluyó el Señor se vió luego cumplido, porque el carácter fiero de *Ismael* pasó á sus descendientes los *Ismaelitas*, *Sarracenos* y *Arabes*, pueblos feroces y vagamundos. Consolada Agar con la visita de un Angel y alentada con las promesas del Señor, se volvió á la tienda de Sarai que, viéndola humillada y reconocida, dejó de tratarla con rigor. Agar dió á Abram un hijo al que llamó *Ismael*, como habia mandado el Señor. Ochenta y seis años tenia Abram cuando le dió Agar este hijo.

Nuevas promesas á Abram. Trece años des-

pues, habiendo entrado ya en los noventa y nueve, se le volvió á aparecer el Señor y le dijo: Yo, el Dios omnipotente: anda en mi presencia y sé perfecto, y pondré mi alianza entre mí y entre tí, y te multiplicaré mucho en gran manera. Postróse Abram sobre su rostro, y Dios le dijo: Yo soy, y mi pacto contigo será eterno. Serás padre de muchas gentes, y en adelante no te llamarás ya *Abram*, sino *Abraham*, porque te he constituido padre de muchas gentes. *Abram* significa *padre excelso*, y *Abraham* *padre de una multitud excelsa*, y esto quiso significar aquí el Señor con la mudanza del nombre, porque continuó diciendo: te haré crecer mucho en gran manera, y te pondré en cabeza de naciones, y Reyes saldrán de tí. Asi fue que de Abraham salieron no solo la nacion judía, sino otras muchas naciones, y no solo David, Salomón y otros muchos y grandes Reyes, sino el Rey de los Reyes, nuestro Señor Jesucristo. Yo estableceré mi pacto, añadió el Señor, entre mí y entre tí, y entre tu descendencia despues de tí en sus generaciones con alianza eterna, para ser Dios tuyo y de tu descendencia despues de tí. Tú, pues, guardarás tambien mi pacto, y tu descendencia despues de tí en sus generaciones.

Circuncision. Dios se dignaba ser particularmente el Dios de Abraham y de su descendencia despues de él, mas queria tambien que Abraham y su descendencia fuesen un pueblo particularmente suyo, dedicado á su culto y su servicio. Este era un pacto que el Señor hacía con Abraham y su descendencia, pero quiso que este divino pacto

estuviese firmado con una señal indeleble, y esta señal era la circuncision. Todo varon de entre vosotros, dijo, será circuncidado. El niño á los ocho dias. Todo varon en vuestras generaciones, tanto el siervo nacido en casa, como el que compráreis, será circuncidado, y mi señal estará en vuestra carne para alianza eterna. El varon que no fuese circuncidado, será borrado de su pueblo, porque invalidó mi pacto. Tambien dijo Dios á Abraham: A Sarai, tu muger, no la llamarás *Sarai*, sino *Sara* (*Sarai* quiere decir *Señora mia*, y *Sara* *princesa*), y la bendeciré y de ella te daré un hijo, á quien he de bendecir, y será (padre) de naciones, y Reyes de pueblos saldrán de él. Cayó Abraham sobre su rostro y se rió, diciendo en su corazon. ¡Tendrá hijo un hombre de cien años y parirá Sara de noventa! ¡Ojalá, dijo á Dios, que Ismael viva delante de vos! Y dijo el Señor á Abraham: Sara tu muger te parirá un hijo, y le llamarás Isaac, y estableceré mi pacto con él y con su posteridad despues de él para alianza eterna. Tambien te he oido acerca de Ismael. He ahí que le bendeciré y haré crecer y le multiplicaré mucho. Engendrará doce príncipes y le haré caudillo de gente grande, pero mi pacto será con Isaac que te parirá Sara en este tiempo del año siguiente. Ismael tuvo doce hijos que fueron los doce príncipes de las doce tribus Arabes; pero el pacto del Señor fue con Isaac.

Subió Dios de con Abraham, ó mas bien el Angel que hablaba en su nombre, y Abraham tomó luego á Ismael su hijo, y á todos los siervos nacidos en su casa, y á todos los que habia

comprado, y á todos los varones que eran sus domésticos y los circuncidó en el mismo dia, como se lo habia mandado Dios. Abraham era de noventa y nueve años cuando se circuncidó, y su hijo Ismael tenia trece cumplidos. Tal fue la señal con que quiso Dios que fuese firmado su pacto, y esta señal ó marca impresa en la carne de todos los varones de un modo indeleble, fue la que distinguió al pueblo escogido por Dios, de todos los demas pueblos del mundo.

Por la circuncision, segun el sentir de San Agustin, y otros muchos Santos Padres, se perdonaba el pecado original, en atencion á los futuros méritos de Jesucristo; pero como la circuncision no se podia recibir antes de los ocho dias de vida, bastaba, para los niños que morian en este tiempo, la fé en el Mesías, que protestaban sus padres, ó con sacrificios, ó con oraciones, ó con bendiciones, ó con otros signos que ignoramos. Tambien bastaba esto mismo para las niñas que morian antes del uso de la razon, pero no para las que morian despues, las cuales debian hacer la protestacion por sí mismas, acompañandola de la detestacion del pecado y del propósito de no pecar. No sabemos que hubiese otro medio para el perdon del pecado original desde que pecaron Adán y Eva hasta que mandó Dios la circuncision, que era una representacion muy expresa del Sacramento del bautismo, por el cual se perdona, no solamente el pecado original, sino todos los pecados, y toda la pena debida por los pecados.

Aparicion muy particular. Fue admira-

ble la prontitud y alegría con que Abraham puso en egecucion la ordenacion del Señor acerca de la circuncision, sin que le detuviese ni la resistencia que podria hallar en su numerosa familia á una operacion tan dolorosa, ni su edad de cerca de cien años, ni la de su hijo Ismael que solo tenia trece. Mas no tardó en recibir el premio de su zelosa obediencia. El Señor, siempre generoso con el fiel egecutor de sus órdenes, preparó á esta nueva sumision nuevas recompensas. Estando sentado Abraham á la puerta de su tienda á la hora del mediodia, se le presentó el Señor de un modo tan singular que hace esta aparicion superior á todas las precedentes. Habiendo alzado los ojos vió tres varones puestos en pie cerca de sí, y como era tan caritativo luego corrió desde la puerta de su tienda á recibirlos. Cuando llegó á su presencia, adoró inclinado á la tierra, y dijo: Señor, si he hallado gracia en vuestros ojos, no paseis de vuestro siervo. Yo traeré agua. Lavad vuestros pies y reposad bajo de ese árbol. Tambien traeré pan. Fortaleced vuestro cuerpo, pues para eso habeis torcido (el camino) hácia vuestro siervo. Despues pasareis adelante. Ellos le digeron: haz como lo has dicho. Entonces entró Abraham presuroso en la tienda de Sara y la dijo: vé pronto: amasa tres sats (como unas cincuenta libras) de flor de harina y haz panes cocidos bajo del rescoldo. El corrió á la vacada, tomó un becerro muy tierno y hermoso y le dió á un criado, que al momento le coció. Tomó tambien manteca y leche juntamente con el becerro y los panes que habia he-

cho cocer, y lo puso todo delante de ellos, quedándose en pie y á su lado bajo del árbol. Luego que hubieron comido, le preguntaron: ¿dónde está Sara tu muger? Ahí está en la tienda, respondió, y dijole (el Señor): de vuelta volveré á tí en este mismo tiempo, y tendrá un hijo Sara tu muger. Oyendo esto Sara que estaba detras de la puerta, se rió ocultamente; y dijo el Señor á Abraham ¿por qué se ha reido Sara, diciendo: ¿por ventura verdaderamente he de parir de vieja? ¡Pues qué! ¿Hay para Dios cosa difícil? Al plazo señalado volveré y Sara tendrá un hijo. Sara llena de temor negó haberse reido. No es asi, dijo el Señor, sino que te has reido.

Con esto los tres Varones se levantaron y dirigieron hácia Sodoma, y Abraham iba acompañándolos, y dijo el Señor en el camino: ¿Pues qué? ¿podré yo ocultar á Abraham lo que voy á egecutar, cuando él ha de ser cabeza de una gente grande y robustísima, y *en él han de ser benditas todas las naciones de la tierra?* Dijole, pues, el Señor: el clamor de Sodoma y de Gomorra se ha multiplicado y su pecado se ha agravado en gran manera. Aquí dos de los tres varones se adelantaron hácia Sodoma, y Abraham se mantuvo en pie delante del Señor, y acercándose le dijo: ¿Acaso destruireis al justo con el impío? Si hubiere cincuenta justos perecerán con los impíos? ¿Y no perdonareis á aquel lugar por amor de los cincuenta justos, si se hallasen en él? Lejos esté de vos el que hagais tal cosa, que quiteis la vida al justo con el impío. Esto no es propio de vos. De ninguna manera vos, que juz-

gais toda la tierra, hareis tal juicio. Y díjole el Señor: si halláre en Sodoma cincuenta justos, perdonaré á toda la ciudad por amor á ellos. Ya que he principiado una vez, dijo Abraham, hablaré á mi Señor, aunque soy polvo y ceniza. ¿Y qué si hubiera cinco justos menos de cincuenta? ¿destruireis toda la ciudad (y no la perdonareis) por amor á los cuarenta y cinco? y dijo: no la destruiré si halláre allí cuarenta y cinco. Y hablóle de nuevo (diciendo) ¿y si fueren hallados allí cuarenta? ¿qué hareis? No la heriré por amor á los cuarenta. No os indignéis, Señor, si habláre: ¿Qué si fueren hallados allí treinta? No lo haré, si halláre allí treinta. Pues que comencé una vez, hablaré á mi Señor: ¿Qué si se halláren allí veinte? No la destruiré por amor á los veinte. Os ruego, Señor, que no os irriteis, si aun habláre esta vez sola: ¿Qué si hállareis allí diez? No la borraré por amor á los diez. Y se fue el Señor luego que dejó de hablar á Abraham, y éste se volvió á su tienda.

Intercesion poderosa de los justos. Adoremos aqui por una parte la clemencia del Señor que oye lleno de benignidad á un hombre en tantas, tan porfiadas, y si se quiere, tan atrevidas peticiones; y veamos por otra cuánto vale ante sus divinos ojos la presencia de los justos. Diez habrían bastado para librar de sus iras á una ciudad tan populosa y criminal, como Sodoma, y acaso habrían bastado cinco, si Abraham se hubiera atrevido á bajar hasta este número. ¡O católicos! ¡Cuánto vale! ¡Cuánto importa á los pueblos y á los reinos, abrigar justos en su

seno! ¡Cuánto debiéramos desear y procurar todos los hombres que se aumentase este precioso número! ¡Y cuánto debiéramos trabajar cada uno de nosotros por pertenecer á él!

Misterio de la Trinidad beatísima. Adoremos tambien, y sobre todo, el primer misterio de nuestra fé en esta maravillosa aparicion. En toda ella se está entreviendo y trasluciendo sin cesar el misterio augusto de la Trinidad Santísima. Abraham ve tres y adora á uno; suplica á uno y sirve á tres; preguntan tres y uno promete; uno reprende y tres caminan; á tres acompaña y uno conversa con él. Finalmente, el sagrado testo dice, que el Señor se apareció á Abraham, y este Señor que se le aparece, tan presto es uno como tres, y tan presto es tres como uno; de modo que en este pasage se están representando continuamente una esencia y tres personas, tres personas y una esencia, y no habrá un cristiano que pare en él la atencion y no entrevea este augustísimo misterio. Asi es que la Iglesia, hablando de Abraham dice: que vió á tres y adoró á uno, mirando este notable pasage como un venerable símbolo de la Trinidad beatísima.

Trage de los Angeles. Pero sigamos á los dos varones que avanzaban hácia Sodoma, y sepamos ya, porque ya nos lo dice el sagrado testo, que eran dos Angeles compañeros del Señor que se detuvo á oír con tanta benignidad las peticiones de Abraham. Esta es la primera vez que la sagrada escritura nos habla de Angeles que se presentan á los hombres en trage de hombres. Los Angeles son puros espíritus, y por consiguiente invisibles

á los ojos corporales, y para dejarse ver, forman cuerpos que les representan de partículas sutísimas, pero manejables á su angelical virtud, y las disipan ó esparcen cuando quieren desaparecer ó dejar de ser visibles. Aquí las dispusieron de modo que representaban tres caminantes. Ya les veremos en esta historia presentarse en distintos trages, segun los ministerios á que son enviados por Dios, porque *Angel* quiere decir *enviado*.

Horrorosa corrupcion de Sodoma. Los dos Angeles que en traje de dos caminantes se dirigian á Sodoma, llegaron á la ciudad al caer la tarde. Lot, sobrino de Abraham, caritativo como su tío, de quien habia aprendido esta hermosa virtud, estaba sentado á las puertas de ella, y cuando les alcanzó á ver, se levantó prontamente y salió á recibirles, é inclinándose en tierra adoró, como su tío, y dijo: ruegoos, Señores, que vengais á la casa de vuestro siervo y descanséis en ella. Lavareis vuestros pies y de madrugada seguireis vuestro camino; pero ellos respondieron: no, que en la plaza nos quedaremos. Lot les estrechó en gran manera y logró que fuesen á su casa, y habiendo entrado en ella, coció panes ácimos, les preparó un convite y comieron. Mas antes que se fuesen á acostar, los hombres de la ciudad desde el muchacho hasta el viejo, todo el pueblo juntamente cercaron la casa. Llamaron á Lot y le digeron: ¿donde están los hombres que entraron de noche en tu casa? Sacanóslas acá para que los *conozcamos*. La sagrada escritura usa de esta palabra honesta *conozcamos* para cubrir con ella el abominable designio que llevaban

aquellos infames y no escribirle con su bochornoso nombre. Salió Lot, y cerrando tras de sí la puerta, dijo: No querais hermanos míos, os ruego, cometer tal iniquidad. Tengo dos hijas que aun no han conocido varon. Os las sacaré y hareis lo que querais, con tal que no hagais mal á estos hombres, pues han entrado á la sombra de mi casa. Algunos autores procuran escusar á Lot de culpa en el ofrecimiento que hizo de sus hijas á estos desalmados, pero San Agustin lo dá absolutamente por malo; sin embargo la turbacion causada por el peligro en que juzgaba á sus huéspedes, y la consideracion del abominable delito que intentaban perpetrar con ellos, debieron disminuir mucho la culpa que pudo tener, si ya no la disiparon enteramente. Mas los monstruos de lujuria á quienes ofreció sus hijas no hicieron caso de su ofrecimiento, y le digeron: que se quitase delante, y añadieron: te has entrado acá como extranjero, ¿será quizá para juzgarnos? Pues á tí mismo, añadieron, trataremos peor que á ellos, y hacian grandísima fuerza á Lot. Ya estaban á punto de romper las puertas, cuando los huéspedes alargaron la mano, metieron á Lot dentro y cerraron la puerta, hiriendo con tal ceguedad desde el menor al mayor de los que estaban de fuera, que no pudieron encontrar ya mas con ella. Entonces los Angeles se descubrieron á Lot y le digeron: ¿Tienes aqui alguno de los tuyos? Yernos ó hijos, ó hijas, todos los que te pertenecen, sácalos de esta ciudad pues vamos á destruirla, porque el clamor de los delitos de sus habitantes ha crecido delante del Señor y

nos ha enviado para destruirlos. Salió, pues, Lot y habló á los yernos que habian de tomar sus hijas, y les dijo: Levantaos, salid de esta ciudad, porque el Señor va á destruirla; y les pareció que hablaba como de burla. Por la mañana daban prisa los Angeles á Lot diciendo: Toma á tu muger y las dos hijas que tienes, no sea que tú tambien perezcas en la maldad de la ciudad. Disimulando Lot, tomaron su mano y la de su muger y sus dos hijas, porque el Señor usaba con él de misericordia, y le sacaron y pusieron fuera de la ciudad y allí le hablaron, diciendo: Salva tu alma: no vuelvas la vista atrás, ni te pares en todas estas cercanías: huye al monte no sea que perezcas juntamente con los demas; y Lot les dijo: Os ruego, Señor mio, ya que vuestro siervo ha hallado gracia delante de vos y habeis engrandecido vuestra misericordia para conmigo, salvando mi alma, y que no puedo salvarme en el monte, no sea caso que me alcance el mal y muera, os ruego, que me concedais refugiarme en esa pequeña ciudad (de Segor) para salvarme en ella; y díjole el Señor: He ahí que aun en esto he recibido tus ruegos para no destruir la ciudad por la que me has hablado. Dáte prisa y ponte allí en salvo.

Castigo espantoso de Sodoma y otras ciudades. El sol salió y Lot entró en Segor. Entonces de repente se cubrió el cielo de nubes que principiaron á arrojar sobre la tierra sus rayos. La tierra temblando y abriéndose por todas partes, vomitó horribles torbellinos de azufre y llamas: una lluvia de fuego y azufre cayó del cielo y se unió

cón el fuego y betun encendido que vomitaba la tierra, y Sodoma y Gomorra, y Adama y Seboin fueron abrasadas y consumidas sin quedar de ellas ni cimientos. La tierra sobre que estaban edificadas fue reducida á un abismo. Todos los hombres, todos los animales, todos los vivientes de estas ciudades malditas fueron abrasados y consumidos con ellas. Sus muros, sus torres, sus palacios, todos sus edificios fueron arrancados de sus asientos, volcados y hundidos. Sus vegas, sus praderas, sus fértiles campiñas, aquellas tierras de regadío tan abundantes y hermosas que habian parecido á Lot como un paraíso del Señor, cuando las eligió para su morada... todo fue convertido en un dilatado lago, que con el nombre de *mar muerto*, porque nada vive en él, ha durado hasta nuestros dias, y durará hasta la consumacion de los siglos para escarmiento de todos los hombres que quieran entregarse á tan infame delito.

Muger de Lot convertida en estatua de sal.
 Un castigo tan espantoso que, á pesar de todo su horror, no espiaba sino imperfectamente los delitos que le acarrearón, solo duró algunos instantes, mas estos instantes fueron suficientes para la desgracia de la muger de Lot. Los Angeles habian mandado á éste y á toda su familia que no volviesen á mirar atrás; pero su muger al oír el espantoso estruendo del fuego que caía del cielo, el rechinado y temblor de la tierra que se abria por todas partes, y el resplandor deslumbrante de las llamaradas que todo lo abrasaban y consumian, se volvió á mirar atrás y...

Santos cielos!!! en el momento quedó convertida en una estatua de sal, que aun permanecía en tiempo del historiador Josefo cerca de veinte siglos despues del suceso. Jesucristo en San Lucas nos habla de esta muger, y nos recuerda su castigo para que no miremos atrás, volviendo los ojos á la Sodoma del mundo del que su misericordia nos ha sacado, y al que hemos renunciado para siempre en el bautismo.

Temores y espanto de Abraham. Cuidadoso Abraham del suceso de Sodoma por la que tantas súplicas habia hecho al Señor, sin saber por último si la habria perdonado, y de la suerte que habria corrido su sobrino Lot, se levantó muy temprano y se encaminó al sitio donde habia hablado al Señor el dia anterior, porque desde allí se registraba toda la llanura donde estaban las ciudades corrompidas. Aun llegó á tiempo de ver las señales de la ira del Señor. Miró con espanto las cenizas y pavesas que, todavía encendidas, subian de la tierra, chispeaban en el aire, é iluminaban el cielo. Vió ocupado todo el valle de un espeso y negro humo, que no permitia distinguir si habia quedado, ó cubierto de ruinas, ó reducido á un gran lago, ó abierto como un espantoso volcan vomitando lava y cenizas, ó en fin convertido en una boca del infierno por donde habian bajado en cuerpo y alma aquellos criminales. Abraham á la vista de este espectáculo de la ira del Señor, adoró sus justos juicios, y esperó que su sobrino Lot se habria salvado en medio de tantos horrores.

... *Sucesos de Lot.* No salió vana su esperanza,

porque el Señor cuando abrasaba las ciudades, se acordó de Abraham, y libró á Lot del incendio. Bien necesitó Lot de la mediacion de Abraham para no perecer en la ruina comun. Se habia resistido á salir de Sodoma y obligado á los Angeles á que tomasen de la mano á él y á su familia y les sacasen como por fuerza de aquella maldita ciudad. Desconfió salvarse en el monte, asilo que le señalaban los Angeles, y confió salvarse en la ciudad de Segor que él elegía. Se le concedió este asilo, y aun se libró del incendio á esta ciudad por su respeto, y luego desconfió de esta seguridad y huyó al monte que antes era refugio seguro porque le habian elegido los Angeles, y ahora ya no lo fue porque él le habia elegido. Allí se dejó embriagar de sus hijas y cometió dos incestos, y aunque los Santos Padres comunmente escusan á Lot de pecado en estos actos cometidos sin conocimiento, pero no de la embriaguez á no ser que tampoco la conociese. Lot fue padre de Moab y Amon, cabezas de los Moabitas y Amonitas, dos naciones enemigas implacables de los descendientes de su tio Abraham.

Retirada de Abraham. Este Patriarca, espantado por una parte de los delitos cometidos en las ciudades nefandas y de los castigos á que habian obligado á la justicia divina, y lleno por otra de sentimiento por los sucesos de Lot y su familia, se retiró horrorizado del hermoso valle de Mambre, renunció los bellos establecimientos que tenia en él, y las alianzas que habia contraído, y huyendo de aquel teatro de la lubricidad de los hombres y de la justicia de Dios, se

fue á vivir al país de Gerára que distaba muchas leguas, donde se repitió por su Rey el mismo caso que le sucedió con el de Egipto, y tuvo el mismo éxito con muy poca diferencia de circunstancias, por lo que, sin detenernos á referirle, vamos á hablar del grande asunto que se habia principiado en la visita de Mambre y debia concluirse en Gerára.

Nacimiento de Isaac. Sara en su senectud concibió, y dió á luz un hijo en el mismo tiempo que se la habia predicho, y Abraham llamó *Isaac*, como habia mandado el Señor, al hijo que le dió Sara, y le circuncidó el dia octavo. Cien años tenia Abraham cuando le nació este hijo, tanto tiempo deseado, y tantas veces prometido, y Sara tenia noventa cuando dió leche á sus pechos á este hijo de bendicion, siendo tanta su alegría que prorrumpió en estas expresiones: el Señor me ha hecho reir de contento, y todo el que lo oyere, se reirá conmigo, porque ¿quién habia de creer que Sara daria el pecho á un hijo que naceria de ella á Abraham siendo ya viejo? Crecía Isaac y con él la alegría de sus padres, y esta prenda de las ternuras del Señor hacia toda su ocupacion y sus delicias. Cuando llegó la edad de destetarle, que en aquellos tiempos y países solia ser á los cinco años, particularmente si el hijo era único, como Isaac, Abraham hizo un gran convite que aumentó su regocijo.

Mas el contento de Sara no estuvo mucho tiempo sin mezcla de sinsabor. Su querido Isaac aun no tenia seis años cuando principió á ser para ella un motivo de temores. Es verdad que

este niño era el objeto de las bendiciones del Señor, pero no era el hijo mayor de Abraham. Ismael, hijo de Abraham y de Agar, esclava de Sara, entraba ya en los veinte años, y sin atender á la preferencia con que miraba el cielo á su hermano menor, procuraba que le valiesen las prerogativas de su mayoría. Por otra parte Ismael era como habia dicho el Señor antes de su nacimiento, un hombre fiero y nada á propósito para vivir en paz con un hermano menor que debia ser su Señor. Sara lo advertia y esto la causaba sérias inquietudes. En medio de ellas vió un dia que Ismael, hijo de Agar, se burlaba de Isaac su hijo; y entonces ya no pudo sufrir mas, y dijo á Abraham: echa de casa á esta esclava y á su hijo, porque el hijo de la esclava no ha de ser heredero con mi hijo Isaac. Era Abraham buen padre y buen marido, y sentía mucho desheredar á un hijo y contristar á una esposa, aunque de segundo órden. Asi es que la propuesta de Sara le pareció cosa muy dura. Mas Dios le dijo: no te parezca cosa recia ésto acerca del jóven y tu esclava. En todo lo que digere Sara, oye su voz, porque en Isaac será llamada tu descendencia.

Grandes significaciones se encerraban en estas dos mugeres y sus dos hijos. El mundo entero con todos sus siglos parece que estaba significado en estas cuatro personas. Agar esclava é Ismael hijo de esta esclava, representaban la esclavitud de los hombres por el pecado de Adán; y Sara libre é Isaac hijo de esta libre, representaban la libertad de los hombres por la gracia de Jesucristo. Además de esta generalidad, repre-

sentaban en particular los dos testamentos, Agar esclava el antiguo, y el nuevo Sara libre. Véase el capítulo cuarto de San Pablo á los Galatas.

Agar é Ismael despedidos de la casa de Abraham. Mas el Señor, para suavizar algun tanto el sentimiento que affligía á Abraham al verse precisado á echar de su casa á una esposa y un hijo, le recordó la promesa que le habia hecho cuando vivia en Mambre y le dijo: aun al hijo de la esclava haré cabeza de un gran pueblo, porque es hijo tuyo. Abraham era la obediencia misma y en nada replicó. Se levantó al rayar el dia, y tomando pan y un odre, ó pellejo de agua, lo cargó sobre las espaldas de Agar, la entregó su hijo y la despidió. ¡Lastimosa despedida! pero mediaba la obediencia. Agar y su hijo se vieron precisados á salir de la casa de su esposo y de su padre, y á buscar donde establecerse. Marchaban los dos dando pasos inciertos hácia el mediodia y entraron en las soledades del desierto de Farán entre la Palestina y el Egipto; pero se acabó la provision de agua, y el calor del pais junto con el ardor de los arenales fatigaron en gran manera á los caminantes. Agar, nacida en una tierra tan cálida como el Egipto, criada entre los trabajos de esclava y endurecida con ellos, pudo tolerar estos calores; mas el delicado Ismael, criado entre las comodidades de la casa de su padre, no pudo resistir, y á pesar de tener ya cerca de veinte años, se rindió á la fatiga y se dejó caer bajo de un árbol, y quedando tendido en el suelo lánguido y sin fuerzas para moverse, pareció

que iba á morir abrasado de la sed. En tan lastimoso estado, su madre, no teniendo medio alguno para socorrerle, ni valor para verle morir, se apartó de él como un tiro de flecha, llorando á gritos y diciendo: ¡No, no veré morir á mi hijo! Ismael que vió á su madre retirarse desecha en lágrimas, y dejarle solo entre los brazos de la muerte, levantó al cielo sus ojos medio apagados y clamó al Dios de su padre Abraham por el socorro y remedio. Oyó Dios el clamor de Ismael y envió su Angel, quien dijo á Agar: ¿Que haces? No temas, porque Dios ha oído la voz de tu hijo del lugar en donde está. Levántate, toma á tu hijo, y acuerdate que está destinado por el Señor para ser padre y cabeza de una gran descendencia. Entonces el Señor abrió los ojos á Agar, y viendo un pozo, llenó de agua el cuero y dió de beber á su hijo, el cual templado su ardor, se recobró y volvió á adquirir sus fuerzas. El Señor continuó amparándole como á primicias de Abraham su fiel siervo; é Ismael, protegido del Señor, creció en fuerzas y en edad, y se dió al egercicio de la caza para mantenerse á sí y á su madre, y se hizo un diestro saetero. Su madre, como egipcia, hizo traer una jóven de Egipto con quien le casó y de la que tuvo muchos hijos, que, segun las promesas del Señor, se multiplicaron prodigiosamente y se hicieron dueños de aquel pais grande, pero inculto, y bien diferente de la tierra de bendicion prometida á Isaac y su descendencia.

Tranquilidad de Abraham en Gerára. Abraham, aunque no era todavía el dueño de la tierra pro-

metida en que moraba, vivia en ella pacíficamente y ocupaba un terreno cómodo para su habitacion y el mantenimiento de sus ganados. Los adelantos que en este pais hizo en pocos años, sus riquezas, su poder, su ascendiente, y la inclinacion y respeto con que le miraban los pueblos, pudieran haberle hecho sospechoso y aun odioso á los príncipes, particularmente al de Gerára, que le habia dado acogida en sus dominios; pero su religion, su virtud, su fidelidad y la buena conducta que hacia guardar á todas sus gentes daba seguridad á todos, y hacian desear más su amistad, que sospechar ni temer de su poder. Por espacio de bastantes años despues de la separacion de Agar y su hijo Ismael, gozaron Abraham y Sara con toda su piadosa familia de una tranquilidad cumplida. El niño Isaac era el objeto de sus complacencias, y su educacion la principal ocupacion de sus padres, y particularmente de su madre. Crecia en este hijo de las promesas la virtud con la edad, y llegó á ser el jóven mas hermoso y mas perfecto que acaso se habia conocido; y he aqui el tiempo en que el Señor quiso hacer la prueba mas grande y mas terrible de la obediencia del padre é hijo para dejar al mundo entero un egeemplo incontestable del término á donde debe llegar la obediencia del hombre á los mandatos de Dios.

Obediencia de Abraham y sacrificio de Isaac.
Nacido Isaac de un padre de cien años y de una madre estéril y nonagenaria, fruto de una fecundidad milagrosa, y destinado á ser el segundo Patriarca del pueblo que Dios iba á formar para

que preparáse la venida de su santísimo Hijo humanado... Isaac, este hijo de las bendiciones del cielo, tanto mas amado, cuanto él se habia hecho mas amable por su hermosura y virtudes... Isaac, el hijo de las esperanzas, es la parte por donde va á ser herido el paternal corazón de Abraham, y á ser probada hasta el último quilate en el crisol del dolor su fé, su esperanza, y sobre todo su obediencia. Abraham, Abraham, le dijo el Señor, llamándole dos veces como para prepararle al mas terrible de sus mandatos. Aquí estoy, respondió Abraham. Toma á tu unigénito hijo Isaac, á quien amas, ve á la tierra de la vision y allí le ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que yo te mostraré. En los holocaustos se degollaba la víctima, se quemaba y se consumia enteramente en el fuego, y asi mandaba Dios á Abraham que ofreciese á su querido Isaac. ¡Qué holocausto!!! ¡Dios piadoso! ¡Degollar á un Isaac, quemarle y consumirle enteramente en el fuego!!! ¡Egecutar todo esto y egecutarlo su mismo padre!!! ¡Qué mandato!!! ¡Podía haber cosa en el mundo que mas se resistiese á la obediencia!!! Pero Dios manda, y Abraham no entiende mas que de obedecer. Se levanta antes de amanecer, apareja su asno, toma á su hijo y dos criados, corta la leña para el holocausto y se encamina al monte á donde Dios le habia mandado. Distaba como unas diez y ocho leguas, y al tercer dia alcanzó á verle á lo lejos. Entonces dijo á los mozos: Esperaos aqui con el asno. Mi hijo y yo subiremos á aquel monte, y despues que hubiéremos adorado al Señor volveremos á

vosotros. Tomó de encima del asno la leña del holocausto y la cargó sobre su hijo. Abraham llevaba en sus manos el fuego y el cuchillo. Caminaban los dos juntos, cuando Isaac dijo á su Padre: ¿Padre mio? Y este respondió: ¿Qué quieres, hijo? Yo veo el fuego y la leña, dijo, ¿pero dónde está la víctima del holocausto? Esta pregunta fue una saeta, una lanza, que traspasó el corazón del afligido Padre. ¡Era la inocente víctima quien preguntaba por la víctima!!! El corazón de Abraham y solamente el corazón de Abraham podría ser el comentador de este pasaje, y declarar lo acerbo del dolor que le ocupó en este lance. ¡Un padre como Abraham que ve llegar el momento de degollar á su hijo, y oye preguntar á su hijo por la víctima que se ha de degollar! ¡Un padre que tiene en sus manos el fuego y el acero y oye preguntar por la víctima, cuando la víctima está ya para subir sobre el altar á recibir el golpe mortal y ser quemada sobre él!!! ¡Quién aquí no se aflige solo con imaginarlo! ¡Pues cuál sería la aflicción, la acerbidad de la pena que despedazaría en este lance el tierno corazón de Abraham!!! Pero Abraham era un hombre superior á sí mismo, y alcanzó á contener en su pecho un corazón que palpitaba con violencia, y anhelaba á romperle para huir de tan acerbo tormento. Mas Abraham, á pesar de todo, mantuvo la serenidad necesaria para ocultar á su hijo la pena que le consumía. Dios, hijo mio, le dijo, proveerá de víctima para el holocausto. Continuaron subiendo al monte juntos, y cada mirada que dirigía el hijo al padre era para éste una

saeta que le traspasaba el alma. Llegaron por fin á la cumbre donde queria el Señor que le sacrificase, y allí erigió Abraham un altar, compuso sobre él la leña, ató á su hijo, y le echó sobre ella, tomó el cuchillo para degollarle, levantó el brazo y al descargar el golpe, ¡Dios bendito!!! oye la voz penetrante de un Angel que clama desde el cielo: Abraham, Abraham. Aquí estoy, Señor, respondió este portento de la obediencia. No descargues el golpe sobre tu hijo, ni hagas nada contra él. Ahora he conocido que temes á Dios, y que no has perdonado á tu hijo unigénito por su amor. Alzó Abraham los ojos y vió tras de sí un carnero enredado por las astas en un espinar. Entonces desató á su hijo, le bajó de sobre la leña; y tomando el carnero, le echó sobre ella, le degolló, y le quemó y consumió en holocausto al Señor en lugar de su hijo.

La prueba que hizo aquí Dios de la obediencia de Abraham, si se la considera rodeada de todas sus circunstancias acaso no tiene semejante, y acaso tampoco le tiene la recompensa que queria confirmarle hasta con juramento. Segunda vez llamó el Angel desde el cielo á Abraham, y hablando en nombre del Señor, le dijo: Por mí mismo he jurado, que porque has hecho esto, y no has perdonado á tu hijo unigénito por mí, yo te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que hay en la orilla del mar. Tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos, *y en tu descendencia serán bendecidas todas las gentes de la tierra,* porque has obedecido á mi voz. Esta es la pri-

mera vez que nos dicen los libros santos que juró Dios, y se creeria imposible hasta entonces que Dios jurase, porque como dice San Pablo, se jura por el que es mayor, y Dios no tiene mayor por quien jurar, pero juró por sí mismo.

Sacrificio de Isaac figura del sacrificio de Jesucristo. Mas si este pasage presentó en Abraham la prueba mas asombrosa de obediencia que se habia visto hasta entonces, tambien presentó en Isaac, la figura mas espresa que se habia visto hasta entonces del sacrificio de Jesucristo. El monte que señaló el Señor á Abraham era aquel famoso *Moria* sobre el cual fue edificado el templo de Salomon, y la Colina sobre la que iba á ser sacrificado Isaac era el monte calvario en que fue sacrificado Jesucristo. Isaac subió cargado con la leña del sacrificio á este monte para ser sacrificado sobre ella; y Jesucristo subió cargado con la leña de la cruz á este mismo monte y fue crucificado en ella. Isaac fue tendido sobre la leña y atado de pies y manos, y Jesucristo fue tendido sobre la cruz y clavados á ella sus pies y manos. Como el sacrificio de Isaac era solo una representacion del sacrificio de Jesucristo, fue sustituido por el de un carnero; pero el sacrificio de Jesucristo, como era la realidad representada, no fue sustituido por otra víctima; él mismo fue la víctima del calvario. Enredada en zarzas y rodeada de espinas estaba la cabeza del carnero que fue sacrificado en lugar de Isaac, y punzada y coronada de espinas estuvo la cabeza de Jesucristo en el calvario. No se sabe á punto fijo los años que tenia Isaac cuando iba á ser sacrificado. Unos bajan

hasta veinticinco y otros suben hasta treinta y siete, y acaso acertaría el que digese que eran los mismos que tenía Jesucristo cuando fue sacrificado, puesto que en todo le representaba. Isaac en fin se humilló, y fue obediente hasta ver sobre su cuello el cuchillo de la muerte para representar hasta la muerte á Jesucristo que se humilló y fue obediente hasta recibir el golpe de la muerte, y muerte de cruz, como dice el Apóstol. Otras muchas semejanzas se pueden ver en los sagrados expositores que siguen esta analogía en todas sus circunstancias. Baste haber expuesto aqui las principales. Concluido el sacrificio del carnero que Abraham é Isaac ofrecieron con la alegría que solo ellos podrian explicar, y que el Señor recibió en olor de suavidad, bajaron de aquel teatro de las pruebas del Señor y de la obediencia y sumision de estos dos Patriarcas, y acompañados de los criados que les quedaron esperando cerca del monte, se volvieron á sus campamentos.

Muerte de Sara. No pasó mucho tiempo sin que un nuevo sentimiento, aunque de distinta clase, viniese á herir el corazon de Abraham, el de Isaac, y el de cada uno de los individuos que componian su numerosa familia. Sara tenia ya ciento y veintisiete años, y el Señor puso término á su preciosa vida. Muger feliz por haber sido la esposa de uno de los mayores santos del antiguo testamento, de un amigo de Dios, y del primer Patriarca del pueblo escogido; mas feliz por haber sido escogida por Dios en los años de su ancianidad, y á pesar de su natural esterili-

dad, para dar á Abraham el hijo de las promesas, al pueblo escogido el segundo Patriarca, y al Señor un segundo Abraham; y sin comparación mas feliz por haber imitado las virtudes de su esposo, y haber concluido su vida con el sueño de los justos. Murió en la ciudad de *Arbé*, que despues se llamó *Hebron*, en la tierra de Canaan. Abraham, Isaac y toda la familia lloraron por muchos dias la pérdida de una esposa, una madre y una dueña tan amable por sus virtudes; y su esposo trató, pasados los primeros desahogos, de darla honrosa sepultura, tal cual correspondia á la primera Princesa del pueblo escogido.

Su sepultura. Quería enterrarla en un campo donde habia erigido en otro tiempo un altar y ofrecido sacrificios al Señor. Tan antigua es la costumbre de enterrar los difuntos en los lugares y templos consagrados al Señor. Para esto se dirigió á los hijos de Het que ocupaban el pais y se presentó en su Consejo diciendo: yo soy un extranjero y peregrino entre vosotros. Concededme sepultura para enterrar mi muerto. Y le respondieron los hijos de Het. Oyenos, Señor, Príncipe sois entre nosotros; en el mas escogido de nuestros sepulcros entierra tu muerto; pero Abraham no queria enterrar á su fiel Sara en la sepultura de los idólatras, y haciendo una profunda reverencia de agradecimiento, les dijo: si place á vuestra alma que yo entierre mi muerto, oidme y sed mediadores por mí con Efron, hijo de Seor, á fin de que me dé por su justo precio la cueva doble que tiene al cabo de su campo para posesion

de sepultura. Entonces Efron, que se hallaba en el consejo, se levantó prontamente y dijo á Abraham: De ningun modo se haga asi, Señor mio. Oidme. Yo os doy el campo y la cueva que hay en él. Enterrad vuestro muerto. Hizo Abraham otra profunda reverencia y dijo á Efron: por vuestra vida que me oigais: Daré el precio del campo: recibidlo y de esta manera enterraré en él mi muerto. Efron, viendo la resolucion y deseo de Abraham, le contestó: La tierra que pedís vale cuatrocientos siclos de plata (algo mas de tres mil reales), ¿pero qué es ésto? Enterrad vuestro muerto. Pesó Abraham sin mas contestacion los cuatrocientos siclos de plata en buena moneda corriente, los entregó á Efron en presencia de los hijos de Het y quedó suyo el campo que antes era de Efron con la cueva doble y todos los árboles que habia en todo su término. Luego dispuso Abraham el acompañamiento fúnebre, que debió ser muy numeroso por serlo su familia, sus amigos, y sus apasionados y agradecidos á sus grandes y continuos beneficios. La ilustré difunta fue llevada en medio de la multitud al campo de Efron y sepultada en la cueva doble, ó de dos senos, que su marido acababa de comprar, y en ella fueron sepultados despues el mismo Abraham, su hijo Isaac y Rebeca su esposa, y tambien Jacob y Lia. Despues de la muerte de Sara pasaron tres años que pudieran llamarse, *años de luto de Abraham y de Isaac su hijo*, porque en nada mas parece que estuvieron ocupados que en sentir y llorar la muerte de la esposa y de la madre. Pero Abraham envegecía é Isaac dejaba

pasar la flor de su vida. Abraham se hallaba ya en el año ciento y cuarenta de su vida, é Isaac en el cuarenta. Éra, pues, ya tiempo de que Abraham pensase en poner en estado á este hijo de las promesas, del cual habia de descender el pueblo que Dios queria formar para sí.

Eleccion de esposa para Isaac. En efecto, Abraham pensó en casar á su hijo, pero no queria casarle con ninguna de las hijas de los cananeos entre quienes habitaba, ya porque eran unas gentes corrompidas y entregadas á la idolatría, ya porque, desde el escandaloso pasage de su ascendiente Cam con su padre Noé, llevaban sobre si la maldicion de este Patriarca y estaban destinados á la muerte ó la servidumbre, y sobre todo porque no pertenecian á la familia Patriarcal. Cuando Abraham llamado por Dios salió de la ciudad de Ur de los Caldeos en la que habia nacido, dejó allí á su hermano Nacor casado ya con Melca, hija de Aran, hermano de Nacor y de Abraham, y por consiguiente sobrina carnal de ambos. Lot era tambien hijo de Aran y hermano de Melca. Aran habia ya muerto en la ciudad de Ur, Melca se quedó allí con su marido Nacor, y Lot se vino con su tio Abraham á la tierra de Canaan. Algun tiempo despues salió Nacor de la ciudad de Ur y se vino á la de Haran, donde se fijó y tuvo una numerosa familia; y de esta familia queria Abraham elegir la esposa para su querido Isaac; pero su avanzada edad y la multitud de bienes que le habia concedido el Señor no le permitian que emprendiese un viage tan largo á escoger la esposa de su hijo.

Llamó, pues, al criado más antiguo de su casa que era su mayordomo y le dijo: Pon tu mano bajo de mi muslo para juramentarte por el Señor Dios del cielo y de la tierra, de que no has de tomar muger para mi hijo de las hijas de los cananeos, entre los cuales habito, sino que irás á mi tierra y parentela y tomarás de ella muger para mi hijo Isaac. ¿Y si no quisiese la muger venir á esta tierra, dijo el criado, deberé volver para llevar á vuestro hijo á la tierra de donde vos salisteis? Guardate, respondió Abraham, de llevar jamás allá á mi hijo. El Señor Dios del cielo que me sacó de la casa de mi padre y de la tierra de mi nacimiento, el que me habló y juró diciendo: á tu linage daré esta tierra, ese enviará su Angel delante de ti, y tomarás de allí muger para mi hijo, y si la muger no quisiere seguirte no serás obligado al juramento. Solamente quiero que no lleves allá á mi hijo. Puso, pues, el criado la mano bajo el muslo de Abraham su Señor y juróle sobre este negocio. De esta ceremonia se usaba entonces para hacer los juramentos, así como ahora se usa la de presentar la santa cruz ó poner la mano sobre los santos evangelios.

Hecho el juramento, ya no pensó el fiel criado en otra cosa que en prevenirse para el viage. Tomó diez camellos de la camellería de su Señor, les cargó de presentes magníficos y de todas las especies de riquezas de que abundaba su campamento, y haciendo que le acompañase un buen número de criados y de siervos, partió para la Mesopotamia á la ciudad de Haran donde vivia

Nacor y toda su descendencia. El viage fue dichoso, y el fiel criado llegó á la vista de Harán una tarde á la hora en que las mugeres acostumbraban salir de la ciudad á tomar agua de un pozo que la proveía. Allí hizo alto y descargó sus camellos; y allí fue tambien donde conoció la gran dificultad de evacuar bien su comision. Despues del largo tiempo que habia pasado desde que Abraham se habia separado de su hermano Nacor, la familia de éste se habia multiplicado y era consiguiente que hubiese en ella muchas jóvenes casaderas, ¿y cómo distinguir entre ellas la que debia ser esposa del hijo de su Señor? En este apuro levantó sus ojos al cielo, y dijo: Señor Dios de Abraham, mi amo, asistidme, os ruego, en este dia, y haced misericordia con mi amo Abraham. Aquí estoy cerca del pozo y las hijas de los habitantes de esta ciudad vendrán á sacar agua. La doncella, pues, á quien yo digere: inclina tu cántaro para que yo beba, y ella respondiére: bebe, ¿y por qué no? Tambien daré de beber á tus camellos; aquella es la que habeis destinado para vuestro siervo Isaac, y por esto conoceré que habeis hecho misericordia con mi Señor. Este medio que tomaba el buen criado para conocer entre otras la doncella que Dios habia destinado para esposa del hijo de su amo, ninguna proporcion tenia de suyo para conseguir este conocimiento y habria sido una supersticion si no hubiera procedido por inspiracion del cielo. Abraham habia prometido á este fiel mayordomo que el Señor Dios del cielo enviaría su Angel delante de él, y el buen suceso que tuvo este medio,

hace ver que mereció la aprobación del Señor.

Apenas habia acabado su oracion, cuando he aqui que Rebeca, hija de Batuel, hijo de Melca, muger de Nacor, hermano de Abraham, salia de la ciudad trayendo el cántaro sobre su hombro. Esta jóven, en gran manera decorosa, y vírgen, muy hermosa, como dice el sagrado testo, llegó al pozo, llenó su cántaro, y se volvía, cuando el criado corrió hácia ella y la dijo: Dáme de beber un poquito de agua de tu cántaro, y ella respondió: bebe, Señor mio, y bajó con presteza el cántaro sobre su brazo y le dió de beber. Depues que hubo bebido el criado, añadió ella: tambien sacaré agua para tus camellos hasta que todos beban, y vaciando el cántaro en los pilones y corriendo al pozo sacó agua para todos los camellos. Mas entre tanto el criado se estaba contemplándola en silencio queriendo saber, si el Señor habia hecho próspero su viage, ó no; y luego que acabaron de beber los camellos, sacó el criado zarcillos de peso de dos siclos, é igual número de braceletes de peso de diez siclos, y la dijo: ¿De quién sois hija? ¿Hay en casa de vuestro padre cabida para estar en ella? Yo soy respondió, hija de Batuel, hijo de Melca, que le dió á Nacor. Tambien hay en nuestra casa, añadió, abundante provision de paja y heno, y local espacioso para reposar. Inclinóse entonces el enviado y adoró al Señor diciendo: Bendito el Señor Dios de mi amo Abraham, que no apartó su misericordia y verdad de mi amo, y me ha conducido por camino derecho á la casa del hermano de mi Señor. Corrió, pues, la her-

mosa jóven y contó en la habitacion de su madre todo lo que habia oido y la habia sucedido. En el oriente habia la costumbre, y aun se conserva, de tener las mugeres habitacion separada; y sería bueno que la hubiese tambien en el occidente.

Tenia Rebeca un hermano llamado Laban y este se apresuró á ir al pozo donde estaba el extranjero con sus siervos y camellos, y le dijo: ven, bendito del Señor ¿por qué estais ahí detenido? Mi casa está dispuesta, tambien hay local para los camellos; y con esto le llevó á la hospedería. Trajo agua para lavar los pies á él y á los hombres que habian venido con él, y pusieron pan delante, esto es, pusieron la mesa para cenar, pero él dijo: no comeré hasta que diga lo que tengo que decir. Dilo, contestó Laban al momento. Yo soy, dijo el extranjero, un criado de Abraham. El Señor ha colmado de bendiciones á mi amo y le ha ensalzado en gran manera. Le ha dado ovejas y vacas, plata y oro, siervos y siervas, camellos y asnos, y Sara, muger de mi amo, le parió un hijo en su vejez al que ha dado cuanto tenia (le ha hecho heredero), y me juramentó diciendo: No tomarás para mi hijo muger de las hijas de los cananeos en cuya tierra habito, sino que irás á la casa de mi padre, y de mi parentela tomarás muger para mi hijo; y yo respondí á mi amo ¿Y qué... sino quisiere venir conmigo la muger? El Señor, dijo, en cuya presencia ando, enviará su Angel contigo y enderezará tu camino, y tomarás muger para mi hijo de mi parentela y de la casa de mi Padre. Libre quedarás de mi maldicion, si despues de

haber llegado á mis parientes no te la dieren.

Llegué, pues, hoy á la fuente del agua, y dije: Señor Dios de mi amo Abraham, si habeis enderezado mi camino en el que ando ahora, ved que estoy cerca de la fuente del agua, y la doncella que saliere á sacar agua y yo la dijere: dame de beber un poquito de agua de tu cántaro, y me respondiere: bebe tú, y tambien sacaré agua para tus camellos, esa es la muger que el Señor tiene destinada para el hijo de mi amo; y cuando dentro de mi estaba revolviendo estas cosas en silencio, se presentó Rebeca que venia con su cántaro al hombro y bajó á la fuente y sacó agua, y la dije: Dame de beber un poco. Ella apresurada bajó el cántaro del hombro y me dijo: bebe tú, y tambien daré de beber á tus camellos: y preguntéla y digé: ¿De quién eres hija? Ella respondió: soy hija de Batuel, hijo de Nacor que le parió Melca. Luego la di unos zarcillos para que los pusiese por adorno de su rostro y puse unos braceletes en sus manos; y postrado adoré y bendecí al Señor Dios de mi amo Abraham, que me trajo por camino derecho para que tomase la hija del hermano de mi amo para su hijo. Por lo qual si haceis misericordia y verdad con mi amo, declaradmelo; pero si quereis otra cosa decidmelo tambien para que yo vaya á la derecha ó á la izquierda (á buscar otra doncella en la familia para esposa del hijo de mi amo.)

El discurso que acababa de hacer el enviado de Abraham estaba lleno de naturalidad, de verdad y de elocuencia. Las grandes cualidades del padre de Isaac, su crédito, sus riquezas, el naci-

miento milagroso de este hijo de las promesas, y la herencia y traspasso á él de todas las riquezas de su padre, las alabanzas de la hermosa Rebeca, y sobre todo la relacion de la santidad de Abraham, y de la proteccion que el Señor le dispensaba... todas estas cosas reunidas hicieron grande impresion en los ánimos de una familia que adoraba al Dios verdadero, y asi Batuel, Padre de Rebeca, y Laban su hermano, exclamaron á manera de hombres inspirados diciendo: Del Señor ha venido esto. No podemos responderte otra cosa que aquello que al Señor place. Ahí está delante de tí Rebeca: tómalala y camina, y sea muger del hijo de tu amo, como lo ha dicho el Señor. Cuando oyó esto el enviado de Abraham, se prostró en tierra y adoró al Señor por algun tiempo pegado el rostro con el suelo; y despues de haberle adorado, tomó de los sacos vasos de oro y plata, ricos vestidos y todo género de adornos y de galas y los ofreció á Rebeca en nombre de Isaac. Tambien hizo regalos á su Madre y sus hermanos. Celebraron despues un banquete y un festin con general y estraordinaria alegría. El enviado de Abraham trató de volverse luego á dar á Abraham é Isaac una noticia tan interesante y de tanta alegría. Se levantó muy temprano el dia siguiente y dijo: dejadme volver á mi amo; pero tanto la madre de Rebeca como sus hermanos le digeron: Estése Rebeca á lo menos diez dias con nosotros, y despues se marchará. No queráis detenerme, dijo á esto el enviado, porque el Señor ha dirigido mi camino. Dejadme ir á mi amo. Entonces llamaron á Rebeca y la

digeron: ¿Quiéres ir con este hombre? Iré, respondió ella. Oida esta respuesta ya no se trató sino de prepararse para el viage. Se dispusieron tambien para ir con ella su nodriza y algunas de las criadas de su madre. Esta se retiró despues de haber abrazado tiernamente á su hija, y los hermanos salieron á despedirla, y al separarse la desearon todas las bendiciones del cielo y la digeron: Hermana nuestra eres: Crezcas en millares de millares, y tu posteridad posea las puertas de sus enemigos. Entre estas tiernas bendiciones, ó por mejor decir, entre estas magníficas profecías, se retiraron los hermanos. Rebeca y sus criadas subieron en los camellos, y el enviado de Abraham emprendió su marcha con todo el séquito de los criados y siervos. Caminó á largas jornadas como son las de camellos, y llegó felizmente con la proteccion del Señor á la vista del campamento de Abraham, que moraba en Bersabé al medio dia de la tierra de Canaan.

Todo este viage era dirigido por Dios, y hasta la última circunstancia de su vuelta fue ordenada y dispuesta por su divina providencia. Isaac habia salido en la tarde de aquel dia al campo para meditar con mas quietud en la soledad, y se paseaba por el camino que iba al pozo que llamaban del que vive y del que ve, y habiendo alzado los ojos, vió unos camellos que venian á lo lejos. Tambien Rebeca vió á un jóven que iba á su encuentro, y bajandose del camello, preguntó á su conductor: ¿Quién es aquel hombre que viene por el campo á nuestro encuentro? Ese mismo es mi Señor Isaac, dijo el conductor. En-

tonces Rebeca sobrecogida del rubor, tomó aceleradamente su manto y se cubrió. La sagrada escritura nada nos dice que la hablase Isaac, ni aun que la saludase, sino que dejándola continuar cubierta con su manto, entró en conversacion con el criado, quien le contó lo que habia sucedido en su viage. Llegaron al campamento de Abraham su padre, y Rebeca fue colocada en la tienda de Sara su madre, que habia muerto hacía tres años. Allí se celebró el casamiento con las solemnidades acostumbradas: con un contento indecible de Abraham, y con una alegría general de toda su numerosa familia. Isaac amó á Rebeca en tanto grado, que se le templó, dice el sagrado testo, el dolor que le habia causado por tanto tiempo la muerte de su madre.

Abraham, despues de ver casado á su hijo tan á su gusto, sólo pedia al cielo y esperaba un hijo de su hijo, un nieto que fuese el heredero de sus bienes, de su fé, de sus esperanzas y de las promesas hechas á su posteridad; pero el Señor le probó con la esterilidad de Rebeca su nuera como le habia probado con la de Sara su esposa. Veinte años pasaron despues del casamiento sin que Rebeca tuviese hijos; y Abraham, viéndose sin nietos por tanto tiempo, tomó por esposa á Ceturá, ora fuese inspirado del cielo, ora llevado del deseo de conservar el conocimiento de Dios, y aumentar su divino culto. Tuvo seis hijos que crió en el temor del Señor, y cuando estuvieron ya en edad de tomar estado y destino, les entregó bienes cuantiosos y proporcionados á sus riquezas y generosidad, y separándoles con esto

de la herencia que era solo de Isaac, les envió á establecerse en el oriente del pais de Canaan, pero lejos de la habitacion de Isaac á cuya sola descendencia estaba prometida la tierra de Canaan. Con esto atendia Abraham á que se conservase la paz entre todos sus hijos. En este tiempo Isaac pedia continuamente á Dios la fecundidad de Rebeca, y despues de veinte años de esterilidad se la concedió el Señor, aunque angustiosa; porque adelantándose el tiempo de su embarazo, resultó que en su seno luchaban dos niños, causándola con la guerra que traian entre si tan recios dolores que, despues de haber deseado y pedido tanto tiempo su fecundidad, la obligaron á exclamar: si esto me habia de suceder; qué necesidad tenia yo de concebir! Pero los dolores continuaban, y atormentada con ellos y temerosa tambien del fin que podrian tener tan terribles antecedentes; fue á consultar al Señor, y el Señor la dijo: Dos gentes están en tu seno y dos pueblos se dividirán desde tu vientre. El un pueblo dominará al otro pueblo, y el mayor servirá al menor. Llegó el tiempo del parto, y he aqui que nacieron dos gemelos. El que nació primero era rojo y todo belloso á manera de una piel, y por esto se llamó *Esau*. Inmediatamente nació el segundo, trayendo asido del talon á su hermano, y por esto se llamó *Jacob*. Sesenta años tenia Isaac cuando le nacieron estos hijos, y ciento sesenta Abraham, quien tuvo el consuelo de abrazar dos hijos de su amado Isaac, y aun les vió crecer por espacio de diez y seis años que vivió despues de su nacimiento.

Muerte de Abraham. Hallándose este fiel siervo en una venerable ancianidad, le llamó el Señor para si á la edad de ciento y setenta y cinco años, y despues de haber llenado su vida de méritos y señalado una edad tan prolongada con el egercicio de todas las virtudes, particularmente de aquellas en que debia resplandecer un hombre destinado por Dios para ser la cabeza del pueblo escogido, el fundador de la nacion santa y el padre del Mesías. Nació Abraham en la ciudad de Ur de los Caldeos en la Mesopotamia, y apenas abrió los ojos encontró con la idolatría que reinaba en su pueblo, y hasta en parte de su familia, pero Abraham se mantuvo fiel en el culto del Señor, y jamás se manchó con ella. Dios le llamó y probó, mandándole que dejase su casa, sus posesiones, sus parientes y familias, y Abraham no dudó ni un momento en abandonarlo todo y salir de su tierra sin saber aun á donde iba. Era la tierra de Canaan á donde Dios le llamaba, y en esta tierra que era suya por herencia, vivió como peregrino, sin tener morada fija y caminando siempre en seguida de la obediencia. Erigia altares, particularmente donde recibía favores del Señor, y solo éstos y su sepultura doble fueron sus terrenos y las posesiones que tuvo en una tierra que toda le pertenecia. Nunca temió ofrecer sacrificios ni rendir cultos al Dios verdadero, á pesar de hallarse siempre rodeado de adoradores de los dioses falsos, y fue un portento de fidelidad en medio de un pais todo idólatra. Su virtud, su prudencia, su magnífico proceder le hicieron respetable, venerable, excelso entre los

mismos paganos, y tan poderoso que vencía hasta á los reyes. Su valimiento con Dios habria salvado á Sodoma, si hubiera hallado en ella diez justos, y si Lot no pereció entre los fuegos de aquella ciudad maldita, á su tio Abraham lo debió principalmente. Su resolucion á sacrificarlo todo antes que dejar de hacer en todo la voluntad del Señor, le hizo llegar á un extremo que extremece. El Señor quiso ver á donde llegaba su obediencia, y le mandó sacrificar á su hijo. Abraham empuñó el acero, alzó su brazo con el filo del cuchillo dirigido al cuello de su hijo, y solo un Angel pudo detenerle para que no descargase el golpe y sacrificase tan preciosa víctima. Su vida fue una comunicacion con Dios, y acaso de ninguno de los justos se podrá decir con mas razon, que anduvo con Dios. Los Angeles le visitaban con frecuencia, le comunicaban profundos misterios, y le inspiraban asombrosas profecías. El conocimiento de Dios iba á desaparecer de sobre la tierra, y Abraham tuvo la dicha de conservarle, y la gloria de ser el escogido por el Señor para formar un pueblo que le conservase despues de él. Por su gran fé mereció ser el modelo de los fieles de todos los siglos, y desde su tiempo la verdadera fé se llamó *fé de Abraham*. Su esperanza hizo que el limbo, donde los justos esperaban la bienaventurada esperanza, se llamase *seno de Abraham*; y lo que es sobre todo, el Señor de los cielos y la tierra, de los Angeles y los hombres; el Dios de la gloria quiso llamarse, como jamás se habia llamado, Dios de un hombre particular, *Dios de Abraham*.

Su muerte fué llorada, no solo por su querido Isaac y su tierna y amable Rebeca, sino tambien por su hijo Ismael que acudió á honrar su sepulcro, no solo por sus sirvientes y criados, sino tambien por sus convecinos y hasta por todos los habitantes de aquella tierra, que le miraban como un hombre portentoso, como un Principe de Dios, como un amigo del cielo. Fué enterrado con el acompañamiento consiguiente á un hombre que amaban tantos y con la pompa correspondiente al primer Patriarca del pueblo escogido, y colocado al lado de su amada Sara en la cueva doble que él mismo habia comprado para su enterramiento y el de sus difuntos. Murió Abraham el año de dos mil ciento y ochenta y tres de la creacion del mundo; y Sem, su noveno abuelo, habia muerto solo veinticinco años antes. Estas dos épocas ó muertes son muy notables, porque nos hacen ver que para llegar las noticias desde la creacion del mundo, hasta Abraham no se necesitaron mas que dos Patriarcas, que fueron Matusalen y Sem. Adan vivió con Matusalen doscientos y cuarenta y tres años, Matusalen con Sem noventa y ocho, y Sem con Abraham ciento y cincuenta, de modo que Abraham tuvo ciento y cincuenta años de escuela con Sem. Sem noventa y ocho con Matusalen, y Matusalen doscientos cuarenta y tres con Adan, y cada uno de estos discípulos debieron salir bien instruidos de unas escuelas de tantos años para ser buenos maestros de sus descendientes. Asi es que Abraham, instruido de los portentos de la creacion del mundo y de todo lo sucedido desde

entonces, trasladó á su familia la relacion de todo, y esta á su descendencia hasta Moisés, primer historiador del pueblo escogido por Dios.

Muerte de Ismael. Cuarenta y nueve años despues de haber muerto Abraham, murió tambien Ismael su primer hijo, nacido de Agar criada de Sara. Su familia se habia multiplicado en gran manera, y llegó á ver formadas de ella doce tribus, que poseian un vasto pais entre Hévila y los desiertos del Sur, y á contar en ella doce Príncipes, segun la promesa que el Señor habia hecho y repetido á Abraham su padre. Murió Ismael en el centro de su familia y en la edad de ciento treinta y siete años, y fué sepultado y agregado á los muertos de su pueblo.

Carácter de Esau y de Jacob. Esau y Jacob, que nacieron tan distintos en el semblante como hemos visto, no lo eran menos en el genio y las costumbres. Ambos fueron educados en la casa de su virtuoso padre y al lado de su piadosa madre, y á pesar de esto los juegos de su infancia ya no eran otra cosa que la continuacion de aquella lucha que habian principiado antes de nacer. Cuando llegaron á la edad de escoger modo de vida, Esau, cuya cutis belluda á manera de piel, presentaba un natural feroz y montaraz, se inclinó á la agricultura, y principalmente al ejercicio de la caza, que le proporcionaba vivir en los montes y los bosques, y habérselas con las fieras. Al contrario Jacob, cuya cutis lisa y lampiña manifestaba un natural sencillo y suave, habitaba en los campamentos de sus padres y cuidaba de los ganados. Estos dos hermanos tan de-

semejantes en todo, seguian cada uno el modo de vida que habia tomado. El uno siempre en medio de su familia, y el otro siempre en los bosques.

Vende Esau á Jacob la primogenitura. Un dia que Esau venia muy fatigado de la caza, halló á Jacob, que tenía un potaje guisado de lentejas, y le dijo: dame de ese cocido rojo, porque vengo muy desfallecido. Pues véndeme tu primogenitura, le dijo Jacob, y Esau se la vendió y confirmó la venta con juramento. Tomó pan, comió el plato de lentejas, bebió y marchó, teniendo en poco el haber vendido su primogenitura, y en nada reputó su venta. La primogenitura era el mayorazgo de los primeros hijos de las familias, y aunque Esau no hubiera mirado sino á los privilegios é intereses temporales que incluía, debia haberla conservado. El primogénito tenía una porcion doble en la herencia de su padre, gozaba de una autoridad casi paternal sobre sus hermanos, era en aquel tiempo el sacrificador que ofrecía los sacrificios que presentaba la familia, y el que recibia en la muerte de su padre una bendicion particular y muy superior á la de todos sus hermanos. Esto era general á toda primogenitura, pero la de Esau encerraba ademas grandes misterios y magníficas esperanzas. Desde que Dios habia hecho tantas y tan grandes promesas á su abuelo Abraham, la bendicion de los primogénitos de su descendencia, incluía y tenia por objeto el cumplimiento de estas promesas, y sobre todo el nacimiento del Mesías, y así, renunciando Esau á la primogenitura, renunciaba á

las promesas del Señor, al nacimiento de su Santísimo hijo humanado, y á la esperanza del universo, y por eso San Pablo llama á Esau un *profano*, como si dijera un sacrilego, un simoniaco, por haber puesto en precio y haber vendido tan vilmente cosas tan sacrosantas. Parecerá acaso que Jacob no pudo dejar de ser culpable en proponer esta venta, y proponerla por tan bajo precio, pero Jacob sabia que Dios le habia elegido aun antes de nacer para ser uno de los ascendientes de su divino Hijo hecho hombre, le habia dado el derecho de la primogenitura, y habia sujetado á su hermano mayor á que le sirviese á pesar de ser menor. Asi es que Jacob proponiendo la venta de lo que era ya suyo por disposicion del cielo, no hacia otra cosa que aprovechar la ocasion de posesionarse de su primogenitura. Isaac padre de los dos contratantes, no tuvo noticia, segun se vió despues, de esta venta, y tampoco sabia que el Señor habia escogido á Jacob para primogénito, porque esto solo se anunció á Rebeca, cuando consultó al Señor sobre la lucha que traian en su vientre los dos hermanos, y esta lo comunicó á Jacob que era el interesado.

Poco tiempo despues de este lance tan serio y de tantas consecuencias, se vió Isaac precisado por el hambre que affligía la tierra de Canaan, donde habitaba, á salir de ella y retirarse á Egipto, como habia hecho su padre Abraham en otro tiempo por este mismo motivo; pero el Señor se le apareció en el camino y le dijo: no bajes á Egipto, mas estate quieto en la tierra que te diré (era segun se vió la de Gerára), y mora como

peregrino en ella, y Yo seré contigo y te bendeciré, porque á tí y á tu posteridad daré todas estas tierras, cumpliendo el juramento que prometí á Abraham tu padre, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré á tus descendientes todas estas tierras y serán *benditas* en tu descendencia todas las gentes de la tierra. Con esto Isaac se quedó en Gerára, y como le preguntasen los hombres de aquel país sobre su muger, respondió: hermana mia es; porque temía confesar que estaba unida con él en matrimonio, recelando que tal vez á él le quitasen la vida por causa de la hermosura de ella. En esto se habian convenido Isaac y Rebeca, como lo habian hecho Abraham y Sara, sus padres, cuando bajaron á Egipto.

Sembró Isaac en aquella tierra, y cogió aquel mismo año el ciento por uno. Bendijole el Señor, y se enriqueció é iba adelantando y creciendo más y más, hasta que llegó á hacerse poderoso sobre manera. Tuvo tambien rebaños de ovejas y vacadas, y muchísimos criados, dice el sagrado testo. Los naturales principiaron á envidiar y temer al estrangero, y no atreviéndose á declarar abiertamente contra su poder y su irrepreensible conducta, le persiguieron y mortificaron, cegándole los pozos que habia abierto su padre Abraham, y los que él mismo abría para beber él y su familia, y dar agua á sus ganados, porque en aquella tierra todo el agua era de pozos; y era tal la persecucion, que le fué preciso retirarse á Bersabé, donde se le apareció el Señor y le dijo: Yo soy el Dios de Abraham tu padre, no temas

que Yo estoy contigo. Te bendeciré y multiplicaré tu descendencia por miramiento á mi siervo Abraham. Entonces Isaac edificó allí un altar, y habiendo ofrecido sacrificios al Señor, estendió sus pabellones y fijó su habitacion. Allí pasó muchos años en una vida tranquila; pero al fin no faltaron motivos de disgustos; porque la vida del hombre en su destierro es una mezcla de consuelos y disgustos, y mas abundante en trabajos que en descansos, y esto debia suceder mucho mas á unos Patriarcas que no solo vivian en el destierro, sino tambien como peregrinos y desterrados.

Casamientos de Esau. Viéndose Esau en la edad de cuarenta años, y mirándose siempre como el primogénito de la familia, juzgó que era ya tiempo de tomar estado. En la misma edad habia casado Abraham á su querido Isaac, pero solo en esta circunstancia fueron parecidos estos dos casamientos, que debian haberlo sido en todas. Abraham para casar á su hijo envió su Mayordomo á la Mesopotamia á buscar la esposa en su parentela, despues de haberle juramentado sobre que jamás tomaría para su hijo muger de las cananeas, y era de esperar que Esau seguiría en este caso la conducta de su abuelo, mas no fué asi. Joven, libre é inesperto no quiso mas parecer que el suyo; y sin contar siquiera con el de sus padres, pasó á casarse con dos idólatras Heteas, descendientes de la sangre profana de Canaan. Este hecho causó grande sentimiento en Isaac y Rebeca, que jamás habrian consentido en sus matrimonios, á no ser ambas de la descendencia de los Patriarcas; pero conociendo el genio feroz

y arrebatado de su hijo, no solo sufrieron este arrojó en silencio y con paciencia, sino que para no irritarle, tuvieron que recibir en su casa las dos Heteas. Mas la condescendencia de que usaron por la paz, les causó continua guerra. Estas mugeres, criadas en la idolatría y obstinadas en ella, no tenían temor de Dios y mortificaban no solo á Rebeca, sino tambien al mismo Isaac. Con esto se confirmaba mas y mas Rebeca en la resolución que habia formado de hacer cuanto estuviese de su parte, para que al morir Isaac recayesen sobre Jacob todos los derechos de la primogenitura. Isaac no pensaba del mismo modo, por que, segun se vió, no tenía las noticias que Rebeca de la voluntad del Señor; y á pesar de los disgustos que le causaron por bastantes años estos dos matrimonios, siempre estuvo dispuesto á dejar en su muerte la primogenitura en manos de Esau, á quien miraba como el Mayorazgo de la familia.

Ya habia llegado Isaac á la edad de ciento y treinta y siete años, y Rebeca á la de ciento diez y siete. Los dos hijos, como gemelos, tenían ambos la misma edad, que era la de setenta y siete años. Jacob aun permanecia soltero al lado de sus amados padres, pero Esau llevaba ya treinta y siete años de matrimonio con las dos cananeas. Tal era el estado en que se hallaba esta casa patriarcal, cuando Isaac, casi ciego por su mucha edad, juzgó que debia estar ya cerca su muerte y dispuso, antes que acaso llegase, dar la bendición á sus hijos. Este acto de la autoridad paterna era de la mayor importancia. Fijaba irrevocable-

mente los derechos de las familias, y aun muchas veces inspiraba el Señor á los Patriarcas en estos lances decisivos, y les comunicaba el don de profecía como hemos visto en Noé, vamos á ver en el ciego Isaac, y veremos adelante en el preferido Jacob y en su querido José. Rebeca estaba muy preparada para aprovechar este gran paso, y hacerle favorable á Jacob. Pudiera haber prevenido á Isaac, haciéndole saber la voluntad del Señor; pero el cariño, que ella profesaba á Jacob, era bien conocido de Isaac; y hubiera considerado su prevencion como un efecto de aquel cariño, y al menos la hubiera tenido por sospechosa, particularmente cuando nada le habia manifestado el Señor en asunto de tanta importancia. Además, esta ignorancia de Isaac era en cierto modo necesaria para que se verificase el suceso misterioso que vamos á referir.

Sorpresa de Jacob. Isaac envejecido, y casi ciego, llamó á Esau, diciendo: ¿Hijo mio? El cual respondió: aqui estoy. Ya ves, le dijo, que yo he envejecido, y que no sé el dia de mi muerte. Toma tus armas, la aljava y el arco, y sal fuera, y cuando hubieres cazado algo, házme de ello un guisado como tú sabes que es de mi gusto, y tráemele para que le coma, y te bendiga mi alma antes que muera. Esau esperaba con ansia este momento para reparar el yerro criminal que habia cometido, cuando vendió á su hermano la primogenitura por un plato de lentejas, y corrió á buscar la caza que su padre deseaba. Rebeca estaba oyendo todo lo que habia dicho Isaac, y el encargo que habia hecho á Esau; y

mientras que éste corria el campo cazando, ésta llamó á su hijo Jacob y le dijo: He oido á tu padre que hablaba con Esau tu hermano y le decia: Tráeme de tu caza y guísamela para que coma y te bendiga delante del Señor antes que muera. Ahora bien, hijo mio, condesciende con mis consejos, y yendo al ganado, tráeme dos cabritos de los mejores para hacer de ellos á tu padre los guisos que come con gusto, los cuales le presentarás para que, despues que haya comido, te bendiga antes que muera. El negocio pareció muy fácil y corriente á Rebeca, mas no así á su hijo Jacob: el cual la dijo: Sabeis que Esau mi hermano es hombre belloso y yo lampiño. Si mi padre me palpáre y lo advirtiere, temo que crea que he querido burlarme de él, y que atraiga sobre mí la maldicion en lugar de la bendicion. Pero Rebeca estaba resuelta, y habia formado su plan sobre las promesas que el Señor la habia hecho, de que el mayor serviría al menor; y así contestó al reparo de Jacob: sobre mí sea esta maldicion, hijo mio. Solamente quiero que oigas mi voz, y que yendo (al ganado) me traigas lo que he dicho. Fue Jacob y trajo los dos cabritos, los dió á su madre, y ésta los compuso como sabia que gustaban á su padre. Sacó los mejores vestidos de Esau, y vistió con ellos á Jacob. Cubrió sus manos y cuello con las pieles de los cabritos, y los acomodó tambien, que solo en la voz podia distinguirse de Esau. En este traje tomó Jacob el guisado que su madre habia compuesto y los panes que habia cocido, y entró á presentarlo á su padre diciendo: ¿Padre mio? Y

respondió Isaac: ¿Quién eres tú, hijo mio? La pregunta era ciertamente embarazosa, y difícil la respuesta. Sin embargo Jacob estuvo sobre sí, y respondió sin turbarse: Yo soy vuestro primogénito Esau. He hecho como me mandasteis. Levantaos, sentaos, y comed de mi caza para que me bendiga vuestra alma. No esperaba Isaac que Esau pudiese venir tan presto y volvió á preguntar: ¿Cómo, hijo mio, pudiste encontrar tan pronto? Dios ha querido, respondió Jacob, que luego se me pusiese delante lo que queria. Llegate acá, dijo Isaac, para palparte, hijo mio, y conocer si tu eres mi hijo Esau ó no. Jacob se acercó á su padre, y habiéndole palpado dijo: la voz, á la verdad, es voz de Jacob, pero las manos son de Esau, y no le conoció porque las manos bellas de Jacob eran semejantes á las de Esau, y para bendecirle dijo: ¿Eres tú mi hijo Esau? Yo soy, respondió. Con esto cesó un examen, que aunque breve, debió ser para Jacob en gran manera largo. Mas al fin salió bien de él, y su venerable padre, satisfecho con estas diligencias, dijo: Tráeme, hijo mio, las viandas de la caza, para que te bendiga mi alma: y habiéndoselas presentado, comió de ellas, sin distinguir la carne de los cabritos domésticos que Rebeca le habia guisado, de la de los monteses, que á este tiempo aun perseguia Esau por los cerros y los valles. Se le sirvió el vino que tambien bebió, y concluida la comida, llegate á mí, hijo mio, dijo, y dame un beso. Jacob se acercó y le besó, y al instante que percibió la fragancia de sus vestidos, principió su bendicion

diciendo: he aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno, al que bendijo el Señor. Dios te dé el rocío del cielo y la grosura de la tierra; abundancia de trigo y vino. Sírvante los pueblos y adórente las tribus. Sé Señor de tus hermanos, é inclínense delante de tí los hijos de tu madre. El que te maldigere, que sea él maldito, y el que te bendigere, que sea lleno de bendiciones. Así concluyó el venerable anciano y segundo Patriarca del pueblo escogido la bendición llena y cumplida que dió á su hijo Jacob, ó mas bien la profecía sobre la futura grandeza de su posteridad. Algunos han querido decir que Jacob mintió aquí, aunque levemente; pero San Agustín defiende, que, lo que dijo é hizo aquí Jacob, no fue mentira sino misterio. Jacob hizo lo que figuraba, y Jacob cubierto de pieles de cabritos figuraba á Jesucristo cubierto de nuestra humanidad, y cargado con nuestros pecados.

Apenas habia acabado Isaac de bendecir á Jacob, y de salir éste de la presencia del venerable anciano, cuando llegó Esau trayendo ya cocidas las viandas de la caza, y acercándose á su padre le dijo, levantaos, padre mio, y comed de la caza de vuestro hijo para que me bendiga vuestra alma. Pues ¿quién eres tú? dijo Isaac. Yo soy, respondió Esau, vuestro primogénito. Asombróse Isaac en gran manera, y admirado mas de lo que se puede creer, dijo: ¿Pues quién es aquel que poco ha me ha traído de la caza y he comido de todo antes que tú vinieras? Yo le bendige y será bendito. Cuando oyó Esau las palabras de su padre rugió á manera de un leon, se enfure-

ció, y siguiéndose al furor la consternacion y el abatimiento, cayó á los pies de su padre, diciendo: dadme tambien á mí vuestra bendicion, padre mio; pero este dijo: tu hermano vino con astucia y recibió la bendicion tuya. Entonces dijo Esau: con razon fué llamado su nombre Jacob (suplantador), porque he aqui que me ha suplantado segunda vez. Ya antes se alzó con mi primogenitura, y ahora segunda vez me ha arrebatado mi bendicion. ¡Cuán cierto es que las desgracias son los grandes despertadores de los remordimientos! Esau habia cometido un gran crimen, vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas, teniendo en nada esta venta, y ahora que ve los tristes efectos de su venta sacrilega es cuando se acuerda de ella. Despues de estas injustas quejas, dijo Esau á su padre: ¿Acaso no habeis reservado bendicion tambien para mí? Le he constituido Señor tuyo, dijo Isaac, y he sujetado á él todos sus hermanos. ¡Qué podré ya hacer para ti! ¿Pues qué? replicó Esau, ¿no teneis, padre mio, mas que una bendicion? Ruégoos que me bendigais tambien á mí; y como llorase á gritos, conmovido Isaac, le dijo: en la grosura de la tierra y en el rocío que cae del cielo será tu bendicion. Vivirás por la espada (en peleas) y á tu hermano servirás, y vendrá tiempo en que sacudas y desates su yugo de tu cerviz (saliendo de la servidumbre de la sinagoga y entrando en la libertad de la Iglesia.)

Esau se vió precisado á contentarse con esta bendicion, pero la condicion de haberse de sujetar á su hermano menor, no podia acomodarse

con su genio altivo y feroz. Jacob no dejaba de estar cuidadoso de el modo con que su padre habria tomado su sorpresa, y temia ponerse delante de él sin saber antes el recibimiento que podria esperar; mas como Rebeca habia sido la autora principal de esta sorpresa, debia ser tambien la mediadora principal entre su esposo y su hijo. Se presentó ésta á Isaac y le halló con aquella amabilidad para con su esposa que habia encontrado siempre. Le descubrió todos los pasos que ella habia dado para conseguir esta sorpresa, y por último le dijo: que en ella no habia hecho otra cosa que procurar el cumplimiento de una disposicion del cielo: que habiendo consultado al Señor cuando luchaban sus dos hijos en su seno y despedazaban sus entrañas, la habia respondido: que llevaba en él dos pueblos, y que el mayor serviría al menor. Esto era mas que bastante para un hombre tan religioso como Isaac. Sin embargo no omitió hacerle presente las gracias que debian dar al Señor por esta eleccion del menor para la primogenitura, en vista de la humilde y amable conducta de Jacob y la altanera é indómita de Esau. El venerable anciano no solo se conformó, sino que dió al Señor las mas humildes y amorosas gracias por esta preferencia. Recibió á Jacob como á un elegido por Dios, y le miró desde entonces como el primogénito de la familia, el heredero de las promesas, y el tercer Patriarca del pueblo que habia de nacer de su sangre.

Huida de Jacob á la Mesopotamia. Jacob con este paso, no solo continuó mereciendo el amor

de su padre como buen hijo, sino tambien como primogénito; mas no le sucedia asi con su hermano Esau que le aborrecia de muerte desde que le habia bendecido su padre, y dijo en su corazon: vendrán los dias del luto (de la muerte) de mi padre y yo mataré á mi hermano Jacob. Esau dejó traslucir este abominable intento, Rebeca llegó á saberlo, y llamando á Jacob, le dijo: mira que tu hermano Esau trata de matarte. Oye, pues, hijo mio, mi voz, y sin perder tiempo huye á Haran á la casa de Laban, mi hermano. Morarás con él algunos dias hasta que se sosiegue el furor de tu hermano. Se dirigió en seguida á su marido Isaac y le dijo: fastidiada estoy de vivir, por causa de las hijas de Het. Si Jacob tomáre muger del linage de las de esta tierra, no quiero vivir. Llamó, pues, Isaac á Jacob, le bendijo, y le mandó que no tomase muger de la casta de Canaan, sino que fuese á la Mesopotamia á la casa de Batuel, padre de su madre, y tomase muger de las hijas de Laban, su tio. Y el Dios omnipotente te bendiga, dijo, y te haga crecer y te multiplique para que seas cabeza de muchos pueblos, y dé á ti las bendiciones de Abraham y á tu descendencia despues de tí, para que heredes la tierra de tu peregrinacion que prometió (el Señor) á tu abuelo; y habiéndole despedido partió Jacob para la Mesopotamia, dirigiéndose á la casa de Laban, hijo de Batuel y hermano de su madre Rebeca. Jacob, habiendo salido de Bersabée, donde acampaban entonces sus padres, tomó el camino de Haran que era la ciudad donde moraba su tio

Laban, y distaba como unas diez jornadas ó dias de camino, y habiendo llegado una tarde despues de ponerse el sol á un sitio que estaba cerca de la ciudad de Luza, queriendo descansar tomó una piedra, y poniéndola por cabecera durmió allí.

Escala de Jacob. Descansaba el caminante de la fatiga de su jornada y dormía con gran sosiego, cuando un sueño misterioso vino á ocupar el lugar del sueño natural. Vió una escala que teniendo fijos sus pies sobre la tierra, tocaba con sus remates en el cielo, y vió tambien Angeles de Dios que subian y bajaban por ella. Esta misteriosa escala era una imágen muy expresiva de la divina providencia que vela sobre los hombres; y los Angeles, que subian y bajaban, lo eran de la solicitud con que estos ministros de la misma providencia nos asisten y defienden en los continuos combates de la vida; llevan al cielo nuestras súplicas, nuestras oraciones y todas nuestras buenas obras; y nos traen del cielo auxilios, dones y gracias para llevarnos al cielo. Pero Jacob no solo vió la escala misteriosa y los Angeles que subian y bajaban, sino que vió tambien al Señor como apoyado sobre la escala y que le decía: Yo soy el Señor Dios de Abraham y el Dios de Isaac. A tí y á tu posteridad daré la tierra en que duermes y será tu descendencia como el polvo de la tierra. Te estenderás al occidente y al oriente, al septentrion y al mediodia, y serán benditas en tí y en tu descendencia todas las naciones de la tierra. Yo seré tu custodia donde quiera que fueres, y te volveré á esta tierra y no te dejaré hasta

haber cumplido todo lo que he dicho. Despertó Jacob del sueño, y lleno de gozo, de admiracion y de respeto á un mismo tiempo, exclamó: Verdaderamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabia. ¡Qué terrible, añadió, ocupado del pavor! ¡Qué terrible es este lugar! ¡No hay aquí otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo!

Santidad de los templos. Todos los lugares de la tierra están llenos de la Magestad de Dios, y son su templo, pero lo son particularmente aquellos que ha destinado para recibir nuestros deseos y ofrendas, y concedernos sus gracias y sus dones. La Iglesia ha tomado las palabras de este santo hombre para inspirar en el corazón de sus hijos la profunda veneracion y sumo respeto con que deben asistir en ellos, y les está diciendo continuamente: ¡Qué terrible es este templo! ¡Esta es la casa de Dios y la puerta de los cielos! Leccion temerosa para los que no guardan la mayor compostura y la mas profunda veneracion en los templos. Porque, si Jacob estando en un campo, fué penetrado del mas profundo respeto, considerando aquel lugar en que se hallaba, como el mas santo y mas terrible de la tierra, porque habia visto en sueños desde él una representacion del Señor y de su divina providencia; ¡cuál deberá ser la veneracion y respeto de un cristiano que entra en el templo y ve, no con ojos de un dormido y entre sueños como Jacob, sino con los ojos de la fé, mas penetrantes que los ojos de los hombres mas despiertos, no una representacion del Señor, sino al Señor mismo que habita en el

santuario de la tierra tan real y verdaderamente como en el santuario del cielo!

Jacob tomó la piedra que habia tenido por cabecera, la fijó en la tierra, la erigió á manera de columna y la ungió derramando aceite sobre ella para que fuese un monumento de la misteriosa vision que allí habia tenido. Tambien llamó *Betel*, esto es, *casa de Dios* á la ciudad inmediata que antes se llamaba Luza. Esta es la primera uncion que se menciona en los libros santos; y como San Gerónimo llama altar á la piedra que erigió Jacob, podemos decir que fue la primera uncion de altares, mandada despues por el Señor en la ley de Moisés, y usada en la Iglesia desde sus primeros tiempos. Jacob hizo ademas un voto al Señor, ofreciendo: que, si le volvía felizmente á la casa de sus padres, se dedicaría muy particularmente á su culto y su servicio, y le ofrecería los diezmos de todos los bienes que le concediese.

Llegada de Jacob á Haran. Consagrado este lugar santo, y hecho su voto al Señor para conseguir que le amparase en este largo viage, y favoreciese sus pretensiones, continuó caminando hácia el oriente, y despues de varias jornadas llegó á un pozo, en cuyo rededor estaban tres hatos ó hatajos de ovejas esperando que se reuniesen todos para levantar la gran piedra que le cerraba, sacar agua y darlas de beber. Jacob se dirigió á los pastores que cuidaban de los hatos y les preguntó: Hermanos, ¿de dónde sois? De Haran, respondieron ellos. ¿Conoceis á Laban, hijo de Nacor? Le conocemos. ¿Está bueno?

Bueno está, y ve allí á Raquel, su hija, que viene con su ganado. Todavía estaban hablando, cuando llegó Raquel con las ovejas de su padre, pues ella misma pastoreaba el rebaño. Jacob, luego que la vió, y supo que era su prima hermana, y que las ovejas eran de Laban, su tío materno, quitó la piedra que tapaba el pozo, y despues de haber dado de beber al rebaño, la saludó al uso de aquella tierra, y alzando su voz lloró, bien fuese de alegría por haber hallado felizmente lo que buscaba, bien de sentimiento por no tener que presentar á su prima, segun se acostumbraba en casos semejantes. ¡Tan pobre habia salido de la opulenta casa de su padre! Jacob declaró á Raquel que era hijo de Rebeca, y ella se apresuró á dar esta noticia á su padre, quien luego que oyó que habia llegado Jacob, hijo de su hermana Rebeca, corrió á su encuentro, y habiéndole abrazado y besado, lo llevó á su casa. Jacob manifestó los motivos de su viage, y Laban, despues de haberle oido, hueso mio eres, dijo, y carne mia. No pasó de aqui Laban en esta ocasion, Jacob estuvo un mes en su casa entregado al trabajo, como se ve por la propuesta que le hizo Laban luego que se concluyó el mes. ¿Acaso, le dijo, porque eres mi hermano (pariente muy cercano) me servirás de valde? ¿Dime qué salario has de recibir? Laban tenia dos hijas: la mayor se llamaba Lia, y la menor era Raquel; pero Lia era tierna de ojos, y Raquel de rostro bello y de lindo semblante. Jacob amaba á Raquel desde que la vió, cuando se acercaba al pozo á dar agua á las ovejas de su padre, y

dijo á éste: os serviré siete años por Raquel, vuestra hija menor. Mejor es, dijo Laban, darla á tí que á otro varon. Quédate conmigo.

Pobre Jacob! has dado con un avaro, y tendrás bien que sufrir de su codicia. No tienes bienes, y aunque eres hijo de un Patriarca, es preciso que seas un sirviente. Ese mismo Laban entregó á su hermana y tu madre Rebeca, no á tu padre Isaac, sino á un mero criado de su padre Abraham; pero éste presentó diez camellos cargados de riquezas, y tú, aunque eres el nieto de Abraham, no puedes presentar mas que el vacío de un caminante, y es necesario que sirvas siete años, y aun así no conseguirás la esposa que deseas, y tendrás que sufrir primero otra que no pretendes y avenirte á servir otros siete años para que te entreguen la que amas. Jacob era el Patriarca destinado, especialmente, á llevar una vida de trabajos, y desde luego principió á experimentarlos. Su hermano le persigue de muerte; y despues de huir solo y desamparado, y de caminar acaso mas de cien leguas á buscar seguridad y reposo en la casa del hermano de su madre, se encuentra con un tio duro que le sujeta al servicio; y en vez de aquella esposa de su familia que recibiría á su llegada, como esperaba Rebeca su madre, se halla con siete años de servicio y en la precision de convenir en servir otros siete antes de lograrla.

Jacob, pues, sirvió por Raquel siete años y éstos le parecieron de pocos dias por lo mucho que la amaba, pero quanto era mayor este amor, tanto fue mayor su sentimiento quando se vió

engañado en su esperanza. Dadme mi muger, dijo á Laban, porque ya se ha cumplido el tiempo; y Laban, no solo no manifestó la menor repugnancia, sino que convidó á un banquete á gran multitud de amigos y celebró las bodas; mas por la noche introdujo á Lia en vez de Raquel, y Jacob no advirtió el engaño hasta por la mañana que vió á Lia. Entonces se quejó vivamente á su suegro diciendo: ¿Qué es lo que habeis querido hacer? ¿No os he servido yo por Raquel? ¿Por qué me habeis engañado? No es costumbre en nuestro lugar, respondió Laban muy fresco, que demos antes en matrimonio las menores. Cumple, añadió, la semana de este enlace y te daré tambien á ésta por el servicio que me has de hacer de otros siete años.

La respuesta de Laban era á la vez mas irritante que el fraude mismo, y solo Jacob, destinado á ser el Patriarca de los grandes trabajos, pudo llevarla con sufrimiento. ¿Y porqué? podría haberle respondido, ¿porqué no me advertisteis esa costumbre del pais cuando os pedí á Raquel vuestra hija menor? ¿Porqué me la concedisteis, despreciando una costumbre que ahora quereis que valga tanto? ¿Porqué no me la habeis hecho presente, siquiera una vez, en siete años que sirvo en vuestra casa? ¿Porqué habeis callado y nada me habeis dicho hasta que os he servido siete años con la condicion de darme, luego que se concluyesen, la hija que os pido? ¿Porqué habeis dado lugar á que se celebre mi matrimonio con tanta solemnidad para que fuese mas sensible y criminal el engaño...? Todo esto

podía haber contestado Jacob á su falaz suegro, pero nada replicó el Santo Patriarca, y pasada la semana tomó por muger á Raquel con la obligacion de servir á su padre otros siete años. Jacob, habiendo logrado casarse con Raquel, continuó sirviendo en la casa de Laban otros siete años.

Como Raquel era la esposa que habia elegido el Patriarca, la amó con preferencia á su hermana Lia; pero el Señor, que es admirable en la distribucion de sus dones, hizo fecunda á Lia, dejando á Raquel estéril. En poco tiempo dió Lia á Jacob cuatro hijos. Al primero llamó Rubén, al segundo Simeon, al tercero Leví, y al cuarto Judá. Raquel, aunque buena y virtuosa, viendo que su hermana tenia ya cuatro hijos sin que ella tuviese alguno, se dejó poseer de tanto sentimiento, que llegó á decir á Jacob: Dáme hijos, pues sino moriré (de pena). Jacob, que sabia bien que á Dios y no á él debia dirigir su esposa esta peticion, ¿acaso, la dijo, soy yo en lugar de Dios, que te ha privado del fruto de tu vientre? Raquel reconvenida asi por su santo esposo, volvió en sí y conoció que la habia extraviado el exceso de su sentimiento. Sosegada, y consolada consigo misma, se determinó á probar si el Señor querría concederla familia por otro medio justo, aunque menos satisfactorio para ella, y dijo á Jacob: tengo mi criada Bala, cástate con ella, y os dará hijos que yo recibiré en mi regazo y serán míos.

Era costumbre en las familias de facultades dar los padres á las hijas que casaban, como parte de su dote, una esclava de criada, y Laban

habia dado á Lia una que se llamaba Zelfa, y á Raquel otra, que era Bala, ambas de la edad de sus hijas. Como en aquellos tiempos era permitida, segun se ha dicho, la poligamia ó pluralidad de mugeres, cuando las hijas eran estériles ó tardaban en tener hijos ó dejaban de tenerlos, daban á sus maridos estas criadas, con las que se casaban y eran tenidas por mugeres de segundo orden; pero los hijos que nacia de ellas pertenecian á sus Señoras, heredaban segun el derecho de mayoría, y no habia distincion entre ellos y los hijos de las Señoras, si éstas los tenian ya ó lograban tenerlos. Es verdad que Ismael, hijo de Abraham y de la criada Agar, no entró en este rango, pero fue por una orden expresa del Señor. Tampoco entraron los hijos que tuvo de Cetura. Aqui se debe advertir que los Santos Patriarcas y los justos ó amigos de Dios, no usaban regularmente de esta libertad, sino en el caso de una larga ó perpetua esterilidad de sus esposas principales, nunca sin su consentimiento, y casi siempre rogados por ellas y vencidos de su importunidad.

Bala tuvo dos hijos de Jacob, que Raquel recibió como propios, y llamó al primero Dan y al segundo Néptali. Tambien Lia, viendo que ya no tenia mas hijos, dió á Jacob su criada Zelfa con la que se casó, y tuvo de ella dos hijos, y Lia los recibió tambien como propios, y llamó al primero Gad y al segundo Asér. Volvió el Señor á conceder fecundidad á Lia y tuvo dos hijos y una hija. Al primero de estos dos que era ya el quinto de sus hijos, y el sétimo, contando con

los dos de su criada, llamó Isacar, al segundo Zabulon y á la hija Dina. Raquel, á pesar de su larga esterilidad, no habia perdido la esperanza de llegar á ser madre, y no cesaba de suplicar al Señor que la concediese hijos. Su perseverancia fue premiada, porque el Señor la concedió dos, que fueron muy notables entre los demás de Jacob. El primero de estos hijos de las súplicas de Raquel fué José, el casto y hermoso José, cuya vida ocupará una parte muy principal de esta historia. Raquel al ver este hijo, tan largo tiempo deseado, pedido y esperado, exclamó: el Señor me ha librado de mi oprobio (la esterilidad); y Jacob se llenó de gozo con el nacimiento de este hijo, que habia de ser la dicha de una esposa tiernamente amada, y enjugar las lágrimas que habia derramado en siete años.

Noventa y un años habia cumplido Jacob cuando le nació José, y llevaba catorce de servicio en casa de su tío y suegro Laban. Tenia ya once hijos y una hija, de Lia y Raquel, y de Bala y Zelfa, criadas de estas, á saber: cinco hijos y una hija de Lia, un hijo de Raquel, dos de Bala, y dos de Zelfa, pero todos los bienes de este Patriarca estaban reducidos á sus mugeres y sus hijos; era ya tiempo de mirar por si despues de haber trabajado catorce años en bien de su tío. Concluido el empeño de los segundos siete años, determinó, despues del nacimiento de José, retirarse de la tierra del oriente y casa de Laban, y volverse á la tierra de Canaan y casa de su padre. Con este intento pasó á verse con su suegro y le dijo: dejadme volver á mi tierra y á mi patria,

y dadme mis mugeres y mis hijos. Laban no queria desprenderse de Jacob, cuyos trabajos y cuidados habian aumentado extraordinariamente los bienes de su casa, y le contestó: Hálle yo gracia en tu presencia. Por experiencia he conocido que por tí me ha dado Dios su bendicion (los muchos bienes que poseo). Dime el partido que quieres que te haga, y yo te le haré. Vos sabeis, respondió Jacob, cómo os he servido, y cuánto se ha aumentado vuestra hacienda en mis manos. Poco teniais cuando yo vine, y ahora os habeis hecho rico, porque el Señor os ha bendecido á mi entrada. Justo es, pues, que yo provea tambien á mi casa. Entonces dijo Laban: ¿qué te daré? y Jacob le contestó: nada quiero; mas si liciéreis lo que pido, volveré á apacentar y guardar vuestros ganados. Dad vuelta á todos vuestros rebaños, separad las ovejas pintadas y de vellon variado (y dejad á mi cuidado todos los que tengan un solo color, blanco ó negro), y todo lo que naciere manchado y variado tanto de las ovejas como de las cabras (que yo guarde) esó será mi salario. Laban, al oír una respuesta tan ventajosa para él y tan avenida con su avaricia, dijo á su yerno: me agrada lo que pides; y sin dejar pasar el dia, separó todo el ganado manchado ó de mas de un color, de todo lo que tenia un color solo blanco ó negro. Laban creyó, y era de creer, que se reduciría á casi nada el salario de Jacob, porque de padres todos blancos ó todos negros, solo por casualidad y como por extravío, nacerían algunos hijos variados ó de mas de un color. Asi es que para evitar todo pe-

ligro de mezcla, se retiró tres jornadas á cuidar por sí del ganado variado ó de mas de un color; y para prevenir cualquiera engaño, dejó á sus hijos con Jacob, cuidando del ganado de un solo color blanco ó negro.

Jacob tomó varas verdes de álamo, de almendro y de plátano, las descortezó á trechos, y quedando blancas en aquellas partes, y verdes en las demas, resultó un color variado. Puso estas varas en las artesas ó canales de los abrevaderos, para que, cuando vinieran á beber los ganados, tuvieran delante las varas y concibieran á vista de ellas; y resultó que los corderos y cabritos nacian manchados y pintados de diversos colores. En lo mejor de la temporada ponía Jacob las varas para que concibieran á vista de ellas, y las quitaba al fin de ella cuando eran ya mas débiles las concepciones, para que resultasen tambien crias de un color para Laban, aunque mas endebles.

Llegó el tiempo de contar los corderos y cabritos de colores variados para entregarlos á Jacob en pago de su salario, y Laban quedó en extremo sorprendido, viendo que el mejor y mayor número de crias eran de colores variados. No se atrevió sin embargo á negarselos, pero mudó el contrato, determinando que en la cria siguiente habian de ser para él los corderos y cabritos de colores variados, y para Jacob los de un color solo negro ó blanco. Jacob entonces hizo lo contrario; no usó de varas en lo mejor de la temporada, y sí solo al fin de ella, y resultó que el mejor y mayor número de crias eran de un co-

lor, ó blanco ó negro, y el mas endeble y menor de colores variados. Laban al hacer el recuento entregó, aunque con pena, las que correspondian á Jacob, segun el contrato; pero volvió á variar-le; y esto lo hizo hasta diez veces, resultando siempre lo mismo en favor de Jacob y en contra suya; de manera que Jacob se enriqueció extraordinariamente, dice el sagrado testo, y tuvo muchos hatos de ganado, muchos siervos y siervas, y muchos camellos y asnos. Los padres latinos, ó del occidente atribuyen á este artificio de Jacob y á la fantasía de los animales el que las crias naciesen manchadas y con variedad de colores; pero los griegos, ó del oriente, son de parecer que aquel artificio solo servia para ocultar el milagro que el Señor obraba en favor de Jacob. Lo cierto es que si la historia presenta algunos casos en que la imaginacion de los padres, y particularmente de las madres, tuvo influjo en el color ú otras cualidades de los hijos, nunca ha presentado una generalidad como la que se ve en este de Jacob.

Su riqueza era ya demasiada para que no causase envidia; y sus cuñados, los hijos de Laban, parece que fueron los primeros envidiosos. Jacob les oyó murmurar entre sí, y quejarse de que su cuñado se alzaba con los bienes de su padre y se enriquecia á su costa; advirtió tambien que Laban no le miraba como antes, que usaba con él de unos modales ásperos y secos, y que se le trataba ya como á un hombre que hacia estorbo. Todo le avisaba que viviese con cuidado, y que pensase en retirarse á la tierra y casa de sus

padres; estando en esto, oyó la voz del Señor que le decia: vuélvete á la tierra de tus padres y á tu familia y seré contigo. No dudó mas Jacob sobre la necesidad de salir de aquella tierra, pero la egecucion era dificil y pedia mucha prudencia. El punto principal consistia en hacer que sus mugeres Raquel y Lia consintiesen en la partida y quisiesen dejar el pais en que habian nacido, vivian, y tenian su padre, hermanos y parientes, y seguir con sus hijos á su esposo á la tierra de sus padres. Jacob envió, con este fin, á llamarlas para que viniesen al campo en que pastoreaba sus ganados. Las dos hermanas se presentaron al momento, y él las dijo: veo el semblante de vuestro padre que no es para conmigo, como ayer y antes de ayer (como antes), pero el Dios de mi padre ha sido (y será conmigo). Vosotras mismas sabeis, que con todas mis fuerzas he servido á vuestro padre, y tambien sabeis que vuestro padre me ha dado vueltas y me ha cambiado mi salario diez veces, pero el Señor no le permitió que me hiciera daño. Cuando vuestro padre me dijo: los manchados serán tu salario, todas las ovejas parian manchadas sus crias; y euando, al contrario, decia: todo lo blanco tendrás por salario, todas las ovejas las parian blancas. Dios ha tomado la hacienda de vuestro padre y me la ha dado, porque ha visto todo lo que ha hecho Laban conmigo; y respondieron Raquel y Lia ¿acáso tenemos nosotras algun residuo en la casa de nuestro padre? ¿Por ventura no nos ha reputado como estrañas y vendido, y se ha comido nuestro precio? Però Dios ha tomado las riquezas de nues-

tro padre y las ha dado á nosotras y á nuestros hijos, y así haz todo lo que Dios te ha mandado.

Despues de este consentimiento dado tan de buena gana, Lia y Raquel se volvieron á Haran, y con el mayor disimulo hicieron sus provisiones para la marcha. Jacob fue tambien á Haran, pero supo conducirse tan bien que su suegro nada sospechó de su ida. Sus mugeres se cargaron de cuanto podian, y Raquel, sin decirlo á nadie, se llevó los ídolos de oro de su padre, fuese por el interés, ó por quitar de su casa aquel escándalo. Ambas partieron con sus esclavas y los once hijos y una hija de Jacob, como para llevarlos á ver á su padre. Era esto en la temporada en que Laban iba á la casa de campo al esquila de sus ovejas, y Jacob aprovechó la ocasion para alejarse algunas jornadas antes que su suegro pudiese ser sabedor de su partida.

Vuelta de Jacob de la Mesopotamia. Despues de haber servido Jacob veinte años en la casa de Laban, emprendió la vuelta á la tierra de Canaan y casa de su padre Isaac. Juntó cuantos bienes habia adquirido en la Mesopotamia, sus rebaños de ovejas y de cabras, sus piaras de vacas y sus bestias de carga. Recogió su oro y plata, reunió todos sus esclavos y esclavas y toda su numerosa familia, y haciendo subir sobre los camellos á sus mugeres y sus hijos, principió su viage en el nombre del Señor y con el silencio posible. Semejante multitud de personas y ganados no podian caminar sino muy despacio, y así fue que tardaron diez dias en llegar al monte de Galaad. Con razon debia temerse que Laban les

persiguiese, y Jacob no se juzgaba en estado de resistir si Laban queria usar de la violencia; pero contaba con la proteccion del Señor, en cuyo nombre y por cuya órden se habia emprendido el viage.

A los tres dias de haber partido Jacob, fue avisado Laban de la fuga de su yerno con sus hijas y nietos y toda su familia, bienes y ganados. Juntó al momento Laban todos sus parientes, que eran muchos, y marcharon al alcance de Jacob. Caminaron siete dias, y en la tarde de la sétima jornada llegaron á la vista de Jacob, que ya habia hecho estender sus tiendas y formar sus pabellones sobre el monte de Galaad. Laban, cuyo numeroso séquito se parecia á un ejército que buscaba á su enemigo, açampó tambien en el monte, y estando para concluirse el dia, unos y otros permanecieron bajo de sus tiendas hasta la mañana siguiente.

Jacob y Laban pasaron la noche ocupados de muy distintos pensamientos. Jacob todo lo temía, y rogaba al Señor que se acordase de sus promesas. Laban no temía nada, y tenia ya por tan seguro, que la presa no se le escaparía, que se entregó á dormir con gran sosiego. El Señor vela por su siervo Jacob, y habiéndose aparecido en sueños á Laban, le dijo con aquel tono que hace temblar y obedecer á los impios: guárdate de hablar ásperamente cosa alguna contra Jacob. Esta órden del Señor descompuso los proyectos de Laban y le obligó á renunciar á la violencia. Asi fué que luego que llegó el dia, Laban se acercó á Jacob, y toda su furia se redujo á quejas. ¿Por-

qué, le dijo, has obrado de manera, que, sin mi noticia, te hayas llevado mis hijas como si fueran cautivas por la espada? ¿Porqué has huido sin saberlo yo y sin darme aviso para que te acompañase con alegría y cantares, con tímpanos y cítaras? (Quien no te conozca te compre, podría decirse aquí á Laban.) No me has dejado, continuó besar á mis hijos y mis hijas. Neciamente has obrado, y sábete que mi mano tiene bastante fuerza para volver mal por mal; pero el Señor de vuestro padre me dijo ayer noche: guárdate de hablar contra Jacob cosa alguna áspera. Está bien que desees ir á los tuyos y á la casa de tu padre, mas ¿porqué me has robado mis dioses? Jacob habia oido con paciencia á su suegro y le respondió con moderacion: Que me haya marchado sin daros parte, ha sido porque temí que por fuerza me quitárais vuestras hijas, y por lo que hace á la acusacion de hurto, aquel en cuyo poder se hallaren vuestros dioses, que sea muerto á vista de nuestros hermanos. Escudriña, si hay en mi poder alguna cosa que te pertenezca y llévatela. Diciendo esto, ignoraba que Raquel se habia traído los ídolos de su padre. Entró Laban en la tienda de Jacob, de Lia y de Bala y Zelfa; y no los halló: Entró tambien en la de Raquel, donde estaban, pero ella los escondió bajo del aparejo de un camello, y sentada encima, dijo á su padre, que se acercaba registrando: No se enoje mi Señor, porque no me puedo levantar delante de vos. Me hallo en mala disposicion. Laban, cansado de buscar, y satisfecho con esta obsequiosa escusa, dió por concluido el registro,

quedando tan chasqueado, como contenta su hija.

Mas Jacob (siempre ignorante del hecho de Raquel) viendo ya á su familia libre de toda sospecha, y muy ofendido del registro que habia hecho Laban en todos sus pabellones, sin respetar, ni la tienda matrimonial, le dijo con enojo: ¿Qué habeis hallado en todo el haber de mi casa? Ponedlo aqui delante de nuestros hermanos, y sean jueces entre vos y yo. ¿Para eso he estado veinte años con vos? Vuestras ovejas y vuestras cabras no fueron estériles. No me he comido los carneros de vuestro ganado, ni os manifesté lo que las fieras habian arrebatado. Yo pagaba todo este daño, y vos me exigiais con rigor cuanto faltaba por hurto. De dia y noche me quemaban el calor y la helada, y el sueño huía de mis ojos. De este modo os he servido veinte años en vuestra casa, catorce por vuestras hijas y seis por vuestros ganados. Habeis cambiado diez veces mi salario, y si el Dios de mi padre Abraham y el temor de Isaac no me hubiera asistido, tal vez ahora me hubiérais despachado desnudo. Laban nada podia responder á tan justas y graves quejas. Con sola esta narracion no podia dejar de ser condenado aun por los mismos hermanos y parientes que habian venido con él; pero él no esperó su decision y se hizo á si mismo justicia, suplicando á Jacob que se olvidasen ya todos los motivos de quejas. Mis hijas é hijos, dijo, y tus ganados y todo lo que ves, á mi me interesan. ¿Qué (mal) puedo yo hacer á mis hijos y nietos? Ven, pues, y hagamos alianza para que sea en testimonio entre mí y entre tí.

Jacob se habia quejado con un poco de agrura, pero era para lograr una paz verdadera y duradera. Condescendió pues gustoso con los deseos de su suegro, y para formar el monumento de alianza, fijó una piedra, y dijo á los que estaban en su compañía: que llevasen piedras. Así lo hicieron, y formaron con ellas un gran monton, sobre el cual comieron Laban y Jacob juntos. Este monton ó túmulo, dijo entonces Laban, sea un testimonio, sí, ó yo pasare de él para ir contra tí, ó tu le pasáres con designio de hacerme mal. Así lo juraron ambos. En seguida se ofrecieron sacrificios, y sellados los juramentos con la sangre de las víctimas, comieron de ellas y permanecieron allí todo aquel dia. Laban con su gente aun durmió aquella noche en la montaña, pero se levantó antes del dia, abrazó tiernamente á sus hijas y nietos, les echó su bendicion, y les deseó las mayores prosperidades. Se despidió de Jacob en la mejor amistad, y se volvió á la Mesopotamia á su ciudad de Haran.

Tambien Jacob siguió el viage que habia emprendido, pero si fue peligroso el lance de que acaba de salir, era mucho mas todavía aquel en que iba á entrar. Habia tenido que sufrir en un suegro los amaños y las bajezas de la avaricia, y ahora tenia que prevenirse contra los ataques del ódio y la violencia de un hermano que tenia decretada su muerte. Ocupado de este nuevo temor, discurría sobre las precauciones que podria tomar para salir de un paso tan peligroso, cuando le salieron al encuentro Angeles del Señor. ¡Dichoso encuentro! Jacob al verlos se olvidó de

todo y exclamó: Campamentos de Dios son estos. Y llamó á aquel lugar *Mahanaim*, esto es, campamentos. ¡Admirable conducta del Señor! Cuando Jacob iba á Haran se hallaba en la mayor pobreza y necesitaba que Dios le diese con que alimentarse y cubrirse, y por eso le hizo ver una escala misteriosa que representaba su divina providencia, y Angeles que, como ministros suyos, subian y bajaban por ella para proveer á los hombres; pero cuando vuelve de Haran cargado de bienes, y no necesita sino defensores de su persona y familia, y de los bienes que le ha dispensado su divina providencia, le hace ver Angeles armados en su defensa. Mas por grande que fuese la seguridad que le daba esta admirable vision, él hizo, no obstante, para no tentar á Dios, cuanto pudo de su parte por suavizar el enojo de su hermano.

Al salir Jacob de la casa de sus padres habia dejado á Esau en una disposicion que podia temer de él cualesquiera males, y aunque la ausencia de veinte años habia podido calmar su enojo, recelaba que la noticia de su vuelta, y sobre todo su presencia, si llegase á verle, encendería de nuevo su cólera y mortal ódio. Para aumento de su temor supo en las cercanías de Mahanaim el gran poder de su hermano. Jacob acaso habria podido evitar su encuentro, emboscándose y caminando de noche por senderos extraviados, pero su marcha con tantos hombres, mugeres, hijos y ganados no podia ser secreta, y así tomó el partido de caminar descubiertamente y sin rodeos. Envió de los mas diestros de

su gente mensageros á la tierra de Seir, á la region de Edom, donde habitaba su hermano, y les dijo: así hablareis á Esau mi Señor. Esto dice vuestro hermano Jacob: en casa de Laban he peregrinado y estado hasta este dia. Tengo vacas y asnos, y ovejas y siervos y siervas. Os envío una embajada* para hallar gracia delante de vos. Los mensageros de Jacob hicieron su viage sin tropiezo, y no tardaron en volver diciendo: fuimos á Esau vuestro hermano, y he ahí que viene á vuestro encuentro con cuatrocientos hombres. Temió Jacob mucho con esta noticia, y amedrentado, dividió la gente que tenia, y tambien el ganado en dos cuadrillas, diciendo: si viniere Esau contra la una cuadrilla, la otra cuadrilla que queda se salvará. San Agustin observa sobre este pasage, que aunque confiemos en Dios, como confiaba Jacob, debemos tomar los medios humanos, pues omitirlos sería tentarle. Jacob aqui, como hombre, teme á su hermano, como prudente toma precauciones para evitar sus violencias, y como fiel á Dios, todo lo espera de su paternal providencia; y así despues de dividir sus ganados y su gente, se dirige al Señor y le hace la siguiente súplica, que puede servir de modelo, dice el mismo San Agustin, á todos los atribulados. Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, dijo, levantando sus ojos al cielo, vos, Señor, que me digisteis: vuélvete á tu tierra y al lugar de tu nacimiento y te haré bien... libradme de la mano de Esau, mi hermano, porque le temo mucho, no sea caso que viniendo hiera á la madre con los hijos

Jacob estaba lleno de fé y de esperanza; sin embargo veía un grandísimo peligro de perecer con toda su familia, si el Señor en la profundidad de sus juicios, tan terribles, como adorables, disponia retirar su proteccion; y todo le parecia poco para no desmerecerla. Despues de haber hecho una súplica tan patética y fervorosa, procura apurar todos los medios humanos para no tentarle. Como la separacion que habia hecho en dos cuadrillas, dejaba, á lo menos la primera, espuesta á los golpes de la cólera de su hermano, trató de cubrirlas ambas. Con este objeto separó para regalarle y calmar su enojo, doscientas cabras y veinte machos, doscientas ovejas y veinte carneros, treinta camellas paridas con sus crias, cuarenta vacas, veinte toros y veinte asnas con diez pollinos, y le envió todas estas manadas, por manos de sus siervos, diciendoles: adelantaos á mi, y haya espacio entre manada y manada. Si encontrases á mi hermano Esau, dijo al primero, y te preguntare ¿de quién eres? ó ¿á dónde vas? ó ¿de quién es esto que llevas delante de tí? Responderás: son presentes de vuestro siervo Jacob que envía á mi Señor Esau, y el mismo tambien viene en pos de nosotros. Las mismas órdenes dió al segundo y al tercero y á todos los que conducian las manadas. De este modo fueron delante de él los presentes, y él se quedó aquella noche en el campamento. Se levantó antes del dia, porque el gran peligro en que se hallaba, no le permitia á penas sueño, y tomando sus dos mugeres y sus dos siervas, con sus once hijos y su hija, pasó el vado de Jaboc, y despues de haber hecho pasar

é ir delante de él todo lo que le pertenecía, se quedó solo.

Lucha de Jacob con un Angel. Jacob, que miraba esta jornada como decisiva de su vida, de las de sus mugeres é hijos, y de la conservacion de los frutos de veinte años de fatigas y trabajos, trató de suplicar otra vez al Señor y hacerle una violencia santa para que le continuase su asistencia. Se dirigió de nuevo al cielo; mas á poco de haberse puesto en oracion, hizo el Señor que conociese cuánto debía esperar de su proteccion. Un Angel, que representaba á su Magestad, y que algunos han creido que era el de su guarda, habiendo tomado la figura de hombre, se le puso delante y empezó á luchar con él. De tal manera habia templado el Señor las fuerzas del Angel con las de Jacob, que lucharon mucho tiempo sin que ninguno saliese vencedor. El Angel, viendo que no podia vencer á Jacob, tocó el nervio de su muslo, que al punto se marchitó; pero ni por esto Jacob dejó de pelear, ni de tener estrechamente apretado entre sus brazos á su contrario. Entonces dijo el Angel: *deja-me, porque ya sube la aurora; y Jacob le respondió: no os dejaré hasta que me bendigais.* Y dijo el Angel: *¿qué nombre teneis?* Yo, respondió el valiente luchador, me llamó Jacob: y dijo el Angel: *no, no te llamarás ya Jacob sino Israel, porque si contra Dios fuiste fuerte, ¿cuánto mas prevalecerás contra los hombres?* Jacob á su vez quiso tambien saber el nombre del Angel con quien habia luchado, y le preguntó: *decidme ¿con qué nombre sois llamado?* ¿Porqué pre-

guntais mi nombre? respondió el Angel, y aquí se desprendió de Jacob, le echó su bendición y desapareció; pero al desaparecer dejó en el corazón de Jacob un sentimiento tan profundo de veneración y de temor, que le tuvo algún tiempo enagenado; y cuando volvió en sí, exclamó lleno de asombro: yo he visto al Señor cara á cara, ¡y sin embargo yo vivo! Y llamó á aquel lugar *Fanuel*, que quiere decir, *Vista de Dios*.

Salió el Sol luego que Jacob salió de Fanuel para alcanzar á su familia, pero iba cogiendo del lado cuyo nervio habia marchitado el Angel; por lo que, dice el historiador sagrado, no comen los hijos de Israel el nervio (de los animales) que se marchitó en el muslo de Jacob. Esto lo observaban los Israelitas en memoria del combate que su padre Jacob habia sostenido con un Angel que representaba al Señor, y con esta observancia perpetuaban la memoria del valor de su Patriarca. Creen algunos que cesó la cojera luego que se calentó el muslo con el movimiento: otros que esto fué al ir á encontrarse con Esau, y otros en fin que duró hasta que llegó á la ciudad de *Siquém*, donde entró sano, y que por esta sanidad se llamó despues *Salem*. Lo cierto es, que Jacob se sintió en extremo animado por haber salido tan bien en la lucha con un Angel. Alcanzó pronto á su familia y llegó bien preparado para recibir á Esau, cuya aparicion esperaba ya por momentos.

Encuentro de Jacob y Esau. En efecto, no tardó Esau en dejarse ver á lo lejos, escoltado de sus cuatrocientos hombres armados, y Jacob, lue-

go que le descubrió, principió á ordenar toda su familia para el recibimiento. Separó los hijos de Lia y de Raquel, Señoras y mugeres de primer orden, de los de Bala y Zelfa, criadas y mugeres de segundo orden, é hizo que estos cuatro hijos marchasen los primeros conducidos por sus madres. Despues siguieron los seis hijos de Lia acompañados de su madre y de su jóven hermana; y últimamente iba Raquel, llevando de la mano al tiernecito José que apenas tenia seis años. Estos cerraban la marcha, ocupando el lugar mas separado del peligro. Iba Jacob al frente de sus mugeres y sus hijos, lleno de valor y serenidad para recibir á Esau; pero, como sábio y santo, hizo la debida diferencia entre la lucha que acababa de sostener con un Angel y la que debia sufrir con un hermano. Combatiendo brazo á brazo se habia sostenido con el Angel, y humillándose hasta lo sumo debia sostenerse y amansar el corazon del hermano. Cuando este ya se acercaba, Jacob se adelantó y postró de trecho en trecho hasta siete veces antes de llegar á su presencia. Conmovido en gran manera Esau al ver tanta humildad, tanta veneracion, y tan profundo respeto no pudo contenerse, corrió á su encuentro, le abrazó, y estrechándose con su cuello y besándole, derramó sobre él copiosas lágrimas. La escena era tierna. Jacob correspondia por su parte, y los dos estuvieron abrazados largo rato gozando de tan dulces y tiernos afectos. Entre tanto la familia de Jacob iba llegando. Los primeros que se acercaron á Esau fueron los cuatro hijos de Bala y Zelfa conducidos por sus

madres, y tanto estas como sus hijos le saludaron con una profunda reverencia. Siguiéronse los seis hijos de Lia con su madre y hermanita, y todos le saludaron con la misma reverencia. Por último llegó Raquel con su hijo José y le saludó del mismo modo.

Esau recibió con mucha satisfacción y contento las muestras de respeto que le daba la familia de su hermano, y fueron un nuevo motivo para aumentar su cariño. Se cree generalmente que Esau había tomado los cuatrocientos hombres armados con ánimo de prender ó de matar á Jacob; pero Dios, en cuya mano están los corazones de todos los hombres, de un leon formó un cordero, y de un hermano furioso un cariñoso hermano, y cariñoso constante, porque nada se vió despues en él contrario á este cariño. Reconciliado tan sinceramente con su hermano, quiso saber porqué le había enviado aquellas cuadrillas de ganados y pastores que se había encontrado en el camino; y Jacob le dijo: era para hallar gracia delante de mi Señor. Entonces dijo Esau: tengo muchísimos bienes, hermano mio, sean los tuyos para ti. Instó Jacob; y Esau, vencido de sus instancias, vino en tomarlos; pero añadió: vamos juntos y seré compañero de tu viage; mas Jacob se escusó diciendo: sabeis, Señor, que tengo en mi compañía niños tiernos y ovejas y vacas preñadas, y si las hiciere trabajar mas en andar, perecerán en un dia. Vaya mi Señor delante de su siervo, y yo poco á poco seguiré sus pisadas, segun viere que pueden mis niños hasta llegar á mi Señor en Seir. Ruégote, dijo

Esau, que á lo menos queden contigo algunos de mis hombres armados para que te acompañen en el camino. No es menester, dijo Jacob, yo solo una cosa necesito, y es quedar en gracia con mi Señor (hermano). Aqui Esau dió á Jacob las mas firmes palabras de su amor y confianza, y despidiéndose de él y su familia con las expresiones mas cariñosas, se volvió á su habitacion de Seir de donde habia venido.

Cualquiera que mire con ojos humanos lo que pasó aqui entre Esau y Jacob, no acertará fácilmente á concordarlo con la bendicion que dió á éste su padre Isaac. *Sé tú Señor de tus hermanos*, le dijo, y *los hijos de tu madre se humillen delante de ti*. Y aqui se ve todo lo contrario, pues Jacob es quien se humilla delante de Esau y le venera como á su dueño y Señor; pero ya se ha dicho que el cumplimiento de las promesas hechas á Jacob solo se habia de verificar en sus descendientes, y que su grandeza y gloria consistía en que de su posteridad habia de nacer el hombre Dios, en quien serían benditas todas las naciones de la tierra.

Jacob despedido con tanta paz de su hermano, no siguió su camino como habia dicho; fuera porque considerase mas detenidamente el gran rodeo que iba á tomar para ir á la tierra de Canaan, que era su término; fuera porque el Señor le inspirase que siguiese otro camino, él se dirigió á las riberas del Jordán, é hizo alto en una dilatada llanura del pais de Siquem, donde edificó una casa y fijó sus tiendas, lo que hizo dar á aquel sitio el nombre de Socot ó de los pa-

bellones. Aquí descansó algun tiempo, porque el pais era hermoso y los pastos abundantes. De aquí, pasado el Jordan, se encaminó á Salem, ciudad de los Siquemitas en la tierra de Canaan y habitó cerca de ella. Compró de los hijos de Hemor por cien corderos aquella misma posesion que mas de cien años antes habia comprado su abuelo Abraham y que, desamparada por largo tiempo, habia vuelto á sus primeros dueños. Como fué santificada entonces con los sacrificios que Abraham ofreció al Señor sobre el altar que erigió en ella y que habia desaparecido con el curso de los años, Jacob erigió otro altar y ofreció sobre él sacrificios al Señor, *fuertísimo Dios de Israel*, añade el sagrado testo. Creyó sin duda permanecer aquí alguna temporada, pero un suceso desgraciado le obligó á alejarse de este ameno sitio.

Suceso desgraciado de Dina. Era esta la hija única que habia tenido de sus cuatro mugeres, y fué la que causó, no tanto por su culpa como por su desgracia, el primer sentimiento en la casa de Jacob. Habia nacido en Haran de su esposa Lia, y fué criada con gran cuidado al lado siempre de su madre. Tenia ya diez y seis años, y curiosa como suelen serlo las mugeres, principalmente en su edad, quiso ir un dia á Siquem, en cuyas cercanias moraban sus padres, por ver las mugeres de aquella ciudad, sus vestidos y sus modas. Su inocencia y pocos años no la permitieron ver peligro en esto; pero bien pronto experimentó quanto daña á una doncella salir á ver cuando hay un riesgo en ser vista. Siquem, hijo

del Hebeo Hemor, Rey del pais, vió á la jóven Israelita y quedó tan ciegamente enamorado de ella que á la fuerza la arrebató á su palacio, y á pesar de toda la resistencia que hacía esta virgen de Israel fué oprimida por la violencia. Dina, estuprada y deshonorada, lamentaba amargamente su desgracia. Sus ojos, que la vergüenza tenia abatidos al suelo, vertian cópiosas lágrimas. Ella estaba inconsolable. Su llanto, sus quejas, su inquietud, su irritacion aumentaron en el hijo del Rey una pasion que, por lo comun satisfecha, se muda en aborrecimiento y aun en desprecio. El amor á la pureza que veía en Dina por la acerba pena que la causaba verse manchada, encendía mas la pasion del príncipe. Procuró consolarla, y prometió reparar, en lo posible, su afrenta casándose con ella. Se dirigió á Hemor su padre y se determinó á manifestarle su delito y su pasion, y á pedirle que se la tomase por esposa.

En aquel tiempo eran muchos los Reyes de la tierra de Canaan, y por consiguiente no eran poderosos. Sus ciudades, bien diferentes de las que hubo despues de la conquista de los Israelitas, ni eran fuertes ni populosas. Las campiñas ni estaban habitadas ni cultivadas, y jamás Abraham ni sus descendientes tuvieron falta de tierras pingües y pastos abundantes, sin que persona alguna se les disputase en todo el tiempo que anduvieron por ellas. En fin los Reyes de Canaan casi no eran mas que unas cabezas de familia que gobernaban á sus descendientes, esclavos y domésticos. Hemor no era de otro rango y no se hallaba en estado de despreciar la familia, que con razon juzgaba su-

mamente irritada por el bárbaro atropellamiento de su hijo. Se resolvió, pues, á reparar en lo posible esta maldad y á pedir á Dina por esposa del príncipe.

Jacob supo esta tropelía, estando sus hijos en el campo ocupados en apacentar sus ganados y calló hasta que vinieron. Mas cuando salió Hemor de su ciudad para hablar á Jacob, venian ya sus hijos, y al saber que habia sido forzada y profanada la hija de Jacob, la vírgen de Israel, se irritaron fuertemente. A poco tiempo llegó Hemor con su hijo Siquém y les dijo: El alma de mi hijo se ha pegado á vuestra hija. Dádsela por muger y enlacemos mútuamente matrimonios. Dadnos vuestras hijas y tomad las nuestras, y habitad con nosotros. La tierra está á vuestra disposicion. Labrad, negociad y poseedla. Y Siquém dijo tambien al padre y á los hermanos de Dina: halle yo gracia delante de vosotros y daré cuanto determináreis. Aumentad la dote y pedid dádivas, y yo daré con gusto lo que me pidieréis. Solamente quiero que me deis á Dina.

Los hijos de Jacob respondieron á Siquém y á su padre con engaño, embravecidos por el estupro de su hermana. No podemos hacer lo que pedís, le digeron, ni dar nuestra hermana á hombre que no esté circuncidado, porque eso es abominable entre nosotros; mas si quisiéreis ser semejantes á nosotros haciendo que se circunciden todos vuestros varones, entonces daremos nuestras hijas en matrimonio y recibiremos las vuestras; pero si no quisiéreis circuncidaros, tomaremos nuestra hermana y nos retiraremos. Pareció

bien la propuesta á Hemor y á su hijo Siquém, y habiendo entrado en la ciudad digeron al pueblo: estos son hombres de paz y quieren habitar con nosotros. Negocien en la tierra y cultívenla, porque siendo espaciosa y ancha necesita de cultivadores. Tomaremos sus hijas por mugeres y les daremos las nuestras. Una sola cosa retarda tanto bien, y es que circuncidemos nuestros varones, imitando la costumbre de este pueblo. Condescendamos solamente en esto, y sus bienes y sus ganados y todo le que poseen será nuestro, y morando juntos, formaremos un solo pueblo. Todos consintieron en ello, y todos los varones fueron circuncidados. Mas al tercer dia, cuando es gravísimo el dolor de las heridas, dos hijos de Jacob, Simeon y Leví, hermanos de Dina, tomando sus espadas, entraron osadamente en la ciudad, pasaron á filo de espada á todos los varones porque no se hallaban en estado de resistir, quitaron tambien la vida á Hemor y á Siquém, sacaron á Dina, su hermana, de la casa de Siquém y la llevaron á su padre. Entonces los otros hijos de Jacob se echaron sobre los muertos, los despojaron y saquearon la ciudad en venganza del estupro: Tomaron sus ovejas, sus vacas y sus asnos, destruyeron todo lo que habia en las casas y en los campos, y llevaron tambien cautivos sus niños y sus mugeres. ¿Quién diria al ver salir á Dina de su casa para ir á ver las mugeres de Siquém, que su curiosidad habia de ocasionar tantas desgracias y estragos? ¡Cuán cierto es que una sola chispa basta para abrasar una gran selva! ¡Cuántos peligros no trae una

curiosidad! La de Eva perdió al mundo. ¡Cuántos males no ha causado esa fatal inclinacion de las mugeres á ver y ser vistas! La de Dina fue la perdicion de ella misma y el origen de los horribles estragos que egecutaron en esta ocasion Simeon y Leví, y de la depredacion de los demás hermanos. Jacob, al saber esta matanza y estos robos de sus hijos, se halló turbado y casi trastornado. Era la primera desgracia doméstica, pero terrible. Su única hija arrebatada, violentada, estuprada...! dos hijos inhumanos, crueles...! los demás injustos, raptos, depredadores...! Jacob se ahogaba con el peso de tantas desgracias á un tiempo, y no halló otro partido que tomar sino ausentarse de aquella tierra de sangre que clamaba al cielo contra su familia. Hizo poner en libertad los niños y sus madres con todas las demás mugeres, y restituir todos los bienes y ganados para huir, pero sin saber á donde.

Mas el Señor, que siempre velaba sobre el santo Patriarca y le protegía, se le apareció y le dijo: levántate, sube á Betel, habita allí, y edifica un altar al Dios que se apareció á tí cuando huías de Esau tu hermano. Jacob como vuelto en sí, y animado con esta visita del cielo, convocó luego toda su familia, y para aplacar al Señor tan justamente irritado, les mandó que arrojasen los dioses agenos que hubiese entre ellos. Purificaos, añadió. Mudad vuestros vestidos. Levantaos, y subamos á Betel para erigir allí un altar al Dios que me oyó en el dia de mi tribulacion, y fue compañero de mi viage. Ellos,

reconocidos y obedientes, le dieron todos los dioses que conservaban por interés con los zarzillos que pendian de sus orejas, porque todo era oro; y el celoso Patriarca mandó hacer un hoyo profundo al pie de un terebinto que estaba mas allá de Siquém y todo lo enterró en él. Levantaron en seguida sus campamentos, y luego que principiaron su marcha cayó el terror del Señor sobre todas las ciudades del contorno, y apesar de la irritacion que debian haber concebido contra ellos, nadie se atrevió á perseguir á los que se retiraban. Llegó Jacob, y todo el pueblo que estaba con él, á Luza, por sobrenombre Betel, sin que nadie les turbase; edificó allí un altar, y llamó el nombre de aquel sitio *Casa de Dios*, porque se le habia aparecido allí Dios cuando iba huyendo de su hermano. Aqui volvió el Señor á aparecerse á Jacob y le dijo: Yo el Dios omnipotente. Crece y multiplícate. Gentes y pueblos de naciones procederán de tí. Reyes saldrán tambien de tí, y la tierra que dí á Abraham y á Isaac la daré á tí, y á tu posteridad despues de tí; y se retiró el Señor. Jacob no quiso que se perdiese la memoria de esta aparicion, y para conservarla levantó un monumento de piedras en el lugar en que el Señor le habia hablado. Vertió vino sobre él y derramó aceite.

Muerte de Raquel. Saliendo, pues, Jacob de allí en el tiempo de la primavera, tomó el camino de Efrata. Se hallaba Raquel en cinta al tiempo de su partida y muy adelantada en su embarazo; pero no se juzgó entonces que estuviese tan cercano el parto, pues, amándola Jacob

tanto, nunca la habria expuesto al riesgo si hubiera conocido el peligro. Los dolores del parto la cogieron antes de poder llegar á la ciudad, y fueron tan terribles que la hicieron consentir en que moría. La muger que la asistía, no temais, la decía, porque aun tendreis este hijo. En efecto, ella dió á luz un hijo, pero fue á costa de su vida. En el extremo de sus dolores, y amenazándola ya la muerte, puso al recién nacido el nombre de *Benoni*, esto es, hijo de mi dolor, y á pocos instantes espiró.

No se puede ponderar cuánto sería el sentimiento de Jacob en la muerte de una esposa tan tiernamente amada, comprada á precio de una penosa servidumbre de catorce años que le parecieron pocos en fuerza del amor grande que la tenia. El ver aumentada su familia con el nacimiento de un hijo no calmó el profundo sentimiento del padre, y para apartar de sí un motivo que se le aumentaba lastimosamente, mudó el nombre de *Benoni*, ó hijo de mi dolor, que le impuso Raquel cuando estaba espirando, en el de *Benjamin*, ó hijo de la diestra, para dar á entender que este hijo que le habia nacido de su mas querida esposa á la edad de ciento y seis años, sería el consuelo de su ancianidad y el báculo de su vejez. Raquel fue enterrada en el camino que va á Efrata, llamada despues Belén, célebre por el nacimiento de David, é incomparablemente mas célebre por el nacimiento del Salvador del mundo. Jacob la hizo las exequias acostumbradas á las mugeres ilustres, y debieron ser muy esmeradas las de una esposa tan querida. Hizo fabricar una

hermosa columna, la colocó sobre el sepulcro, y la fijó tan firmemente, que permanecía sobre él mas de dos siglos despues, cuando tomaron posesion los Israelitas de aquella tierra prometida á sus Patriarcas. Jacob habria dejado de buena gana para siempre una tierra donde habia perdido lo que mas amaba en este mundo; pero no hallandose el recien nacido Benjamín en estado de poderle poner en camino, tomó una resolucion que, al paso que quitaba de su vista el triste espectáculo del sepulcro de Raquel, proveía al robustecimiento de su hijo. Hizo que fuesen delante sus ganados, sus esclavos, sus esclavas, sus mugeres y sus hijos con orden de parar en la llanura que llamaban *la torre del rebaño*, porque sus contornos abundaban de excelentes pastos; y dejó con Benjamín á Bala, su muger de segundo orden y esclava de Raquel, para que cuidase del hijo de su difunta Señora, y además el número de personas que pedia una esmerada asistencia del niño. El Santo Patriarca, despues de haber provisto abundantemente de todo, fué á reunirse con la familia que se habia fijado en las cercanías de la torre del ganado, segun se la habia ordenado.

Ruben el hijo mayor de Jacob, se habia apasionado criminalmente de Bala, y estando en esta mansion fué á buscarla á Belén, donde habia quedado cuidando del tierno Benjamín, y sin considerar que era muger de su padre la hizo consentir en su pasion. El crimen fue horrendo, y Jacob llegó á saberlo; pero como hay delitos cuyo castigo repara menos que daña el escándalo

lo, el Santo Patriarca, á quien el atropellamiento de un hijo y la infidelidad de una esposa hacian el padre y el esposo mas digno de lástima, ahogó en su pecho esta inmensa pesadumbre, y dilató para otro tiempo el debido castigo.

Jacob estuvo como un año en este parage esperando que el niño pudiese sufrir las fatigas del camino, y aprovechando al mismo tiempo la abundancia de los pastos. En la primavera siguiente, hallándose ya Benjamín en estado de ser conducido sin riesgo en los brazos de su ama, fue traído al campamento de su anciano padre y recibido de él con aquella ternura que se deja conocer. Entonces trató Jacob de concluir un viage de treinta años y se dirigió al valle de Mambre, donde en otro tiempo habia peregrinado su abuelo Abraham y vivía ahora su padre Isaac. Allí encontró á este Patriarca en la edad ya de ciento y sesenta y siete años, pero no tuvo el consuelo de hallar á Rebeca su querida madre, á quien debia mas de una vida, porque habia muerto unos años antes. Isaac estaba ciego y enfermo, y desde la muerte de Rebeca se hallaba sin consuelo alguno de la tierra. Sus dos hijos se habian alejado de él; Jacob para el viage de la Mesopotamia, y Esau para las Montañas de Seir, donde se habia establecido. Unicamente le quedaba la esperanza de abrazar á su querido Jacob, si volvía del viage antes de su muerte, y esta esperanza era la que se iba á cumplir en este feliz momento. Jacob entró en la tienda de Isaac rodeado de sus hijos y corrió á arrojarse entre los brazos de su amado padre, quien le recibió con

un gozo que podría haber acabado con su anciana y débil vida. Abrazados padre é hijo gozaron por largo rato de un placer y de un consuelo que ni ellos mismos sabrian explicar. Al fin Jacob se desprendió de los brazos* del cariñoso padre, pero fue para presentarle su numerosa familia. Isaac abrazó con ternura á cada uno de sus nietos y les bendijo con la doblada bendición que le correspondia, como hijo de Abraham, y padre de Jacob. Oyó de la boca de este amado hijo los admirables sucesos de su viage, y sobre todo la particular providencia con que el Señor habia cuidado de él en su ida, estada y vuelta. Isaac se consideraba ya á las puertas de la muerte, pero la venida de su hijo y la compañía de tantos queridos nietos reanimaron su ancianidad, y vivió todavía trece años.

Muerte de Isaac. Cuando llegó á la edad de ciento y ochenta, el Señor le trasladó á mejor vida, á la mansion de los justos, al seno de Abraham su padre. Vivió Isaac cinco años mas que Abraham, cuyas virtudes fueron el modelo de su vida. La misma fé en las promesas del Señor, la misma esperanza de su cumplimiento, la misma piedad para con Dios, el mismo reconocimiento á los favores del cielo, la misma caridad con los hombres, y el mismo buen olor de santidad. Su vida sin embargo, fué, por decirlo así, mas silenciosa que la de su padre; fué como una piedra preciosa oculta en un tesoro; mas no por eso fué menos preciosa á los ojos de Dios que ve lo oculto. No obstante, hay en ella una memorable accion que la llena toda. Esta

fue su sacrificio. En lo mas florido de su edad puso su cuello bajo el cuchillo sin desplegar sus labios, y ofreció al Señor el sacrificio de su vida con entera voluntad. Dichoso por haber merecido con este desprendimiento de su vida una vida tan dilatada, y mas dichoso por haber conseguido, con esta generosa renuncia á toda descendencia, la descendencia de los doce fundadores del pueblo de Dios en su querido Jacob; y en fin, por haber tenido la gloria de que el Señor quisiese ser invocado, no solo con el nombre de *Dios de Abraham*, sino tambien de *Dios de Isaac*.

Murió en el mismo Mambre, donde habia, muerto su padre Abraham ciento y cinco años antes, y se hallaron á su muerte sus dos hijos Jacob y Esau. Estos acompañados de sus numerosas familias, le hicieron las magnificas exequias que correspondian al segundo Patriarca del pueblo de Dios, y le sepultaron en la cueva doble que habia comprado su padre Abraham por cuatrocientos siclos de plata, y que él mismo habia venido á adquirir por el precio de cien corderos. Allí fué colocado al lado de su esposa Rebeca, y junto á su padre Abraham y su madre Sara. Acaso nunca sepulcro alguno habia encerrado tantos cuerpos de personas ilustres y santas, ni merecido con mejor título el nombre de *Sepulcro de los Santos*.

Segun San Agustin, Esau, reconciliado ya con su hermano, habia bajado de los montes de Seir á la tierra de Canaan para vivir en ella; mas despues de la muerte de Isaac, como ambos her-

manos fúesen muy ricos, y no pudiesen habitar juntos por la multitud de sus ganados, hicieron lo que Abraham y su sobrino Lot, se separaron en buena amistad. Esau tomó sus mugeres, hijos é hijas y todas las personas de su casa y la hacienda y ganados, y todo cuanto poseía en la tierra de Canaan y se retiró de nuevo á Seir, fijó allí su habitación, y fue el padre de los príncipes Idu-meos. Jacob se quedó en la tierra de Canaan, donde habia peregrinado su padre.

José. Hemos dicho que Jacob era el Patriarca destinado, especialmente, á llevar una vida de trabajos, y no es de estrañar que estos continuasen. José, que por su excelente caracter y por su inocencia debia ser el consuelo de su anciano padre, vino á serle un motivo de las mas hondas pesadumbres. Este hijo tan amado y tan digno de serlo, habia nacido en la Mesopotamia seis años antes que el santo Patriarca saliese de ella para volver á la tierra de Canaan. Era el mas niño de los diez hijos y una hija que habia tenido en aquel pais, y el hijo único de Raquel su esposa mas querida. Desde que Dios les concedió este hijo de las fervorosas y largas súplicas de sus padres, fue el objeto de sus cariños. La pureza y el candor habian nacido y crecían con él, y su docilidad no tenia límites. Jacob no pudo dejar de dar la preferencia en el amor á un hijo tan amable, y en esto no hacía sino justicia; porque, si es verdad que los padres no deben hacer preferencias entre sus hijos por solo los dotes naturales, puesto que estos no penden de su voluntad, tambien lo es que harían una injusticia si

manifestasen igual cariño á los hijos desarreglados y viciosos que á los hijos arreglados y virtuosos, porque esto pende de su mala ó buena voluntad. José, pues, siendo de diez y seis años, apacentaba el ganado de su padre juntamente con sus hermanos los hijos de Bala y Zelfa, y se vió precisado á acusarles ante su padre de un crimen pésimo. La sagrada escritura no le expresa, porque debió ser de lo mas abominable. Santo Tomás dice: que fue el mayor de todos los que pueden cometerse contra la pureza, y la de José no pudo sufrirle; pero estas delaciones, á que comunmente están obligados los hermanos, tienen muchas veces por recompensa una enemistad irreconciliable. Asi debió suceder con los hijos de Bala y Zelfa, acusados por José. Jacob le amaba sobre todos los demas hijos por sus excelentes y virtuosas prendas, y porque se le habia concedido el Señor en su vejez; y como era el más jovencito, le mandó hacer una túnica de varios colores. Los hermanos, viendo que José era amado de su padre mas que todos los demás hijos, se dejaron poseer de la envidia, le cobraron grande aborrecimiento, y no podian hablarle cosa alguna pacíficamente.

El mismo José aumentó con su sinceridad este aborrecimiento, y le convirtió en un odio mortal. Contó á sus hermanos un sueño que habia tenido, y esto aumentó terriblemente el odio que habian concebido. Escuchad, les dijo José, el sueño que he visto. Parecíame que estabamos atando gavillas en el campo, y que mi gavilla, como que se levantaba y tenia derecha; y que

vuestras gavillas que estaban al rededor, adoraban á mi gavilla. Indignados los hermanos con un presagio tan odioso para ellos, le digeron con enfado: ¿Serás por ventura nuestro Rey? ¿O estaremos nosotros sujetos á tu dominio? Pero no paró aqui el cuento. Vió otro sueño, que declaró tambien á sus hermanos. He visto en sueño, les dijo, como que el sol y la luna, y once estrellas me adoraban. Contó tambien este sueño á su padre, quien le respondió diciendo: ¿Qué quiere dar á entender ese sueño que viste? ¿Acaso yo mismo y tu madre y tus hermanos te habremos de adorar sobre la tierra? Por todas estas cosas sus hermanos le aborrecian de muerte; mas su padre lo consideraba todo en silencio.

Hay dos géneros de sueños que es preciso distinguir para no caer en supersticion. Unos son los ordinarios y naturales que todos tenemos: otros son los extraordinarios y sobrenaturales que Dios envía algunas veces á los hombres para comunicarles algunas cosas futuras, y tales eran los de José. Los que son avisados de este modo reconocen que estos sueños vienen de Dios por el convencimiento que se les comunica con el mismo sueño; pero estos son muy raros, y se debe temer mucho la ilusion y vivir siempre prevenidos contra ella. Hasta tres veces despertó la voz del Señor á Samuel antes que creyese que era voz del Señor, y aun habria seguido no creyendo si Heli no le hubiera dicho que respondiese al Señor. Dios en estos sueños presentó á José una semejanza de lo que habia de suceder; pero él no lo entendia, y así lo contaba con sencillez á su padre y sus hermanos,

completando de este modo la envidia y ódio que éstos le tenían.

Sus peligros de muerte y su venta. Poco tiempo despues de estos sueños salieron del valle de Mambre los hijos de Jacob con sus ganados y pasaron á las cercanías de Siquem á pastorearlos en las posesiones que habian abandonado con motivo del suceso de Dina, y que abundaban de buenos pastos. José, como era el báculo de la vejez de su padre, habia quedado con él. Mas como hubiese pasado algun tiempo sin que el cuidadoso anciano tuviese ni la menor noticia de sus hijos, llamó á José y le dijo: tus hermanos apacientan las ovejas en las cercanias de Siquém: ven, te enviaré á saber de ellos, y respondiendo José: pronto estoy. Anda, le dijo, y vé si están buenos tus hermanos y si van bien los ganados; y vuelve á decirme lo que pasa. José se preparó al momento para el viage, y habiendo abrazado á su padre se despidió de él por algunos dias. ¡Pobre padre y pobre hijo! ¡Ellos no sabian que pasarian mas de veinte años sin que volviesen á verse! José se puso en camino, y habiendo llegado á Siquém, no encontró allí á sus hermanos. Él los buscaba por todas partes, y como le hallase un hombre errando por aquellos campos ¿qué buscais? le preguntó. Busco, respondió José, á mis hermanos: decidme, si lo sabeis, donde apacientan los ganados. Se retiraron de aquí, contestó el hombre, y les oí decir: vamos á Dotaim. José entonces siguió en pos de sus hermanos y los halló en Dotaim, bien ageno del peligro que corría allí su vida, porque ellos luego que le vie-

ron á lo lejos, pensaron en matarle, y se dijeron los unos á los otros: allá viene el soñador. Venid, matémosle y echémosle en esta cisterna vieja. Despues diremos que una fiera pésima le ha devorado. Entonces veremos qué le aprovechan sus sueños. Oyendo esto Rubén, que era el mayor, se estremeció, y trabajaba por librarle de sus manos. No le mateis, les decia, ni derrameis su sangre; sino echadle en este pozo sin agua. El se morirá solo, y vosotros no ensangrentareis vuestras manos. Esto lo decia por librarle y volvérselo á su padre. Entre tanto el amable jóven corria á arrojarse en los brazos de sus hermanos y no sabia que iba á echarse en los brazos de sus verdugos. Al momento se apoderaron de él, y ni su niñez, ni sus caricias, ni sus lágrimas, ni el respectable nombre de su amado padre... nada bastó para ablandarlos. Le despojaron de su preciosa túnica y le echaron en el pozo sin agua. A poco rato pasaron por allí unos arrieros Ismaelitas que bajaban al reino de Egipto, y Judas enternecido al estar oyendo los clamores lastimosos y el tierno llanto de su hermano ¿qué sacaremos, dijo á los otros, con hacer que perezca este niño? Al cabo es nuestro hermano. Mejor será que le vendamos á estos arrieros. Consintieron los demas y sacándole del pozo se le vendieron en ciento cincuenta y seis reales, y ellos se le llevaron á Egipto.

Para ocultar estos criminales su atentado, mataron un cabrito y con su sangre tiñeron la túnica de que habian despojado á José y la enviaron rasgada y ensangrentada á su padre, diciendo: esa túnica hemos encontrado tal como la veis.

Reconoced si es la de vuestro hijo José. Solo Jacob podria explicar la profunda y anchurosa llaga que abrió en su corazón la vista de la túnica de su hijo rasgada y empapada en sangre. ¡Conozco! exclamó anegado en llanto al verla; ¡conozco demasiado esta túnica! ¡Es la túnica de mi querido hijo! ¡Una fiera cruel le ha despedazado y devorado! Rasgó entonces sus vestidos en señal de su profundo sentimiento, se vistió de cilicio y llorando inconsolable, repetía sin cesar: ¡si! ¡una fiera ha devorado á mi hijo José! Los autores del crimen acudieron á consolarle, pero el afligido anciano, ignorante de su atentado, no, hijos míos, les decía, no os empeñeis en consolarme. Yo bajaré llorando al sepulcro á juntarme con mi amado hijo; y fue tan amarga la pena de este tierno padre, que el espacio de mas de veinte años no bastó para mitigarla enteramente; pero ¡ó Dios mio! ¡y qué profundos son vuestros juicios! Cuando parecia que habiais de dispensar algun consuelo á vuestro siervo oprimido de dolor hasta el extremo, entonces permitís que otra nueva pesadumbre venga á consumirle y acabarle.

Judas, el quinto de sus hijos, sucedió á Rubén, que era el primero, en la carrera de deshonorar su familia con una conducta indigna del que á la vez habia de dar su nombre al pueblo de Dios, ser la cabeza de la familia real, y el ascendiente mas visible del hijo de Dios en cuanto hombre. Este jóven, cuando solo tenia veinte años de edad, se ausentó, sin saber porqué, de su familia, y se fué á la ciudad de Odolám, á la casa de un tal Hirám. Allí vió una hija del

cananeo Sué, se casó con ella, y tuvo tres hijos, Her, Onan y Sela. Casó á Her su primogénito con una jóven tambien cananea llamada Tamar. Aun no contaba Her sino diez y ocho años cuando contrajo matrimonio; pero era de costumbres tan corrompidas, que no bastó que tuviese muger para corregirlas. Fué un malvado delante del Señor, y el Señor le mató, dice el sagrado texto. Como este monstruo de corrupcion murió sin hijos, poco despues de un casamiento que profanó horriblemente y que esterilizó con sus acciones abominables, mandó Judas á su segundo hijo Onan que se casase con la viuda de su hermano. Era entre los descendientes de Abraham una costumbre; que despues pasó á ser ley en tiempo de Moisés, que el hermano se casase con la muger de su hermano cuando éste moría sin sucesion; para que diese sucesion al difunto hermano, reputándose los hijos que éste segundo tenia, como si hubiesen nacido del primero. Fundado Judas en esta costumbre, quiso que Onan se casase con Tamar, viuda de Her; pero Onan no era menos corrompido que Her; y sabiendo que los hijos que tuviese habian de reputarse, no como suyos, sino como de su hermano, impedia el fruto del matrimonio. El delito era abominable, y el proceder de Onan no era menos execrable que el de su hermano Her, y tampoco fue menor el castigo. El Señor le mató como á su hermano. Estas dos terribles muertes deben ser terribles escarmientos para los que se dejan arrastrar á este abominable delito, tan contrario por si á la naturaleza, como bochor-

nosa su perpetracion á la vista de Dios, que ve en lo oscuro y en lo oculto.

Judas, lleno de pena por la temprana muerte de sus dos primeros hijos, é ignorando la causa, temió que sucediese lo mismo á Sela, que era el único que le quedaba y que debia casarse con Tamar, y suplicó á esta que se estuviese viuda en la casa de su padre hasta que creciese mas Sela. Así lo hizo Tamar retirándose á la casa de su padre. Pasados muchos dias murió la muger de Judas, quien despues de hacerla los funerales de costumbre, y de haber calmado los sentimientos de esta muerte, subió á Tamnas, al esquileo de sus ovejas. Tamar supo con tiempo este viage de su suegro; y quitandose los vestidos de su viudez, tomó otros, y cubriéndose con un manto, se fué á sentar á la encrucijada del camino que iba á Tamnas, porque Sela habia ya crecido y Judas no se le daba por marido. Vivamente sentida de esta dilacion, trató de sorprender al padre porque la negaba el hijo. El cambio incluía mas de un crimen, pero nada la detuvo. Esperaba el paso de su suegro con todas las apariencias de una ramera y logró su intento. Tomó en prendas de su condescendencia el anillo, el bracelete y el báculo de Judas, y volviéndose con mucho secreto á la casa de su padre, dejó el vestido que habia tomado y se puso el de su viudez que habia dejado. Al cabo de tres meses dijeron á Judas: Tamar está embarazada, y es una infiel á vuestros hijos; y Judas, extremadamente irritado, traedmela, dijo, para que sea quemada. Las cabezas de familia tenian sobre ella en aquellos

tiempos la autoridad soberana, y el delito de Tamar pedia ser quemada. Se la notificó la sentencia de su suegro, pero ella no se alteró al oír una sentencia tan terrible, porque sabia muy bien el medio de anularla. Cuando ya la llevaban al suplicio, pidió que se la permitiese enviar unas prendas á su suegro. Luego las entregó, y advirtió al que las llevaba: al presentarlas, dirás estas precisas palabras: del varon de quien son esas alhajas concebí. Conoce de quien son ese anillo, ese bracelete y ese báculo. Judas quedó al verlas asombrado, y exclamó: mas justa es Tamar que yo, ó lo que es lo mismo, menos criminal que yo es Tamar. Yo no la daba por marido á mi hijo Sela, y ella se arrojó por mi culpa á este delito. Cuando llegó el tiempo del parto, aparecieron dos mellizos, que fueron Fares y Zara, niños muy considerables, porque llegaron á ser dos personajes de quienes se hace mencion en la genealogía de Jesucristo, y porque Fares fue uno de sus ascendientes.

Tales son los tristes y vergonzosos sucesos que pasaron á la vista del afligido Jacob, en seguida de la venta de su querido José, sin que el Santo Patriarca pudiese hacer otra cosa que llorarlos, adorando la profundidad de los juicios del Señor sobre los hombres. El venerable y santo anciano se miraba deshonorado en su hija Dina, violada brutalmente por un incircunciso; odiado de los pueblos de Siquém y sus contornos por la carnicería y depredacion hecha por sus hijos; ultrajado por Bala, una de sus mugeres, rompida por Rubén, su primogénito. Judas,

que era el quinto, contrajo un matrimonio que no llevó el consentimiento ni la bendición de su padre, ni mereció la aprobación del Señor. Este infeliz matrimonio le dió dos nietos Her y Onan, que obligaron á la justicia divina á librar de ellos al mundo que escandalizaban con sus abominaciones. El mismo Judas, padre de estos monstruos de lujuria, cubrió al oprimido Jacob de nueva confusión con un incesto. Los demás hijos no fueron mas prudentes y le causaron pocas menos amarguras. Solo José por su inocencia, por su dulce caracter y por su amabilidad podría haber suavizado tantas amarguras; pero éste habia sido vendido y trasladado á otro reino.

José en Egipto. Entregado á los Ismaelitas por sus hermanos, fué llevado á Egipto y vendido allí al general de las tropas. Su gallarda disposición, su modestia, su comportamiento, y sobre todo la protección del Señor que le acompañaba en todos sus pasos, le hicieron bien pronto amable á su dueño y á toda la familia. Todo salia bien en las manos de José, y su amo llegó á conocer que Dios estaba con él. Le fió enteramente el gobierno de la casa, y desde entonces los negocios de su dueño siempre estuvieron en el mejor orden, y los bienes se aumentaron prodigiosamente. Diez años habia que todo prosperaba extraordinariamente en aquella casa bajo la dirección de José, cuando una prueba terrible de su honestidad le obligó á huir de ella. Por desgracia la esposa de su dueño puso en él los ojos, y no solo le declaró su pasión, sino

que le importunaba todos los dias. Rechazaba el castísimo jóven con admirable firmeza y constancia su malvado intento: pero un dia que José entraba en su cuarto de despacho, ella le siguió resuelta á lograr con la violencia lo que no podia conseguir con las instancias. Asíóle de la capa, pero este mártir de la pureza, como le llama San Agustín, dejó la capa en sus manos, y todo sobresaltado huyó precipitadamente para librarse de ella.

Mas esta infernal muger, al verse despreciada, convirtió el amor en ódio y trató de perder al jóven admirable que no habia podido seducir. Comenzó á gritar desaforadamente y á llamar á los criados, que luego acudieron á los gritos, y la hallaron llorando y exclamando: ¡Desdichado de mi esposo! Él recibió en su casa un esclavo, se ha fiado enteramente de él, y no sabe que es un malvado. Este infame ha tenido atrevimiento para poner los ojos en su esposa, y acaba de querer profanarla. Viéndome en tan duro lance comencé á gritar y á llamaros. Él entonces echó á huir; yo quise sujetarle, pero no pude, y solo conseguí quedarme con la capa que veis entre mis manos. No se sabe si los criados que tenian tan conocida la castidad de José darian crédito á su ama; lo cierto es que cuando el amo vino á casa esta mala hembra supo hacer bien su papel. Se presentó á él con un semblante entre turbado y colérico, y mezclando los supiros con las lágrimas, tu no sabes, le dijo, lo que es ese hebreo que compraste. Ha intentado profanar á tu esposa, y solo mis gritos, llamando á los criados, pudieron obligar-

le á huir, dejando su capa entre mis manos. Las lágrimas de este basilisco cerraron el discurso, y la capa que presentaba fué el único testigo para condenar al inocente. José sin otra averiguacion fue puesto en un calabozo y cargado de cadenas en premio de la fidelidad que habia guardado á un marido crédulo. Mas Dios, que probaba tan exquisitamente la virtud de su siervo, no le desamparó en las prisiones. José entró luego en la gracia del Alcaide, y libre de sus cadenas, fué en adelante el que cuidó de todos los presos.

Habria ya cerca de un año que José estaba en la cárcel, cuando fueron puestos en ella el cope-ro del Rey y el panadero mayor, y entregados al cuidado de José, que les servía como á personas principales. En una misma noche tuvieron cada uno un sueño extraordinario y misterioso, que les puso en sumo cuidado. Los contaron á José por la mañana, y José intérprete de las voluntades del cielo, los declaró á uno y á otro. Tres dias faltan, dijo al cope-ro, para que vuelvas á servir la copa al Rey, como antes. Esto significa tu sueño; solamente te suplico que te acuerdes de José en tu prosperidad, y te compadezcas de él, para que sugieras á Faraon que me saque de esta cárcel, porque á hurto fuí arrebatado de la tierra de mis padres, y aqui, estando inocente, he sido echado en calabozo. Despues dijo al panadero: al cabo de tres dias el Rey quitará tu cabeza, y te colgará en una cruz, y las aves despedazarán tus carnes. Esto significa el tuyo. Todo sucedió como José habia dicho; pero el ingrato cope-ro, ocupado de su nueva elevacion, se olvi-

dó enteramente de José su bienhechor y su intérprete. ¡Tan difícil es que el hombre en la prosperidad no se olvide del que sufre en la desgracia!

— Dos años despues tuvo Faraon otro sueño igualmente misterioso, pero de mayores consecuencias. Parecíale que se hallaba á las márgenes del Nilo, y que veía salir del rio siete vacas hermosas y muy gruesas, que se daban á pacer por la rivera, y que en seguida salian otras siete tan feas y tan flacas, que estaban en los huesos. Mas lo que sobre todo asombró al Rey fué, que las flacas se tragaron á las gordas. Despertó entonces asustado, pero volvió luego á dormirse y tuvo otro sueño que aclaraba mas el primero y le confirmaba. Vió siete espigas muy granadas y lozanas que brotaban de una caña, y otras siete débiles y agostadas que devoraron la lozanía de las primeras. Volvió á despertar asustado, y á penas vino el dia mandó llamar á todos los sabios del reino para que le explicasen estos sueños. Se reunieron un gran número, pero ninguno se halló que supiese interpretarlos. En este apuro fue cuando el copero, despues de dos años, se acordó de José, y acercándose al Rey le dijo: confieso, Señor, mi pecado. Yo soy un ingrato. Cuando el panadero y yo caimos en vuestra desgracia y fuimos puestos en la cárcel, tuvimos cada uno un sueño que nos causó grandes inquietudes. Habia en ella un jóven hebreo que merecia toda la confianza del Alcaide, y que con su discreccion y virtud llegó á merecer tambien la nuestra. Nosotros le contamos nuestros sueños, y él nos los interpretó tan perfectamente que todo cuanto dijo

se cumplió al pie de la letra. Yo le prometí solicitar con vos su libertad y he faltado á mi palabra.

Su elevacion. Al oír esto Faraon hizo que inmediatamente sacasen á José de la cárcel y le trajesen á su presencia. Le contó sus sueños, y habiendo escuchado José al Rey con un profundo respeto, dijo: los dos sueños, Señor, significan una misma cosa. Dios ha mostrado á Faraon lo que quiere hacer. Las siete vacas gordas y las siete espigas llenas significan siete años de abundancia. Y las siete vacas flacas y siete espigas asolanadas, otros siete años de esterilidad y hambre. Ahora, pues, provea el Rey de un varon sábio é industrioso, que poniendo gobernadores en todas las provincias de Egipto, compre la quinta parte de los frutos en los siete años de abundancia que van luego á comenzar, y los recoja en paneras para los siete años de esterilidad que han de sucederlos. Asi se evitará que perezca el reino de hambre. Agradó el consejo á Faraon y á sus ministros, y les dijo el Rey ¿por ventura podremos hallar un varon como éste, que esté lleno del espíritu de Dios? Y dirigiéndose en seguida á José, le dijo: puesto que Dios te ha manifestado todo lo que has hablado ¿acaso podré yo hallar otro mas sábio que tú, y que te sea semejante? Tú pues serás el que gobierne en mi reino, y al imperio de tu voz obedecerá todo el pueblo. Yo mismo solo te precederé en llevar la corona y ocupar el trono. Dicho esto, sacó el Rey el anillo de su dedo y le puso en el dedo de José; le cubrió con un ropage

de lino finísimo; rodeó á su garganta un collar de oro, é hizo que subiese en su segunda carroza, y que un pregonero le precediese gritando: doblen todos la rodilla delante de José, y sepan que es el gobernador de toda la tierra de Egipto.

Treinta años solamente tenia José cuando fué proclamado, y luego principió á desempeñar su nuevo y elevado ministerio. Recorrió todas las provincias del reino, puso intendentes en todas las ciudades, y preparó en ellas grandes paneras. Comenzaron los siete años de abundancia, y la quinta parte de las mieses fueron recogidas en gavillas (para conservar mejor el grano y tener paja) y puestas en las paneras que habia preparado, y fué tan grande la abundancia de trigo que excedia á toda medida. Pasados estos siete años de abundancia principiaron los siete de esterilidad, y bien pronto se dejó sentir el hambre por todas partes. El pueblo obligado de la necesidad acudió á Faraon pidiendo pan, y Faraon les contestó, id á José y haced lo que él os dijere. El pueblo acudió á José, y entonces José abrió todas las paneras y vendia á precios muy moderados todo el grano que necesitaban los egipcios, extendiendo este beneficio aun á las naciones vecinas.

Primer viage de sus hermanos á Egipto. Desde el primer año de la escasez se habia apoderado el hambre de la tierra de Canaan, donde vivia Jacob, padre de José. Noficioso el venerable anciano de que en Egipto se vendia el trigo aun á los extrangeros, envió allá á comprarlo á sus diez hijos, hermanos de José, dejando solamente á Benjamín en su compañía.

José era el Príncipe en toda la tierra de Egipto, y por su orden se vendia el trigo á los pueblos. Los diez hermanos se presentaron á José y se arrodillaron, como todos, á sus pies, dando con esto cumplimiento á sus sueños sin advertirlo, porque no le conocieron: mas José les conoció luego á todos, y echando menos á su hermanito Benjamín, temió si le habrían tratado como á él en otro tiempo. Para salir de sus temores, les habló con mucha seriedad, y aun con dureza, obligándoles á que le diesen cuenta exacta de su padre y de su hermano; y aunque se la dieron buena, no se fió de su relato, y mandó poner preso á Simeon y que permaneciese en la cárcel hasta que trajesen á su presencia al jóven Benjamín. Con esto les despachó, mandando á sus oficiales que les llenasen los costales de trigo y que volvieresen á poner secretamente el dinero de cada uno en su costal. Todo se ejecutó como lo ordenaba José, y los nueve hermanos tristes y pensativos tomaron la vuelta á su tierra y á la casa de su padre.

El santo anciano los esperaba con ánsia y los recibió con la ternura de padre. Quiso que luego le diesen cuenta de lo que les habia pasado en su largo viage; y ellos se la dieron, diciendo: el Señor de aquella tierra nos ha tratado con dureza, nos ha obligado á que le demos razon exacta de vos y de nuestro hermano, y no fiándose de nuestra relacion, ha tomado á Simeon, le ha puesto preso, y nos ha protestado; que no le soltará ni nosotros podremos volver á presentarnos á él sin llevar á Benjamín. Dicho esto, pasaron á vaciar el

grano y hallando cada uno el dinero de la compra atado á la boca del costal, quedaron asombrados. No dejó de hacer impresion esto en Jacob, pero la triste relacion que le habian hecho, traspasó su corazon. Me dejais sin hijos, exclamó. José no existe ya. Simeon queda en prisiones, ¿y aun quereis llevarme á Benjamín? Ellos guardaron silencio y dieron tiempo á que se desahogase el tierno padre. Cuando Rubén le vió ya algo sereno se acercó á él, y se determinó á decirle: entregadnos, Señor, á Benjamín. Yo os le volveré. Sino, hay quedan mis dos hijos, haced lo que querais de ellos. No, replicó el santo anciano, no irá mi hijo con vosotros; porque, si llegára á sucederle algun desastre, yo moriría de pena, y vosotros llevaríais con dolor mis canas al sepulcro. En el discurso de cerca de un año no pudieron reducir á Jacob á que condescendiese; pero el viaje de Benjamín á Egipto era una disposicion del cielo y debia cumplirse. En este tiempo se acabó el pan que habian traído, y el hambre continuaba afligiendo mas cada dia. Entonces Jacob dijo á sus hijos: volved á Egipto y traednos un poquito de alimento. No podemos, respondió Judas, porque aquel hombre nos amenazó con la muerte, si no llevábamos á este hermano. Ya habríamos hecho otro viage si hubierais condescendido. Entregádnosle y al momento marcharemos. Yo me encargo de volveros á Benjamín y pongo mi vida por la suya. Entonces dijo el afligido padre: si es preciso que asi sea, haced lo que querais. Tomad de los mejores frutos de esta tierra; y llevad presentes á aquel hombre. Llevad el di-

nero que se halló en los sacos, y otro tanto para la nueva compra; y puesto que no hay otro remedio, llevad también á vuestro hermano, é id á aquel hombre. Mi Dios todo poderoso os le haga favorable y me vuelva con vosotros á vuestro hermano Simeon y á este amado Benjamín. Yo entretanto quedaré como un angustiado padre que perdió todos sus hijos.

Segundo viage. Con esto ellos tomaron los presentes, la cantidad doble de dinero y á Benjamín, y marcharon á Egipto. Apenas se presentaron á José, y vió que traían á su hermanito, sin esperar á que le hablasen, dió orden á su mayordomo de casa para que les recibiese en ella, y tuviese preparado un banquete; porque habian de comer con él al medio dia. El mayordomo introdujo en casa con agrado á los diez hermanos: pero ellos al verse allí como encerrados y encarcelados se llenaron de temor. Esto se hace, dijeron entre sí, para pedirnos cuenta del dinero que hallamos en los sacos. Se nos va á tratar como reos de un hurto. Estamos perdidos. En este apuro, y sin haber pasado del patio, se acercaron al mayordomo y le suplicaron que les oyese. Ya otra vez, le dijeron, hemos venido á comprar trigo. Lo pagamos fielmente, pero cuando abrimos los sacos, encontramos en ellos el dinero, sin que hasta ahora hayamos podido averiguar quien hizo esto. Traemos aquel dinero y otro tanto para hacer la nueva compra. Nosotros no somos unos criminales. Entonces el mayordomo les dijo: la paz sea con vosotros. No temais. Vuestro Dios, el Dios de vuestros padres os

dió los tesoros en vuestros sacos, y trayendo al mismo tiempo á su hermano Simeon se le entregó. Ellos le recibieron en sus brazos derramando tiernas lágrimas, y animados con esta prueba de paz y de consuelo pasaron adelante. El mayordomo les puso en la habitacion que se les destinaba, y les advirtió que esperasen al Gobernador que vendria al medio dia.

Entre tanto prepararon los presentes que traían, y cuando entró José, le estaban todos esperando con los presentes en las manos, y arrodillándose inclinaron su rostro hácia la tierra, y se los ofrecieron. José les saludó con afabilidad, y en seguida les preguntó ¿vive todavía vuestro anciano padre? ¿Queda bueno? Y ellos le respondieron: queda bueno vuestro siervo, nuestro padre, y volvieron á arrodillarse y á inclinarse. Entonces alzando José los ojos, los fijó en su hermanito Benjamín, y dijo: Dios tenga misericordia de ti, hijo mio, y se retiró apresuradamente porque se le enternecieron las entrañas al verle, y se le saltaban las lágrimas. Retirado á su aposento las dejó correr libremente, y despues de haberse desahogado, volvió á salir, y mandó poner la mesa. Colocó á sus hermanos por el órden de mayoría, y él mismo hacía platos abundantes á todos, pero cuando llegaba á Benjamín le ponía una porcion cinco veces mayor que á cada uno de los otros. Ellos estaban en extremo maravillados, comian y bebían y se alegraban con José, pero no le conocían. Concluido el banquete, José se retiró, dejando órden secreta á su mayordomo de que llenase los sacos de trigo cuanto cupiese, y pusiese

á la boca de cada uno el dinero que entregasen, y en el de Benjamín, á mas del dinero, la copa de plata en que él bebia, y asi se egecutó.

A la mañana siguiente se despidieron y partieron alegres y gozosos al ver que todos reunidos y bien despachados volvían á la casa de su anciano padre, y llevaban la abundancia al seno de sus familias, afligidas del hambre; pero no sabian que aun tenian que sufrir la última y mas rigurosa prueba con que José queria asegurarse de su arrepentimiento, y del afecto que profesaban á su padre y á su hermano. A poco de haber salido de la ciudad, dijo José al mayordomo: marcha en seguimiento de esos hombres, y luego que les alcances, les dirás ¿porqué habeis vuelto mal por bien? La copa que llevais es en la que bebe mi amo. El mayordomo salió inmediatamente en su seguimiento, y alcanzados, comenzó á reprenderles agriamente la maldad é ingratitud de llevarse la copa de plata de su amo. Ellos se sorprendieron extraordinariamente, pero contestaron con firmeza. ¿Porqué nos hablais de esa manera? Hemos vueltó á traer desde la tierra de Canaan el dinero que encontramos en los sacos ¿y hurtariamos oro ó plata á tu Señor? Muera aquel en cuyo poder se encuentre, y los demás quedaremos por esclavos. No exijo tanto, dijo el mayordomo. Bástame que aquel, en cuyo saco se halle, sea mi esclavo. Los demás quedarán libres para seguir su camino. Al momento echaron en tierra los sacos, y abriendo cada uno el suyo, el mayordomo los fué registrando comenzando por el del mayor de los hermanos hasta llegar al del

menor que era Benjamín, donde se encontró la copa.

Al verla, todos rasgaron sus vestiduras en señal de su profundo sentimiento, y cargando otra vez sus bestias se volvieron á José, y todos juntos se arrojaron en tierra delante de él, implorando su clemencia; pero José manifestando un aire de autoridad capaz de intimidar aun á los inocentes, les dijo: ¿porqué habeis querido portaros de esa manera? ¿Ignorais acaso que no hay quien me iguale en la ciencia de conocer los secretos? Los hijos de Jacob, postrados delante de José, guardaban un profundo silencio, hasta que el animoso Judas se levantó y habló por todos, diciendo: ¿qué responderemos á mi Señor? Es muy cierto que somos inocentes: pero hay una prueba que nos declara culpados. Dios, á quien antes hemos ofendido, es quien ahora nos castiga. Vednos aqui esclavos vuestros, tanto nosotros, como aquel en cuyo saco ha sido hallada la copa. Lejos de mí hacer tal cosa, dijo José. El que ha llevado la copa ese será mi esclavo. Marchad libres los demás á vuestro padre.

Aqui Judas se estremeció por Benjamín, y reuniendo todo su esfuerzo, se acercó mas á José, y prosiguió diciendo: mi Señor, oid siquiera una palabra, y no os enojeis con vuestro esclavo. Cuando venimos la primera vez, preguntásteis á vuestros siervos: ¿teneis padre ó hermano? Tenemos un padre anciano, os respondimos, y un hermano pequeñito que le nació en su vejez, y le ama tiernamente, y dijisteis: traedmele acá. Tendré mucho gusto en verle. Entonces os hicimos

presente que nuestro padre no podría separar de sí á su niño sin que le costase la vida, y añadisteis: sino viene vuestro hermano el mas pequeño con vosotros, no vereis mas mi semblante. Habiendo vuelto á nuestro padre le contamos lo que vos nos habiais dicho, y afligido con esta noticia se negó constantemente á separar de sí á su hijo. Al cabo de algun tiempo se consumió el pan que compramos, y el hambre continuaba. Entonces dijo nuestro padre: volved á Egipto y compradnos un poco de trigo, y nosotros le respondimos: no podemos ir si nuestro hermano el mas pequeño no fuere con nosotros. Afligido sobremanaera el tierno padre, vosotros sabeis, nos dijo, que dos hijos solamente me dió mi querida Raquel. Salió uno de mi lado, y dijisteis, una fiera le devoró, y hasta ahora no ha parecido. Si lleváreis tambien á éste, y le sucediere algun desastre en el camino, conduciréis con tristeza mis canas al sepulcro. Pues ahora, Señor, si fuéramos á nuestro padre, y su hijo no fuese con nosotros, moriria de sentimiento, y vuestros siervos llevarian con dolor sus canas al sepulcro. Sea yo por él vuestro esclavo, pues que soy su fiador. Yo quedaré entre los siervos de mi Señor, y que vaya Benjamín con sus hermanos. Yo no volveré á mi pobre padre, si no le llevo conmigo, por no ser reo y testigo de la muerte de mi padre.

Hasta aqui José habia logrado contener sus lágrimas por miramiento á su dignidad, y á los que le acompañaban; pero no pudiendo detener ya su torrente, mandó que todos se retirasen y le dejasen solo con los extrangeros. Entonces alzó

la voz de su llanto y solo pudo articular estas cortadas palabras: yo soy José, ¿vive mi padre todavía? Los sollozos ataron su lengua y no le fue posible continuar. Sus hermanos, aterrados, nada pudieron responder. Los egipcios oyeron el llanto de José y entendieron el motivo, y bien pronto llegó la noticia al palacio de Faraon. Habiéndose recobrado José, continuó diciendo: yo soy vuestro hermano á quien vendisteis. No temais: por vuestra salud me envió Dios á Egipto delante de vosotros, y me ha hecho como el padre de Faraon y el Príncipe de toda la tierra de Egipto. Apresuraos, id á mi padre y decidle: vive vuestro hijo José, y esto os envia á decir: Dios me ha hecho dueño de toda la tierra de Egipto. Venid acá sin deteneros. Habitareis en la tierra de Gesem y estareis cerca de mí, vos y vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos, vuestros ganados y todo lo que poseeis. Yo os alimentaré, y no perecerá vuestra casa y todo lo que poseeis, porque aun restan cinco años de un hambre exterminadora. Noticiadle al mismo tiempo toda mi gloria, y todo lo que habeis visto en Egipto. Daos prisa, y traedle á mí. Al acabar José estas palabras, se arrojó á su querido Benjamín, y abrazándose los dos estrechamente permanecieron abrazados largo rato, derramando uno y otro tiernas y dulces lágrimas. Besó despues á todos sus hermanos y lloró sobre cada uno de ellos. A este tiempo ya se decía publicamente en palacio: han venido los hermanos de José; y Faraon se holgaba de ello y toda su familia. Al punto llamó á José y le dijo: dá orden á tus hermanos para que, cargando las

bestias, vayan á la tierra de Canaan y me traigan cuanto antes á tu padre y parentela. Yo les alimentaré con los mejores frutos de esta tierra. Manda tambien que lleven carros de transporte para que lo traigan todo sin que quede allá cosa alguna. Todo se ejecutó como mandaba Faraon. José entregó á sus hermanos los carros necesarios y viveres para el camino. Dió á cada uno dos vestidos y cinco á Benjamín con trescientas monedas de plata. Envió otros cinco á su padre y otras trescientas monedas, y diez asnos cargados de presentes, y con esto despidió á sus hermanos.

Vuelta á la tierra de Canaan. Estos emprendieron su viage y llegaron felizmente á la tierra de Canaan y á la casa de su padre, que les recibió á todos en sus brazos, y particularmente á su querido Benjamín, causa principal de sus penas y sobresaltos. Era ahora bien distinta la nueva que le traían, de la que le habian dado á la vuelta del primer viage, y así no esperaron á ser preguntados como entonces, sino que todos se apresuraron á decirle: vuestro hijo José vive, y es el que manda en toda la tierra de Egipto. Jacob al oirlo quedó absorto, le pareció que soñaba, y no acababa de dar crédito á sus hijos. Ellos para convencerle, referian todo lo que les habia sucedido; y cuando vió los carros y los presentes magníficos que le enviaba su hijo, revivió su espíritu y arrebatado de gozo exclamó: bástame, Dios mio, si vive aun José mi hijo. Iré y le veré antes que muera. Luego se dieron las disposiciones para el viage. El santo Patriarca hizo reunir toda la familia, todos los ganados, y todo cuanto

poseia y podia ser trasportado, y partió con toda su familia y bienes del valle de Mambré, donde habia vivido mas de veinte años. Habiendo llegado á los confines de Canaan, no quiso dejar aquella tierra de las promesas sin consultar primero al Señor acerca de su salida y viage. Para esto le ofreció víctimas y le rogó que le diese á conocer su voluntad, y su peticion fué oida. En el silencio de la noche dijo el Señor á Jacob, no temas. Baja á Egipto, porque allí te haré cabeza de un gran pueblo. José cerrará tus ojos, y á su tiempo yo sacaré de allí á tu descendencia y la traeré á esta tierra de Canaan, como lo tengo prometido.

Bajada de Jacob á Egipto con toda su familia y bienes. Con esta seguridad de tanto consuelo, continuó Jacob su marcha y bajó á Egipto con toda su familia que se componia de sesenta y seis personas. Envió delante á Judas para que dijese á José que le viniese á encontrar á la tierra de Gesen, que estaba al principio del Reino. Apenas recibió José la noticia, mandó poner su carroza y salió á encontrar á su padre á Gesen. No es fácil pintar lo que pasó en esta primera vista, despues de mas de veinte años de ausencia. José se arrojó sobre el cuello de su amado padre, le dió mil abrazos y besos, y con sus tiernas y ardientes lágrimas regó su rostro venerable. Jacob trasportado de gozo al estrechar entre sus brazos á un hijo tan amado y que habia llorado por muerto tantos años, ya hijo mio, decía, regándole con sus lágrimas, ya moriré contento, pues he tenido el consuelo de volver á verte y abrazarte. En seguida José reconoció con la mayor sa-

tisfaccion y alegría á toda su parentela y la expresó todo el cariño que profesaba á la sangre de su amado padre; y despues de una visita de las más tiernas que ha visto el mundo, se volvió José á la Côte y se presentó á Faraon, diciendo: han llegado mi padre, mis hermanos y toda mi familia con los ganados, y quanto poseían en la tierra de Canaan, y están detenidos en la de Gesen, esperando vuestras órdenes. Faraon se alegró mucho de tener ya en su reino la familia de José, á quien tanto debía, y trató de darle una nueva prueba de su agradecimiento. A tu vista, le dijo, está toda la tierra de Egipto. Haz que habiten en lo mejor de ella, y si les agrada el territorio de Gesen, dásele. José despues de haber presentado al Rey á su anciano padre y á cinco hermanos en nombre de toda la familia, volvió con ellos á la tierra de Gesen, y se la dió en nombre del Rey para que habitasen en ella. Allí les visitaba con frecuencia, porque no estaba lejos de la corte, y les proveyó de todo lo necesario en los cinco años que aun duró el hambre desoladora.

Tenia ya este Patriarca ciento y treinta años cuando entró en la tierra de Gesen, y vivió en ella diez y siete, en los que se multiplicó prodigiosamente su descendencia; pero él estaba tan acabado con tantos viages, fatigas, trabajos y sentimientos que de dia en dia esperaba el momento que habia de juntar su alma con las de sus padres en el seno de Abraham su abuelo. Llevado de este pensamiento quiso procurar tambien á su cuerpo honrosa sepultura, cual convenia á un hijo de Isaac, y para esto

mandó llamar á su querido José, y le dijo: no me entierres en Egipto, sino que harás que duerma yo con mis padres. Me llevarás de esta tierra y me pondrás en el sepulcro de mis mayores. Yo haré, respondió José, lo que mandais. Pues juradmelo, dijo el Patriarca, y José se lo juró. José no creyó que estaba tan cercana su muerte, y por otra parte no podia saltar apenas del lado del Rey y le fué preciso volverse á la corte: mas no pasaron muchos dias sin que se le avisase que su padre habia enfermado gravemente, y José, tomando á sus dos hijos Manasés y Efraim, pasó al punto á visitarle. Cuando dijeron al santo anciano que su hijo José habia llegado, tomando aliento con tan consoladora noticia, se incorporó y se sentó sobre la cama, y habiendo entrado José le dijo: el Dios omnipotente se me apareció en Luza, que está en la tierra de Canaan, y me bendijo, diciendo: yo te aumentaré y multiplicaré y haré sobre multitudes de pueblos y daré esta tierra á tí y á tu posteridad despues de tí en posesion sempiterna: por tanto tus dos hijos que te han nacido en la tierra de Egipto antes que yo viniera á tí, míos serán. Efraim y Manasés serán puestos en cuenta para mí; como Rubén y Simeon. Y viendo á los hijos de José le dijo: ¿quiénes son estos? Estos son los dos hijos que el Señor me ha dado en este lugar. Acércamelos para bendecirlos, dijo el venerable abuelo; y habiendoselos acercado, abrazandolos y besándolos, dijo á su hijo: no he sido defraudado de tu vista y á mas de esto, Dios me ha presentado á tus hijos. José los tomó de los brazos de su padre y los

colocó para que los bendijese, Efrain á la izquierda y Manasés á la derecha. Mas el Santo Patriarca estendiendo su mano derecha la puso sobre la cabeza de Efrain, que era el hermano menor, y su izquierda sobre la cabeza de Manasés que era el mayor; trocando así las manos y cruzando los brazos. Y bendijo Jacob á los hijos de José, diciendo: el Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham é Isaac: el Dios que me alimentó desde mi juventud hasta el dia de hoy, y me libró de todos los males, bendiga á estos niños, y mi nombre y los nombres de mis padres Abraham é Isaac sean invocados sobre ellos y crezcan en multitud sobre la tierra. Mas viendo José que su padre habia puesto su mano derecha sobre la cabeza de Efrain, lo sintió, y tomándosela intentó alzarla de sobre la cabeza de Efrain y trasladarla sobre la de Manasés, diciendo: Padre mio, no conviene así, porque este es el primogénito. Poned vuestra derecha sobre su cabeza, el cual rehusándolo, dijo: lo sé hijo mio, lo sé, y éste (Manasés) será tambien multiplicado, y sobre pueblos; pero su hermano menor será mayor que él, y crecerá en gentes. Y bendijolos otra vez, diciendo: en tí (hijo mio José) será bendito Israel y (para bendecir á alguno en adelante) se dirá: Dios te haga como á Efrain y Manasés; y puso á Efrain antes de Manasés.

Se ve en la Sagrada Escritura que el Señor prefiere muchas veces los menores á los mayores, ya para ensalzar la humildad y abatir la soberbia, y ya para significar que sus elecciones son gratuitas; pero aqui se representa ademas con bas-

tante claridad un suceso muy distante y muy considerable. Jacob, cruzando sus brazos y poniendo su derecha sobre la cabeza del menor y su izquierda sobre la del mayor, representa de un modo misterioso y muy expresivo á Jesucristo en la cruz estendiendo su derecha sobre el pueblo gentil, y su izquierda sobre el judío; ó sea eligiendo al pueblo gentil y reprobando al judío. Jacob despues de igualar los dos hijos de José á sus propios hijos, declarándolos cabezas de dos tribus y con derecho á dos partes en el repartimiento de la tierra prometida, manda al padre la porcion que habia comprado en ella por cien corderos. Ya ves, hijo mio, le dijo, que yo muero. El Señor será con vosotros y os volverá á llevar á la tierra de vuestros padres. Yo te doy una porcion que compré del Amorreo.

Profecias de Jacob al morir. Concluida la bendición y hecho este género de testamento á favor de José y de su familia, llamó á todos los demás hijos y les dijo: congregaos para que os anuncie lo que os ha de venir á largos tiempos. Congregaos y oid, hijos de Jacob. RUBÉN, primogénito mio, tú mi fortaleza y tambien el principio de mi dolor. Tú el primero en los dones y el mayor en el mando. Tú te derramaste como agua. No crezcas, porque subiste al lecho de tu padre y manchaste su estrado. SIMEON y LEVÍ, hermanos (en el furor), vasos guerreadores de iniquidad; no entre (Señor) mi alma en su consejo, ni en su compañía sea mi gloria; porque en su furor mataron hombre (á los de Siquém) y en su voluntad (saña) socabaron muro (arrui-

narón sus muros). Maldito el furor de ellos por obstinado y su indignacion por dura. Yo los dividiré en (la tierra de) Jacob y los esparramaré en Israel. JUDAS, te alabarán tus hermanos, tu mano será sobre las cervices de tus enemigos y los hijos de tu padre te reverenciarán. Cachorro de Leon, Judas, á la presa subirás, hijo mío; te acostarás como Leon y Leona; ¿quién (será tan temerario que) le despertará? *No será quitado el cetro de Judá, ni de su muslo (descendencia) el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado (el Mesias) y este será la espectacion de las gentes que atará á la viña (á la Iglesia) su pollino (el pueblo gentil) y á la vid (á sí mismo) ¡oh hijo mío! su asna (la nacion judía). Lavará en vino su vestido y en sangre de uvas su pálio (en su pasion). Mas hermosos que el vino son sus ojos y mas blancos que la leche son sus dientes (despues de resucitado).* ZABULON, habitará en la rivera del mar y en puerto de naves tocando hasta Sidon. ISACAR, asno fuerte, reposado entre dos términos (tribus) vió el reposo que era bueno y la tierra óptima y puso su hombro para llevar, y se hizo á carga de tributos. DAN, juzgará á su pueblo como cualquiera otra tribu de Israel. Sea Dan culebra en el camino; en la senda ceraste, (serpiente) que muerde las uñas del caballo para que caiga hácia atrás su ginete. (De esta tribu no vió San Juan escogidos en el cielo). Vuestra salud (el Salvador) esperaré Señor. GAD, armado peleará delante de él (pueblo de Israel) y él mismo será armado al volverse (á su tribu). ASER, su pan será jugoso y dará de-

licias á los Reyes. NEPTALÍ, ciervo suelto (Barac que fué de esta tribu) y que dá palabras bellas (en el cántico de Débora). Hijo que crece JOSÉ, hijo que crece y de hermoso semblante. Las doncellas corrieron sobre el muro (para verle). Mas amargáronle sus hermanos, contendieron y le envidiaron armados de los dardos (del ódio). Su arco se apoyó sobre el fuerte (el Señor), y las prisiones de sus brazos y sus manos fueron desatadas por las manos del poderoso (Dios) de Jacob. De allí salió el pastor (apacentador de Egipto) y la piedra (el cimiento) de Israel. El Dios de tu padre será tu ayudador y el omnipotente te bendecirá con bendiciones del cielo, de arriba, con bendiciones del abismo, de abajo, con bendiciones de pechos y de matriz (de descendencia). Las bendiciones de tu padre fueron confortadas con las bendiciones de sus padres hasta que viniese el deseo (deseado) de los collados eternos (de los Patriarcas antiguos). Cúmplanse en la cabeza de José y en el vértice del Nazareno (Jesueristo) entre sus hermanos. BENJAMÍN, lobo rapaz. A la mañana comerá la presa y á la tarde dividirá los despojos. (Se verificó en San Pablo que fué de esta tribu).

Así acabó su discurso el tercer Patriarca de la nacion santa. Discurso lleno de profecías que tuvieron á sus tiempos el mas exacto cumplimiento. Los hijos oyeron con la mas profunda veneracion y recojieron con el mayor cuidado las palabras de su venerable padre y las conservaron como un sagrado depósito en sus familias; pero Jacob se agotó, por decirlo así, al pronunciarlas

y no le quedaron fuerzas mas que para renovar á todos en general el encargo que acerca de su sepultura habia hecho á José en particular. Yo me reuno á mi pueblo, les dijo: sepultadme con mis padres en la cueva doble que está en el campo de Efron Heteo, en frente de Mambre, en la tierra de Canaan, y que fué comprada por Abraham para posesion de sepultura. Allí enterraron á él y á Sara su muger. Allí fué sepultado Isaac con Rebeca su muger y allí yace enterrada tambien Lia.

Muerte de Jacob. Estas fueron las últimas palabras del Santo Patriarca, y apenas acabó de hablar cuando dejó de vivir. Se recogió sobre su cama como un hombre que va á dormir, y entregó su paciente alma en manos de su Criador. Luego que José, este hijo tan querido, vió que habia espirado su amado padre, se arrojó sobre su rostro, le besó y regó con un torrente de lágrimas, y cerró los ojos al santo Patriarca, como Dios se lo habia prometido. Desahogado algun tanto José, trató de cumplir el último encargo de su amado padre, y mandó á sus médicos que embalsamasen el cadáver para poder conservarle y trasladarle á Canaan.

Su entierro en Canaan. A la noticia de la muerte del padre de José todo Egipto se vistió de luto y le lloró por setenta dias, haciendo al padre del ministro casi las mismas honras fúnebres que á sus reyes. Concluido este luto, José con el beneplácito de Faraon y acompañado de sus hermanos, y de los primeros Señores de la córte y del reino tomó el cadáver del ilustre difunto, y

poniéndole en una carroza le llevó á la tierra de Canaan y le dió honrosa sepultura en la cueva doble ó sepulcro en que reposaban las cenizas de sus bisabuelos Abraham y Sara, de sus abuelos Isaac y Rebeca, y de Lia, hermana de su madre, y se volvió á Egipto con sus hermanos y Señores que le habian acompañado. Asi murió y fue sepultado el tercer Patriarca del pueblo de Dios á los ciento cuarenta y siete años de su edad. Tuvo al morir el consuelo de que rodeasen su lecho sus queridos José y Benjamín y todos sus amados hijos, de contar con una descendencia muy numerosa, y de ver que la obra de Dios se adelantaba prodigiosamente, y el pueblo de las promesas se formaba con rapidez. Jacob fue el Patriarca mas afligido con duros y largos trabajos, pero las pruebas de su sufrimiento fueron mezcladas con frecuentes visitas del Señor que las dulcificaban. Murió lleno de virtudes y de méritos, y tuvo tambien la gloria de que el Señor quisiese llamarse el *Dios de Jacob*, como el *Dios de Abraham y de Isaac*.

Muerte de José. Al tiempo de la muerte de Jacob tenia ya Rubén, su hijo mayor, sesenta y dos años, y Benjamín que era el menor, cuarenta y uno. José tenia cincuenta y seis y vivió despues cincuenta y cuatro, cuidando siempre con el mismo esmero de sus hermanos, y de sus numerosas familias, amado siempre de todos con ternura, y honrado sobremanera del Rey, de la córte y de todo el reino, al que habia salvado con sus prevenciones y admirable gobierno. Cuando advirtió que llegaba al fin de su peregrinacion

sobre la tierra, y que se acercaba la muerte, mandó llamar á sus hermanos y les dijo: despues de mi muerte, Dios os visitará y os hará subir de esta tierra á la tierra prometida á Abraham, Isaac y Jacob. Llevad mis huesos con vosotros y no los dejeis en esta tierra. Todos se lo prometieron con entera y firme voluntad, y poco despues le vieron espirar como un hijo digno de Jacob, y heredero principal de sus virtudes. Habia cumplido ciento y diez años, y pasado los seis primeros en Mesopotamia de Siria, diez en la tierra de Canaan, y noventa y cuatro en Egipto, donde fué el padre de los pueblos, el amparo de su familia, el príncipe de sus hermanos, el apoyo de su nacion, el cimiento de su pueblo, y el milagro visible de la providencia. José fué un modelo de paciencia en las adversidades, de caridad en las prosperidades, y de castidad á toda prueba en la tentacion mas violenta. Apesar de haber ocupado cerca de ochenta años la primera dignidad del reino, de haber sido constantemente el dueño del corazon de Faraon, y de haber mandado en todo este tiempo como Rey, llevó su humildad toda entera al sepulcro. Su cuerpo embalsamado y depositado en una caja, fue tenido en mucha veneracion y custodia por los Israelitas hasta la salida de Egipto, que lo llevaron consigo en todas sus marchas y le dieron honorífica sepultura en la tierra de Canaan.

CAUTIVERIO

DE NOVENTA AÑOS EN EGIPTO.

Los hijos de Jacob ó Israel fueron felices mientras que vivió Faraon, y acaso alcanzó su felicidad á todo el tiempo de su inmediato sucesor, que ó conocería á José ó tendría noticias individuales de los portentosos servicios que habia hecho al reino. En este tiempo de su felicidad, que duró mas de cincuenta años, se aumentaron y multiplicaron como la yerva, dice el sagrado texto; pero entró á reinar otro Faraon que no habia conocido á José, y aqui concluyó su felicidad, y principió su riguroso cautiverio, que duró como unos noventa años. Viendo el nuevo Rey que se habian multiplicado tan prodigiosamente, dijo á los egipcios: el pueblo de Israel es ya mas numeroso y mas fuerte que nosotros: venid, oprimámosle con arte y maña para que no siga aumentándose, y en caso de guerra se pase á nuestros enemigos y se marche de Egipto. Los Israelitas eran hombres aplicados al trabajo, hábiles en la cria de ganados, industriosos y ricos. Faraon queria conservarlos en el reino por la utilidad que le traían, pero temia su poder, y para disminuirle tomó el inicuo medio de hacerlos miserables. Comenzó condenandolos á trabajar en obras públicas, como si fueran unos criminales. Puso sobrestantes que les affgiesen con tareas desmedidas y les hiciesen pasar una vida

amarga en los duros trabajos de sobar barro, y hacer ladrillos. Les hizo fabricar dos ciudades que se llamaron *Fiton* y *Rameses*, y en fin les oprimió con todo género de cargas insoportables; pero cuanto mas les oprimia, tanto mas se multiplicaban y crecian. Viendo que nada conseguia por este medio, echó mano de otro, mas propio de una fiera, que de un hombre. Mandó á las mugeres que asistian á los partos de las Hebreas ó Israelitas, que matasen á todos los niños que naciesen, conservando únicamente á las niñas; pero ellas temieron á Dios y no hicieron lo que el Rey queria. Entonces, Faraon, llevando adelante su bárbaro intento, mandó al pueblo que arrojase en el rio Nilo todos los niños que naciesen de las Hebreas.

Nacimiento de Moisés. Amram, hijo de Cáath, nieto de Leví, y viznieto de Jacob, habia casado con Jacobed, y tenia una hija como de nueve años llamada María, y un hijo de mas de dos llamado Aarón. Cuando la persecucion era mas viva y encarnizada, dió á luz un tercer hijo que conservó escondido tres meses, y no pudiendo ocultarle por mas tiempo, le puso en una cestilla de juncos que cerró y embetunó lo mejor que pudo, y lo expuso en un cañaveral de la orilla del rio, dejando en observacion á su hermanita María para que viese el paradero del niño. Y he aqui que bajaba la hija de Faraon á bañarse en el rio y viendo la cestilla, mandó á una de sus criadas que se la tragese. Abrióla, y vió en ella un hermoso niño que estaba llorando, y compadecida de él, dijo: de los niños hebreos es éste. Entonces su

hermanita que se habia acercado, dijo á la princesa: ¿queréis que vaya á llamar una muger hebrea que le crie? Anda, la respondió, y la niña fué y llamó á su madre. Corrió esta á presentarse, y la dijo la princesa: toma ese niño y créale para mí. Yo te pagaré tu salario. Tomó la madre á su querido hijo y le crió, no ya como hijo suyo, sino como hijo de la divina providencia; y cuando era ya adulto, lo entregó á la hija de Faraon, y ésta le adoptó por hijo y le llamó Moisés, porque le habia sacado del agua. Se cree que tenia catorce años cuando pasó á palacio, bien instruido ya en la religion de sus padres, en la historia de los Patriarcas y en la de su milagrosa conservacion, y bien informado de las esperanzas que tenían los hijos de Israel de salir algun dia de su esclavitud y establecerse en la tierra de Canaan, prometida por Dios á sus padres. En la corte fué instruido en toda la sabiduría de los egipcios, y se hizo admirar por su habilidad y su conducta.

Cuando hubo cumplido cuarenta años de edad, se sintió movido del espíritu de Dios á dar principio á la obra de la libertad de Israel. Declaró que no era hijo de la hija de Faraon, sino un descendiente de Jacob, y salió de la corte á unirse con sus hermanos en la tierra de Gesen, queriendo mas vivir afligido con el pueblo de Dios que ocupar el trono de Egipto. Un dia, que se hallaba con ellos en el campo, vió que un egipcio golpeaba á uno de los hebreos sus hermanos y corrió á defenderle, y en la defensa mató al egipcio y le escondió en la arena. Moisés sabia bien que estaba autorizado para esto, y

ereyó que en este hecho conócieran sus hermanos que Dios le destinaba para sacarles de la esclavitud en que se hallaban; pero ellos no lo entendieron. El dia siguiente vió reñir á dos hebreos, y procuró ponerlos en paz diciendoles: hermanos sois: ¿porqué os maltratais el uno al otro? Pero el que injuriaba á su prógimo, le resistió diciendo: ¿quién te ha puesto por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Por ventura quíeres matarme, como mataste ayer al egipcio? Temió Moisés, y dijo: ¿cómo se ha hecho ya esto público? La noticia llegó luego á Faraon, y le buscaba para matarle.

Huida de Moisés de Egipto. Moisés huyó de Egipto y se fue á vivir á la tierra de Madian sobre las riveras del mar rojo. Allí se casó con Séfora, hija de Jetró, y tuvo dos hijos, Eliezer y Gersám. Al cabo de mucho tiempo murió el Rey que queria matar á Moisés, y el que le sucedió le excedió tanto en las persecuciones, que por mas acostumbrados que estuviesen á sufrir los Israelitas, no pudieron ya soportarlas. Gimiendo en este extremo de aflicción clamaron al cielo desde el lugar de sus penalidades, y el Señor oyó sus gemidos y determinó poner en libertad á su pueblo, como lo habia prometido á sus padres Abraham, Isaac y Jacob. Para esto principió el íntimo trato del Señor con Moisés, haciendo á un hombre mortal el depositario de los consejos de su sabiduría y de la omnipotencia de su brazo.

Aparición del Señor á Moisés. Un dia que Moisés pastoreaba los ganados de su suegro. (esta era su ocupacion despues de haber vivido tantos

ños como un príncipe en la corte) llegó hasta el monte Horeb, y vió una zarza que ardía y no se quemaba. Quiso informarse de aquella maravilla, pero oyó una voz que le decía: no te acerques acá. Deja el calzado de tus pies, porque la tierra en que estás santa es. Yo soy el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque no se atrevía á mirar hácia Dios. Estoy compadecido de los hijos de Israel, le dijo el Señor, y he escuchado sus clamores. Ven, te enviaré á Faraon para que saques de Egipto á mi pueblo y le conduzcas á una tierra abundante y espaciosa, á una tierra que mana leche y miel (esto es, frutos abundantísimos y cuya dulzura competía con la leche y la miel), á la tierra de los Cananeos. Pero Moisés, á pesar de saber que era el escogido para sacar á Israel de su cautiverio, cuando vió acercarse el momento se estremeció, ¿y quién soy yo, dijo, para ir á Faraon y sacar á los hijos de Israel de Egipto? Ve, le dijo el Señor. Junta los ancianos de Israel y les dirás: el Señor Dios de vuestros padres se me ha aparecido y me ha dicho: he visto todo lo que os ha acontecido en Egipto, y he resuelto sacaros de la aflicción de Egipto á la tierra del Cananeo, del Heteo, del Amorreo, del Fereceo, del Hebeo y del Jebuseo, á una tierra que mana leche y miel. No me creerán, respondió Moisés. ¿Qué tienes en la mano? Dijo entonces el Señor. Una vara, respondió Moisés. Arrójala en tierra, y arrojóla y se convirtió en serpiente. Y le dijo el Señor: estiende tu mano y tómalala por la cola. Tomóla Moisés y se convir-

tió en vara. Mete tu mano en tu seno, le dijo el Señor, y habiéndola metido, la sacó cubierta de lepra. Vuélvela á meter, añadió, y volviéndola á meter, la sacó sana. Si no te creyeren al primer prodigio, te creerán al segundo, y si aun así no te creyeren, toma agua del río y viértela en la tierra y cuanta sacares se convertirá en sangre. Perdonad, Señor, dijo Moisés. Yo no tengo elocuencia ni lengua expedita, y desde que me habeis hablado me hallo mas tartamudo. ¿Quién hizo la boca del hombre? dijo el Señor, ó ¿quién formó al que vé y al ciego? ¿No soy Yo? Pues anda, yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de hablar. Ruégote, Señor, dijo Moisés, que envíes al que has de enviar. Aarón tu hermano es elocuente, dijo el Señor. Él viene á encontrarte: pon mis palabras en su boca. Yo estaré en la boca de ambos, y os mostraré lo que habeis de hacer. Él hablará por tí al pueblo, y será tu boca. Toma tambien en tu mano esta vara en la cual has de hacer los prodigios.

Vuelta de Moisés á Egipto. Desapareció el Señor, y Moisés se volvió con sus ganados á Jetró su suegro, á quien hizo presente: que se alegraría ir á Egipto á visitar á sus hermanos y saber de su salud, y Jetró convino gustoso en ello y le dijo: ve en paz. Moisés tomó á su muger y sus dos hijos y se dirigía al monte Horeb para pasar de allí á Egipto, pero le salió al encuentro el Angel del Señor y queria matarle. Al instante Séfora su muger tomó una piedra muy aguda y circuncidó á su niño, cuya omision era la causa de la amenaza. Séfora se volvió á su padre, llevando

sus dos hijos, sea porque temiese nuevos lances, si seguía con su marido, sea porque juzgase necesaria la vuelta para curar la circuncision de su tierno hijo, ó sea que el Señor quisiese por este medio dejar desembarazado á Moisés en su comision sagrada. Moisés siguió su camino y Aarón su hermano habia salido de Egipto por mandado del Señor y vino á unirse con él al pie del monte Horeb. El encuentro fué cual debia esperarse entre dos santos que se buscaban de orden de Dios, y entre dos hermanos que, despues de cuarenta años, era la primera vez que se veían. Aarón besó á Moisés, y Moisés contó á Aarón todas las palabras del Señor y los prodigios que habia ordenado, y se vinieron juntos á la tierra de Gesen. Ya en este tiempo no formaban los Israelitas una familia, sino un cuerpo de nacion, compuesto de casi dos millones de personas; y si hasta aqui habia cuidado la providencia de multiplicar los hijos de Jacob, desde aqui cuidó la omnipotencia de multiplicar sus portentos para sacarlos del cautiverio de sus tiranos; y asi esta parte de la historia de los hebreos, no es otra cosa que una série continuada de sucesos maravillosos, que pueden mirarse como el escollo en que la incredulidad, ó se estrella, ó rinde homenaje á la divinidad.

Moisés y Aarón congregaron á todos los ancianos de los hijos de Israel. Aarón les refirió todo lo que habia pasado en Horeb, y Moisés hizo en su presencia los prodigios de convertir la vara en serpiente y la serpiente en vara, de meter sana su mano en el seno y sacarla leprosa, de volverla á meter leprosa y sacarla sana, y de con-

vertir en sangre el agua que sacaba del río, con los cuales prodigios le había prometido el Señor que probaría su misión y establecería su autoridad entre los Israelitas. Los ancianos y el pueblo creyeron por estos milagros que Dios se había compadecido de ellos, y que era llegado el tiempo de su libertad, y postrados le adoraron llenos de agradecimiento.

Presentación de Moisés y Aarón al Rey Faraon. Moisés y Aarón cumpliendo las órdenes de Dios, fueron á presentarse por primera vez á Faraon con aquella firmeza que convenia á su carácter de enviados del Señor, y le digeron, esto dice el Señor, Dios de Israel: deja ir á mi pueblo para que me ofrezca sacrificio en el desierto. Sorprendido Faraon con semejante demanda, contestó con enfado, ¿quién es el Señor para que yo obedezca á su voz, y deje ir á Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir á Israel. En efecto, Faraon no conocia al Señor. Era un idólatra que adoraba por dioses hasta las mas viles criaturas y solo no adoraba al Criador; y así, despues de haber hablado mal de Dios, trató con desprecio á sus ministros y les echó de su presencia. Ochenta años tenia Moisés, y ochenta y tres Aarón cuando hablaron á Faraon; y este primer paso fue como la declaracion de la guerra de medio año que sostuvieron de una parte Moisés armado con el poder del Señor, y de otra Faraon sostenido por los esfuerzos del infierno.

Apenas salieron de palacio Moisés y Aarón, dió orden el Rey á los sobrestantes de las obras del pueblo de Israel que en adelante no diesen

paja á los Israelitas para hacer los ladrillos, y que les obligasen á buscarla, y á dar hecho cada dia el mismo número que antes; porque están holgando, añadió, y por eso alzan el grito, diciendo: vamos y ofrezcamos sacrificios al Señor. La orden del Rey se executó con rigor. Los Israelitas tuvieron que derramarse por los campos á buscar paja, y no siéndoles posible dar concluidas sus tareas, eran ultrajados y azotados como viles esclavos. Su situacion era cada vez mas desdichada. Creyeron que acaso Faraon ignoraría el trato cruel que se les daba, y acudieron á él, clamando: no se nos da paja y se nos manda igual tarea de ladrillos. Mirad que somos heridos con azotes, y se obra injustamente contra vuestro pueblo. Pero los infelices no oyeron otra respuesta que la confirmacion de su sentencia. Entonces desesperados se dirigieron á Moisés y Aarón y les digeron: véalo el Señor y juzgue. Vosotros habeis dado la espada á Faraon para que nos mate. Moisés, viéndose acusado como autor de tantos males, se volvió al Señor y le dijo: ¿Dios mio! ¿Porqué habeis afligido á este pueblo? ¿porqué me habeis enviado, pues desde que me presenté á Faraon para hablarle en vuestro nombre, ha afligido (mas) á vuestro pueblo?

Ya verás, dijo el Señor, lo que haré con Faraon. El los dejará ir, él mismo los echará de su reino. Dí á los hijos de Israel: yo el Señor os sacaré del calabozo de los egipcios y os libraré de la servidumbre, y os pondré en la tierra que prometí á Abraham, Isaac y Jacob. Contó Moisés todo esto á los hijos de Israel, y ellos no se aquieta-

ron, porque estaban sumergidos en amargura á causa de sus durísimas tareas. El Señor mandó á Moisés que volviese á hablar á Faraon para que dejase salir á los hijos de Israel; pero Moisés, desconfiado de poder conseguirlo, respondió: veis, Señor, que los hijos de Israel no me oyen ¿pues cómo me oirá Faraon, mayormente siendo yo de lengua trabada? He ahí, dijo el Señor, que yo te he constituido Dios de Faraon, y Aarón tu hermano será tu profeta. Tú le dirás todas las cosas que yo te mando, y él dirá á Faraon que deje ir de su tierra á los hijos de Israel. Moisés y Aarón se presentaron á Faraon otra vez é insistieron en la libertad del pueblo. El Rey les pidió señales de su mision y ellos las dieron al momento. Echó Aarón delante del Rey la vara de Moisés en el suelo y se convirtió en serpiente. Entonces el Rey llamó á sus hechiceros y ellos echaron tambien sus varas en el suelo y se convirtieron en dragones; pero la serpiente en que se habia convertido la vara de Moisés se engulló los dragones de los hechiceros, y volvió á convertirse en vara.

Los hechiceros, de que abundaba Egipto, acaso mas que otro algun país del mundo, tenian para sus hechicerías bien asentado el trato con el infierno y los espíritus infernales, que los ayudaban grandemente para mantener los pueblos en la idolatría, echaron ahora el resto para obstinar á Faraon y desacreditar á Moisés. Usaron de todo su poder y astucia, y convirtieron las varas en dragones; sea que esto lo hiciesen arrebatando las varas y presentando los dragones con una prontitud mayor que la del rayo; sea que redugesen á polvo

invisible las varas y produgesen los dragones de sus mismas semillas; ó sea que, obrando como el sueño, el delirio ó la locura en la fantasia de los que estaban presentes, les hiciesen ver apariencias de dragones, y creer que eran dragones; fuese ello como quisiese, lo cierto es que todo esto, aunque fuese maravilloso para los hombres, que no alcanzamos á ver las operaciones angélicas, no era milagroso. Además ocurrió tanta diferencia entre la vara y serpiente de Moisés y las varas y dragones de los hechiceros, que debió conocerla Faraon para no endurecerse. La serpiente de Moisés era una sola, y sin embargo pudo mas y se engulló todos los dragones de los hechiceros que debieron ser muchos, porque eran ellos muchos; Moisés hizo un segundo milagro que ninguno de los hechiceros pudo contrahacer, cual fué convertir en vara la serpiente, y retirarse de la presencia del Rey con su vara en la mano, cuando los hechiceros salieron avergonzados y como suele decirse, con las manos en la cabeza. A pesar de esto los hechiceros siguieron procurando contrahacer los milagros de Moisés en las dos primeras plagas con que affligió Dios á Egipto, que fueron la conversion de las aguas en sangre, y la multitud de las ranas; pero tambien debió advertir aquí Faraon que si sus hechiceros aparentaron operar estas dos plagas, ninguna de ellas pudieron hacer cesar, y que, si la primera tuvo su término señalado por Dios, Faraon tuvo que acudir con sus ruegos á Moisés para verse libre de la segunda: siendo bien admirable que padeciendo tanto los egipcios, nada padecían los

hebreos, aunque vivian muchos entre ellos. Por último, en la tercera plaga ya no quiso el Señor permitir á los hechiceros, ni la apariencia de imitarla, y se vieron precisados á decir á Faraon; que aquello era cosa de Dios, y que era necesario rendirse.

Después de estos primeros prodigios comenzaron las diez plagas con que Dios affligió á Egipto hasta que dió libertad al pueblo de Israel; las que vamos á referir, aunque sumariamente por no permitir otra cosa esta narracion.

PLAGAS DE EGIPTO.

Primera. Moisés y Aarón se presentaron por tercera vez á Faraon y le intimaron de parte de Dios que diese libertad al pueblo de Israel. Faraon se niega, y viene sobre su reino la primera calamidad. Al contacto de la vara de Moisés todas las aguas de Egipto se convirtieron en sangre por espacio de siete dias, y los egipcios precisados, ó á perecer abrasados de la sed, ó á beber de estas aguas espantosas, corrieron á hacer escabaciones en las orillas del rio para sacar agua, que filtrada y trasmanada por la arena, pudiera beberse; pero aun asi salia ensangrentada y causaba recios dolores; de modo que todo el reino se vió affligido en extremo ó por la sed ó por el espanto y dolores que el agua ensangrentada les causaba. Cesó á los siete dias esta terrible

plaga, y con esto el corazon de Faraon se endureció y Moisés y Aarón no fueron oídos.

Segunda. Moisés por orden del Señor se presentó la cuarta vez á Faraon pidiendo la libertad de Israel, y negandose el Rey á concederla, Moisés y Aarón hicieron que todo Egipto se cubriese de ranas, y se llenó de ranas el palacio del Rey, sus aposentos, sus camas, su trono, sus mesas y sus alimentos. Lo mismo sucedió en toda la corte y en todo el reino. El asco, la infeccion y el horror que causaban era intolerable, y el soberbio Faraon se vió precisado á humillarse á llamar á Moisés y Aarón, y á suplicarles que pidiesen al Señor que librase á él y su reino de esta plaga, y dejaría ir al pueblo. Moisés oró al Señor y murieron todas las ranas. Luego que Faraon se vió libre de ellas, endureció mas su corazon y no dejó salir al pueblo.

Tercera. Moisés por orden de Dios, y sin presentarse esta vez á Faraon, hizo que se cubriese todo Egipto de cínifes tan molestos, que ni los hombres ni las bestias podian sufrirlos. Todo el polvo de Egipto se convirtió en cínifes y cubrieron como una espesa niebla todo el reino. Aquí los hechiceros de Faraon le hicieron presente: que aquello era cosa de Dios, y que era preciso rendirse. Pero Faraon se endureció mas y mas y no dió libertad al pueblo.

Cuarta. La plaga anterior no fué sino una precursora de esta cuarta que iba á ser mucho mas violenta. Moisés por orden de Dios se presentó la quinta vez á Faraon pidiendo la libertad de Israel, y negándose Faraon hizo venir sobre

el palacio, sobre la corte y sobre todo el reino una plaga de moscas pesadísimas y tan venenosas y pestíferas, que Faraon se vió precisado á llamar por segunda vez á Moisés y Aarón y á prometerles la libertad de Israel, si le libran de esta plaga intolerable. Oró Moisés al Señor, y cesó este castigo; pero Faraon se endureció de nuevo y no dió libertad al pueblo.

Quinta. Moisés, por orden de Dios, se presentó la sexta vez á Faraon pidiendo la libertad del pueblo de Israel, y negándose Faraon, hizo venir la peste sobre los animales del campo, y murieron todos los ganados del campo, los caballos, jumentos, camellos, vacas y ovejas de los egipcios; pero ni una sola bestia murió de los hebreos. Ninguna de las plagas que van referidas ni de las que restan tocó al pueblo de Israel. Faraon envió á saber y supo que ni una sola res de los hebreos habia muerto. Sin embargo de este prodigio, su corazón siguió en su endurecimiento y no dejó salir al pueblo.

Sexta. Moisés y Aarón se presentaron á Faraon por orden del Señor la séptima vez, y sin hablarle de la libertad del pueblo, Moisés arrojó ceniza hácia el cielo, y en todo Egipto, los hombres y los animales caseros se hallaron cubiertos de úlceras cancerosas que les causaban dolores agudísimos y de asquerosas llagas que hacían de ellos un espectáculo de horror. La sagrada Escritura no nos dice si tocó á la persona de Faraon esta plaga, y es regular que no le comprendiese, porque no hizo caso de ella, y teniendo poca cuenta con los inmensos dolores que sufrían sus

subditos, continuó en su endurecimiento y no dejó salir al pueblo.

Séptima. Moisés por orden de Dios se presentó á Faraon por la octava vez pidiendo la libertad de Israel, y negandose Faraon, levantó Moisés su vara y luego se cubrió el cielo de una negra nube, comenzaron á oirse truenos espantosos, á caer pedrisco y á cruzarse los rayos sobre la tierra. El granizo y el fuego discurrían mezclados. Jamas se habia visto en Egipto cosa semejante. Los hombres y los animales que se hallaron en el campo todos perecieron, las plantas se destruyeron y los árboles se desgajaron. Con esto, aterrado Faraon, mandó llamar por tercera vez á Moisés y Aarón y les dijo: he pecado aun esta vez. El Señor es justo. Yo y mi pueblo somos impíos. Rogad para que cesen los truenos de Dios y el granizo, para que os deje ir y de ningun modo permanezcais mas aqui. Moisés se lo prometió, pero veo, añadió, que ni tú, ni tus siervos temeis aun á Dios. Moisés oró al Señor y cesaron los truenos y los granizos; pero Faraon, al ver que habian cesado, aumentó su pecado endureciéndose mucho mas, y no dejó ir á los hijos de Israel.

Octava. Moisés y Aarón se presentaron por orden del Señor á Faraon la novena vez y le dijeron: esto dice el Señor Dios de los hebreos: ¿hasta cuándo no quieres sujetarte á mí? Deja ir á mi pueblo para que me ofrezca sacrificio: mas si aun resistes y no quieres dejarle ir, he aqui, que mañana enviaré la langosta á tus términos, la cual cubrirá la superficie de la tierra de modo que nada de ella aparezca, para que sea comido

lo que hubiere quedado despues del granizo ; porque roerá todos los árboles que hay en los campos y llenará tus casas y las de tus siervos y las de todos los egipcios, cuanta nunca vieron tus padres, y abuelos desde que nacieron hasta este dia ; y se apartó Moisés y salió de con Faraon. Entonces sus siervos le dijeron : ¿ hasta cuando sufiremos este escándalo ? Deja ir á esos hombres para que sacrifiquen al Señor su Dios. ¿ Acaso no ves que ha perecido Egipto ? Y volvieron á llamar á Moisés y Aarón delante de Faraon , el cual les dijo : id , sacrificad al Señor vuestro Dios. Però ¿ quién son los que han de ir ? Iremos dijo Moisés , con nuestros niños y ancianos , con nuestros hijos é hijas , con nuestras ovejas y vacas , porque es una solemnidad del Señor nuestro Dios. Tan asi , dijo Faraon , con una imprecacion llena de ironía y burla , tan asi sea el Señor con vosotros , como yo os dejaré ir con vuestros niños. ¿ Quién duda que pensais pésimamente ? No será como lo pedís. Mas id solamente los hombres y sacrificad al Señor , pues esto es , dijo , añadiendo á la negativa la mentira , lo que vosotros mismos habeis pedido , y con esto Moisés y Aarón fueron echados de la vista de Faraon. Entonces extendió Moisés su vara sobre la tierra de Egipto y vino una multitud tan asombrosa de langosta , que no se habia visto ni se volverá á ver jamás. Cubrieron , á manera de una espantosa nube , todo el reino. Cayeron sobre él y ocuparon de tal suerte la tierra que nada se veía de su superficie. Todo lo devastaron. Devoraron la yerba , las plantas , las hojas de los árboles , y sus frutos... cuanto habia

perdonado el granizo; y no quedó cosa verde en toda la tierra de Egipto. Se llenaron de langosta los palacios y las casas y cubrieron sus paredes, sus techos y sus pavimentos. Mordian á los hombres y les causaban agudísimos dolores, y aun hacian morir á muchos. Faraon no pudo sufrir tantos estragos y tan general devastacion. Llamó á toda prisa á Moisés y Aarón y les dijo: he pecado contra vuestro Dios y vosotros. Mas perdonad mi pecado aun esta vez, y rogad al Señor que aparte de mí esta muerte. Oró Moisés al Señor y luego sopló un recio viento del poniente y sepultó toda la langosta en el mar rojo, sin que quedase ni una sola en Egipto. Pero Faraon se endureció y no dejó ir á Israel.

Nona. Moisés, por orden del Señor y sin presentarse á Faraon, extendió su mano hácia el cielo y al momento quedó Egipto envuelto en horribles tinieblas por tres dias, y sumergido en una noche impenetrable. Su oscuridad era tal que solo podia compararse con la del infierno. Ningun egipcio vió á otro egipcio en aquella larga y espantosa noche. Ninguno pudo moverse del sitio en que le sorprendió la oscuridad. Ninguna luz pudo alumbrar sino unos fuegos repentinos y pavorosos que les llenaban de horror. A la luz de estos rayos entreveían espectros y animales espantosos, y estaban con los ojos cerrados por no ver aquellas horrendas figuras. Oían los silvidos del viento y de las serpientes; y el bramido de las bestias, que resonando por los montes y peñascos les hacian caer desmayados; y el que caía quedaba como preso atado con cadenas sin poder

volverse á mover. Era en fin una noche horrible venida de lo mas profundo del abismo. Todo esto no es mas que una pintura abreviada de la que nos hace el Espiritusanto en el libro de la sabiduría. Apenas cesaron estas horribles tinieblas, que tenian espantados y aprisionados á todos los egipcios, desde el Rey hasta el último vasallo, Faraon llamó á Moisés y Aarón, y les permitió la salida de Israel y de cuanto les pertenecía, exceptuando las ovejas y las vacas que quedarían en Egipto; pero Moisés contestó con firmeza, que no quedaria ni siquiera una pezuña en Egipto. Faraon se endureció con esta contestacion, y sobre negarse á permitir la salida de Israel, dijo á Moisés: retírate de mí, y guárdate de ver mas mi semblante. En cualquier dia que te presentáres delante de mí, morirás. Asi será como lo has dicho, respondió Moisés. No veré mas tu semblante; pero antes de separarme de tí, oye lo que dice el Señor: en medio de la noche saldré por Egipto, y morirá todo primogénito en la tierra de los egipcios desde el primogénito de Faraon hasta el primogénito de la esclava, y tambien los primogénitos de las bestias, y se levantará gran clamor en toda la tierra de Egipto, cual nunca hubo ni ha de haber despues. Entonces bajarán á mí: dijo Moisés, todos tus siervos y me instarán para que salga con todo mi pueblo. Y con esto Moisés salió muy enojado de la presencia de Faraon.

Décima y última. Moisés dió aviso á todos los Israelitas, hombres y mugeres, ancianos y niños, para que se reuniesen en la tierra de Gesen, en

la ciudad de Rameses y sus contornos, llevando consigo todos sus ganados y bienes. Luego que estuvieron reunidos, publicó el modo con que el Señor quería que celebrasen la pascua ó paso del Señor, quitando la vida á los primogénitos. En él se ordenaba que cada cabeza de familia tomase el dia diez un cordero de un año y sin mancha, y en su defecto, un cabrito tambien de un año y sin mancha; y que el dia catorce del mismo mes le sacrificase al Señor y rociase con su sangre los postes y el dintel de la portada de su casa; que si la familia no fuese suficiente para comerle todo en una comida, convidase á la familia mas cercana para comerle, que no le comiesen ni crudo, ni cocido, sino asado, y que si aun sobraba, lo consumiesen en el fuego; que solo usasen en esta comida de pan ácimo ó sin levadura, y de lechugas amargas; que para comerle se vistiesen de caminantes, se ciñesen bien sus ropas, se calzasen sus zapatos y botines, tomasen báculos en las manos, y le comiesen de pie y de prisa; que en aquella noche pasaria el Señor quitando la vida á todos los primogénitos de Egipto; pero que no tocaria en las casas cuyas portadas estuviesen rociadas con la sangre del cordero. Los hijos de Israel lo hicieron como lo habia dicho Moisés, y cuando estuvieron señaladas con la sangre del cordero las portadas de las casas de los hijos de Israel y concluida la cena pascual, en medio de la noche hirió de muerte el Señor á todos los primogénitos de Egipto, desde el primogénito de Faraon que se sentaba en su trono, hasta el primogénito de la esclava que es-

taba en la cárcel; y tambien hirió á todos los primogénitos de las bestias.

La muerte de esta multitud se egecutó de un modo espantoso, segun la pintura que de ella nos hace el libro de la Sabiduría. El Angel exterminador se presentaba como un asombroso Gigante, que, teniendo sus pies en la tierra, tocaba con la cabeza en el cielo, y venia armado de una terrible espada que llevaba consigo el exterminio. Se hallaban sorprendidos de repente de esta vision espantosa y cercados de temores horribles. Luego recibian el golpe mortal, cayendo por todas partes medio vivos, para mostrar entre las agonías de la muerte la causa de su exterminio. Los padres, los hermanos, y todas las familias acudian á sus gritos, y presenciaban el lastimoso espectáculo de su muerte. En todo Egipto se oia á un tiempo el lamento de los hijos que morian, y los alaridos de los padres que lloraban. En medio de aquella noche de horror murió todo lo mas esclarecido de Egipto que eran sus primogénitos. Tambien gemian y bramaban moribundos los primogénitos de todos los animales que morian en todo el reino y aumentaban el horror con sus bramidos. Era espantoso el clamor en todo Egipto, porque no habia casa donde no se hallase un muerto. Faraon vió su palacio regado con la sangre del hijo que se sentaba con él en su trono, y con la de los primogénitos de todos sus cortesanos; y apesar de haber arrojado á Moisés de su presencia en la última entrevista, condenándole á morir si volvía á presentarse, se vió precisado á llamarle. Moisés habia protestado

en aquella ocasión que no volveria á ver á Faraon, que no volveria á presentarse á él por su voluntad; pero siendo ahora llamado se presenta á concluir la pelea que ha sostenido por espacio de medio año para sacar á los hijos de Israel de su cautiverio. Faraon llamó en aquella noche no solo á Moisés sino tambien á Aarón y les dijo: Daos prisa. Salid de mi reino, vosotros y los hijos de Israel y llevad vuestros ganados. Los egipcios tambien por su parte, temiendo morir todos, estrechaban á los Israelitas para que saliesen al momento, y éstos se vieron precisados á envolver en mantas el harina que tenían medio amasada y á emprender su viaje cargándola sobre sus hombros.

FIN DEL CAUTIVERIO.

El año de dos mil cuatrocientos treinta y ocho de la creacion del mundo, cuatrocientos treinta de la vocacion de Abraham, y doscientos quince de la bajada de Jacob á Egipto, salió toda la multitud de los hijos de Israel de la ciudad de Rameses, cerca de seiscientos mil hombres de veinte años y arriba, sin contar los ancianos y las mugeres, la juventud de veinte años abajo, la niñez, ni una multitud de alienígenas que se habian unido á ellos y les seguian; de modo que todos vendrian á formar un pueblo de tres millones á lo ménos; siendo bien prodigioso, que no habia en tan gran-

de multitud, ni un solo enfermo ó impedido, que no pudiese seguir las marchas. Al apuntar el alba, y mientras que los egipcios estaban ocupados en enterrar sus muertos, sacó el Señor á los hijos de Israel de la cautividad de Egipto, formados en escuadrones de tribus, casas y familias. Precedían los rebaños de toda clase de ganados en muy gran número. Seguían armados los hombres de veinte años y arriba, y despues iba el resto del pueblo, todo con el mas bello órden. Moisés cuidó tambien de llevar los huesos de José, segun se le habia prometido al tiempo de morir. Su primera jornada fué á Socot á donde llegaron temprano, y pasaron el resto del dia y toda la noche; y habiendo partido de Socot á buena hora, acamparon en la ciudad de Etám, en los últimos confines del desierto. El Señor iba delante de ellos mostrándoles el camino por el dia en una columna de nube que les hacía sombra, y por la noche en una columna de fuego que les alumbraba; y nunca faltó la columna de nube de dia y la de fuego de noche, hasta que entraron en la tierra prometida. De Etám pasaron á Fihairot y sentaron su campo junto al mar rojo. Aqui se hallaron los Israelitas cerrados por el mar y los montes del desierto. Se dió aviso á Faraon, no solo de que habia salido el pueblo hebreo, sino tambien de la situacion en que se hallaba. Su corazón se mudó, y tambien el de sus cortesanos y dijeron: ¿qué hemos querido hacer dejando ir á Israel para que no nos sirviere? Inmediatamente mandó Faraon uncir su carroza, y tomó consigo todas las fuerzas de su reino, que segun unos,

subian á doscientos mil soldados de á pie, y cincuenta mil de á caballo, y segun otros, á un millon de todas armas, y siguiendo el camino que habian llevado los Israelitas, les encontraron acampados sobre la orilla del mar. Cuando los Israelitas vieron á Faraon y todo su ejército, temieron en extremo, porque se hallaban entre dos cadenas de montes á derecha é izquierda: tenian delante el mar, y á la espalda el ejército de Faraon. Su primer movimiento fué clamar al Señor; pero dejándose llevar despues de su pusilanimidad y de una injustísima desconfianza, se dirigieron contra Moisés y le dijeron: ¿quizás no habia bastantes sepulcros en Egipto y por eso nos has traído á morir en el desierto? Este lenguaje irónico é insultante ofendia mucho al Señor y ultrajaba á su ministro. Sin embargo, Moisés excusó á los culpados con el exceso de su temor, y para animarlos les dijo: no querais temer; estad firmes y vereis las maravillas del Señor; pues los egipcios, que ahora veis, ya jamás los volvereis á ver. El Señor peleará por vosotros y vosotros callareis. Con esto les mandó que siguiesen su marcha, y entonces la columna, que les precedia y guiaba, se levantó y fué á ponerse detras de ellos, cubriéndoles de tal modo que no fué posible al ejército de Faraon volver á verles. La nube se presentó desde este momento tenebrosa por la parte que miraba á los egipcios, y luminosa por la de los Israelitas, los cuales caminaban con su luz como si fuera en medio de un claro y hermoso dia.

Paso del mar rojo. Cuando llegaron á la ori-

lla del mar, Moisés alzó su vara y estendió su mano sobre él, y entonces dividió el Señor las aguas, abriendo por medio del mar un camino espacioso y murallado á la derecha é izquierda por dos montañas de agua. Los Israelitas entraron por este camino milagroso y marchando toda la noche por medio del mar seco, llegaron como á las tres de la mañana á la rivera opuesta, habiendo hecho una jornada como de cinco leguas, que es la travesía del mar rojo en este punto. La columna caminaba siempre detras de ellos, y habiendo dejado libre la costa, pudieron advertir los egipcios que el pueblo de Israel habia marchado. Signieron al momento sus pisadas, y por una ceguedad inconcebible, entraron sin detenerse en el camino del mar, que no se habia hecho para ellos. Aqui los esperaba el Señor para descargar el último golpe sobre el endurecido Faraon y todos sus cortesanos y egército. Cuando ya podian hallarse cerca de la rivera opuesta, la columna que guardaba á los Israelitas se abrió de repente y comenzó á arrojar rayos que derribaban los caballos y ginetes, incendiaban los carruages y los carros, y todo lo destrozaban. Entonces comenzaron á gritar de todas partes, huyamos de Israel, porque el Señor pelea por ellos contra nosotros. Pero ya era tarde. Su exterminio estaba ya sobre ellos. En este momento mandó Dios á Moisés que extendiese su mano sobre el mar, y las montañas de agua, que se habian levantado á la derecha é izquierda del camino milagroso, cayeron de repente sobre los egipcios y los sepultaron en sus abismos. Faraon, sus cortesanos, su egército, sus

carros, sus caballos... todo quedó sumergido en lo profundo del mar, sin quedar un solo hombre que pudiese llevar á Egipto la noticia de su total exterminio. Así libró el Señor para siempre al prisionero Israel de sus tiranos carceleros. Los Israelitas acamparon en la rivera opuesta y al volver los ojos al mar, por cuyo abismo habían pasado, poseídos de un asombro que solo ellos podrían esplicar, adoraron postrados al Dios de los portentos, y bendijeron de mil modos su omnipotencia. Mas el Señor, añadiendo prodigios á prodigios, hizo que las olas arrojasen en la costa donde estaban acampados los cadáveres de los egipcios, y vieron á los egipcios muertos y al mismo Faraón, autor de tan largo y terrible cautiverio. Se enriquecieron con la multitud de sus despojos y llenos de agradecimiento adoraron de nuevo al Señor y bendijeron su providencia. Entonces fué cuando Moisés, en la efusion de su alegría y reconocimiento, compuso aquel precioso y primer himno ó cántico de accion de gracias que leemos en los libros santos. Dividió todo el pueblo en dos coros, uno de hombres y otro de mugeres; y puesto él á la cabeza de los hombres, y su hermana María á la de las mugeres, entonaron los dos hermanos su admirable himno, comenzando con estas hermosas palabras: *cantemos al Señor*. Y el pueblo repetía: *cantemos al Señor, Moisés y María continuaron: al caballo y al cabalgador arrojó en el mar*; y el pueblo repetía: *cantemos al Señor*. Así siguieron cantando este misterioso himno y ocuparon aquel dia en las alabanzas del Omnipotente que entre tantos y tan

portentosos portentos les habia librado de sus enemigos.

Entrada en el desierto. El siguiente por la mañana, al movimiento de la columna que habia vuelto á situarse delante del pueblo, partió este reino viajante de las memorables riveras del mar rojo, y caminó tres dias seguidos por el desierto, sin hallar agua hasta Mará, donde la encontró con abundancia: mas era tan amarga que no pudieron beberla. Parece increíble, pero es un hecho. Los Israelitas que no caminaban sino sobre prodigios, y que acababan de pasar por los abismos de un mar, se olvidaron del Señor y comenzaron á murmurar contra Moisés y alborotarse porque no tenian agua. Ellos debian haberse dirigido á pedirla al Señor que les llevaba entre portentos y les dirigía en una columna de nube, y se dirigieron contra su siervo, diciéndole con enojo: ¿y qué beberemos? no se portó así Moisés. Levantó sus manos al cielo, y el Señor le mostró un leño. Moisés le tomó, y habiendole echado en el agua, al momento se volvió esta dulce, y bebieron los hijos de Israel cuanta quisieron. De Mará pasaron á Elim, siguiendo el movimiento de la columna, y aqui encontraron setenta palmas y doce fuentes de buenas aguas. En este sitio tan cómodo descansaron algunos dias. De aqui pasaron al desierto de Sin. Hacía ya un mes que habian salido de Egipto, y como eran tantos, habian consumido en este tiempo los comestibles que sacaron de aquel reino. Aqui volvieron á su pecado capital, que era la murmuracion y el tumulto. Se dirigieron á Moisés y Aarón y les dijeron con

insolencia: ¡ojalá, que hubiéramos sido muertos por la mano del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos junto á las ollas de carne, y comíamos el pan en hartura! ¿Porqué nos habeis sacado á este desierto para matarnos de hambre? ¿Y quiénes somos nosotros, respondieron Moisés y Aarón, para que nos insulteis con vuestras quejas sediciosas? Vuestra murmuracion no es contra nosotros, sino contra el Señor. Entonces apareció el Señor cercado de gloria en una nube y habló á Moisés, diciendo: he oido las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: esta tarde comereis carnes, y mañana os hartareis de pan y sabreis que yo soy el Señor vuestro Dios.

El Maná. En aquella tarde vino una multitud de codornices que cubrió todo el campo, cuyas carnes comieron á su placer, y por la mañana cayó al rededor del campamento un rocío que cubrió la superficie de la tierra, y sobre él una multitud de granitos blancos del tamaño de la grana de cilantro, que, pegados unos á otros, formaban un género de escarcha. Cuando vieron esto los Israelitas se preguntaban admirados: ¿Manhu? que quiere decir ¿qué es esto? Este es, les dijo Moisés, el pan que os ha dado el Señor para comer. Recoja cada uno lo que basta para el dia, un gomor (cosa de un celemin) por cada persona. Luego se derramó la multitud por los contornos del campamento y recogieron lo que pudieron, unos mas y otros menos; pero habiéndolo medido despues, hallaron un gomor por persona sin que sobrase á los que habian cogido mas ni faltase á los que habian cogido menos. Moisés,

les advirtió que nada guardasen para el día siguiente: mas no faltaron codiciosos que conservaron parte de ello; pero al otro día lo hallaron podrido é hirviendo en gusanos. También les advirtió que no caería los sábados, porque eran días santos y no se podía trabajar en ellos, y que el viernes recogerían dos gomores por persona, reservando uno para el sábado: mas también hubo en esto muchos desobedientes que salieron el sábado á recogerlo, pero no lo hallaron y tuvieron que volverse llenos de confusión á sus tiendas. A pesar de que se podría lo que recogían demás en la semana, el gomor que cogían el viernes para el sábado no se podría ni padecía la menor mudanza. Era necesario recogerlo todas las mañanas temprano, porque en comenzando á calentarse el sol se derretía lo que estaba en el campo, pero no lo que llevaban á sus tiendas, aunque el sol lo calentase igualmente en ellas. Para comerlo, lo molían con piedras ó lo machacaban en morteros, lo cocían en ollas, y hacían de ello unas tortitas que sabían á pan masado con aceite y miel. Este era en el principio su gusto y sabor, pero después varió, perdiendo este delicioso gusto para los malos Israelitas, y haciéndose mas delicioso para los buenos. Este pan del cielo, que de *Manhu* se llamó *Maná*, estuvo cayendo constantemente todas las noches al rededor de los diversos campamentos y mansiones que hizo el pueblo de Israel en el desierto por espacio de cuarenta años, hasta que comenzaron á alimentarse con los frutos de la tierra de promisión. Para que las generaciones venideras de todos los siglos conociesen

el pan milagroso con que fué sustentado Israel en la soledad despues de la salida de Egipto, mandó Dios á Moisés que llenase de maná un gomor, que lo echase en un vaso de oro, y que lo custodiase hasta que se erigiese el tabernáculo y se fabricase el arca, donde habia de conservarse; y todo se egecutó como lo ordenaba el Señor.

Piedra de Horeb. Con esto la columna se puso en movimiento, y el pueblo levantó su campamento de Sin, donde habian hecho mansion bastantes dias, y se adelantó hácia los desiertos del Sinai, siguiendola cuando caminaba, y haciendo alto donde paraba. Una noche acampó en *Dapecha*, otra en *Alus*, y verisimilmente llegó el tercer dia á *Rafidim*, que estaba en los confines de los Amalecitas, y cerca del monte Horeb, pero no habia agua en Rafidim y luego volvieron á su pecado de murmurar y amotinarse contra Moisés. Dános agua, le digeron, para que bebamos. ¿Porqué nos has hecho salir de Egipto para matarnos de sed? Era Israel un pueblo de poca fé, ingrato, mal sufrido y de dura cerviz, á la que no doblaban los prodigios. Moisés clamó al Señor, diciendo: ¿qué haré á este pueblo? Falta poco para que me apedreen; y el Señor le dijo: toma contigo de los ancianos de Israel. Lleva en tu mano la vara: herirás con ella la piedra de Horeb y saldrá agua para que beba el pueblo. Hizolo asi Moisés delante de los ancianos, y al golpe de la vara saltó del seno de la piedra una fuente abundante de agua, que no solo satisfizo la sed del pueblo en aquel campamento, sino que le siguió siempre en sus marchas

hasta que llegó donde no había falta de agua.

Guerra de los Amalecitas. Estando en esta mansion de Rafidim vinieron los Amalecitas á hacer la guerra á los Israelitas. Moisés mandó á Josué que escogiese los mas valientes del pueblo y saliese á pelear contra Amalec. Yo, le dijo, estaré mañana sobre la cumbre del collado, teniendo la vara de Dios en mi mano. Josué lo hizo como se le ordenaba y salió á la pelea. Entonces Moisés, Aarón y Hur subieron á un collado desde donde se veían los dos egércitos. Luego que comenzó el combate, Moisés teniendo la vara en las manos, las levantaba hacia el cielo implorando el socorro y la victoria para su pueblo, y observó, que cuando las tenía levantadas vencía Israel, y cuando, cansado, las dejaba caer vencía Amalec. Esta alternativa hacia mas obstinado el combate. Moisés procuraba tener sus manos levantadas cuanto tiempo le era posible, pero al fin le era preciso bajarlas para descansar, y volvía á vencer Amalec. Al ver esto Aarón y Hur, empuñaron una piedra, y haciéndole sentar sobre ella sustentaban cada uno su brazo, y de esta suerte pudo tener siempre levantadas las manos al cielo hasta ponerse el sol, que se decidió la victoria á favor del pueblo de Israel. Mandó el Señor á Moisés que escribiese este suceso para memoria en un libro (esta es la primera vez que se habla de escritura en los libros santos) y que lo pusiese en oídos de Josué. Concluida esta guerra con tanta felicidad, Moisés edificó un altar al Señor y le ofreció el sacrificio de alabanza y accion de gracias.

Visita de Jetró. Habiendo oído Jetró todo lo que Dios había hecho con Moisés y con Israel su pueblo, y que el Señor le había sacado de Egipto, tomó á su hija Séfora, muger de Moisés, y á sus dos hijos Gersam y Eliecer y vino con ellos al desierto, donde estaba acampado Israel, y envió á decir á Moisés: yo Jetró tu pariente vengo á tí, y tu muger y tus dos hijos con ella. Al momento salió Moisés al encuentro de su suegro y familia, hizo á aquel una profunda reverencia y le besó; abrazó y besó despues á su amada esposa y queridos hijos, y entraron todos juntos en el pabellón ó pequeño tabernáculo del Señor, le adoraron y dieron gracias, y pasaron despues á la tienda de Moisés, quien contó á su suegro todo lo que el Señor había hecho con Faraon y los egipcios por amor á Israel, y todos los trabajos que les habían acaecido en el camino, y cómo el Señor les había librado de ellos. Jetró se alegró de todos los bienes que el Señor había hecho á los hijos de Israel, y de que los hubiese sacado del poder de los egipcios, y dijo: bendito sea el Señor que os libró de mano de los egipcios y de mano de Faraon. Ahora conozco que el Señor es grande sobre todos los dioses; y ofreció como sacerdote holocaustos y víctimas á Dios. A este tiempo vinieron Aarón y todos los ancianos de Israel á visitar la familia de Moisés y tener parte en su alegría, y Moisés les convidó á un banquete sagrado que todos reunidos celebraron delante del Señor. Jetró estuvo algun tiempo disfrutando de la amable compañía de su yerno, le dió varios consejos, porque no solo era un anciano de mucha expe-

riencia, sino el sumo Sacerdote en la nacion de Madian, y el principal consejo fué que repartiese la carga del gobierno, porque no era posible desempeñarle bien por sí solo; y para esto, que nombrase hombres de valor y temerosos de Dios, que amasen la verdad y aborreciesen la mentira, y que estos juzgasen las causas menores, reservándose para sí la decision de las mayores. Moisés humilde y dócil, como él mismo, se conformó gustoso con el consejo de su suegro é hizo lo que le aconsejaba. Despues de haber empleado tan bien el tiempo, Jetró abrazó á su hija y sus dos nietos y se despidió de Moisés, el cual le envió á su pais admirado de todo lo que habia visto y del buen hospedaje que habia recibido, quedando Séfora y sus hijos en la compañía de su santo padre.

Llegada al monte Siná. Al tercer dia del tercer mes de la salida de Egipto se puso en movimiento la columna que le servía de guía, y levantando su campamento de Rafidím, la siguieron y llegaron aquel mismo dia al desierto de Siná, y acamparon á corta distancia del famoso monte Siná. Este monte era el teatro que habia escogido Dios para presentar en él los mas portentosos espectáculos. Moisés se retiró desde luego á orar en este monte, y estando en su oracion, oyó la voz del Señor que le mandaba que dijese á los hijos de Israel: que si guardaban sus mandamientos, serían para el Señor una porcion escogida entre todos los pueblos, un reino sacerdotal y una nacion santa. Moisés lo hizo saber al pueblo, y este respondió á una voz: todo lo que ha dicho el Señor, haremos. En consecuencia de

esta respuesta, Moisés mandó que lavasen sus ropas y se purificasen en aquel día y el siguiente, porque el tercero bajaría el Señor sobre el monte, viéndolo todo el pueblo; pero les advirtió que se guardasen de subir á él ni tocar sus límites, porque todo el que los traspasase moriría, fuese hombre ó fuese bestia.

Promulgacion de los diez Mandamientos de la ley de Dios. Ya habia llegado el dia tercero y aclaraba la mañana, cuando comenzó á cubrirse el monte de una nube muy densa; á brillar los relámpagos y á oirse los truenos. Se oyó tambien el agudo y penetrante sonido de una trompeta que convocaba al pueblo para que se acercase al monte, pero este, atemorizado, no se atrevió á salir de sus pabellones y tiendas hasta que Moisés le animó y condujo á la llanura que habia al pie del monte, sin permitirles tocar en sus límites. Humeaba todo el monte, porque habia bajado el Señor sobre él en fuego, y subia el humo como de un horno. Todo el monte presentaba un espectáculo terrible. Continuó el monte cubierto de la nube, humeando y ardiendo; pero cesaron los truenos y la trompeta, y todo quedó en un profundo silencio. Entonces el Señor que habia bajado sobre su cumbre, habló oyéndolo el pueblo, todas estas palabras: yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto de la casa de esclavitud. No tendrás dioses agenos delante de mí, ni los adorarás. Yo soy el Señor, tu Dios, poderoso y celador de mi gloria. No tomarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano, porque no dejará el Señor sin castigo al que le profanase. Acuérda-

te de santificar el día del sábado. Seis días trabajarás y harás todas tus obras. El séptimo es sábado del Señor, tu Dios. Nada trabajarás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas. Honra á tu padre y á tu madre para que seas de larga vida, que el Señor, tu Dios, te dará. No matarás. No fornicarás. No hurtarás. No dirás contra tu prógimo falso testimonio. No codiciarás la casa de tu prógimo, ni desearás su muger, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa que sea suya. Todo el pueblo oyó estos diez mandamientos del Señor, impresos en el corazón del hombre por su mano creadora, y repetidos aquí por su voz divina.

Cesó de hablar el Señor y volvieron á brillar los relámpagos, á hacer retemblar el monte los truenos, y á oírse el agudo y penetrante sonido de la trompeta. El monte continuaba cubierto de la nube, humeando y centellando por todas partes, y el pueblo atemorizado retrocedió y se fijó lejos del monte, diciendo á Moisés: háblanos tú y oíremos. No nos hable el Señor, no sea que muramos, porque ¿quién es el hombre para oír la voz de Dios vivo y vivir despues de oírla? Tú Moisés que eres un hombre tan querido de Dios oírás lo que ordene el Señor, nos lo comunicarás y nosotros haremos lo que mande. Moisés les animó, diciendo: que no temiesen, pues el Señor con aquel aparato había querido infundir en ellos su santo temor para que no pecaran. El pueblo estuvo á lo lejos y Moisés penetró en la santa os-

curidad y entró en comunicacion con Dios. En esta comunicacion le declaró el Señor una gran parte de las leyes por las que se habia de gobernar el pueblo y le mandó que se las intimase. Moisés salió de la presencia del Señor, y de la santa oscuridad en que habia entrado; vino al pueblo y le intimó las leyes y ordenamientos que habia recibido, y todo el pueblo respondió á una voz: que las guardaria. Moisés escribió todas estas leyes en un libro; edificó al pie del monte un altar de doce piedras en representacion de las doce tribus, y ofreció sobre él víctimas pacíficas al Señor. Derramó sangre de las víctimas sobre el altar y sobre el pueblo para confirmar el pacto que hacia este con Dios de guardar sus ordenamientos, y leyó el libro en que los habia escrito, oyéndolos todo el pueblo, que repitió á una voz: todo lo que ha ordenado el Señor haremos y seremos obedientes. Luego veremos cuán mal cumplió sus palabras y protestas este pueblo ingrato.

Gloria del Señor. Concluido el sacrificio, se retiró á sus pabellones, y Moisés se dispuso para volver la mañana siguiente á subir al monte. Lleyó consigo á su fiel ministro Josué, y cuando hubieron subido una parte de él, se dejó ver sobre su cumbre la gloria del Señor. Era esta como una especie de fuego que levantaba su hermosa llama sobre la nube que cubria la cima del monte, y se alcanzaba á ver desde todos los campamentos de los hijos de Israel. Seis dias habitó la gloria del Señor sobre la cumbre del monte y otros tantos estuvieron Moisés y Josué detenidos

en su ladera : mas el séptimo llamó Dios á Moisés quien, dejando á Josué en aquel sitio, subió á la cumbre y entró otra vez en comunicacion con Dios, en la que estuvo cuarenta dias y cuarenta noches sin comer ni beber en todo este tiempo.

Tablas de la ley. Allí declaró el Señor á su siervo los cultos y sacrificios que le agradaban; el templo y los altares en que se le habian de ofrecer: los ministros y sacerdotes que debian ofrecerlos; y en fin, todo lo que pedia el culto que queria que le rindiese su pueblo. Mostróle al mismo tiempo un modelo que debia servirle de ejemplar, y por último le entregó dos tablas de piedra y escritos en ellas por su divino dedo los diez mandamientos de aquella ley eterna, que con tan terrible aparato habia intimado al pueblo en medio de relampagos y truenos desde la oscuridad de la nube, para que ni por olvido, ni por ningun otro motivo, tuviese el menor pretexto para dejar de cumplirla.

Adoracion del becerro de oro. Mientras que Moisés estaba en el monte, viendo el pueblo que tardaba, se amotinó contra su hermano Aarón y yendo al frente (como sucede siempre en estos casos) los mas alborotados, le dijeron: levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque no sabemos que habrá sucedido á Moisés, ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto. Aarón no tuvo bastante valor para resistirse como debia, aunque le costase la vida, y se contentó con pedirles para hacer los dioses las arracadas de oro de las orejas de sus mugeres é hijas, creyendo

sin duda que no querrian sus padres y maridos despojarlas de sus mas ricos adornos; pero se engañó: porque al momento se las presentaron á porfia. Aarón derritió todo este oro, lo vació en un molde, é hizo de ello un becerro. Cuando aquel pueblo amotinado le vió, levantó el grito, diciendo: estos son tus dioses ¡oh Israel! que te sacaron de la tierra de Egipto. Luego se anunció á voz de pregonero una gran solemnidad para la mañana siguiente y se ofrecieron en ella sacrificios al becerro; y muy satisfechos con haber cometido esta horrenda idolatría, se sentaron á comer y beber y se levantaron á danzar y bailar al rededor del dios becerro.

Anda, dijo á este tiempo el Señor á Moisés, baja; pecó tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto. Se han hecho un becerro de fundicion, y le han adorado. Moisés traspasado de dolor con tan funesta noticia, bajó del monte llevando en sus manos las dos tablas de la ley. Se reunió con Josué, que habia permanecido en la ladera todos los cuarenta dias, y cuando llegaron á la falda, oyendo Josué el tumulto del pueblo que daba voces, dijo á Moisés: alarido de combate se oye en los campamentos. No, le dijo Moisés, no es clamor de gentes que exhortan al combate, ni griteria de los que obligan á la huida; lo que yo oigo son voces de gentes que cantan. Siguiéron su camino; y cuando Moisés alcanzó á ver el becerro, colocado sobre una gran columna, y á los hijos de Israel que cantaban y bailaban al rededor de él, apesar de ser el mas pacífico y manso de los hombres, no pudo sufrir el insulto que

hacian á Dios, dando su gloria de adoracion á un becerro, y llevado de un furor santo, arrojó las tablas que traía en sus manos y las quebró, prefiriendo hacerlas pedazos á entregarlas á un pueblo idólatra. Corrió al ídolo, le derribó de la columna, y mandó echarle en el fuego hasta reducirle á polvo. Echó en una gran porcion de agua este polvo, é hizo que la bebiesen los idólatras, para que tragasen reducido á polvo el dios que habian adorado. Pasó luego á la puerta del campamento y exclamó: si alguno es del Señor, júntese á mí, y se juntaron á él todos los hijos de Leví, que no le habian adorado; á los cuales dijo: esto manda el Señor, Dios de Israel. Ponga el varon la espada sobre su muslo. Id y volved de puerta á puerta por medio de los campamentos, matando á diestra y siniestra; y murieron en aquel dia como veintitres mil idólatras. El Señor no se aplacó con este castigo, y queria exterminar el pueblo y escogerse otro nuevo; pero Moisés oró tanto y con tanto fervor, que al fin le libró del exterminio, aunque no de otros castigos, con que le hirió el Señor por este gran delito.

Segundas tablas. Reconciliado al fin el Señor con su pueblo por la mediacion de Moisés, era preciso repovar las tablas que éste habia quebrado, y el Señor, en su bondad, cuidó de esta renovación. Mandó á Moisés que se preparase para subir de nuevo al monte llevando dos tablas, como las primeras, para escribir en ellas los mismos preceptos. Moisés las mandó cortar, y levantándose de noche, subió al monte, llevándolas consigo. El Señor bajó en una nube y Moisés pre-

suroso se encorbó, é inclinado hasta el suelo, le adoró y entró en su comunicacion. Cuarenta dias y cuarenta noches estuvo tambien ahora con el Señor, sin comer ni beber en todos ellos. Recibió muchos preceptos legales, y los diez mandamientos escritos por la mano del Señor en las dos tablas que llevaba. Bajó del monte, trayendo consigo las tablas, pero ignorando que salian de su rostro resplandores, causados esta vez por la comunicacion que habia tenido con el Señor. Viendo Aarón y los hijos de Israel los resplandores que salian del rostro de Moisés, temieron acercarse á él, y aun dieron pasos atras; pero llamados por Moisés, volvieron así Aarón como los príncipes de la Sinagoga, y despues que les habló, vinieron tambien todos los hijos de Israel, á quienes comunicó lo que habia oido al Señor en el monte. Concluidas estas comunicaciones, echó sobre su rostro un velo que retiraba cuando habia de entrar á hablar con el Señor, y volvía á echarsele para hablar con los hijos de Israel.

◀ *Primer tabernáculo.* Moisés desde muy al principio de su viaje por el desierto, habia mandado hacer un pequeño tabernáculo y colocarle en medio de los campamentos, al que se retiraba á orar, á interceder por el pueblo, á consultar al Señor y á recibir sus oráculos. Cuando el pueblo idolatró, adorando al becerro, Moisés, por orden del Señor, mandó sacar de entre los idólatras y trasladar fuera de los campamentos este tabernáculo: y esta traslacion fué uno de los castigos mas sensibles para ellos. En este tabernáculo se habia colocado y custodiaba el vaso de oro que

contenia un gomor de maná y en él colocó tambien ahora Moises las tablas para su custodia. Cuando Moisés iba al tabernáculo, todo el pueblo salia á la puerta de sus pabellones y se estaba mirandole por la espalda hasta que entraba en él, y entonces veía que la columna de nube cubria su entrada todo el tiempo que estaba Moisés en comunicacion con Dios, y no se retiraba hasta que volvia á salir. Moisés se echaba entonces el velo que habia retirado al entrar y comunicaba al pueblo las órdenes que habia recibido del Señor.

Ofrendas. En una de estas comunicaciones les dijo, de orden del Señor, que era llegado el tiempo de hacer todas las obras pertenecientes á su divino culto, segun el egemplar que el mismo Señor le habia manifestado sobre el monte, y que, para hacer tantas y tan ricas obras, se recibirian ofrendas de todas clases. Mas devotos los Israelitas que fieles á la ley, apenas oyeron esta invitacion, todos se prestaron á ofrecer con la mejor voluntad, y corrieron á presentar cada uno lo que tenia mas precioso. Hombres y mugeres ofrecieron á porfia oro, plata, cobre, jacinto, púrpura, grana, lino fino, maderas de Setim, pieles azules y encarnadas, vasos de oro y plata y toda clase de piedras preciosas, ofreciéndolo todo con prontísima voluntad y ánimo devoto, siendo lo mas admirable, que, continuando en ofrecer mas y mas todos los dias, fué preciso echar pregon por los campamentos, diciendo: que ni hombre, ni muger llevase mas para las obras que habia ordenado el Señor; porque lo presentado era ya

bastante y aun sobra. ¡Qué lección para los cristianos de estos tiempos! ¡Tanto oro, tanta plata, tanto adorno, tanto lujo en sus casas y tanta pobreza en la casa del Señor!

Fábrica de las piezas del segundo tabernáculo. Para hacer estas ricas obras dió el Señor á todo varon instruido en su arte, sabiduría é inteligencia, y especialmente llamó á Besehel y Oliab y les llenó del espíritu de sabiduría, de inteligencia, de ciencia, y de todo saber para inventar y egecutar obras en oro, en plata y en cobre; para grabar en piedras preciosas, y para hacer obras de primor en carpintería, en tegidos y en bordados. Moisés les entregó todo lo que habia ofrecido el pueblo, y ellos hicieron todas las obras que habia mandado el Señor, á saber: un tabernáculo para su culto, una preciosa arca para custodiar el testimonio de la alianza, un candelero de oro macizo para colocar en él las lámparas del tabernáculo, un altar para quemar los perfumes, una mesa para poner las ofrendas, y otras riquísimas obras que asombran á cuantos leen los libros santos, y concluidas, las presentaron á Moisés fabricadas con un gusto estremado y sumamente exquisito. Moises vió que todas estaban hechas con sabiduría, y segun el egepliar que Dios le habia mostrado en el monte, y las bendijo en el nombre del Señor.

Su ereccion. El primer dia del primer mes del segundo año de la salida de Egipto, se armó y erigió el tabernáculo del Señor en medio de los campamentos de Israel, como palacio de Dios en medio de su pueblo. Se colocó en lo mas interior

del tabernáculo el arca de la alianza, se extendió delante de ella un magnífico velo que la ocultó, y delante de este velo pusieron el candelero de oro, el altar de los perfumes y la mesa de las ofrendas; se cerró el tabernáculo con otro precioso velo, se puso en su entrada una gran bacia de bronce para las purificaciones y en seguida un altar para ofrecer los sacrificios, y por último se formó al rededor del tabernáculo con columnas y cortinas, un espacioso átrio que también quedó cerrado. Cuando todo estuvo concluido, Moisés hizo la consagración con el bálsamo que había ordenado el Señor. Pasó luego al pequeño tabernáculo que estaba fuera de los campamentos; tomó el vaso de maná y las tablas de la ley que se custodiaban en él, y llevó estos testimonios de los prodigios de Dios, y los depositó en el arca de la alianza. Al momento la columna de nube que había conducido y cubierto á Israel desde que salió de Egipto y que estaba fijada sobre este pequeño tabernáculo, le desamparó, y viéndolo todo el pueblo, pasó al nuevo y le cubrió enteramente; la magestad de Dios comenzó á brillar en medio de la nube, manifestando con esto que tomaba posesión del nuevo tabernáculo; y cuando la magestad del Señor dejó de brillar, la nube se fué recogiendo hasta que se colocó sobre el tabernáculo en la forma ordinaria y acostumbrada.

Su belleza y hermosura. • Esta exige que hagamos aquí una pintura, aunque sea breve, de él y de las preciosísimas obras que le ocupaban y rodeaban, y también de los ministros que en él y

fuera de él servian al Señor. Era el *tabernáculo* un hermosísimo santuario de quince varas de largo, seis de ancho y cinco de alto, formado de tablonces de madera de Setim (cedro incorruptible) cubiertos por dentro y fuera de planchas de oro y fijados sobre fuertes basas de plata. Su techo era un riquísimo manton formado de diez cortinas primorosamente bordadas, y recamadas y unidas con cien presillas de hermoso jacinto y cincuenta anillos de oro. Sobre este manton que cubria todo el tabernáculo, excepto el frontis de la entrada, se extendian otros tres de pieles de cabra y de carnero de preciosos colores, para defenderle de las aguas y demás intempéries. Todo el tabernáculo estaba dividido en dos cuerpos por un riquísimo velo pendiente de cuatro columnas, cubiertas de planchas de oro con capiteles tambien de oro; y fijadas sobre basas de plata. El cuerpo interior era un cuadro perfecto de seis varas y el exterior un cuadrilongo de nueve. El interior se llamaba *el lugar santísimo* y en este lugar impenetrable á todos los mortales, fuera del sumo Sacerdote que entraba una vez al año, estaba el arca de la alianza y el propiciatorio. El exterior se llamaba *el lugar santo* y en él estaba el candelero de oro, el altar de los perfumes y la mesa de las ofrendas. En este entraban los Sacerdotes.

El arca de la alianza era de madera de Setim, de cinco cuartas de larga, tres de ancha y tres de alta, y estaba cubierta por dentro y fuera de planchas de oro purísimo. Sobre ella estaba *el propiciatorio*, que consistia en una gran plancha

de oro, fijada sobre su tapa y en dos hermosísimos Querubines tambien de oro, que ocupaban sus extremos y formaban con dos alas un preciosísimo trono, donde brillaba la gloria del Señor, y desde donde daba sus órdenes y sus oráculos. *El candelero* era un árbol de oro con seis brazos sobre los cuales, y la punta en que remataba el tronco, se fijaban siete lamparitas, tambien de oro, para lucir de noche en el templo. *El altar de los perfumes* era de madera de Setim, de una vara de altura, media de anchura por frente y lo mismo por costado, cubierto todo de planchas de oro y guarnecido con un enrejado ó coronacion de oro primorosamente trabajado. Sobre este altar se quemaba el incienso de fragancia por la mañana y el perfume perpetuo por la tarde. *La mesa de las ofrendas* era tambien de madera de Setim, de una vara de larga, dos cuartas de ancha y tres de alta, cubierta de planchas de oro y guarnecida tambien de un enrejado ó coronacion de oro primorosamente trabajada. Sobre esta mesa se ponian los doce panes que llamaban *de la proposicion* y eran las ofrendas que hacian perpetuamente las doce tribus de Israel. Tanto el arca como el candelero, el altar y la mesa tenian á cada lado dos anillos de oro, por los cuales se pasaban las varas cubiertas de planchas de oro para llevar estos preciosos monumentos en las marchas. Cerraba el tabernáculo una cortina ó velo muy rico aunque no tanto como el que ocultaba el lugar santísimo.

Atrio. Estaba rodeado el tabernáculo de un espacioso *átrio* de cincuenta varas de largo y

veinte y cinco de ancho, formado por sesenta columnas de cinco varas de altura, cubiertas de láminas de plata con capiteles de plata y fijadas sobre basas de bronce. Todos los espacios de columna á columna estaban cerrados con vistosas cortinas, tegidas á manera de red para poder ver desde fuera el santuario que ocupaba la magestad del Señor, adorar al Señor de la magestad, bendecirle y alabarle. En el átrio y delante de la entrada del tabernáculo estaba, primero el gran baño para las purificaciones, llamado tambien *el mar de bronce*, y despues el altar de los holocaustos y demas necesario para los sacrificios. En rededor del átrio acampaban bajo de pabellones las doce tribus de Israel (tres millones á lo menos) por el orden de sus escuadrones; tres al oriente, tres al medio dia, tres al poniente y tres al norte, teniendo en su centro el tabernáculo que era como el pabellon de Dios, que habitaba de un modo particular en medio de su pueblo. Este espectáculo era admirable, magnífico, sorprendente, y no es mucho que al verle Balan exclamase: que hermosos son ¡oh Jacob! tus tabernáculos, y tus tiendas ¡oh Israel! ¡Como valles frondosos! ¡Como granjas regadas en márgenes de rios! ¡Como tabernáculos que fijó el Señor! ¡Como cedros cerca de las aguas!

Ministros del Señor. La multitud de ministros destinados á dar culto al Señor, ofreciéndole sacrificios, dirigiéndole oraciones y cuidando de su santuario, no era de menos consideracion que el santuario mismo. Toda la tribu de Leví, que se componia de la décima tercia parte de Israel, fué

separada y destinada por el Señor á su servicio, y de entre todas las familias que componian esta tribu fué llamada la de Aarón para el sacerdocio y el mismo Aarón para cabeza del sacerdocio ó sumo Sacerdote. Todos fueron consagrados por Moisés, como lo habia sido el templo, el arca y demás contenido en el lugar santo y dentro del átrio. Tambien lo habian sido las vestiduras de los Sacerdotes, y particularmente las del sumo Sacerdote, que eran riquisimas. Los Levitas custodiaban el átrio y servian en él á los Sacerdotes, y estos guardaban el tabernáculo, y egercian en el lugar santo y á su entrada las principales funciones de su ministerio.

Salida del Sina. Mas de un mes se habia empleado despues de la ereccion del templo en su consagracion y la de sus ministros y en ofrecer sacrificios y presentar ofrendas, hasta que, el dia veinte del mes segundo del segundo año de la salida de Egipto, despues de haber acampado mas de once meses al pie del famoso monte Sinai y de haber recibido del Señor en este tiempo las leyes que le habian de dirigir en su gobierno, y las ceremonias que se habian de observar en su divino culto, llegó el momento de continuar su viage á la tierra tantas veces prometida á sus padres, dando la columna de nube la señal del movimiento, trasladandose de sobre el tabernáculo á sobre el pabellon principal de la tribu de Judá que habia de romper la marcha.

Apenas se vió esta señal de la voluntad del Señor, todo el pueblo se puso en accion, dobló sus tiendas y pabellones, y se preparó para el

viage. Moisés y Aarón, y los hijos de este, Eleazar é Itamar descolgaron el velo que cerraba el lugar santísimo, y en él envolvieron el arca santa y el propiciatorio y lo cubrieron con pieles de color de violeta y con otro velo de color de jacinto para que nada padeciese en la marcha. Lo mismo hicieron con el candelero de oro, el altar de los perfumes y la mesa de las ofrendas, pasando las varas por los anillos para llevar estas cargas santas sobre los hombros. Salieron en seguida al átrio, quitaron las cenizas del altar de los holocaustos y le envolvieron en una cubierta de pieles de color de violeta y tambien envolvieron la gran bacia de las purificaciones y lo demas que servia para los sacrificios. Se desarmó el tabernáculo y el átrio y se envolvieron en pieles sus tablones, columnas, basas, capiteles; se doblaron sus cortinas, mantones y velos, y se cubrieron con pieles para preservarlos de las aguas y demas intempéries. Los Levitas de la familia de Caat á la que pertenecia Moisés y Aarón, tuvieron el honor de llevar como mas cercanos á la familia sacerdotal, el arca santa, el candelero, el altar de los perfumes, la mesa, el altar de los holocaustos, la gran bacia y lo demas que servia á los sacrificios; todo lo cual, y principalmente el arca, debian llevar los Sacerdotes, cuando se hubiese aumentado suficientemente su número. Los de la familia de Gerson llevaban las cortinas, velos y mantones, y los de la de Merari los tablones, columnas, basas y capiteles.

Continuacion del viage á la tierra prometida.
 Dispuestas asi todas las cosas, Moisés se acercó al

arca santa y al ponerla sobre los hombros de los Caatitas, oró y dijo: *levantaos, Señor, y sean disipados vuestros enemigos, y huyan de vuestra presencia los que os aborrecen.* Al concluir las partió el arca acompañada de Moisés, Aarón y sus dos hijos, únicos Sacerdotes, y ungidos ya por Moisés, y fue á ponerse al frente de Israel. Entonces principió la marcha ¡Qué espectáculo tan admirable y formidable al mismo tiempo! ¡Acaso jamas le vió el mundo semejante!

Un pueblo de mas de dos millones marchaba en medio de un ejército de mas de seiscientos mil combatientes. Un Angel, envuelto en una columna de nube, le guiaba, y la magestad del Señor iba á su frente entre los Querubines del arca santa. Se caminaba á un paso magestuoso y proporcionado al mismo tiempo á niños y ancianos, á hombres cargados con el tabernáculo del Señor y con sus propios pabellones, y á mugeres que llevaban sus hijos en su seno ó en sus brazos, y se hacian pausas regulares para el descanso y alimento. La columna se fijaba en los sitios mas apropósito para pasar la noche un pueblo tan numeroso, y despues de haberle cubierto todo el dia con su fresca sombra, le alumbraba toda la noche con su hermosa luz. El maná continuaba cayendo todas las madrugadas al rededor del campamento, proveyendo de un abundante y gustoso alimento, y nunca les faltaba el agua. Los vestidos, el calzado, las tiendas y los pabellones con todos sus pertrechos se conservaban sin el menor deterioro. Todo corria por cuenta de Dios en este portentoso viage. Nada tenia que

hacer el pueblo mas que caminar á un paso sumamente sosegado.

Incendio. Tres dias habia que marchaban con tan admirable orden, cuando un número de holgazanes (que nunca faltan en los pueblos y los reinos) acostumbrados á la vida poltrona en el espacio de casi un año que habian acampado al pie del monte Sinaí, principió á quejarse de cansancio, y á murmurar contra el Señor. Estos criminales dejaron sus líneas, se rezagaron é iban como arrastrando detras del egército, queriendo al parecer, ó precisar á los generales á que cortasen su marcha, ó excitar una sedicion contra ellos. Al ver el Señor un porte tan injurioso á su paternal cuidado en unos hombres rodeados de sus prodigios, se irritó contra ellos y un repentino fuego, atizado por el soplo de su ira, cayó sobre este rezago y abrasó á los murmuradores. A este sitio se dió el nombre de *incendio*. A pesar de un castigo tan pronto y tan terrible, y de los gritos de tantas personas que se abrasaban, el egército no hizo alto, antes bien, poseido del espanto, continuó marchando y alejandose de aquel lugar terrible, hasta que al caer la tarde hizo la columna señal, no solo de pasar allí la noche, sino de permanecer allí por algun tiempo.

Primera mansion despues de la salida del Sina. Moisés, que nunca se apartaba del arca santa, trató luego de descargarla de los hombros de los Caatitas y dijo al bajarla: *volvocos, Señor, á la multitud del egército de Israel.* Estas palabras y las que habia dicho al cargarla sobre ellos,

se repetian siempre en semejantes ocasiones. Luego se bajaron todos los cargamentos, tanto del campamento de Dios, como de los campamentos de los hombres, se erigió el tabernáculo y formó el átrio. Se colgó el gran velo que dividia el lugar santo del lugar santísimo. Se metió en este el arca con el propiciatorio, y se colocaron en aquel el candelero de oro, el altar de los perfumes, y la mesa de las ofrendas. Se cerró con su velo el tabernáculo, y delante de él se pusieron el gran baño de las purificaciones, y el altar de los holocaustos, y por último, se formó el átrio al rededor del tabernáculo, y se cerró la entrada con su cortina. Todo se puso en disposicion de ofrecer los sacrificios y de continuar el servicio ordinario. Entre tanto el pueblo fijó sus pabellones y se acampó en rededor del átrio por el orden que el Señor tenia mandado. Esta era la primera mansion despues de haber salido del pie de la montaña santa y esto se hizo en todas las mansiones siguientes, á diferencia de las dormidas, en las que se descargaba, pero no se desenfardaba.

Parecerá increíble, pero ello es cierto. Aun humeaba el fuego que habia abrasado á los murmuradores en el lugar del *incendio*, cuando se presentaron á provocar la ira del Señor otros nuevos. El vulgo de los extrangeros que habian salido de Egipto con los hijos de Israel, fastidiado del maná (sin duda no era sabroso para ellos) fue el primero que manifestó un deseo, un ansia por las viandas mas despreciables de Egipto. Luego les siguieron los Israelitas de menos consideracion, y unos y otros, lamentándose y llo-

rando, decían: ¿quién nos dará carnes que comer? Nos acordamos de los peces que comíamos en Egipto por nada, y se nos vienen al pensamiento los cohombros, los pepinos, los puerros, las cebollas y los ajos. Nuestra alma está ya fastidiada, y nuestros ojos no ven sino ese maná que nos sigue por todas partes. Moisés cuando vió llorando al pueblo á las puertas de sus tiendas, á pesar de su extremada paciencia, le pareció esto una cosa intolerable. Un pueblo que se lamenta y llora por las viandas mas despreciables de Egipto, teniendo para su alimento el pan que le llueve el cielo todos los dias, es insoportable. Yo no puedo ya sufrirlo. Yo solo no puedo sostener todo este pueblo.

Sanedrin. Aquí el Señor se indignó en gran manera contra los murmuradores, pero se compadeció de su siervo. Júntame, le dijo, setenta varones de los ancianos de Israel, de aquellos que tú conoces que son los ancianos y maestros del pueblo; los llevarás á la puerta del tabernáculo de la alianza y los harás estar allí contigo, para que yo descienda y tome del espíritu tuyo, y se lo dé á ellos, á fin de que sostengan contigo el peso del pueblo. Dirás tambien al pueblo: santificaos. Mañana comereis carnes y las comereis, no solo un dia, ni cinco, ni diez, ni veinte solamente, sino hasta un mes, y hasta que salgan por vuestras narices y os causen vómitos, por cuanto habeis desechado al Señor que está en medio de vosotros, y habeis llorado delante de él diciendo: ¿porqué salimos de Egipto? Juntó, pues, Moisés los setenta varones de los ancianos de Is-

rael, y les condujo á la puerta del tabernáculo. Entonces descendió el Señor en una nube, y tomando del espíritu que habia en Moisés, le dió á los setenta ancianos, y luego que reposó sobre ellos el espíritu, profetizaron en prueba de que Dios les habia elegido para ayudar á Moisés en su gobierno. En este consejo de los setenta ancianos, á cuyo frente estaba Moisés, se decidian los negocios de la religion y del estado, y era el que en tiempo de Jesucristo se llamaba *Sanedrín* ó *Sinedrio*. Hecha por Dios la confirmacion de los setenta ancianos para ayudar á Moisés en el gobierno del pueblo, y participantes ya estos de su mismo espíritu, se volvieron de la puerta del tabernáculo á sus campamentos.

Codornices y sepulcros de la concupiscencia. El dia siguiente envió el Señor un viento, que, soplando del occidente, trajo del otro lado del mar una prodigiosa multitud de codornices que en la extension de un dia de camino, volaban en rededor de los campamentos á la altura de una vara. El pueblo al verlas salió de sus tiendas y cada uno cogió cuantas quiso en aquel dia, en aquella noche y en el dia siguiente, y el que menos llevó de ellas diez grandes medidas, que hacian como doscientas libras de carne y las secaron al rededor de los campamentos. Desde el primer dia comieron de las codornices y continuaron comiendo de ellas por el espacio de un mes, pero al fin llegaron á no resollar sino codornices y á causarles náuseas, segun habia dicho el Señor. Mas aun tenian las carnes entre los dientes, cuando he aqui, que in-

llamado el furor del Señor contra los murmuradores, que habian preferido al pan del cielo los ajos y cebollas de Egipto, les castigó con una plaga en gran manera grande, sin que quedase con vida ni uno de los que habian ansiado comer carnes; y se llamó aquel lugar *sepulcros de la concupiscencia*, porque en él fueron sepultados los que con desprecio del maná, habian apetecido carnes. ¡Suceso formidable, que debe hacer temblar á todos aquellos que obligan en cierto modo al Señor á que condescienda con sus apetitos desordenados! Por eso las riquezas, los honores, los placeres, cuando se encuentran en hombres malos son una señal terrible de muerte eterna.

Quejas de María y Aaron. Despues de esta larga y funesta mansion, se partió para Haserot, á donde se llegó en el mismo dia. No se excitaron aqui nuevas murmuraciones por un pueblo tan reciente y severamente castigado: pero no por eso faltaron á Moisés nuevos disgustos que egercitasen su paciencia. María y Aaron sus hermanos, hablaron contra él por causa de su muger. Regularmente se habria ésta enorgullecido á vista de la gran dignidad de su marido y de los continuos favores que le dispensaba el Señor. Resentidos de esta altivez los cuñados, la digeron: ¿Pues qué? ¿Ha hablado el Señor por solo Moisés? ¿Acaso no nos ha hablado tambien á nosotros? De aquí pasarian á murmurar de su hermano, porque, á su parecer no reprimia su orgullo. María, como muger, pudo dejarse llevar mas de la envidia; como hermana mayor, se creería

mas ofendida, y como favorecida tambien del Señor, quizás hizo vanidad de los favores. Lo cierto es que fue la mas castigada. Como Moisés era el hombre mas manso de todos los que moraban sobre la tierra, y no habria tomado su propia defensa, el Señor, por decirlo así, se encargó de ella. Cuando aun duraban estas quejas, el Señor dijo á los tres hermanos: salid solos hácia el tabernáculo, y habiendo ido, bajó el Señor en una columna de nube, se fijó á su entrada, y llamando á Aarón y María, les dijo: si alguno fuere entre vosotros profeta, me apareceré á él en vision, ó le hablaré por ensueños; mas no sucede así con mi siervo Moisés, que es el mas fiel en toda mi casa. Boca á boca le hablo, y él vé al Señor claramente y no bajo de enigmas ni figuras. ¿Porqué, pues no habeis temido hablar mal de mi siervo Moisés? Y se retiró irritado contra ellos. Se retiró tambien la nube, y he aquí que María apareció toda cubierta de lepra.

Aarón, asombrado al verla, corrió á Moisés y le pidió con ánsia que les perdonase este pecado que habian cometido contra él neciamente, y que rogase á Dios por su hermana, porque ya en pocos momentos la lepra habia devorado la mitad de sus carnes. Moisés rogó á Dios por ella, pero, si bien consiguió que la lepra no siguiese consumiéndola, no pudo alcanzar que desapareciese, y que no fuese arrojada de los campamentos como leprosa, ni evitar tampoco que no sufriese por siete dias este castigo. Un escarmiento tan pronto, tan terrible, tan público, tan ignominioso para la hermana del legislador y conductor de Israel,

fué el remedio mas eficaz para curar su orgullo, para dar un escarmiento á su hermano y un egemplar mas al pueblo; y aunque es verdad que aprovechó poco á éste, como veremos despues, hizo felizmente en María y Aarón todo su efecto. Asi no vemos que en adelante María volviese á propasarse, ni que Aarón, cuyo respeto para con su hermano habia sido siempre tan profundo y tan constante, volviese tampoco á dejar de guardársele. Al fin de los siete dias de separacion de María, curada ésta, tanto de la hinchazon del espíritu como de las llagas del cuerpo, la columna hizo un movimiento en señal de marchar.

EXPLORADORES

DE LA TIERRA DE PROMISION.



El dia segundo del mes cuarto salieron de Haserot y llegaron por la tarde á Retma, punto muy cercano ya á la tierra prometida. El Señor queria dar en esta mansion las últimas disposiciones para que principiassen la conquista bajo de su proteccion; pero este pueblo ingrato y sin fé, tuvo en poco la proteccion del Señor y quiso primero explorar la tierra que iba á conquistar. El Señor en su enojo condescendió con sus deseos, y dijo á Moisés: envia hombres que reconozcan la tierra de Canaan, uno de los principales de cada tribu. Hizo Moisés lo que ordenaba el Señor, y envió

los doce hombres, encargándoles que averiguasen: qué tierra era aquella y qué pueblos la habitaban; si éstos eran ó no fuertes, y si sus ciudades estaban muradas ó sin muros: si el terreno era pingüe ó estéril, y si estaba sin árboles ó arbolado; y por último les encargó que tragesen algunos frutos de aquella tierra para muestra. Los exploradores hicieron cuanto se podia esperar de ellos. Atravesaron el país de mediodía á norte y de oriente á poniente, examinándolo todo é informándose cuidadosamente de cuanto les importaba saber, pues la lengua de esta tierra, que habian habitado sus padres por tanto tiempo, no les era desconocida, y asi en todo su viage no se entró en sospecha alguna contra ellos. Se pasaron á la vuelta por el torrente, que despues se llamó del racimo, y trageron de allí gruesos bigos y hermosas granadas, y sobre todo un racimo de uvas tan grande que fue necesario atravesarle en un baral y traerle entre dos hombres.

Su vuelta. El viage duró cuarenta dias hasta volver á la mansion de donde habian salido. Luego se presentaron á Moisés y Aarón y á toda la reunion de los hijos de Israel, y poniendo á su vista el prodigioso racimo y demás frutos que habian traído, digeron: juzgad por estos frutos cuál será la fertilidad de aquella tierra que acabamos de reconocer. Moisés estaba enagenado al ver tan prodigiosos frutos; pero ¡cuál sería su sorpresa y sentimiento cuando oyó á diez de los doce exploradores explicarse en estos términos! Seria para nosotros, añadieron, el colmo de la

dicha, si pudiésemos entrar en la posesion de este admirable y envidiable pais; pero está lleno de ciudades fuertes y muradas, y defendidas por hombres fuertísimos. Allí hemos visto la raza de Enac, de estatura enorme y gigantesca, cuya sola vista infunde horror en los corazones mas intrépidos. Amalec habita al medio dia, el Heteo, Jebuseo y Amorreo en las montañas, y el Cananeo en las riveras del mar y cercanías del Jordán. Todas las entradas están cerradas, y no es posible abrir camino por parte alguna.

Conmocion del pueblo. ¿Qué impresion no causaría esta pintura, hecha por diez de los doce exploradores en un pueblo tan mal dispuesto de antemano y tan pronto á revelarse? Vió Moisés el caimiento en el semblante de todos, y oyó luego la murmuracion que empezaba por todas partes. Caleb entonces, acompañado de Josué, únicos exploradores fieles, clamó á voz en grito: lastimosamente os engañan y sin razon os atemorizan. Resolvámonos á conquistar esa tierra y seremos dueños de ella. Todo lo conseguiremos porque el Señor va á nuestra frente y peleará por nosotros. La exhortacion viva y animada de Caleb, acaso habria contenido la murmuracion y entrado en razon al pueblo; pero sus cobardes é indignos compañeros, como que erau diez, gritaron mas alto, diciendo: Caleb es un temerario. El pueblo con quien tendríamos que pelear es mucho mas fuerte que nosotros. La tierra que hemos recorrido se traga á sus habitantes. El pueblo que allí hemos visto es de una estatura muy alta. Allí hemos vis-

to ciertos monstruos, hijos de Enac, de raza de gigantes, y nosotros comparados con ellos parecíamos como langostas.

Alboroto. Con esto la multitud comenzó á llorar á gritos y á murmurar contra Moisés y Aarón diciéndoles en su cara: ¡ojalá que hubiésemos muerto en Egipto ó que pereciésemos en esta soledad, y que no nos introduzca el Señor á esa tierra, porque no perezcamos á filo de espada y nuestras mugeres é hijos sean llevados cautivos. ¿Por ventura no es mejor que nos volvamos á Egipto? Y se digeron unos á otros: elijamos para nosotros un caudillo, y volvámonos á Egipto. Cuando Moisés y Aarón oyeron esto, se postraron en tierra delante de toda la multitud de los hijos de Israel. El santo conductor, y el sumo Sacerdote del pueblo de Dios, postrados á los pies de este mismo pueblo, eran un espectáculo que debia enternecer á todos, pero á ninguno parece que enterneció. Al mismo tiempo que Moisés y Aarón tenían sus rostros pegados con la tierra, Josué y Caleb, que por sí mismos habian recorrido el pais, rasgaron sus vestiduras y gritaron á toda la multitud: la tierra á que hemos dado la vuelta es muy buena: no querais ser rebeldes contra el Señor, ni temais á los hombres de esa tierra, porque, como el pan, así nos los podemos tragar. Están sin defensa. El Señor está á nuestro favor y contra ellos. No temais. La contestacion á la justa y fervorosa exhortacion de los dos fieles Israelitas fué redoblar sus clamores y tratar de apedrearlos.

Aparece la gloria del Señor. Mas cuando se

prevenían para hacerles morir á pedradas, apañó la gloria del Señor sobre el tabernáculo. La columna de nube que estaba sobre él se convirtió en una columna de fuego, que manifestaba á estos furiosos la ira de un Dios irritado contra ellos y resuelto á exterminarlos. El carácter de los Israelitas era la insolencia, cuando Dios disimulaba sus atrevimientos, y la bajeza al primer asomo de su ira. A vista de los rayos que salían de la nube se deshizo y disipó la multitud como el humo, corriendo cada uno á ocultarse en su tienda.

Dios quiere acabar con el pueblo y Moisés ora por él. Entonces dijo Dios á Moisés: ¿hasta cuándo me desacreditará ese pueblo? ¿Hasta cuándo no me han de creer con todos los prodigios que he obrado delante de ellos? Los heriré, pues, con pestilencia y los consumiré; mas á tí te haré príncipe sobre una gente grande y mas fuerte que ésta. Moisés era el hombre mas sufrido y mas amante de su pueblo, y tembló al oír esta sentencia. Se postró de nuevo delante del Señor y con una santa libertad le hizo presente: que los egipcios, de entre quienes habia sacado en portentos este pueblo, y las gentes de esta tierra que habian oído que el Señor estaba en medio de su pueblo, que se dejaba ver cara á cara, que le defendía por el día de los ardores del sol con la sombra milagrosa de una columna de nube, y le alumbraba por la noche con la hermosa claridad de una columna de fuego... que todas estas gentes, cuando oyesen que habia dado muerte á todo su pueblo como si fuera un solo hombre, dirían: que

su Dios les habia conducido hasta la entrada de la tierra que habia prometido á sus padres; pero que no habia podido introducirles en ella, y por eso los habia matado en esta soledad: que estos serian los injuriosos discursos que harian aquellas gentes contra su soberana magestad; y concluyó diciendo: Señor sufrido y de mucha misericordia; que quitais la iniquidad y las maldades; que ninguno hallais á vuestra vista inocente; que visitais los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion... perdonad, os ruego, el pecado de este pueblo segun la grandeza de vuestra misericordia, asi como le habeis sido propicio desde que salió de Egipto hasta este sitio. Una oracion tan fundada en la misma honra del Señor, tan tierna, tan viva, tan llena de amor para con un pueblo que queria apedrearle, conmovió las entrañas de la divina misericordia.

Dios le perdona, pero condena á los de veinte años y arriba á no ver la tierra prometida. El Señor se dejó aplacar de la oracion de su siervo, y le dijo: queda perdonado el pueblo por tu súplica; mas todos los hombres que vieron mi magestad y los prodigios que obré en Egipto y en el desierto, y que me han tentado ya por diez veces y no han obedecido mi voz, no verán la tierra, por la cual juré á sus padres, ni la verá alguno de aquellos que me han desacreditado. ¿Hasta cuándo murmurará este pueblo contra mí? Díles, pues: en esta soledad yacerán vuestros cadáveres: todos los que habeis sido contados de veinte años

y arriba, y que habeis murmurado contra mí, no entrareis en la tierra sobre la cual alzé mi mano para hacéros la habitar; pero entrarán vuestros pequeñuelos, de los cuales digisteis que serian despojo de vuestros enemigos, para que vean ellos la tierra que os desagradó á vosotros. Vuestros hijos vaguearán en el desierto hasta que sean consumidos en él los cadáveres de sus padres; porque así como lo he dicho, así lo haré con toda esta multitud perversísima que se ha levantado contra mí. En esta soledad desfallecerá y morirá.

Moisés comunicó á los hijos de Israel todo lo que habia dicho el Señor, y cuando supieron que quedaban excluidos de la tierra prometida, en la que ellos mismos no habian querido entrar, tuvieron esta exclusion por un castigo insufrible. Lloraron mucho en extremo, pero el Señor lo habia jurado, y sus llantos no bastaron para que revocase la sentencia. En el mismo instante que lloraban sus desdichas, vieron con sus ojos llorosos la primera egecucion de la sentencia. Los diez diputados que habian ido á explorar la tierra de promision y habian amotinado al pueblo, hablando mal de ella, fueron heridos por Dios y cayeron muertos delante de la multitud. Se podia esperar que despues de este golpe terrible se aplacaria algun tanto el enojo del Señor, y que la muerte natural acabaría lentamente con los sentenciados, pero no sucedió así, porque ellos mismos aceleraron en gran parte la egecucion de la sentencia. Enfadados con la cobardía que les detuvo para entrar en la tierra prometida, cuando

se lo ordenaba el Señor por boca de Moisés, y excitados ahora por la temeridad, se empeñaron en entrar en ella sin ordenarlo el Señor y resistiéndolo Moisés, y murieron al filo de las espadas de los Amalecitas y Cananeos un número tan crecido, que de un ejército compuesto de millares de combatientes tan valientes como temerarios, solo volvió una tropa de fugitivos estropeados. Un suceso tan terrible y que aceleraba tanto la muerte de los sentenciados, sobre costar torrentes de sangre y lágrimas, llenó á todos de terror. Se tomaron algunos dias para descansar y repararse de tan infeliz combate, y despues de curados y sanos los heridos, se vieron precisados á volver, poseidos del dolor y desconsuelo, desde las orillas de la tierra prometida á internarse en el desierto para que en el espacio de treinta y ocho años muriesen y se enterrasen en aquellas soledades mas de un millon de proscriptos que se habian hecho indignos de entrar en la tierra prometida.

VUELTA

Á LO INTERIOR DEL DESIERTO.

—

Sería difícil señalar puntualmente la situación, las distancias y las duraciones de las diferentes mansiones que hicieron los hijos de Israel en aquellos ardientes arenales y vastos desiertos que atravesaron, cruzaron, y por decirlo así, ara-

ron en el espacio de treinta y ocho años. Lo cierto es que este largo y penoso movimiento de una multitud de delincuentes, que iban quedando sepultados en aquellas soledades, contiene pocos hechos, y estos referidos sin señalamiento de lugares, ni data de años, porque el historiador sagrado los cuenta, al parecer, con disgusto, por no conservar la memoria del mal porte de su pueblo, y los hubiera omitido todos de buena gana, si la gloria del Señor se lo hubiera permitido. Sin embargo, el primero que nos refiere despues de su separacion de los confines de la tierra prometida, manifiesta su celo por la observancia de la ley, y si esta observancia hubiera sido mas general y mas constante, habria consolado mucho al conductor de Israel y al pueblo que conducia en los treinta y ocho años de su penoso destierro.

Castigo por trabajar en dia de fiesta. Estando en la soledad los hijos de Israel y habiendo hallado un hombre que recogia leña en dia de sábado (de fiesta) le presentaron á Moisés y Aarón, y á toda la multitud, los cuales le encerraron en la cárcel, y no sabiendo lo que debian de hacer de él, consultó Moisés al Señor, y el Señor le dijo: muera de muerte ese hombre. Cúbrale de piedras todo el pueblo fuera del campamento. Y habiéndole sacado fuera, le cubrieron de piedras y murió como el Señor lo habia mandado. Por este pasage se vé que la ley de guardar el sábado estaba en su vigor en el desierto, aunque no se ofreciesen en él por falta de proporcion los sa-

crificios ordenados para este dia. Dios habia dicho en el exodo: guardad mi sábado, porque santo es para vosotros; el que le profanare, morirá de muerte. El que hiciere en él obra, perecerá su alma de en medio de su pueblo. Seis dias hareis obra, mas el dia séptimo sábado es, reposo consagrado al Señor. Todo el que hiciere obra en este dia, morirá. Tal fué la pena que decretó allí el Señor, y la que mandó aqui poner en egecucion. Este suceso trágico, que fué una leccion para los Israelitas, y una prueba de su celo por la observancia de la ley, debe serlo mucho mas para los cristianos que profesamos una religion mas espiritual, y por consiguiente, estamos obligados á dar un culto mas puro y cumplido á la divinidad, particularmente en los dias de fiesta, cesando en ellos de los trabajos del cuerpo y empleándolos en los egercicios del alma.

Sedicion de Coré, Datan, Abirón y Hon. Este celo que mostró el pueblo por el cumplimiento de la ley, despues de tantas prevaricaciones, consoló mucho á Moisés; pero le duró poco este consuelo, pues apenas principiaba á disfrutarle, quando se levantó contra él y su hermano Aarón la mas peligrosa y amenazadora tempestad de cuantas habian sufrido hasta entonces. El Levita Coré, primo hermano de Moisés y Aarón, los dos hermanos Datan y Abirón de la familia de Ruben, primogénito de Jacob, y Hon descendiente tambien de Rubén, se levantaron contra Moisés, y habiendo seducido hasta doscientos y cincuenta hijos de Israel (todos cabezas de grandes familias

y personas tan principales que eran llamadas expresamente á las juntas generales) hicieron frente á Moisés y Aarón y les digeron: básteos ya, por que de santos es toda la multitud y en ellos está el Señor. ¿Porqué os alzais sobre el pueblo del Señor? Que fué decirles: este es un pueblo santificado por la presencia de Dios que habita en medio de sus pabellones. ¿Quién os autoriza para mandar un pueblo como éste? Dejad ese gobierno que habeis usurpado. Bastante habeis mandado hasta aquí. Ya es tiempo de que os retireis y vivais como meros particulares. Dios habia llamado á Moisés á que fuese á librar este pueblo de la cautividad de Egipto y tomase su gobierno para conducirle á la tierra prometida á sus padres, y tambien habia elegido á Aarón para que le acompañase y ayudase delante de Faraon y del pueblo, y á su tiempo fuese el sumo Sacerdote entre todos los Sacerdotes. La rebellion queria trastornar este orden establecido por Dios. Datan y Abirón intentaban derribar á Moisés de la autoridad y apropiarsela á título de primogenitura que no tenían, y Coré queria despojar á Aarón del sumo pontificado, porque descendia tambien de la familia de Leví aunque en inferior grado.

Moisés al oir á los conjurados, se postró sobre su rostro para suplicar al Señor que le asistiese en tan peligroso lance, y oido benignamente del Señor, se levantó de su oracion lleno de valor y confianza. Mas ya no vió sino á Coré con sus doscientos y cincuenta compañeros. Datan y Abirón habian ido á sus cuarteles á procurarse la re-



beldía del mayor número posible de las gentes del pueblo, y Hon, segun parece, no pudo sufrir la presencia de Moisés y Aarón, y horrorizado de su atentado, se retiró, porque no se vuelve á hablar de él. Moisés entonces se dirigió á Coré y á los que le rodeaban, y les dijo: mañana hará patente el Señor quiénes son los que pertenecen á él, y aplicará á sí á los santos; y los que eligiere se acercarán á él. Haced, pues, esto. Tome cada uno su incensario; tú Coré y todos tus allegados; y tomado mañana fuego, poned timiama sobre él delante del Señor, y el que escogiere, ese será el santo.

Aceptado este género de desafio el mas terrible que podia darse, porque no se entendia con Moisés ni Aarón, sino con el mismo Dios, Moisés que conocía el horrendo peligro á que se exponian, siguió procurando que entrase Coré en razon con todos aquellos Levitas que habia seducido y extraviado, y les dijo: mucho os engreis, hijos de Leví, y encarándose á Coré, volvió á decir: oid hijos de Leví. ¿Acaso os parece poco que el Dios de Israel os haya separado de todo el pueblo y acercado así mismo para que le sirviérais en el culto del tabernáculo, estuviérais delante del concurso del pueblo y egerciérais su ministerio? ¿Qué? ¿ha hecho que tú, y tus hermanos los hijos de Leví, os acerqueis á él, para que os apropiéis tambien el sacerdocio, y que toda tu tropa se subleve contra el Señor? Porque ¿quién es Aarón para que murmureis contra él? Fueron inútiles todas estas reconvenciones: Coré tenia tan bien

asegurados á los que le seguian, que ninguno le desamparó á pesar del espantoso peligro que iban á correr.

No consiguiendo el celo y la caridad de Moisés fruto alguno con el obstinado Coré y sus secuaces, se dirigió á Datán y Abirón, por si podia separarlos de su intento y su peligro. Eligió hombres de ascendiente y prudencia y les envió á sus tiendas para que les convidasen á una conferencia, donde se oirian sus quejas y se procuraría satisfacerlas; pero acaso nunca hubo un convite recibido con mayor altanería, ni con mas burla y desprecio. No vamos, respondieron. ¿Le parece poco á Moisés habernos sacado de una tierra (el cautiverio de Egipto) que manaba leche y miel para hacernos morir en el desierto, si no sigue dominándonos? Por cierto que nos ha metido en una tierra que mana arroyos de leche y miel y nos ha dado posesiones de campos y de viñas. ¿Quiére tambien sacarnos los ojos? No vamos. Una respuesta tan soberbia, tan insultante y tan enormemente ingrata, una respuesta en que se quejaban de que Dios les hubiese sacado de la esclavitud, llamando tierra que les manaba leche y miel á la que fué para ellos un horno de hierro, segun la expresion de la Sagrada Escritura; una respuesta en fin, compuesta de la burla, de la irrision, del mas completo desprecio de los portentos de Dios y de los trabajos que habian causado á su ministro, turbó por algunos instantes al hombre de la mansedumbre: sin embargo Moisés fué bastante dueño de sí mismo para no

quejarse mas que á Dios, y dejando en sus divinas manos este negocio terrible, se volvió á ver con Coré y sus allegados y les intimó las últimas disposiciones para la prueba emplazada. Tú Coré, dijo, y toda tu tropa presentaos mañana delante del Señor á una parte, y Aarón se presentará á la otra. Llevad cada uno vuestros incensarios, y poned incienso en ellos, ofreciendo al Señor doscientos y cincuenta incensarios, y que tenga tambien Aarón su incensario y veremos lo que hace el Señor. Moisés intentaba con este último aviso que al ver la cercanía del peligro entrasen en cuentas aquella noche y no se presentasen en la mañana siguiente, pero nada consiguió su caridad. Acompañado de su hermano Aarón fué por la mañana al átrio y ya se encontró allí con Coré y sus doscientos y cincuenta conjurados. Estaba aquel lleno de una multitud de Israelitas que habian concurrido, unos por ver el suceso de este peligroso desafío, y otros ganados por los sediciosos para apoyar y fortificar su rebeldía.

Castigo de los sediciosos. Principió esta lastimosa tragedia con aquel magnífico aparato que acostumbraba presentar el Señor á la vista de su pueblo cuando queria llamar su atención hácia algun asunto grande. La opaca nube que cubria el tabernáculo, se manifestó de repente luminosa y centelleante, apareció la gloria del Señor, y hablando el Señor á Moisés y Aarón les dijo: separaos de en medio de esa reunion para acabarlos en un momento; mas aqui Moisés y Aarón estremecidos, cayeron postrados sobre sus rostros

y dijeron: fuertísimo Dios de los espíritus de toda carne ¿acaso por el pecado de uno se ensañará vuestra ira contra todos? Y dijo el Señor á Moisés: manda á todo el pueblo que se separe de las tiendas de Coré y de Datan y Abirón. Levantóse Moisés y saliendo del átrio se dirigió, seguido de los ancianos de Israel, al cuartel de la tribu de Rubén. Acercóse á los pabellones de Datan y Abirón, y dijo á la multitud que se habia agolpado en rededor de ellos por ver el paradero de tan ruidoso negocio: apartaos de los pabellones de estos impíos, nada toqueis de cuanto les pertenece, no sea que os hagais cómplices de sus delitos y participantes de sus castigos. La multitud tembló al oír esta amenaza, y ninguna precaucion les pareció suficiente. Huyeron á mas correr, y dejaron desocupado un grande espacio al rededor de las tiendas de Datan y Abirón, y estos, obstinados ya en su rebelion, salieron y se presentaron fieros á las puertas de sus pabellones con sus mugeres é hijos y con toda su tropa, resueltos á defenderse á todo trance, si se intentaba acometerlos, pero no era de Moisés ni de los que le acompañaban de quienes se habian de defender, sino del mismo Dios, á quien habian declarado la guerra, intentando trastornar el gobierno que su sabiduría y bondad habia establecido.

Castigo de Datan y Abirón, sus familias y cómplices. En esto conocereis, dijo entonces Moisés al pueblo, que el Señor me envió para que hiciera todo lo que veis, y que no lo he sa-

cado yo de mi propio corazón. Si estos hombres muriesen de la acostumbrada muerte de hombres, no me envió el Señor, pero si hiciere el Señor una cosa nueva, de manera que abriendo la tierra su boca se los trague con todo lo que á ellos pertenece y descendieren vivos al infierno, sabreis que han blasfemado contra el Señor. Apenas dejó de hablar Moisés cuando se cumplió su anuncio delante de todo el pueblo. Se abrió la tierra bajo de los pies de estos desdichados con un pavoroso estruendo, se ensancharon sus entrañas y los tragó á todos vivos. Hombres, mugeres, niños, muebles, tiendas, pabellones... todo quedó sepultado en sus abismos. Desaparecieron todos los sediciosos, y sus familias quedaron extinguidas para siempre sin volverse á contar jamás en el pueblo de Israel.

Mientras que tantos culpados, tan visiblemente heridos por la mano del Señor, bajaban á los abismos, llenando el aire de sus gritos, todo el pueblo huía desordenadamente, temiendo ser tambien engullido por la tierra. ¡Qué horror! Pero esto no era mas que el primer acto de esta sangrienta tragedia, que no acabaria de representarse sino con la muerte del último sedicioso.

Castigo de Coré y sus doscientos y cincuenta compañeros. Volvió Moisés al átrio cuando aun no se habian acabado de cebar los doscientos y cincuenta incensarios que habian de servir para egercer los profanos un ministerio sagrado, porque tenian que llenarlos de carbones encendidos y tomados del altar de los holocáustos, uno des-

pues de otro, y poner el incienso sobre ellos. Aarón habia permanecido en el átrio y estaba preparado con su incensario lleno de carbones encendidos é impuesto sobre ellos el incienso. Luego que Coré y todos sus secuaces hubieron concluido de preparar los suyos, se dirigieron á el altar de los perfumes, pero he aqui que un fuego vengador encendido por el soplo del Señor les sale al encuentro y en un momento reduce á carbones á los doscientos y cincuenta amotinados, tragándose la tierra á Coré, cabeza de este funesto motin. Egecutado un tan espantoso castigo, dijo el Señor á Moisés: que mandase á Eleazar, hijo de Aarón que tomára los incensarios que habian perdonado las llamas, y estaban esparcidos entre los cadáveres, que derramase el fuego que habia en ellos por unas y otras partes, que los redugese á planchas, y que las clavase á la frontada del altar de los holocaustos para que en lo sucesivo sirviesen de aviso y escarmiento á los hijos de Israel, y ninguno, que no fuese de la familia de Aarón, tuviese la osadía de llegarse á ofrecer incienso al Señor. Tomó, pues, el Sacerdote Eleazar los incensarios y los redujo á planchas que clavó en el altar, segun el mandato del Señor.

Otra sedicion. Esto se hizo delante de todo el pueblo para su instruccion y egeemplo, pero el espíritu de frenesí se habia apoderado de los hijos de Israel, y lo que debia servirles de un escarmiento terrible, solo sirvió para provocar de nuevo la ira del cielo. Desde la mañana siguiente

á este espantoso dia, señalado con tantos estragos y muertes, volvieron á empezar las sediciones, y apenas se habia vengado el Señor, cuando le obligaron, por decirlo así, á tomar otra vez las armas. Moisés y Aarón fueron, como tantas otras veces, los objetos del descontento público y de las murmuraciones. Los dos habian ido por la mañana al átrio á la hora del sacrificio, y Aarón revestido de sus ornamentos pontificales se estaba disponiendo para egercer las funciones de su pontificado, cuando de repente se estiende por el vestíbulo y vecindad del santuario una multitud atrevida y alborotada de parientes, amigos y aliados de los sediciosos. Se dejan oír á un tiempo mil voces que se repiten con furor. Vosotros, gritaban, vosotros, Moisés y Aarón, vosotros sois los verdaderos verdugos de vuestros hermanos. Vosotros haceis perecer al pueblo de Dios. Vosotros le vais destruyendo, y no cesareis hasta que veais muerto á vuestros pies al último descendiente de Jacob. Crece entónces el tumulto y el contagio se estiende con rapidez por todas partes. Los murmullos sordos y confusos se aumentan y se convierten en clamores y gritos; y de cierto número de particulares resulta una conmocion general y una sedicion de todo el pueblo. En tal estado no quedó á Moisés y Aarón otro remedio que una pronta huída al tabernáculo de la alianza á ponerse bajo de la proteccion del Señor.

Su castigo. Apenas entraron en él, la nube le cubrió y la magestad del Señor se dejó ver irritada. Entónces Moisés y Aarón, conociendo que

el Señor iba á vengarse, no perdonaron súplicas ni lágrimas para ablandar su enojo. Pero el Señor no se dejó suavizar, y advirtió á los suplicantes que no se presentasen en medio de la multitud para no perecer con ella, porque iba á exterminarla. No se entibió por esto el fervor de los mediadores y seguían suplicando postrados delante del Señor, mas advertido Moisés por una inspiracion divina de lo que pasaba en rededor del tabernáculo y sus cercanias ¡ay hermano mio! exclamó: levántate al momento, toma tu incensario, llénale de ascuas del altar, pon sobre ellas incienso y corre al pueblo, arrójate entre las llamas, y ruega á Dios por él. La ira ha salido del Señor y la mortandad se encruelece. Corre Aarón en hábito pontifical y con el incensario en la mano se precipita en medio de la multitud, á quien rodean furiosas llamas y abrasa horroroso fuego, se para entre los vivos y los muertos, ofrece el incienso santo, invoca los poderosos nombres de Abraham, Isaac y Jacob, ruega á Dios y Dios le oye. El fuego cesa, pero es despues de haber abrasado á catorce mil y setecientos rebeldes que habian quedado de la primera sedicion. Terrible fué la severidad del Señor, pero logró su efecto, y contuvo á los murmuradores por mas de treinta y siete años en su deber, despues de haber pasado cerca de tres en continuas murmuraciones y alborotos.

Florece la vara de Aarón. Aarón se fué á juntar con su hermano á la puerta del tabernáculo luego que cesó la muerte de hacer estragos;

y despues de haber hecho ver el Señor con tantos y tan terribles castigos que Aarón y su familia eran los escogidos para servir en todo tiempo en su santuario, y que ninguno tomara el incensario impunemente, quiso dar otra prueba y dejarla testimoniada en el arca santa. Mandó, pues, á Moisés: que tomase doce varas de mano de los doce príncipes de las tribus, y que escribiese en cada una el nombre de su príncipe: que la tribu de Leví presentase tambien su vara y que escribiese en ella el nombre de Aarón: que pusiese estas varas en el tabernáculo de la alianza delante del arca del testimonio, y dijo: que una sola florecería, y que sería la de aquel que escogiese el Señor. Moisés hizo saber á los hijos de Israel lo que mandaba y decia el Señor, y cada uno de los príncipes presentó su vara en representacion de su tribu. Moisés escribió en cada una el nombre del príncipe que la presentaba y á su vista. Tambien escribió el de Aarón en la vara de la tribu de Leví y á su presencia. Todas las varas fueron puestas por Moisés en el lugar santísimo, delante del arca de la alianza, quedando allí por toda la noche; y para que no pudiese haber sorpresa, y asegurar de todos modos el suceso, se puso una guardia numerosa y vigilante en rededor de todo el santuario hasta por la mañana que entró Moisés en el lugar santísimo, y halló: que solo la vara de la tribu de Leví, sobre la que estaba gravado el nombre de Aarón, habia florecido: que estaba verde y vestida de hojas; y que tenia yemas, botones, flores y tambien almén-

dras. Moisés, pues, sacó todas las varas de la presencia del Señor y las presentó á los Príncipes de Israel, que las recibieron con veneracion por haber estado en el lugar santísimo, y no se satisfacian de mirar la de Aarón y contemplar en ella los prodigios del Señor. Cada uno de los Príncipes llevó su vara; pero la de Aarón mandó el Señor á Moisés que la volviese al tabernáculo del testimonio y depositase en el arca de la alianza para que en todo tiempo fuese un testigo incontestable de la eleccion de Aarón y su descendencia para el sacerdocio. San Ambrosio fué de sentir que esta vara se conservó en su verdor y con sus flores y frutos todo el tiempo que estuvo dentro del arca, que fué de muchos años.

Enmienda de los Israelitas y vuelta á las cercanías de la tierra prometida despues de treinta y ocho años. Despues de la terrible conjuracion de Coré y Abirón, y de los espantosos castigos que descargó el Señor sobre estos conjurados y todos sus cómplices, los hijos de Israel se enmendaron, y si hemos de hacer juicio por el silencio de los libros santos, su enmienda fué duradera porque nada nos vuelven á decir de conjuraciones ni murmuraciones en mas de treinta y siete años que gastaron viajando por aquellas soledades y sepultando en ellas casi todos los que habian despreciado la tierra prometida; y no las habrian callado como no callaron las que habian sucedido hasta aqui y las que vamos luego á referir. Por fin el tiempo corria, el decreto del Señor que condenó á los despreciadores de la tierra

prometida á no entrar en ella, se iba cumpliendo con celeridad, el momento de poseerla se acercaba, y el primer mes del año de cuarenta de haber salido los Israelitas del cautiverio y entrado en el desierto, se hallaron en la misma soledad de Cadés, de donde habian salido los exploradores de la tierra prometida, y á donde habian vuelto, diciendo que era inconquistable.

Muerte de María. En esta soledad murió de edad de ciento y treinta años María, hermana de Moisés y Aarón, y fué enterrada con la distincion que correspondia á una hermana del libertador de Israel y del sumo Sacerdote del pueblo de Dios. ¡Muger ilustre por su familia, y mas ilustre por la parte que tuvo en la libertad de su pueblo y los vivos colores con que representó hasta en el nombre á la madre del Salvador! En la edad de diez años tuvo la dicha de cuidar del paradero y conservacion del niño mas interesante que tenia la nacion hebrea, de aquel hermoso y perseguido Moisés que á los tres meses de haber nacido huía ya de Faraon por las corrientes del Nilo, embarcado en una nave de juncos, y tambien la felicidad de volverle á los brazos de su inconsolable madre para que criase á sus pechos este libertador de su pueblo. María sufrió la esclavitud en medio de su nacion, participó muy particularmente de los trabajos de sus hermanos, y cantó con ellos, despues del paso del mar rojo, las glorias del Señor, puesta á la cabeza de todas las hijas de Israel. María fué una profetisa á quien favorecia el Señor algunas veces con sus comuni-

caciones, y si, viviendo en un pueblo murmurador, se dejó llevar una vez de su mal ejemplo, pagó cumplidamente con la mayor humildad esta sorpresa. María fue una vírgen de ciento y treinta años en unos tiempos en que la falta de sucesion se miraba como un oprobio; fué la primera que profesó el estado de virginidad. Y en fin, María tuvo la dicha de morir con la muerte de los justos entre los brazos de sus santos hermanos.

Nuevas murmuraciones. Mas por sensible que fuese á Moisés y Aaron la falta de una hermana tan querida, y tambien á todo el pueblo particularmente á las hijas de Israel, no fué este el acontecimiento mas triste y penoso que pasó en el campamento de Cadés. No habia en él agua, y luego renovaron los hijos de Israel las murmuraciones del campamento de Rafidim. Se juntaron los mas acalorados tumultuosamente al rededor de Moisés y Aaron, se sublevaron contra ellos y les fue preciso oir sus injustas y destempladas quejas. ¿Porqué, les decian, nos hicisteis subir de Egipto y nos habeis traído á este lugar pésimo que no se puede sembrar, qué, ni cria higos, ni viñas, ni granadas; y á mas de esto no tiene agua para beber? Estas quejas eran irritantes y afflictivas, pero lo que mas irritaba al Señor y affigia á sus Ministros era, que un pueblo, que en todas sus necesidades conseguia el remedio con milagros, faltase siempre á la confianza. Moisés y Aaron saliendo de entre la multitud se entraron en el tabernáculo de la alianza, y postra-

dos rostro por tierra, suplicaron al Señor diciendo: Señor, oye el clamor de este pueblo y ábreles tu tesoro, una fuente de agua viva para que saciados cese su mormuración. Luego apareció la gloria del Señor sobre Moisés y Aarón, y dijo el Señor á Moisés, toma la vara y congrega al pueblo; tú, y Aarón tu hermano, hablad á la piedra delante de ellos, y ella dará aguas. Tomó, pues, Moisés la vara con que habia obrado tantos prodigios y que tenia al lado del arca del Señor, y congregada la multitud delante de la piedra les dijo: oid, rebeldes é incrédulos: ¿podremos acaso hacer salir agua de esta piedra para vosotros? Y alzando entonces Moisés su mano, hirió dos veces con la vara el pedernal y salieron aguas abundantísimas de las que bebió todo el pueblo y todos sus ganados.

Moisés y Aarón son excluidos de entrar en la tierra de promision. Con esto quedaron satisfechas las quejas de aquel pueblo ingrato; pero no así la que formó el Señor contra Moisés y Aarón. Ellos en esta ocasión no parece que procedieron con aquella confianza que otras veces. El Señor les mandó solamente que hablaran á la piedra y ellos pasaron á hierirla con la vara como habian hecho en Horeb. No queria tanto el Señor, y se negó á dar agua al primer golpe. La hirieron segunda vez, y el Señor dió agua, pero agua con la que manó el castigo de su desconfianza. Por cuanto no me habeis creído, les dijo el Señor, para santificarme (glorificarme) delante de los hijos de Israel, no los introducireis voso-

tros en la tierra que les daré. ¡Golpe terrible! Moisés se hallaba en la edad de casi ciento y veinte años, y Aarón tenía tres mas. Desde que fueron llamados por el Señor para libertar á Israel y llevarle á la tierra prometida, se consolaban en sus trabajos con la esperanza de poseer algun dia esta tierra amable. A duras penas y en medio de mil contradicciones, con paciencia y trabajos increíbles, habian finalmente vencido la dureza de Faraon, la indocilidad de Israel, y aun la indignacion del Señor. Se miraban ya en el término y la vispera de entrar con su pueblo en la tierra prometida, y se ven ahora de repente excluidos de su posesion por una falta, en que pudo tener mas parte la inadvertencia que la voluntad. ¡Qué sentimiento para estas dos cabezas del pueblo del Señor! ¡Qué motivo para adorar y temer los altos juicios de Dios! Asi lo hicieron los dos hermanos. Penetrados de la mas profunda veneracion á las disposiciones del cielo, abrazaron humildemente sus determinaciones, y continuaron cumpliendo sus ministerios con el mismo celo que habian manifestado hasta este desgraciado suceso.

Muerte de Aarón. Despues de haber estado los hijos de Israel mas de tres meses en la mansion de Cadés, levantaron el campo y pasaron á Mosera al pie del monte Hor, á donde llegaron el cuarto mes del año cuarenta de la salida de Egipto. Estando en esta mansion llamó Dios á Moisés el primer dia del quinto mes para intimarle la egecucion de una órden profundamente

sensible para su fraternal corazón. Toma á Aarón, le dijo, y á su hijo con él, y condúcelos al monte Hor, y despues de desnudar al padre de sus vestiduras, se las vestirás á Eleazar su hijo. Aarón, añadió el Señor, será recogido y morirá allí. Moisés, ahogando su natural sentimiento, hizo como mandaba el Señor, y á vista de toda la multitud de los hijos de Israel, subió al monte Hor llevando consigo á Aarón y su hijo Eleazar; y allí con sus propias manos tomó la tiara de la cabeza de Aarón, y le desnudó del ephod, del racional y de la túnica pontifical, y revistió de todo esto á su hijo Eleazar. En todo este tiempo Aarón, sin debilidad, sin flaqueza, sin enfermedad, y sin otros antecedentes ni señales de su muerte que la palabra del Señor, esperó en paz y tranquilidad el último momento, y apenas se concluyó la imponente ceremonia, espiró entre los brazos de su hermano y de su hijo, y fué recogido como habia dicho el Señor y reunido á sus padres en el seno del gran patriarca Abraham su quinto abuelo.

Asi murió el primer sumo Sacerdote de la nacion santa, despues de mas de treinta y ocho años de un sacerdocio tan glorioso como lleno de trabajos. Tenia ya ciento y veintitres, de los cuales habia pasado ochenta y tres en el cautiverio de Egipto, y los cuarenta restantes habia estado consagrado por orden del Señor á procurar, en union con Moisés y á costa de mil fatigas, á los hijos de Israel un rico establecimiento, del que no tuvo el consuelo de gozar. Siempre amó

tiernamente á su pueblo, de quien experimentó las mas fuertes contradicciones, y por el cual en una ocasion cometió un exceso reprehensible de condescendencia. Hasta el fin conservó para con su hermano, aunque menor, la mas alta estimacion y la atencion mas respetuosa, de la cual una sola vez se apartó un poco, para volver á ella con mas firmeza. Siempre se le vió fiel imitador y rendido discípulo del gefe de la nacion, poniendo su gloria en seguir sus pasos y copiar sus virtudes. Muerto Aarón sobre el monte, bajó Moisés con el nuevo sumo pontífice, y ordenado su enterramiento, volvieron á subir al monte y le dieron allí mismo muy honrosa sepultura. Todo el pueblo lloró la muerte de Aarón, y llevó luto por treinta dias.

Guerra con el Rey de Arad. No pensaban todavía los Israelitas en principiar la guerra, pero estando aun en Mosera, el Rey de Arad, que era uno de los Cananeos, vino á declararsela, ó por mejor decir, á presentarles la batalla sin declaración de guerra. No tenia este Rey otro motivo para hacerla á Israel que el terror general que á todos infundia un pueblo poderoso, cuyas intenciones no penetraban á vista de tantas marchas y contramarchas, realmente extraordinarias para los que ignoraban el objeto. Él veia que los Israelitas venian por el mismo camino que habian llevado en otro tiempo los exploradores. Sus estados eran los primeros por aquella parte, y si trataban de destruir á los Cananeos, como se aseguraba, seria su reino el primero á quien atacasen. Esto le determinó á salirles al encuentro para

apartarles de su frontera, de la cual distaba poco el campo de Mosera. Los Israelitas en el primer acometimiento fueron sorprendidos y pelearon en desorden. El Rey quedó victorioso y les tomó algunos prisioneros. Entonces Israel hizo un voto al Señor, prometiendo destruir las ciudades de este cananeo si le entregaba en sus manos; y agradó al Señor el voto, porque tenia decretado el exterminio de los Cananeos; de esta raza del perverso Canaan, maldecido por Noé; de esta raza mas perversa que su padre Cam; de esta raza, en fin, que tenia usurpada la tierra patriarcal que habia ocupado Adan, Seht y sus descendientes por la línea de primogenitura hasta Noé, y que su nieto Canaan habia arrebatado á la descendencia del primogénito Sem, de quien descendia Abraham, Isaac y Jacob y todo el pueblo de Israel, y á quien pertenecia por herencia esta tierra de los primogénitos.

En efecto, los Israelitas contaron con el auxilio del Señor; pero no por eso dejaron de armarse (para no tentarle) y salir en buen orden de batalla á pelear con el Cananeo, que á pesar de sus muchas y buenas tropas fué vencido al primer choque y derrotado, porque peleaba contra él y en favor de los Israelitas el Dios de las batallas y las victorias. Murió el Rey en la pelea y fueron destruidas las ciudades del paso, principiando en esto á cumplir el voto.

Ultimas murmuraciones en el desierto. Pocos dias despues de esta batalla, se pusieron en marcha, por orden del Señor, costeano las monta-

ñas de Seir y bajando hácia el mar rojo, para tomar la vuelta á los montes, dirigirse despues hácia Moab, y pasar el Jordán por frente de Jericó; pero estas marchas extraviadas que en lugar de conducirles al término les apartaban de él, pusieron de mal humor á un pueblo que al parecer no sabia consolarse sino con murmuraciones. Hablaron contra Dios y contra Moisés, y dirigiéndose á este, le digieron: ¿porqué nos sacaste de Egipto para que muriésemos en el desierto? Falta el pan, no hay aguas, nuestra alma padece náuseas sobre este pan (el maná) sin sustancia. Esta era siempre la cantinela de estos ingratos; pero se habia castigado tantas veces y tan severamente, que Moisés no esperaba ya oirla. Mas era tal en los Irraelitas la costumbre de murmurar que nada parecia que alcanzaba á corregirles. Sin embargo, el castigo que recibieron en esta ocasion terminó sus murmuraciones, sea que acabaron aquí los antiguos murmuradores, sea que los nuevos quedaron tan atemorizados que no se atrevieron á repetir las.

Castigo de las serpientes. En vista de estas quejas tan injustas, tan ingratas y tan impías, envió el Señor sobre el pueblo serpientes de fuego, que abrasaban y envenenaban al mismo tiempo con sus picadas, causando una muerte tan pronta como espantosa y dolorosa. La mortandad que hicieron en poco tiempo estos ministros vengadores de las injurias de Dios, fué espantosa y todos corrian á Moisés, que era su único refugio, cuando Dios descargaba sus golpes. Hemos peca-

do, le digeron: porque hemos hablado contra Dios y contra tí. Ruega (al Señor) que quite de nosotros estas serpientes. Moisés que no veía los castigos de su pueblo, aunque tan necesarios, sino con gran sentimiento, no deseaba otra cosa que descubrir la primera señal de arrepentimiento para suplicar por los culpados. Corrió á la presencia del Señor, oró con el fervor y empeño propio de este su grande amigo, y consiguió que cesase el castigo pero no en aquel momento. Haz, le dijo el Señor, una serpiente de metal, y pónla por señal. El que herido, la mirase, vivirá. Salió aceleradamente Moisés de la presencia del Señor, y no veía los momentos de concluir la fundicion de la serpiente, porque cada instante de detencion era una mortandad para el pueblo. Pero el Señor queria concluir aqui con los que despreciaron la tierra de promision condenados á no entrar en ella, y dió tiempo á su justicia para cumplir la sentencia. Al fin se concluyó la fundicion de la serpiente y se fijó en un lugar eminente para que todos y de todas partes alcanzasen á mirarla; y en efecto todos los que eran heridos de las serpientes, en mirándola, sanaban. Mas los hijos de Israel, que fueron testigos de este prodigio, regularmente no entendieron hasta donde se estendia su significacion, y solo cuando vino Jesucristo se supo claramente por la aplicacion que él mismo hizo: que esta serpiente, exaltada en el desierto para curar las heridas de los cuerpos, hechas por las serpientes de fuego, representaba su exaltacion en la cruz para curar las

heridas de las almas, hechas por la serpiente infernal.

Caminan en derecha á la conquista. Al movimiento de la columna, levantaron de aqui los Israelitas su campo, tanto mas contentos, quanto se alejaban de una mansion que les habia sido tan funesta y se acercaban á una tierra, cuya posesion tanto deseaban. Siguieron costeando las montañas de Seir y fueron á acampar en Obot. De aqui, caminando hácia el norte y dejando las montañas de Seir al occidente, subieron á Jebarim, pasaron el torrente Zared y acamparon en frente del torrente de Arnon, que divide á los Moabitas de los Amorreos. Desde que salieron de Cadesbarne hasta el paso del torrente de Zared mediaron treinta y ocho años, y ninguno quedaba ya de los que el Señor habia condenado á morir en los desiertos.

Para llegar á las riveras del torrente de Arnon se habia costado por la izquierda el pais de Madian, hijo cuarto de Abraham y de Cetura, sin molestar á los Madianitas, ni tomar cosa alguna que no fuese por su justo precio. El Señor habia prohibido á Israel que tocase en nada á este pais, por atención al gran Patriarca. La misma prohibicion tenia con respecto á los Moabitas, cuyos términos costearon por la derecha, y á los Amonitas en cuyas fronteras habian de tocar muy pronto, porque estaban en seguida de los Moabitas, caminando al norte. Esta prohibicion tambien se habia hecho por atención á Lot, sobrino de Abraham y padre de Moab y Amon, de quienes

descendian los Moabitas y Amonitas. Entre Moab y Amon de un lado, y la rivera oriental del rio Jordán del otro, subiendo hasta su nacimiento, habia un pais excelente, ocupado por una colonia de Amorreos descendientes de Canaan; y á la conquista de este bello pais habia traído el Señor á Israel rodeando montañas para tomarle antes de pasar el Jordán.

Primera guerra con Sehon, Rey de Hesebon, y conquista de su reino. Para una conquista tan importante, como era la primera que se iba á hacer por el pueblo de Israel, y que tanto debia influir en todas las demas, dió el Señor sus ordenes, estando aun acampado en la soledad de Cademot sobre las márgenes del torrente Arnon, que dividia los Amonitas de los Amorreos. Levantados y pasad el torrente de Arnon, dijo el Señor á los hijos de Israel. He ahí, pueblo de Israel, que he puesto en tu mano á Seon amorreo, Rey de Hesebon. Comienza á poseer su tierra y pelea contra él. Hoy principiare á poner tu terror y espanto en los pueblos que habitan bajo de todo el cielo, para que oido tu nombre se llenen de pavor. Habia enviado Moisés mensajeros desde el desierto de Cademot á Sehon, Rey de Esebon, diciéndole: que iban á pasar por su tierra; que no saldrian del camino real, ni á la derecha ni á la izquierda; que les vendiese alimentos para comer y agua para beber, todo por su dinero; y que no querian mas que el paso hasta el Jordán para ir á la tierra que el Señor su Dios les habia de dar; pero Sehon no solo se negó, sino que reu-

nió todo su ejército y vino y acometer á Israel en el desierto de Cademot á las márgenes del torrente Arnon. Mas aquí no fué sorprendido Israel por Sehon como lo habia sido en Mosera por Arad, porque estaba prevenido del Señor y preparado para la batalla. Apenas habia llegado Sehon á Jasá, cuando los Israelitas en número de mas de seiscientos mil combatientes jóvenes, criados todos y nacidos la mayor parte en el desierto, endurecidos por la intemperie y la inclemencia, llenos de robustez y valor, y sobre todo animados y fortalecidos por el Señor, saltan el torrente, se arrojan sobre Sehon y todo su ejército, le desvatan al primer encuentro, le destrozan y pasan á filo de espada al Rey y todo su ejército, ocupan sus pueblos, toman sus ciudades y se hacen dueños de todo el reino.

Segunda guerra con Og, Rey de Basán, y segunda conquista. Los Amorreos eran descendientes de Amorreo, cuarto hijo de Canaan, y en la distribucion de la tierra que este padre usurpador hizo entre sus once hijos, tocó esta á Amorreo, la que con el tiempo se fué dividiendo entre sus familias, y en el de que vamos hablando lo estaba ya en dos reinos que eran el de Hesebon y Basán. Sehon, cuyo reino acababan de conquistar los Israelitas, lo era de Hesebon, y Og lo era de Basán, cuya conquista iban á emprender. Seguia este reino despues de el de Hesebon, subiendo hácia el norte, hasta cerca del nacimiento del Jordán; y Og, su Rey, estaba bien prevenido en vista de lo que habia sucedido á

Sehon y muy preparado para hacer la defensa. Era Og un monstruo de la raza de los gigantes y de una estatura enorme, si se ha de hacer juicio por su cama que era de hierro y tenia cuatro varas y media de larga y dos de ancha. Un rey de este talle, y sobre todo si los soldados se parecian á su gefe, hubiera podido espantar á los hijos de Israel; pero no hay hombres que temer cuando se pelea contra ellos en nombre y por mandado de Dios. No temas á Og, dijo Dios á Moisés, porque en tu mano está entregado con todo su pueblo y su tierra. Og vino á presentarse con un egército poderoso y acampó en Edrai, sobre las fronteras de la nueva conquista de los hijos de Israel, para disputarle la entrada en sus tierras. La batalla se le dió con la misma valentía que se habia dado á Sehon y con el mismo exito. Og fué vencido y muerto en el combate juntamente con sus hijos, y en seguida se forzarou y tomaron las ciudades hasta el número de sesenta, todas defendidas con muros muy altos y cerradas con puertas y barras, y una multitud de pueblos que no tenian muros. Todo se venció y tomó á la fuerza, y la conquista que habia principiado en el torrente de Arnon se estendió á lo largo del Jordán hácia el norte hasta el monte Hermón. Conquistados los reinos de Hesebon y Basán, nada quedó en poder de los Amorreos á la izquierda del Jordán, y el pueblo de Dios se halló dueño de un bellissimo pais. Moisés, dejando en él las tropas necesarias para la seguridad de la conquista, tomó la vuelta con su egército victorioso y vino

seguido de todo el pueblo á unas llanuras amorreas llamadas de Moab, porque en otros tiempos habian pertenecido á los Moabitas. Eran estas llanuras un precioso terreno situado á la orilla del Jordán y enfrente de la ciudad de Jericó. Aquí fijaron la última mansion de las cuarenta y dos que hicieron en el desierto, y en ella permanecieron hasta el paso del Jordán y la entrada en la tierra prometida, que fueron como dos meses.

Temores de Balac, Rey de Moab. Noticioso Balac, Rey de Moab, y casi testigo de vista de las victorias que el ejército de Israel habia conseguido sobre los Reyes Schon y Og, y de la rapidez con que habia conquistado sus reinos; y viéndose amenazado de aquel formidable ejército, cuyo primer ímpetu no habian podido sostener los valientes Amorreos, se juzgó perdido, si llegaba á acometerle. Veía atemorizados á sus soldados y á sus pueblos con tan espantosas noticias, y se convenció de que su reino seria destruido como lo habian sido los de los Amorreos, si trataba de defenderle con las armas. En este apuro, tomó un medio de defensa tan extravagante como despreciable, pero que vino á hacerse serio y de lastimosas consecuencias para el pueblo de Israel. Convidó á unirse con él y á tomar el mismo expediente á los Madianitas que se hallaban en el mismo peligro de ser acometidos y en la misma imposibilidad de defenderse.

Balaán profeta. Vivía entonces un famoso adivino, llamado Balaán, que corria con crédito de tener virtud para bendecir y maldecir, hacien-

do que quedase bendito lo que bendecía y maldito lo que maldecía. Era natural de Beor, ciudad de la Mesopotamia, y residía en Petor, ciudad de la misma region, al norte de Moab, y no muy distante de este reino. Era tan grande la fama de Balaán y tan universalmente extendida en aquellos países, que Balac creía poder resistir á los Israelitas y aun destruirles, si lograba que Balaán los maldijese; y este era el expediente que habia tomado, y en el que entraron tambien los Madianitas. Reunidos estos con Balac, dispusieron enviar una diputacion de personas principales á Balaán con el encargo de decirle: que un pueblo que habia salido de Egipto y que hacia muchos años que andaba errante por los desiertos, habia llegado á sus fronteras; que su multitud era tal que cubria la superficie de la tierra; que se veían amenazados de una próxima invasion; que viniese á maldecirle, y que contase con buena recompensa. Balaán no era indiferente al interés, ni sordo al sonido del dinero. Sin embargo temia maldecir á un pueblo á quien Dios bendecía concediéndole una multiplicacion asombrosa y un valor sin igual. Balaán, medio religioso y medio idólatra, alternativamente ofrecia sacrificios á Dios y á los ídolos. Habia nacido y vivido en el país donde vivió Abraham con su familia veinte años, donde dejó un hermano á su salida, y de donde habian tomado sus mugeres Isaac y Jacob, y no podia desconocer un Dios omnipotente; pero así como Labán que era del mismo país juraba por el Dios de Abraham, despues de pedir á

sus ídolos; así Balaán tan presto rendia cultos á la Omnipotencia, como se hacia intérprete de los demonios invocando su poder, y este es sin duda el motivo de sus contradicciones en este famoso negocio.

Balaán recibió á los diputados como correspondia á los representantes de dos reinos, pero no les despachó con la prontitud que ellos esperaban. Quedaos esta noche aqui, les dijo, y responderé todo lo que me dijere el Señor. No quiere el Señor, les respondió por la mañana, que yo vaya con vosotros. Se volvieron los diputados y dieron á Balac la respuesta de Balaán, mas no por eso cayó Balac de ánimo. Envió otra comision mas numerosa compuesta de príncipes del reino, para que digesen á Balaán que no se detuviese en venir á maldecir á Israel, porque estaba resuelto y pronto á llenarle de riquezas y de honores, y que su boca seria su medida; pero Balaán respondió á estos segundos comisionados: que si su Rey le diese un palacio lleno todo de oro y plata no podria mudar ni una palabra de las que dijese el Señor. Les suplicó que pasasen allí la noche y volveria á consultar al Señor, por si le permitia acompañarlos. Balaán se hallaba combatido de dos pasiones contrarias. No queria exponerse á los castigos del Señor, y tampoco queria perder la ocasion de llenarse de riquezas y de honores, y el Señor le dejó en manos de sus deseos, permitiendo que fuese á presentarse á Balac.

Burra de Balaán. Con esta permission, Balaán se levantó muy temprano, dió parte á los envia-

dos del permiso que tenia, y de su determinacion de ir á presentarse á su Rey para que se adelantasen á comunicarle la noticia; y aparejando su borrica, les siguió con paso mas sosegado. Se presentó en el camino un ángel contra Balaán, que iba sentado en su burra. Viendo la asna, siendo animal, lo que no veia Balaán, siendo hombre, esto es, el ángel que estaba delante y cerraba el camino con espada en mano, se salió de él y echó por el campo. Balaán la apaleaba para volverla al camino y, teniendo que pasar un callejon entre viñas, el ángel se puso delante. Al verle la asna se arrimó fuertemente á la pared para pasar y estregó contra ella el pie de Balaán, quien por esto golpeaba de nuevo á la pollina. El ángel se volvió á presentar en un estrecho por donde no podia pasar la asna ni á la derecha ni á la izquierda, y ésta, viéndole, cayó bajo de los pies de Balaán, quien enfurecido la apaleaba mas reciamente. Entonces el Señor obró aquí un portento, tanto mas sorprendente, cuanto mas raro y acaso sin egemplar. Abrió la boca de la borrica y la borrica habló. ¿Qué te hecho? dijo á Balaán. ¿Porqué me hieres? ¿Y hasta tercera vez? Balaán estaba tan ciego de cólera que no advertia el portento de estarle hablando una burra, y respondió al animal, como lo haria á cualquier hombre: porque lo has merecido y te has burlado de mí. ¡Ojalá, añadió, tuviese una espada para traspasarte! La borrica continuó hablando y le dijo: ¿acaso no soy yo una bestia tuya, sobre la cual has acostumbrado ir siempre montado

hasta este dia? ¿Díme si yo jamás he hecho cosa semejante? y Balaán respondió: nunca. En este momento abrió el Señor los ojos de Balaán y vió á el ángel delante en el camino con espada desenvainada. Balaán se postró en tierra y le adoró. ¿Porqué, le dijo el ángel, castigas tercera vez á tu asna? Yo he venido para oponerme á tí, porque tu viage es perverso y contrario á mí, (este ángel era el protector de Israel) y si la borrica no se hubiera desviado del camino, cediendo el lugar al que se la oponia, yo te hubiera muerto y ella viviria; y fué como decirle que debia la vida á la burra que tanto golpeaba. ¡Cuánto de esto sucede en el mundo! He pecado, dijo entonces Balaán, no sabiendo que tu estabas contra mí, y ahora si te desagrada que vaya, me volveré. Pero el ángel le dijo: vé con esos, mas guárdate de hablar otra cosa que lo que yo te mandare, y desapareció. Balaán siguió su camino, se incorporó con los príncipes de la embajada, y encontró en Rabata de Moab al Rey Balac que habia venido á recibirle. De allí caminaron juntos á una ciudad vecina al campo de los Hebreos, y en ella se aposentaron.

Bendice Balaán á Israel y profetiza. Balac hizo matar luego bueyes y ovejas, y envió presentes á Balaán y á los príncipes que le acompañaban. Estaba impaciente Balac por ver maldecido al pueblo de Israel, y al otro dia por la mañana llevó á Balaán á la cumbre de un alto monte, consagrado á Baal, desde donde se descubria todo el campo de los Hebreos, que continuaban en las lla-

nuras de Moab. Balaán tenia tan sobrada buena voluntad para con Balac, pero no se atrevia á hablar contra Israel. Instaba el Rey, y Balaán le dijo: que hiciese levantar allí siete altares y traer siete becerros y siete carneros para sacrificar un becerro y un carnero sobre cada altar. Asi se hizo, y Balaán despues de encargar al Rey que se estuviese de pie junto á las víctimas, fué regularmente á hacer sus encantamientos, pero el ángel del Señor que le habia prohibido hablar otra cosa que lo que él le mandase, le salió al encuentro, puso palabras en su boca y dijo: vuélvete á Balac y le dirás estas cosas. Habiendo vuelto Balaán, halló á Balac que estaba junto á su holocausto, acompañado de todos los príncipes de Moab, y dirigiéndose hácia el campo de Israel, tomó su parábola y dijo en aquel estilo enfático y misterioso que supone ó acompaña ordinariamente á la inspiracion: de Arám me ha traído Balac, Rey de los Moabitas, de los montes del oriente. Ven, me dijo: y maldice á Jacob. Date prisa y detesta á Israel. ¿Cómo maldeciré yo á quien no maldijo Dios? ¿Cómo he de detestar á quien el Señor no detesta? Desde las mas altas rocas le veré, y desde los collados le contemplaré. Este pueblo habitará solo y no será contado entre los pueblos gentiles. ¿Quién podrá contar el polvo de Jacob? ¿y conocer el número de la descendencia de Israel? Muera mi alma con la muerte de los justos, y sean mis postrimerías semejantes á estos. Aqui ya no pudo contenerse el Rey y dijo á Balaán: ¿qué es lo que haces? ¿Te he llamado para que maldi-

geras á mis enemigos y tú al contrario los bendices! Al que respondió Balaán, ¿pues qué! ¿puedo yo hablar otra cosa que lo que mandare el Señor?

Sigue bendiciendo y profetizando. Entonces le dijo Balac: ven conmigo á otro lugar desde donde veas una parte de Israel, y no puedas verle todo. Maldícele desde allí. Y habiéndole llevado á un lugar alto sobre la cima del monte Phasga, edificó tambien allí siete altares y se hizo lo mismo que en la consulta anterior, y tomando Balaán su parábola, dijo: levántate, Balac, y escucha. Oye hijo de Sefhor: no es Dios como el hombre para que mienta, ni como el hijo del hombre para que se mude. Dijo, pues, ¿y no lo hará? Habló ¿y no lo cumplirá? He sido traído para bendecir, no puedo prohibir la bendicion. No hay ídolo en Jacob, ni se vé simulacro en Israel. El Señor su Dios está con él, y sonido de victoria de Rey hay en él. Dios le sacó de Egipto, cuya fortaleza es semejante á la del Rinoceronte. No hay agüero en Jacob, ni adivinacion en Israel. A sus tiempos se dirá á Jacob y á Israel lo que Dios obró. He aqui el pueblo que se levantará como leona y se erigirá como leon. No se echará hasta que devore la presa y beba la sangre de los matados. Y dijo Balac á Balaán: ni maldigas, ni bendigas. ¿Pues no te dije, contestó Balaán que todo lo que el Señor me mandase eso haria?

Nuevas bendiciones y profecias. Ven, dijo Balac, te llevaré á otro lugar, por si pluguiere

al Señor que desde allí los maldigas; y habiéndole llevado sobre la cumbre del monte Fogor que mira al desierto, edificaron también los altares é hicieron lo que en las dos consultas anteriores. Solo que ahora no fue Balaán á demandar el agüero como antes, sino que encarándose hácia el desierto, y alzando los ojos, vió á Israel en las tiendas por sus tribus, y viniendo el espíritu de Dios sobre él, tomando la parábola, dijo: Dijo Balaán hijo de Beor: dijo el hombre cuyo ojo está cerrado: dijo el que oyó las palabras de Dios, el que miró la vision del Todopoderoso, el que cae y así son abiertos sus ojos, ¡qué hermosos son tus pabellones, Jacob, y tus tiendas Israel! Como valles con bosques, como huertas de regadío junto á los rios, como tiendas que fijó el Señor, como cedros cerca de las aguas, correrá el agua de su país y su descendencia será en muchas aguas. Será quitado su Rey por causa de Agag, y se le privará de su reino. Dios le sacó de Egipto cuya fortaleza es semejante á la del Rinoceronte. Devorarán á las gentes sus enemigas, y quebrantarán sus huesos y los atravesarán con saetas. Acostándose durmió como leon y como leona á quien ninguno osará despertar. El que te bendijere será él también bendito. El que te maldijere en maldicion será reputado. Irritado Balac contra Balaán, palmeando mano con mano, dijo: te he llamado para que maldigas á mis enemigos á los que por el contrario has bendecido ya tres veces. Vuélvete á tu lugar. En verdad que habia resuelto honrarte magníficamente, pero el Señor te ha pri-

vado de la honra prevenida. ¿Pues no dije á tus enviados, respondió Balaán: si Balac me diere su casa llena de plata y oro, no podré traspasar la palabra del Señor mi Dios para proferir de mi corazón cosa alguna ó de bien ó de mal, sino que todo lo que el Señor me dijere, eso hablaré? Sin embargo, al retirarme á mi pueblo, daré un consejo sobre qué cosa haga por último tu pueblo con este pueblo. Este fué el consejo infernal de que enviasen las mugeres hermosas de Moab y de Madian al campo de los Israelitas para que les corrompiesen é hiciesen idolatrar.

Vuelve á profetizar. Y volviendo Balaán á tomar la parábola, dijo: le veré, mas no ahora; le miraré mas no de cerca. *De Jacob nacerá una estrella y de Israel se levantará una vara, y herirá á los caudillos de Moab, y destruirá á todos los hijos de Seth, y será la Idumea su posesion: la herencia de Seir cederá á sus enemigos; mas Israel procederá valerosamente. De Jacob saldrá el que domine y destruya á las reliquias de la ciudad. Y como viese á Amalec, tomando la parábola, dijo: principio de las gentes Amalec, cuyas postrimerías serán perdidas. Vió tambien al Cineo; y tomádo la parábola, dijo: robusta por cierto es tu morada, mas aunque pusieres tu nido en la piedra y fueres escogido del linage de Cin: ¿por cuánto tiempo podrás permanecer? Pues Asur te apresará. Y tomada otra vez la parábola, dijo: ¡ah! ¿Quién vivirá cuando Dios haga estas cosas? Vendrán en galeras de Italia, vencerán á los Asirios y destruirán á los Hebreos, y por últi-*

mo ellos mismos tambien perecerán. Y levantóse Balaán y se volvió á su lugar. Balac tambien se volvió por el camino que habia venido.

Comparacion de estas profecias con los sucesos. Solo por la serie de las historias sagradas y profanas puede conocerse todo lo maravilloso de estas profecias. Cualquiera de los fieles que en nuestros dias cotege los sucesos con los anuncios que aqui se hacen, no podrá dejar de experimentar un santo asombro al ver como el árbitro del universo presenta á los hombres tantos siglos antes los sucesos para su instruccion y gobierno, ni de admirar y adorar su infinita sabiduría que tiene á su vista todos los tiempos. Balaán, siendo un adivino y un ministro de los dioses falsos viene á ser, apesar suyo, un órgano del Dios verdadero. Profetiza acerca de los reyes de Israel mucho tiempo antes que Israel venga á tener reyes y anuncia la destruccion de su reino catorce siglos antes de ser destruido. Al oír hablar á Balaán de lo porvenir y anunciar tantos nombres entonces desconocidos, se creeria; que habia vivido despues que Saul primer Rey de Israel fué desechado por su falsa compasion con Agag, Rey de los Amalecitas; que habia sido compañero de David, cuando este valeroso príncipe se ocupaba en dominar á los Idumeos y sujetar á los Moabitas; y que habia visto con sus propios ojos á los Cineos apresados por los Asirios y llevados á la cautividad con las diez tribus. Se juzgaria que habia ido á el Asia en las galeras de Italia, y que habia presenciado la derrota de los Asirios y la

destruccion de los Hebreos por las armas de la república romana, y despues la destruccion de esta misma república. Segun parece no habria hablado Balaán con mas seguridad de la estrella que guió los reyes al portal de Belén, si hubiera vivido como los pastores en sus cercanías, ni de la vara que se levantó de Israel, si hubiera sido un apóstol de los doce de Jesucristo.

Balaán es un mal hombre, pero buen profeta. Balaán no daba de suyo estas grandes noticias tantos siglos antes que sucediesen las cosas, y solo Dios que todo lo tiene presente habia podido dárselas. Mas Balaán era un perverso, y como que se resiente la piedad de que sirva de instrumento un hombre semejante, mas es preciso ver aqui, que si el precioso don de la profecía es comunmente una prueba de santidad en el que le tiene, no siempre está unido con ella, y que alguna vez han pasado las profecías, aunque sin perder nada de su certeza, por la lengua de un malvado, como vemos en Balaán y se vió tambien en Caifás en la noche de la pasion de Jesucristo. Asi es que Balaán no fué un hombre de bien por haber sido el órgano del Dios verdadero. Despues de profetizar tantos, tan asombrosos y tan distantes sucesos inspirado por Dios, no tardó en hablar el language de la maldad sugerido por el diablo.

Perverso consejo de Balaán. No habiendo tenido efecto el medio de las maldiciones, porque no las permitió el Señor, se entregó Balaán al de los consejos y dió á Balac uno que por desgracia

le salió demasíadamente bien, porque sus más terribles imprecaciones, si se le hubieran permitido, nunca habrían causado tantos males á los hijos de Israel como su consejo. No ignoraba este malvado que el pueblo de Israel estaba bajo de una proteccion especial de Dios, mientras la merecia su virtud, y que solo perdiendo esta proteccion por sus culpas podia ser vencido y destruido. Con este conocimiento dijo á Balac, que para deshacerse de la vecindad de Israel que tanto le incomodaba, veia un arbitrio que seria mas seguro que el de las maldiciones, y se le propuso diciendo: que los Israelitas tenian una prohibicion rigurosa de comunicar con las demas naciones, sobre todo en asuntos de religion, y de tener comercio alguno con mugeres extranjeras: que, á pesar de esto, eran muy propensos á los cultos de los ídolos, y que no serian indiferentes á los atractivos de las mugeres Madianitas y Moabitas: que su consejo era, que se les convidase á sus diversiones y tambien á sus sacrificios; que sus mugeres é hijas se dejasen ver con todos sus adornos y atractivos; y que conseguido una vez que se prendasen de ellas, luego serian sus idólatras y tambien de sus ídolos; y que desamparados de Dios por estos delitos, fácilmente serian vencidos y destruidos.

Ejecucion del consejo. Tomó Balac el consejo, y los hijos de Israel que no sabian el lazo que se les armaba, cayeron en él en gran número. Aun se hallaban en las campiñas de Moab sin pensar en las maldiciones de Balaán, ni en las inquietu-

des de Balac, cuando las mugeres mas hermosas de Moab y de Madian, adornadas al descuido y con cuidado, se presentaron á la vista de los campamentos de Israel con pretexto de vender y comerciar, y convidaron á los Israelitas, segun el consejo de Balaán, á que concurriesen á sus diversiones y fiestas. Al principio fueron algunos á ellas por curiosidad, pero poco á poco se fue aumentando la concurrencia por la incitacion y mal ejemplo de los primeros. Se pasó de las diversiones á los tratos, de los tratos á las fornicaciones y de estas á la idolatría. Concurrieron á sus templos, comieron de las carnes sacrificadas á los ídolos y los adoraron, y en fin se consagraron á Beelfegor su dios principal. Madian y Moab entraron en las tiendas de Israel, y la disolucion se extendió por los campamentos y llegó á tocar en las cercanías del tabernáculo.

Castigos del Señor. Entonces irritado el Señor dijo á Moisés: toma todos los príncipes del pueblo y cuélgalos en patíbulos delante del sol para que se aparte mi furor de Israel. Estos príncipes ó no habian detenido el contagio, castigando á los que le estendian, ó tal vez algunos de ellos le propagaban, y el Señor quiso exponer colgados al sol del mediodia á los caudillos escandalosos ó descuidados de cortar el escándalo, para que todo el pueblo viese el castigo y se contuviese. Quiso ademas castigar á todos los que ya se habian entregado á la disolucion é idolatría, y para esto mandó á Moisés que dijese á los jueces de Israel: mate cada uno á sus prógimos que se han

consagrado al ídolo Beelfegor. Mas cuando se intimaba esta orden, ó acaso ya se egecutaba, he aqui que uno de los hijos de Israel, llamado Zambri, caudillo de la tribu de Simeon, entró, á vista de sus hermanos, á una muger Madianita, llamada Cozbi, hija de Sur, príncipe nobilísimo de los Madianitas, viéndole Moisés y todos los hijos de Israel que lloraban á la puerta del templo los estragos que á este tiempo hacia en los criminales la peste con que Dios les castigaba.

Celo de Finees. Entonces Finees, hijo del sumo Sacerdote Eleazar, arrebatado del celo de la honra y gloria de Dios, se levanta de en medio de la multitud, y tomando un puñal, entra tras del Israelita en el burdel, y de un golpe atraviesa á los dos, á Zambri y á Cozbi, y los cose con la tierra que sostiene su delito. Este valiente hecho del celoso Finees aplacó la ira del Señor, desarmó su brazo justiciero y mereció que cesase la plaga que desolaba á los hijos de Israel: mas ya habian muerto á este tiempo veinticuatro mil criminales, colgados unos en los patíbulos, acuchillados otros por los jueces de Israel, y víctimas los restantes de la peste que habia enviado el Señor para acabarlos.

Encargo de castigar á los Madianitas. Con esto habia castigado el Señor los delitos de su pueblo, pero no los de los Madianitas y Moabitas que les habian provocado á cometerlos, y estos idolátras merecian bien que se les pidiese cuenta de la sangre de Israel, derramada por su causa.

Encargó, pues, el Señor á Moisés que castigase á los Madianitas porque habian tratado enemigamente á los hijos de Israel, poniéndoles asechanzas. Nada se dice aqui de los Moabitas compañeros de los Madianitas en la seducción de Israel. Acaso fueron menos criminales, porque no enviaron otra Cozbi á los campamentos, y quizás por esto dilató el Señor su castigo; pero fuese el motivo que quisiese, lo que sabemos es, que Moisés fue encargado de castigar solamente á los Madianitas.

Recuento de Israel. Mas quiso el Señor que hiciese antes el recuento de los hijos de Israel de veinte años y arriba, para saber el número de combatientes que iban á conquistar la tierra prometida, y proporcionar el repartimiento de ella al número de cada tribu; y resultaron seiscientos y un mil setecientos y treinta. En el que se hizo en el desierto del Sinaí el primer dia del segundo mes del año segundo de la salida de Egipto, se hallaron seiscientos tres mil quinientos y cincuenta, y todos, excepto Josué y Caleb, habian muerto ya en el desierto por el desprecio que hicieron de la tierra prometida, prefiriendo á ella la cautividad de Egipto. Lo que admira aqui es que solo resultaron en este recuento mil ochocientos y veinte combatientes menos que en el anterior, habiendo muerto tantos en los castigos que habian provocado en el tiempo que medió de uno á otro, con sus murmuraciones, rebeliones, idolatrías y prostituciones; pero el Señor cuidó de mantener en buen pie el ejército

que destinaba á la conquista de la tierra prometida.

Mandato á Moisés de subir al monte Abarin. Concluido el recuento y declarados los casos en que debian entrar las mugeres en el repartimiento de ella, dijo el Señor á Moisés, que subiese al monte Abarin para ver y contemplar desde aquella altura la tierra que habia de dar á los hijos de Israel, y despues que la hubieres visto, añadió, irás tú tambien á tu pueblo, como fué tu hermano Aarón, porque me ofendisteis en el desierto del Sin en la contradiccion de la multitud y no me quisisteis santificar (glorificar) á vista de ella sobre (manar de una peña) las aguas. Esta era la sentencia lastimosa que ya habia costado á Aarón la vida, y á Moisés tantas lágrimas y súplicas, y sobre la cual no le era ya permitido volver á suplicar. Reconoció Moisés la justicia de esta sentencia y que debia expiar con la privacion de entrar en la tierra de promision, á cuyas márgenes se hallaba el agravio que habia hecho su flaqueza á la gloria del Señor, se humilló en su divina presencia, adoró sus justos juicios, y no pensó ya en otra cosa que en concluir, en el mes que le restaba de vida, los preparativos para la entrada de Israel en la tierra prometida.

Eleccion de Josué. Como Moisés iba ya á morir, era de lo mas urgente elegir un sucesor para que su amado pueblo no quedase abandonado como ovejas sin pastor. Se dirigió, pues, al Señor y le suplicó que proveyese de un hombre que dirigiese aquella multitud, la intro-

dujese en la tierra prometida, la gobernase, caminase á su frente y la llevase á las victorias en la multitud de batallas que exigia su conquista. El Señor oyó benignamente su oracion y le dijo: toma á Josué, hijo de Nun, varon en quien háy espíritu y pon tu mano sobre él. La eleccion no podia ser mas conforme á los deseos de Moisés, ni mas conveniente á los hijos de Israel. Cuarenta años habia que Josué era ministro, discípulo y confidente del santo legislador. Siempre habia procurado imitar sus virtudes y se habia presentado defensor de su honor y de su gloria: siempre habia vivido unido á su santo maestro y en todas las ocasiones importantes se le habia visto á su lado, ó para egecutar sus órdenes, ó para participar de sus trabajos. Siendo ya de noventa y tres años habia tenido buen tiempo para estudiar en la escuela de Moisés el modo de gobernar á los hijos de Israel. Su valor en las guerras contra los Amalecitas, contra el Rey Arad, y contra los Reyes de Sehon y Og, le tenia acreditado de un consumado general, y su fidelidad en la honrosa comision del reconocimiento de la tierra de Canaán le habia merecido la estimacion de todos los Israelitas. Conocia el genio de la nacion y era amado de ella. Una aplicacion constante y una continuada experiencia le habian hecho capaz de todos los negocios, y habiendo de perder la nacion á Moisés, no se podia hallar otro mas apropósito para gobernarla y conducirla con la prudencia, celo, paciencia y amor que lo hacia su gran maestro.

Por estos antecedentes se puede hacer juicio del consuelo con que Moisés ejecutaria la orden del Señor para la inauguracion y posesion de un sucesor de este carácter. Declaró, pues, á Josué que la muerte iba á juntarle con sus padres y hermanos, pero que moria consolado, porque dejaba por conductor de su amado pueblo al hombre que mas amaba, y á quien habia instruido con mas esmero. Que él era el dichoso á quien habia tocado la gloria de concluir la obra del Señor que su maestro habia principiado y conducido hasta aquel momento, y que aun pedia la empresa hasta concluir la grandes afanes y trabajos, y el genio de la nacion una prudencia consumada y una paciencia invencible; pero que todo tendria un suceso feliz si caminaba con una confianza sin límites en el Señor, y observaba un cumplimiento exacto de sus divinas órdenes.

Despues de estos sábios consejos, Moisés convocó al pueblo, y luego rodearon al santo legislador el gran Sacerdote Eleazar, los ancianos de Israel y los Príncipes de las tribus. Entonces presentó Moisés á Josué delante de toda la multitud, y declaró la eleccion que Dios habia hecho de él para sucesor suyo. Hizo presente á Josué la vigilancia con que debia cuidar del pueblo, y á este la sumision con que debia obedecer á su nuevo conductor. Tambien encargó á Josué y Eleazar que viviesen estrechamente unidos, porque de la union del gefe y del Sacerdote pendia el bien de la nacion. Finalmente Moisés puso sus manos so-

bre la cabeza de Josué, y con esta demostracion, le asoció consigo para el gobierno de Israel, que antes de un mes pondria enteramente en sus manos. La nacion entre el consuelo que la causaba la eleccion de Josué, á quien principiaba á mirar ya como su dueño, y el dolor que sentia de verse privada de Moisés, á quien no empezó á estimar bastantemente hasta que se vió en vísperas de perderle, se quedó con su nuevo conductor, con los ancianos y con los príncipes en el recinto del templo, y Moisés se entró en el santuario á ofrecer al Señor con entera resignacion el sacrificio de su vida: pero el Señor le dijo: venga primero á los hijos de Israel de los Madianitas y despues serás recogido á tu pueblo.

Castigo de los Madianitas. Moisés salió del tabernáculo y luego trató de cumplir la órden que recibia del Señor. Mandó, pues, que se armase el egército para castigar á los Madianitas, pero no todo, porque bastarian para aquella guerra mil soldados de cada tribu. Solamente fué difícil la eleccion por el apresuramiento con que cada uno se ofrecia para ser escogido. Se hizo, pues, la eleccion con toda presteza, y luego se presentaron á Moisés doce mil valientes, sacados de todas las tribus y bien armados. Moisés encargó esta guerra á Finees que, en cierto modo, la habia principiado cuando traspasó con su puñal á Zambri y la Madianita. Era Finees jóven celoso y valiente de lo que tenia dadas solemnes pruebas. Se puso al frente de su tropa de doce mil hombres, y llevando delante el arca santa,

segun habia dispuesto Moisés, fué á buscar á sus enemigos. No los sorprendió, porque el temor los tenia siempre prevenidos y prontos á defenderse. Regularmente supieron el corto número que iba contra ellos, y teniendo para hacer frente y batirlos, un egército incomparablemente mayor, contaron por tan segura la victoria, que creyeron los cinco príncipes, ó pequeños Reyes de Madian, que ningun peligro corrian en ponerse al frente de su numeroso egército. Hasta el mismo Balaán, que habia vuelto de la Mesopotamia á recoger el fruto de su detestable consejo, se incorporó con las tropas para tener el gusto de ver derrotar en las llanuras un pueblo que no habia podido maldecir desde los montes. Se dió la batalla y la victoria no estuvo dudosa ni un solo momento. Fueron deshechos los Madianitas, y quedó el campo sembrado de cadáveres. Entre ellos se encontraron los cinco Reyes, siendo uno el padre de la Madianita, á quien, á mas del interés comun, habia traído el particular de vengarse de Finees por la muerte vergonzosa que habia dado á su hija. Tambien se halló Balaán muerto á filo de espada: justo castigo de un hombre á quien no habian hecho un santo las santas profecías que Dios habia puesto en sus labios.

En seguida se extendió el egército por sus ciudades, pueblos y castillos. Tomó prisione- ras sus familias, se apoderó de sus muebles y ganados, y se volvia al campamento con un botin inmenso, cuando en el camino tuvo el mas agradable encuentro. Moisés, Eleazar y todos los

Príncipes del pueblo, que ya sabian su triunfo, salieron á recibirle y darle la enhorabuena de tan completa victoria. Y Finees y sus generales les saludaron con el mas profundo respeto y les presentaron los ricos despojos y numerosos rebaños de todo género de ganados que habian tomado á los Madianitas en una guerra tan justa. El ejército hizo alto y permaneció siete dias fuera del campamento para purificarse, segun mandaba la ley. En este tiempo tambien purificaron con el fuego las alhajas que podian sufrirle sin destruirse, y con el agua de la purificacion todas las demas. Cumplida en este punto la ley, entró el ejército victorioso y triunfante en el campamento y recibió de todo el pueblo los parabienes y las aclamaciones mas vivas y afectuosas. Hubo, sin embargo, en esta jornada un hecho al parecer riguroso. Se empleó el hierro tambien en las mugeres. Fueron pasadas á filo de espada todas las que habian conocido hombre, y solo se perdonó á las que se habian conservado vírgenes y á las niñas. Esto fué terrible, pero muy justo. Ellas eran las que habian hecho pecar á Israel y su sangre impura era la que principalmente habia ido á verter el ejército.

Inventario y repartimiento de lo tomado á los Madianitas. Tuvo Moisés orden del Señor para hacer, en union con el sumo Sacerdote Eleazar y los Príncipes del pueblo, un inventario de las cosas que habian sido cogidas, y de dividir las en dos partes iguales: una para los que fueron á la guerra y otra para los que quedaron en el

campamento. Tambien le tuvo de separar una de cada quinientas cabezas, tanto de personas como de bueyès, asnos y ovejas que hubiesen tocado á los que fueron á la guerra y de entregarla al sumo Sacerdote Eleazar, porque eran, dice el sagrado texto, las primicias del Señor; y otra de cada cincuenta que tocasen al resto del egército y de dársela á los Levitas que están, añade, de centinela en las guardias del tabernáculu del Señor. Hízose el inventario y apenas se comprende como subió tanto el número en una guerra hecha por doce mil hombres solamente y concluida en unos cuantos dias; porque resultaron seiscientas setenta y cinco mil ovejas, setenta y dos mil bueyes y sesenta y un mil jumentos. Las esclavas, reducidas á las doncellas y niñas, eran treinta y dos mil.

Ofrenda militar. Por lo que toca á oro, plata, ricos muebles, vestidos y demas tomado, fuera de las personas y los animales, todo quedó á los oficiales y soldados que lo habian cogido, sin que entrase en la particion este género de despojos; pero el reconocimiento de los combatientes consagró al Señor la mas preciosa parte de ellos. Habiéndose hecho la revista de su pequeña division, se halló que ni un solo hombre faltaba de los que habian ido á la guerra, y entonces los Príncipes del egército, los Tribunos y Centuriones vinieron á Moisés y le dijeron enagenados de gozo: nosotros, vuestros siervos, hemos revisado el número de combatientes que hemos tenido bajo de nuestra mano (á nuestras órdenes) y ni